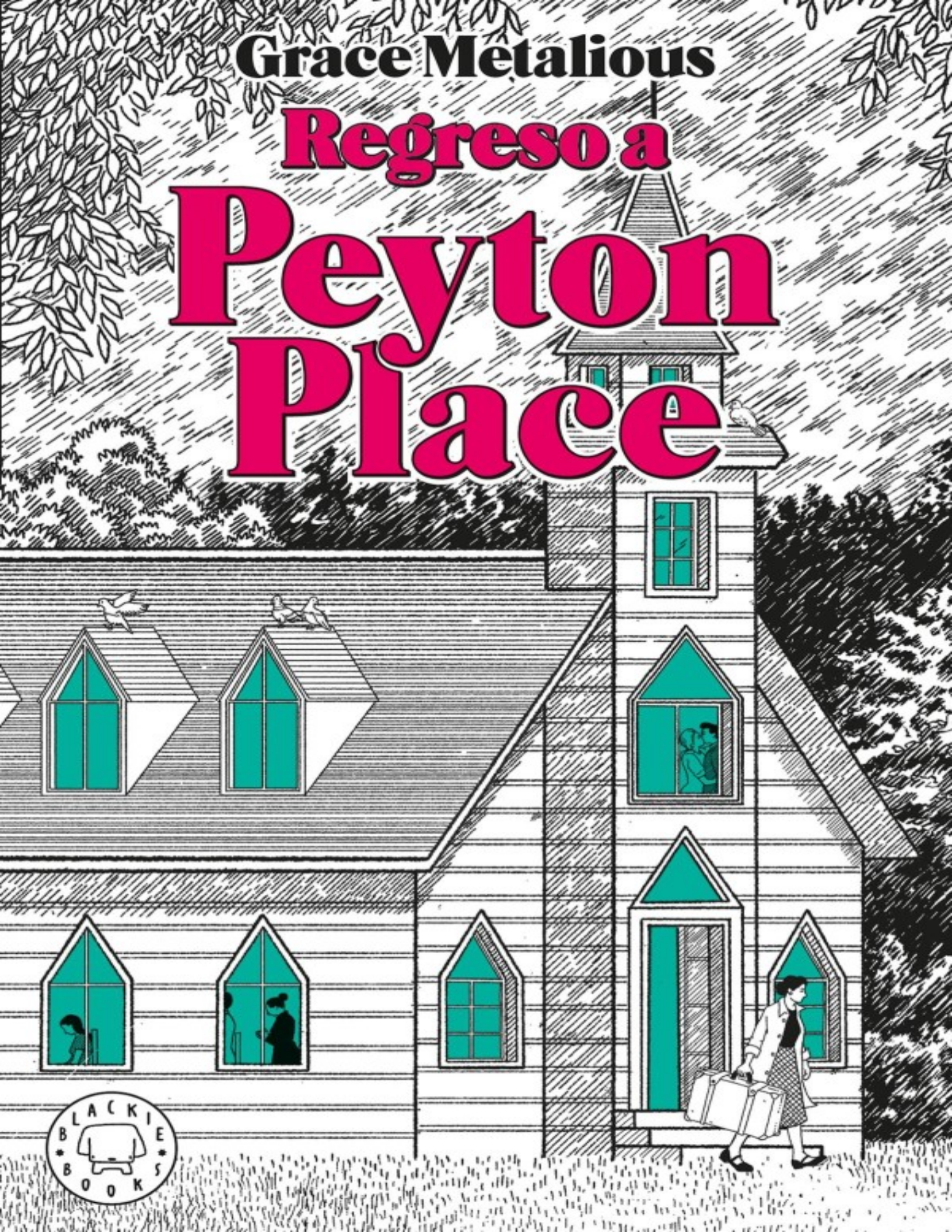
Grace Metalious

Regreso a Peyton Place



BLACKIE BOOKS



La perrita Blackie, como aquel gran director, sabía del peligro de que todos tus vecinos te conozcan. Las cosas, y sobre todo las personas, nunca son lo que parecen.


BLACKIE
BOOKS

Regreso a Peyton Place



Grace Metalious nació con el nombre de Marie Grace de Repentigny en Manchester, New Hampshire, en un entorno de pobreza y en el seno de una familia desestructurada, y en 1943, después de acabar el instituto, se casó con George Metalious y se convirtió en una joven madre y ama de casa como mandaban los cánones de la época. Sin embargo, nunca dejó de tener cierta afición a la escritura, y en 1954, a la edad de treinta años, empezó a trabajar en un manuscrito titulado provisionalmente *The Tree and the Blossom*. En 1955 había acabado su primer borrador. No obstante, ella y su marido consideraron que ese no era un título adecuado, y decidieron que el libro debería tener el nombre del pueblo en el que sucedía la trama. Al principio consideraron Potter Place (un nombre real de un pueblo de New Hampshire), pero más tarde decidieron «ficcionalizar» el nombre del pueblo, hasta que se convirtió en Peyton Place. Hay un comentario famoso de Grace Metalious a su marido al respecto de la elección del título: «Bien, perfecto, George, eso es. Peyton Place, New Hampshire. Peyton Place, Nueva Inglaterra. Peyton Place, Estados Unidos. Es un compendio de todos los pueblos pequeños en los que la fealdad es patente y en los que la gente intenta esconder los cadáveres en el armario.»

Encontró un agente, y después de enviar el manuscrito a tres editoriales, fue la pequeña Julian Messner Inc. quien se decidió a publicarlo. En 1956 se lanzó el libro, junto a una efectiva campaña de promoción. Aunque despreciada por la mayoría de la crítica y «censurada» por la Iglesia, se convirtió rápidamente en un *bestseller*, y permaneció en las listas de más vendidos durante más de un año, convirtiéndose en un fenómeno internacional.

Los secretos oscuros de ese pequeño pueblo de Nueva Inglaterra fueron la lectura preferida de millones de personas en todo el mundo. Se dice que Peyton Place es la mezcla de tres pequeños pueblos de New Hampshire: Glimanton (donde vivió Metalious), Laconia (donde estaba el bar favorito de la autora) y Alton (un pueblo en el que años atrás una chica había asesinado a su padre, que abusaba de ella). Hollywood se dio cuenta rápidamente del éxito

del libro, y un año después de su publicación, la película *Peyton Place* se presentó en todos los cines, siendo también un gran éxito de taquilla. Igualmente exitosa fue la serie de televisión inspirada en el libro, que se emitió de 1964a 1969 con grandes audiencias en todo el mundo.

Metalious, a quién apodaban «Pandora en vaqueros», fue para algunos una pésima escritora, o una «subministradora de infamia», pero su libro cambió la industria editorial para siempre, y probablemente la manera de pensar de toda una generación de amas de casa.

Metalious murió de alcoholismo en febrero de 1964. «Si tuviera que volver a vivir», dijo una vez, «creo que sería más fácil ser pobre. Antes de ser famosa era tan feliz como cualquiera». Fue enterrada en Gilmanton, New Hampshire.

GRACE METALIOUS

Regreso a Peyton Place



Traducción de Concha Cardeñoso

Título original: *Return to Peyton Place*

© del texto: Grace Metalious, 1959, 1960.
El editor ha llevado a cabo las gestiones pertinentes para identificar y contactar al titular de los derechos de esta obra, sin haberlo logrado. Cualquier omisión es involuntaria y será subsanada previa comunicación.
© de la traducción: Concha Cardeñoso, 2026
© de la ilustración de cubierta: Brais Rodríguez © de la edición: Blackie Books, S.L.
Calle Església, 4-10

08024, Barcelona

www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Diseño de cubierta: Sergi Puyol Maquetación: Bookwire Primera edición: junio de 2026
ISBN: 979-13-8815482-9

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Índice

Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

Segunda parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

Tercera parte
1
2
3

Cuarta parte

1
2
3
4
5
6
7
8
9

Para Jacques Chambrun, por convencerme de escribir este libro.

Primera parte

1

A veces el invierno llega poco a poco al norte de Nueva Inglaterra y así introduce un elemento de orden y estructura del tiempo y de las estaciones. La primera nevada no cae por sorpresa, porque se espera desde hace unos días. Cuando el invierno se presenta de esta forma, suele empezar a nevar a media mañana, a grandes copos regulares y, a mediodía, una espesa capa blanca lo cubre todo. Después de comer, el cielo se despeja, sale el sol y, por la tarde, cuando terminan las clases, la nieve derretida gotea de los aleros de todas las casas de la ciudad.

Entonces, los viejos dicen: «No cuajará. Hoy no. Todavía no».

Y los que todavía son jóvenes se desilusionan y, con cierta aprensión, piensan que quizá sea verdad que nunca más volverá a nevar como antaño en el norte de Nueva Inglaterra.

Normalmente, los inviernos a la antigua usanza suceden a veranos calurosos y secos y, justo después del Día del Trabajo[1], empiezan las frías lluvias otoñales, ventosas, grises e inclementes, sin un ápice de belleza otoñal ni de esplendor de hojas rojas y doradas. Los árboles pasan rápidamente del verde a un marrón desvaído y la lluvia deshoja las ramas a zurriagazos rápidos y violentos. Después de las lluvias, la tierra se congela rápidamente, se endurece, y todos los días son iguales: fríos y grises, hasta que llega la esperada nieve.

Y uno de esos días empieza a caer del cielo oscuro un polvo fino como una cortina aparentemente interminable, que no enharina las calles y las carreteras hasta que el viento deja de soplar y ha acumulado montones fríos y secos de nieve blanca alrededor de cada poste de valla y de cada árbol. A la hora de cenar, el viento amaina y la nieve sigue cayendo, tan fina y escasa que los niños temen que tarde una eternidad en nevar lo suficiente como para poder cogerla con las manos enguantadas.

Pero los viejos recuerdan otros inviernos de antaño. Son ellos los que revisan el indicador de combustible del depósito de las calderas, los que se aseguran con tiempo de que el radiador del coche esté

lleno de anticongelante y los que saben que, cuando amanezca otra vez, el viento también volverá.

Las casas del norte de Nueva Inglaterra no conservan las chimeneas solo por su carácter acogedor y hospitalario. Continúan en su sitio porque de vez en cuando se presenta un invierno como los de antaño y el viento y la nieve rompen los tendidos eléctricos como si fuera paja seca. Los que lo tienen en cuenta guardan pequeñas estufas de leña en el sótano para evitar que se congelen las tuberías; todas las leñeras están llenas a rebosar de troncos y ramas; los jóvenes se sientan frente a las llamas ardientes de la chimenea, enceran los esquíes y se preguntan hasta dónde llegará el espesor de la nieve en Franconia por la mañana.

Así se presentó el invierno el segundo año después de que Allison MacKenzie volviera a Peyton Place. Eran las cuatro de la tarde de un día de noviembre, Allison estaba mirando por la ventana de su dormitorio cuando vio el primer copo de nieve.

«A lo mejor mañana sí —pensó—. A lo mejor Brad me llama mañana y me dice: "La he vendido, Allison, la he vendido; han aceptado tu novela y se publicará en primavera".»

1 En los Estados Unidos, el Día del Trabajo suele celebrarse el primer lunes de septiembre.

2

La tienda de comestibles de Tuttle estaba situada en Elm Street, la calle principal de Peyton Place, a medio camino entre el Citizens' National Bank y la tienda de Prescott, que ocupaba la esquina de Maple Street. Desde el escaparate de Tuttle, los viejos que pasaban el rato en la tienda en invierno veían el juzgado y los bancos en los que solían sentarse cuando hacía buen tiempo. En verano, Tuttle era una especie de atracción turística, pues era una de las pocas tiendas que quedaban en el norte de Nueva Inglaterra en las que se podía comprar queso Cheddar por lonchas o al peso, que Ephraim Tuttle cortaba de una rueda enorme. Todavía vendía azúcar candi y grajeas de regaliz por un centavo y, por cinco, se podía comprar un pepinillo gordo, tan agrio que daba dentera, de un enorme barril que había en un rincón oscuro al fondo de la tienda.

Todos los años, después del Día de los Caídos[2], Ephraim Tuttle hacía su concesión anual a lo que llamaba el «comercio estival»: sacaba del sótano unos rollos de tela de algodón de colores vivos y los colocaba en una fila ordenada en el mostrador principal, como habían hecho su padre y su abuelo antes que él, en los tiempos en que no existía la ropa confeccionada. De vez en cuando, alguien compraba unos metros de tela para hacer cortinas para un campamento de verano, pero, por lo demás, los rollos se quedaban en el mostrador hasta después del Día del Trabajo, cuando Ephraim se los mandaba a Ginny Stearns para que los lavara, los planchara y volviera a enrollarlos, y luego, envueltos en fundas de plástico, los guardaba en el sótano de la tienda un invierno más.

—Poner toda esa tela ahí, en el mostrador principal —dijo Clayton Frazier—, es un desperdicio de espacio. Nadie compra nunca nada que valga la pena.

—Le da un toque especial a la tienda —dijo Ephraim—. A los veraneantes les gusta. Lo llaman «ambiente».

Sin embargo, al llegar el otoño Tuttle volvía a ser lo de siempre: una tienda bastante polvorienta y muy antigua en la que se podía

comprar casi cualquier cosa, si uno era capaz de encontrarla. Una jungla de mercancías compuesta de revistas, pastillas para la tos, tapones para los oídos y gafas de sol antiguas; tomates envueltos en celofán y pescado al peso solo los viernes, huevos que uno mismo sacaba de una caja y metía por docenas en una bolsa de papel; guantes de trabajo de piel de ciervo y tabaco de pipa, Alka Seltzer, piruletas y la prensa dominical. En otoño, Ephraim apagaba los dos ventiladores del techo, que habían pasado todo el verano dando vueltas lentamente, y encendía la salamandra de leña y carbón, pero cuando desmontaba el toldo, que había protegido el escaparate durante el verano, lo retiraba y empezaba a guardar los cajones de madera que servirían de asientos, los viejos de los bancos de enfrente del juzgado sabían que había llegado la hora de cruzar la calle para esperar el invierno.

—Va a nevar —dijo Clayton Frazier—. Va a nevar, seguro como que hay infierno.

—Ya era hora —dijo uno de los viejos, que estaba sentado con los pies apoyados en la base de la estufa—. Estamos en noviembre y todos sabíamos que nevaría pronto este año.

—¡Qué bobada! —replicó Clayton, sentándose en la única silla de madera, reservada para él—. ¡Cuántas veces ha hecho este mismo frío y hasta mediados de enero no ha nevado! Pero hoy va a nevar. Seguro como que hay infierno.

—En el infierno no nieva, Clayton —dijo otro hombre, esperando que los demás se rieran.

—¿Cómo lo sabes, John? —preguntó Clayton Frazier—. ¿Has estado ahí últimamente?

Esta vez, los hombres sentados alrededor de la estufa sí que se echaron a reír. Clayton, satisfecho, se recostó y encendió la pipa.

De repente se abrió la puerta de la tienda y entró una ráfaga de aire frío que acalló las conversaciones. Clayton Frazier miró al desconocido y la única señal visible de que le había molestado la irrupción fue que no se llevó la pipa a la boca, y es que todos sabían que el tabaco todavía no ardía, ni mucho menos, a su entera satisfacción.

—¡Ephraim! —exclamó el recién llegado.

—Mande —dijo Ephraim Tuttle, levantando la vista lentamente—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ephraim —repitió el desconocido, y se rio—. Por amor de Dios, ¿no se acuerda de mí?

Todos los de la estufa sabían quién era el desconocido, pero nadie se dignó hacer un solo gesto de reconocimiento.

—Soy Gerry Gage —dijo el hombre, riéndose todavía. Le dio una palmada en el hombro a Ephraim Tuttle—. S.S. Pierce Co., de Boston. ¿No me reconoce? Fui yo quien se acordó de que había traído al pueblo a aquel tipo de la Marina, aquel al que asesinó su propia hija. ¿Lo recuerda ahora?

—Era su hijastra —dijo Clayton Frazier, y se llevó la pipa a la boca.

—Bueno, da igual —dijo Gerry Gage—. En todo caso, fui yo el que se acordó.

—Ya —dijo Clayton.

Se hizo el silencio. El desconocido frotó el borde del maletín con mano enguantada.

—Bien —dijo al final—. ¿Qué necesita, Ephraim? Tengo aquí la lista de su pedido habitual, ¿quiere alguna cosa más?

—Lo de siempre —dijo Ephraim.

—Oiga —dijo Gerry Gage, repentinamente enfadado—, solo hice lo que me pareció que tenía que hacer. En primer lugar, no tenía intención de hacer nada. Solo comenté que había dejado al tipo aquí, en Peyton Place. Un autoestopista. ¿Cómo iba a saber que estaba hablando con el sheriff? Él fue el que lo empezó todo. Yo solo hice lo que me pareció que tenía que hacer. Nada más.

—Por qué no hace ahora lo que ha venido a hacer —dijo el sheriff Buck McCraken mirando a Gerry Gage, pero no sonó a pregunta.

—No tienen por qué guardarme rencor —dijo Gerry, y empezó a marcar con una cruz las cosas de la lista que tenía apuntadas en un papelito—. Uno hace lo que le parece que tiene que hacer.

—Que yo sepa, nadie en Peyton Place le guarda rencor, señor Gage —dijo Clayton Frazier—. Pero resulta que algunos hablan más de la cuenta, y eso cansa.

—Sé exactamente a qué se refiere, créame —dijo Gage—. En mi trabajo se conoce a un montón de personas muy charlatanas,

créame. Pero bueno, en el mundo hay gente de todas clases —añadió, como si fuera el primero al que se le ocurría esa idea.

—Ya —dijo Clayton.

—Por cierto —dijo Gerry—, después de todo el lío del asesinato y demás, solicité un cambio de ruta y me lo concedieron. La empresa lo entendió. Me refiero a la mala fama y demás. No he vuelto por aquí desde que me arrastró de vuelta la policía para responder a un montón de preguntas sobre Lucas Cross.

Nadie dijo nada y Gerry Gage estaba cada vez más incómodo.

—Bueno, de todos modos —dijo por fin—. ¿Qué hay de nuevo en Peyton Place? No he sabido nada de este rincón del mundo desde que los periódicos dejaron de hablar del lío del crimen.

—Nada —respondió Clayton Frazier.

—¿Qué? —preguntó Gerry.

—Nada —repitió Clayton—. No hay nada nuevo en Peyton Place. Nunca pasa nada. Todo sigue igual.

Las palabras de Clayton Frazier podían haber parecido ciertas a cualquier foráneo que no conociera la ciudad. Peyton Place tenía el mismo aspecto de siempre: una ciudad bonita, tranquila y ajena al bullicio. En inverno, a última hora de la tarde, solo se veían caras inocentes y cordiales entre sí y con el resto del mundo en los escaparates iluminados de las tiendas y en las ventanas de las casas.

La guerra había terminado y la fábrica de Harrington, como casi todas las demás, ya no trabajaba a turnos las veinticuatro horas del día para satisfacer las exigencias de los contratos del ejército. Leslie Harrington seguía viviendo solo en su gran casa de Chestnut Street y, aunque con el paso del tiempo y la pérdida de su único hijo, Rodney, había envejecido y se había ablandado un poco, era el mismo Leslie Harrington de toda la vida, cosa de la que todos eran todavía muy conscientes.

El doctor Matthew Swain continuaba con la práctica de la medicina en la misma calle que Leslie, y su amigo, Seth Buswell, no había dejado de escribir editoriales para el *Peyton Place Times*. La casa de Charles Partridge estaba tan vacía como siempre, ya que ni el tiempo, ni las adquisiciones ni Marion, su mujer, habían podido

llenarla con una pizca de calidez y amor. En resumen: ninguna de las familias antiguas se había mudado ni había llegado gente nueva, «al menos —como decía Seth Buswell—, no la suficiente para cambiar las cosas o para que se notara».

No, nada había cambiado en Peyton Place o, como mínimo, nada que nadie estuviera dispuesto a contarle a un extraño. Y, si había habido cambios en las situaciones privadas y en las personas, seguramente era asunto de los implicados y tampoco incumbía a los foráneos.

«No —se dijo Gerry Gage al salir de la tienda de Tuttle y entrar en el coche—, nada nuevo en Peyton Place. Diablos, seguro que lo único gordo que ha pasado y que pasará en este pueblo es que aquella chica matara a su padre.»

Se fue por Elm Street hacia la carretera que llevaba a White River y, como decía siempre, se alegraba mucho de ir a una ciudad que tenía un hotel con bar, en el que se encontraba con otros vendedores y hablaban, bebían y contaban chistes.

En Thrifty Corner, la tienda de moda de Elm Street, Selena Cross terminó de llenar un mostrador de blusas para vender. Entonces, al levantar la vista, vio que un copo de nieve se estampaba contra el cristal del escaparate y se deshacía. Dejó el mostrador y se acercó al escaparate para comprobar que lo había visto realmente y, mientras miraba, vio un coche con matrícula de Massachusetts que se dirigía a la carretera de White River. Se le pasó por la cabeza —como a cualquiera en un lugar como Peyton Place— preguntarse a quién visitaría alguien de fuera del estado. Pero el coche de Gerry Gage desapareció de la vista y Selena no pensó más en ello.

«Nieva de verdad —se dijo—. Tengo que volver enseguida a casa con Joey.»

Volvió a mirar hacia arriba cuando otro copo de nieve cayó contra el cristal y dos siluetas cruzaron su campo de visión apresuradamente. Se le aceleró el corazón un segundo y al momento se retiró de la ventana.

Fuera, las dos siluetas torcieron por Maple Street sin perder un segundo y desaparecieron.

—Date prisa, cariño —dijo Ted Carter a la joven que llevaba del brazo—. No quiero que mi mujer se muera de frío el primer invierno que pasa en Peyton Place.

—Recuérdame que mañana compre unos zapatos de tacón plano —dijo la chica, riéndose de él—. No puedo seguir el ritmo de tus zancadas con tacones altos. Hace un momento he visto una tienda, Thrifty no sé qué, mañana mismo me paso por allí.

Ted Carter no se rio con su mujer y apuró más el paso.

—En Thrifty Corner no venden zapatos —dijo. La agarró del brazo con firmeza e intentó no pensar en Selena con todas sus fuerzas.

2 En los Estados Unidos se celebra el primer lunes de mayo.

3

Cuando Selena Cross empezó a apagar las luces de la tienda, la puerta se abrió de golpe y entró Michael Rossi.

—Hola, Selena —la saludó—. Como decimos los de aquí: «Va a nevar, seguro como que hay infierno». —Se sacudió de los hombros del abrigo el fino polvillo blanco que le había dejado la nieve y se quedó plantado, sonriendo.

—Hola, Mike —respondió ella—. ¿Qué tal Connie?

—Bien —respondió él—, y tengo órdenes estrictas de llevarte a casa conmigo. Connie siempre prepara un ponche de ron y mantequilla para todo el mundo el día que empieza a nevar. Vamos, coge el abrigo. Tengo el coche ahí fuera.

—No puedo —dijo Selena, desviando la mirada—. Tengo que ir a casa con Joey. Está nevando.

—Selena —dijo Mike con mucha ternura, tocándole el brazo—. Ven conmigo. Todo va a salir bien. Cuando vi que iba a nevar, le dije a Joey que fuera directamente del instituto a nuestra casa. Ahora está allí, con Connie y Allison. Vamos, Selena. No te preocupes.

El recuerdo del miedo, el horror y el dolor le ensombreció la mirada como nunca.

Mike Rossi cogió el abrigo y la ayudó a ponérselo con la actitud impositiva y amable de un enfermero con un paciente convaleciente.

—Vamos —dijo—. También te quedas a cenar. Después, si quieres irte, te llevo a casa.

Selena buscó a tientas los botones del abrigo y, al salir de la tienda, comprobó cuidadosamente la puerta principal antes de seguir a Mike hasta el coche.

El paso de los años había sido benévolo con Mike Rossi. Bajo la oscura tela de abrigo, tenía los hombros anchos y rectos como siempre y, aunque se le había ensanchado la cintura ligeramente, solo su mujer lo sabía y se reía de él en la intimidad del dormitorio.

—¿Mi dios griego se está volviendo un poco viejo y barrigón? —dijo Constance para pincharlo, sonriendo a propósito de una forma

provocadora.

Él le cogió las manos y se las apretó contra el abdomen.

—Barrigón, ¿eh? —dijo entre risas, y le devolvió el desafío con una mirada risueña.

—Presumido —dijo ella—. Siempre pavoneándote como un gallito de pelea.

Constance se soltó y corrió hacia el baño, pero no llegó. Él volvió a atraparla y la sujetó con fuerza, aunque ella siguió forcejando y riéndose.

—Yo no me pavoneo —dijo él—. Retira lo que has dicho o te arrepentirás.

—¡Nunca, nunca, nunca! —exclamó Constance, sin dejar de chillar y patalear mientras él le hacía cosquillas por todo el cuerpo.

Con tanto forcejeo, a Connie se le aflojó el cinturón de la bata y él se la quitó.

—¡Para! —gritó—. ¡Para ahora mismo! —repitió. Intentó que sonara serio, pero no lo consiguió.

Mike empezó a besarla y a desabrocharle la casaca del pijama al mismo tiempo; luego, lentamente, se la echó hacia atrás por encima de los hombros hasta que las mangas se deslizaron por los brazos y la prenda cayó al suelo. Encontró la lazada de los pantalones del pijama, se los bajó hasta las caderas y los dejó resbalar hasta los tobillos.

Luego la levantó, la sacó del arrugado montón de seda rosa y la llevó a la cama.

—No eres más que un griego grandote y calenturiento, Mike —dijo ella, sorprendida al oír cómo le temblaba la voz. «Parezco una novia asustada», pensó.

—Y tú —susurró él—, no eres más que una ama de casa pura e inocente de Peyton Place —dijo, rozándole los pezones con los labios y acariciándola con la boca.

—¿Y qué vas a hacer un viejo como tú para remediarlo, Mike? —bromeó ella despacio, en tono burlón.

—Voy a pervertirte —contestó él, volviendo a inclinarse sobre ella. Conny se contoneó y estiró los brazos hacia atrás por encima de la cabeza.

—Pídemelo —exigió él, con voz ronca.

—Vete al infierno. ¡Jamás te lo pediré!

—Me lo pedirás —dijo él—, ya lo creo que me lo pedirás.

—¡Oblígame! —exclamó ella—. Oblígame, cariño, oblígame. —Y al momento añadió—: Ahora, mi amor. Ahora.

—Dilo, maldita sea. ¡Dímelo ahora!

Constance arqueó el cuerpo y se retorció procurando pegarse más a él. Lo abrazó con fuerza y echó la cabeza hacia atrás.

—Dilo —repitió él, con voz ronca y salvaje.

Y lo dijo; las palabras salieron angustiadas de la garganta, como si fueran las últimas que pronunciaría en la vida.

Cuando terminaron, la envolvió con un brazo y ella se sintió protegida del mundo entero y a salvo de todos los peligros.

—Nunca eres el primero que se duerme —murmuró, somnolienta, apoyada en su hombro.

—No sería propio de un caballero —respondió él. Le acarició el pelo y sonrió en la oscuridad—. Además, solo los viejos se duermen encima de su mujer.

Constance suspiró, y un momento antes de quedarse dormida, dijo: —Todo el mundo sabe que los dioses griegos no envejecen nunca.

Mike la besó suavemente y pensó: «No hay nada mejor en la vida que esto, yacer junto a la mujer que amas, en tu propia cama, en tu propia casa».

La casa era la misma de siempre, blanca, con contraventanas verdes y, a pesar de que Mike y Constance ya eran un matrimonio, los vecinos seguían llamándola «la casa de los MacKenzie».

—No te preocupes por eso, cariño —le había dicho Constance a Mike—. Siguieron llamándola «la casa Standish» hasta mucho después de que todos pensaran que yo iba a ser una MacKenzie. Olvídalo, ya verás como un día la llamarán «la casa Rossi».

—Tendría que vivir mucho tiempo —dijo Mike con tristeza.

Mike había ido a consultar a Leslie Harrington, que sabía de inmobiliarias más que nadie en Peyton Place.

—Oiga, Leslie —le había preguntado—, ¿cuánto cree que vale la casa de Connie?

—¿La casa de Connie? —preguntó Harrington—. ¿De qué demonios habla, Mike? No irán a marcharse del pueblo Connie, Allison y usted, ¿verdad?

—Tendría que aprender a meterse en sus propios asuntos, Leslie —dijo Mike—. Pero, si le satisface saberlo: no, no vamos a irnos de la ciudad. Y ahora, dígame: ¿cuánto vale la casa de Connie?

—Bueno —respondió Leslie, evasivo—, el valor de los inmuebles subió con la guerra y todo eso. Aunque esa casa siempre ha estado bien cuidada... Veamos. Hum, bueno, yo diría, a ojo de buen cubero, que daría dieciocho mil quinientos por ella.

—¡Por todos los santos! —bramó Mike—. ¡Dieciocho mil quinientos dólares! ¿Dónde diantres cree que está? ¿En el centro de Dallas?

Leslie Harrington se recostó en el respaldo del asiento con una sonrisa en la cara.

—Ni por asomo —respondió—, pero si yo fuera Connie, no aceptaría ni un centavo menos.

Mike había vuelto con Constance y le había hecho la siguiente proposición: —Cariño, ¿me venderías tu casa por dieciocho mil quinientos dólares? Y que Dios nos ayude.

—¿Para qué demonios...? —preguntó ella, desconcertada.

—Eso da igual —respondió él—. ¿Me la vendes?

—Sí —aceptó ella.

Mike sacó hasta el último centavo que había conseguido ahorrar y pagó la entrada de la casa de Constance. Luego pidió un préstamo y terminó de pagarla. Cuando estuvo todo listo, se fue con la escritura nueva, a su nombre, a casa de Leslie.

—Leslie —le preguntó—, ¿ahora la casa es mía?

Leslie Harrington se recostó en el respaldo del asiento y sonrió.

—Sí, Mike —le respondió, recostándose en el respaldo con una sonrisa—, es tuya. Y Connie también ha conseguido un buen precio, te lo digo yo.

—Estupendo —dijo Mike—, si es realmente mía, quiero regalarla.

El asiento de Leslie Harrington cayó sobre las cuatro patas con un golpe seco.

—Pero ¿qué diablos dices? —preguntó.

—Es mía —dijo Mike— y quiero regalársela a Connie por su cumpleaños.

—Bueno, de todas las malditas estupideces que he oído en mi vida —rugió Leslie—, ¡esta se lleva la palma! No tenía por qué comprar la maldita casa. Podíamos haber puesto la escritura a su nombre. No hacía falta meterse en semejante berenjenal.

—No sería lo mismo —objetó Mike.

Así se hizo: Mike llevó la nueva escritura a casa para su mujer, en la que se leía: «POR LA PRESENTE HÁGASE SABER A QUIEN PUEDA INTERESAR, que yo, Michael Rossi, de Peyton Place, estado de New Hampshire, por la suma de un dólar y otras consideraciones buenas y valiosas satisfechas por Constance Standish MacKenzie Rossi, del estado de New Hampshire, por la presente le otorgo y transfiero a ella, a sus herederos sucesores y cesionarios, para siempre y en pleno dominio absoluto, esta determinada extensión de tierra íntegramente, con los edificios y mejoras que se encuentran en ella, sita en Peyton Place, estado de New Hampshire».

Constance rompió a llorar.

—Estás loco —dijo—. ¡Qué disparate! No tenías por qué hacerlo.

No obstante, eran lágrimas de orgullo y de felicidad. Abrazó estrechamente a su marido.

—Gracias, cariño. Gracias.

—Bien —dijo Mike, sonriendo—, no hay por qué llorar. Oye, ¿crees que ahora la gente empezará a llamarla la casa de los Rossi?

Constance se acercó al aparador y preparó una copa para su marido.

—Pues no —respondió, animada—, qué va. Al menos, de momento. —Dio un sorbito a la copa antes de ofrecérsela—. Pero lo sé yo, cariño. La llamaré la casa de los Rossi el resto de mi vida.

Cuando Selena y Mike llegaron en el coche a la casa que él le había comprado y regalado a su mujer, la miró con ojos de propietario. Nunca le había parecido suya hasta que se la regaló a Constance. Lo que la convertía en suya era que se había ganado el derecho a regalársela.

—Fin del trayecto —dijo él.

Selena volvió la cabeza bruscamente, con una mirada asustada y sorprendida. Esas palabras la habían devuelto a la realidad de Peyton Place. Estaba pensando en otro mundo. Ahora solo podía protegerse del horror de los recuerdos soñando despierta.

Recorrió el sendero de la entrada de la casa de los MacKenzie, la puerta principal se abrió al momento y ahí estaba Allison sonriendo de gusto.

—¡Selena! —exclamó—. Por el amor de Dios, ¡cuánto hacía que te esperábamos! Hola, Mike. —Allison le ofreció la mejilla para que la besara—. ¿Has traído la leche?

—Sí, mi querida hija —dijo Mike, dándole una palmadita en la espalda—. Ahora, todos adentro. Hace frío y va a nevar, seguro como que hay infierno.

—Hola, cariño —dijo Constance. Se acercó y abrazó primero a su marido y luego a Selena—. Entra. Cierra la puerta. Oye he preparado una poción divina. Con una sola taza que te tomes, ¡adiós, resfriado! Es un bebedizo secreto de mi tatarabuela, que era bruja. Protección garantizada contra catarros y espíritus malignos —añadió, tomándola del brazo.

Selena Cross miró al fondo de la habitación, donde la esperaba su hermano Joey. La sala de estar era luminosa y acogedora. Las llamas de la chimenea proyectaban cálidas sombras danzantes por toda la sala.

—Ven a sentarte —dijo Constance.

Selena se detuvo en la puerta y Joey se levantó.

—Hola, Joey —saludó ella.

—Hola, Selena —respondió Joey—. Está nevando.

—Sí, Joey —dijo Selena—, está nevando.

Pasó un ángel: ni Mike, ni Constance ni Allison sabían qué decir. Por un instante, la presencia de Selena tendió una sombra de desdicha a la luminosa y alegre sala. Compartieron su dolor rodeándola como guardaespaldas temerosos de unos asesinos. No se les ocurría nada que decir para librarla de la presión del recuerdo y del dolor de la pérdida. Finalmente, Mike rompió la tensión.

—Hace el tiempo ideal para ese ponche —dijo— y, para ti, Joey, tengo una docena de Coca-Colas a tu nombre.

Selena se apoyó en la mano de Allison y por fin se desplomó en una silla junto al fuego, agradecida.

«Gracias —se dijo—. Gracias. Gracias. Gracias. Gracias por seguir queriéndome. Sois las únicas personas que se preocupan por mí.»

No era la clase de amor que más deseaba, pero era mejor que nada.

4

Esa misma noche, poco después de las once, Mike Rossi detuvo el coche enfrente de la casa de los Cross y Selena y Joey se apearon.

—Entro contigo, Selena —dijo Mike—. Voy a ayudar a Joey a encender la chimenea.

—No, gracias, Mike —dijo Selena, deteniéndolo con un gesto—. Nos las arreglaremos. Gracias de todos modos.

—Entonces, de acuerdo —dijo Mike, sin insistir.

—Entra ya, Joey, y enciende las luces —dijo Selena. Cuando su hermano se fue, se volvió hacia Mike—. Buenas noches —se despidió—. Y dale las gracias a Connie de mi parte otra vez. Ha sido muy amable al invitarnos. Dile que la próxima me toca a mí.

—Cuando quieras, Selena —dijo Mike—, ya sabes. Buenas noches.

Selena esperó a que diera media vuelta con el coche para volver a su casa y después se fue por el sendero de la entrada hacia la puerta.

—He encendido la chimenea —anunció Joey.

—Vamos a tomarnos un chocolate caliente —dijo Selena.

—Y a echar una partida a las damas, Selena.

—Es tarde, Joey. Mañana hay clase.

—No, si sigue nevando toda la noche.

—De acuerdo —concedió Selena. Se dirigió a la cocina—. Ahora mismo vuelvo.

«¿Sería mejor hablarlo? —se preguntó Selena mientras calentaba la leche—. Aunque, ¿qué decir para aliviar un recuerdo tan horroroso?»

La primera vez que nevó después de la muerte de Lucas Cross, al principio Selena no se había dado cuenta de lo que le pasaba. Recordó que había empezado a última hora de la tarde. Había comenzado como ese mismo día, con el primer copo de nieve estampado contra el escaparate de la tienda. De pronto, al verlo, le había invadido un pánico irracional y abrumador y había llamado a Constance Rossi inmediatamente.

—Voy a cerrar la tienda antes de la hora —le dijo, sin poder evitar que le temblara la voz.

—¡Selena! ¿Qué pasa? ¿Estás enferma? Voy para allá.

—No. No, por favor, señora MacKenzie —exclamó Selena—. Solo es porque está nevando y tengo que ir a casa con Joey.

—Rápido, Mike —le dijo Constance a su marido—. Coge el coche. Tenemos que ir a ver a Selena.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mike.

—No lo sé —respondió ella—, pero parecía histérica y me ha llamado «señora MacKenzie». Dijo que tenía que darse prisa para volver a casa con Joey porque estaba nevando.

Pero cuando Constance y Mike Rossi llegaron a Thrifty Corner, la tienda estaba a oscuras.

—¡Ay, cariño! —exclamó Constance—. Date prisa, por favor.

El coche derrapó en la nieve recién caída cuando Mike dio un volantazo brusco para ir a buscar a Selena Cross.

La vieron por el camino de tierra que llevaba a casa de los Cross; más que correr, volaba, con el abrigo desabrochado ondeando al viento.

—¡Espera! —gritó Mike—. ¡Espera, Selena!

Ella no lo oyó. La vieron caerse y levantarse y entró por la puerta de su casa antes de que Mike y Constance pudieran salir del coche y seguirla.

Joey Cross estaba arrodillado junto a la chimenea, encendiendo el fuego, como hacía todas las tardes de invierno, para que su hermana siempre encontrara la sala de estar luminosa y alegre al llegar del frío del exterior. Sin embargo, en aquel momento, el delgado niño estaba rígido y tenía los ojos vidriosos. Selena se abalanzó sobre su hermano y se quedaron los dos arrodillados junto a la chimenea, abrazados, como si se ahogaran. Joey gemía diciendo: «S'lena, S'lena, S'lena», una y otra vez.

Ella intentó taparle los labios con dedos temblorosos.

—¡Ay, Joey! ¡Ay, Joey! —sollozó.

—Volverá —susurró Joey, atemorizado, en voz baja—. Volverá, Selena.

—No, Joey. No, Joey. No puede volver nunca más.

Sin embargo, le temblaba todo el cuerpo y miró, asustada, por encima del hombro. Constance había entrado en la habitación, pero Mike se había quedado cerrando la puerta, así que Selena solo vio una silueta oscura a contraluz y empezó a gritar. Separó a Joey, se levantó de pronto y agarró con fuerza las tenazas de la chimenea.

—¡Selena! —gritó Mike, acercándose—. ¡Para!

La sujetó por la muñeca, le retorció el brazo y las tenazas cayeron al suelo; aun así, Selena siguió gritando.

—¡Suéltame, Lucas! ¡Suéltame!

Mike Rossi le dio un bofetón, ella se desvaneció y la sostuvo en sus brazos.

Joey Cross se levantó, todavía aturdido.

—Váyase a casa —le dijo a Mike—. Puedo cuidar de mi hermana yo solo.

—Siéntate y cállate —respondió Mike, y llevó a Selena al sofá—. Constance, trae una manta. Se vienen a casa con nosotros.

Desde entonces, cada vez que empezaba a nevar y el viento soplaba y aullaba a última hora de una tarde invernal, Mike Rossi siempre iba a buscar a Selena y a Joey Cross y se los llevaba a casa, aunque no se quedaban a pasar la noche. Cuando se hacía tarde y el viento amainaba, Selena se levantaba y decía: «Vamos, Joey. Es hora de volver a casa».

Selena entró en la sala con las tazas de chocolate caliente.

—Voy a darte una paliza —dijo, mientras se sentaba a la mesa de juegos enfrente de Joey.

—A ver si puedes, lista —respondió su hermano.

El viento susurraba por las esquinas de la casa. Cada vez que crujía una tabla o se partía un tronco, ellos fingían que no lo oían.

—Hoy he visto a Ted Carter —dijo Selena.

—Ah, ese —dijo Joey.

—Iba con su mujer...

—Hacen buena pareja —dijo Joey—. ¿Por qué no vuelven a Boston, si son de allí?

—Ted no es de Boston —respondió Selena—. Es de Peyton Place, o eso decía siempre.

—Ted Carter siempre decía muchas cosas que no quería decir —replicó Joey.

—Da igual —replicó Selena—. No me gusta que hables así de él, Joey.

—Es un traidor —dijo Joey—. Un traidor de dos caras.

—Déjalo ya.

—¿Cómo puedes defenderlo, con lo mal que te trató? —preguntó Joey.

—Ted hizo lo que creía que tenía que hacer y punto final —dijo Selena.

«Punto final —pensó ella—, la vida tiene muchos puntos finales. Aunque Ted hiciera lo que creía que tenía que hacer, a mí me dolió igual.»

Movió mecánicamente una ficha hacia el centro del tablero y recordó la última vez que había hablado con Ted. Fue justo después de terminar la guerra, él llevaba menos de seis meses en la Facultad de Derecho de Harvard. La telefoneó desde Peyton Place, había ido a visitar a sus padres, y le preguntó si podían verse.

—Claro, Ted —respondió ella—. Ven sobre las ocho.

—Ted Carter quiere hablar conmigo —le dijo a Joey, con quien no tenía secretos. Habían compartido muchas cosas y no tenían motivos para ocultarse nada—. ¿Te apetece ir al cine o algo así?

—¿Ese? —preguntó Joey con desdén, sin querer pronunciar su nombre—. ¿Vas a dejar que venga a casa a pesar de lo que hizo cuando estabas...?

—¿Cuándo estaba esperando el juicio? —concluyó Selena—. Joey, no tengas miedo de decirlo con todas las letras. No es bueno pensar mucho en algo y no decirlo nunca.

—¿Y si quiere que vuelvas con él? —preguntó Joey, enfadado—. ¿Qué vas a decirle?

Selena se dio la vuelta y empezó a juguetear con las flores del jarrón de la mesita.

—No sé —respondió—, pero creo que le diré que sí.

—¡Qué boba! —exclamó Joey, disgustado—. Vales más que una docena de Teds Carter.

Selena le dio unos golpecitos en la cabeza con los nudillos.

—Tienes prejuicios —dijo, y sonrió.

Joey se fue al cine desanimado, como si fuera una obligación penosa. Selena esperó a Ted, casi se le cortaba la respiración solo de pensar en volver a verlo. Se permitió abrigar esperanzas, aunque sabía que era un error terrible. Lo que más quería en el mundo era volver con Ted. La vida la aterrorizaba y, en su desesperación, había llegado a pensar que solo con él estaría a salvo algún día.

—Cuánto tiempo, Selena —dijo él, plantado de espaldas a la puerta, nervioso, dando vueltas al sombrero entre las manos.

Selena lo invitó a sentarse y pensó: «Ha venido aquí a la fuerza». Le bastó un vistazo para darse cuenta de que no había ido a verla por amor, ni siquiera por deseo, sino obligado por su conciencia de Nueva Inglaterra.

—No sabía que tú y yo tuviéramos en cuenta las convenciones sociales —dijo Selena con una sonrisa forzada—. Pero si lo prefieres así, de acuerdo—. Luego añadió, con una voz falsa e impostada, como una niña jugando a ser adulta—: Sí, Ted, cuánto tiempo. ¿Te apetece tomar algo?

—No bebo —dijo él—. Y creo que tú tampoco tendrías que beber —añadió, en un tono tan santurrón que la molestó.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Porque Lucas era un borracho? ¿Lo dices por eso?

—Selena, por amor de Dios, no lo he dicho por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—No sé —respondió Ted, incómodo. El férreo control de Selena lo ponía nervioso. Quería arrodillarse, declararse culpable, pedir perdón, pero, en cambio, solo dijo—: Eso de los cócteles siempre me ha parecido cosa de las grandes ciudades.

—No iba a ofrecerte un cóctel, Ted. Son las ocho de la tarde y me ha parecido que quizá te apetecería un brandy, para bajar la excelente cena que tu madre te habrá ofrecido antes de dejarte salir.

—No, gracias —respondió Ted con aspereza.

Se sentó en un sillón, con las manos en las rodillas; se inclinó hacia ella, pero se mantuvo distante, aislado por los sentimientos de culpa y la angustia que le causaba ver a Selena.

—Bueno —dijo ella, sirviendo brandy en una copa grande—, por los Días Felices[3] —brindó, esperando que él captara la ironía—. Supongo que tampoco fumas, ¿verdad?

—No.

—Pues yo, sí —dijo ella, desafiante. Encendió un cigarrillo y preguntó—: ¿De qué querías hablar conmigo?

Ted se levantó y se acercó a una ventana que daba a la calle. Metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza hacia atrás, como para relajar la tensión muscular del cuello.

—Estoy pensando en casarme —anunció— con una chica que conocí en Boston.

Selena no dijo nada. Dejó la copa en silencio y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Ah, ya —dijo por fin, sin cambiar el tono de voz.

—Todavía no se lo he dicho a nadie —añadió él. Se dio media vuelta lentamente y abrió las manos como pidiendo ayuda—. Quería contártelo a ti primero.

—¿Por qué te has molestado? —preguntó Selena, esta vez su amargura era evidente—. ¿Por qué?

—Peyton Place es una ciudad pequeña. Las habladurías corren como el agua y no quería que te enteraras por otra persona.

—Muy considerado por tu parte, Ted, maldita sea —dijo ella.

—Selena, por amor de Dios, no me lo pongas más difícil.

—¿Ah, sí, es difícil, Ted? ¿Por qué? Antes del juicio ya sabía que el gran Ted Carter no podría permitirse casarse con una asesina. Entonces, ¿por qué te resulta tan difícil hablarme de tu nueva novia?

—Mierda, Selena sabes muy bien lo que siento por ti —dijo él con voz tensa—. Eso nunca va a cambiar. Lo nuestro era muy grande, pero juntos no tendríamos ningún futuro.

—No te atrevas a venir aquí a decirme lo mucho que piensas en mí —gritó Selena, poniéndose en pie de un salto, con los puños apretados—. Todo el mundo sabe lo que sientes por mí, así que no me vengas con discursos bonitos. Llegas un poco tarde.

—Selena, por favor, siéntate un momento y escúchame. Quiero intentar explicártelo lo mejor posible.

—No hay nada que explicar, Ted —respondió ella, hastiada—. ¿Por qué no te vas?

—Siéntate —dijo él, poniéndole las manos en los codos—. Por favor. Siéntate.

Selena se encogió de hombros, se sentó y le dio vueltas al brandy en la copa.

—Selena, sabes que siempre he querido ser abogado —comenzó —, pero no uno cualquiera, como el viejo Charlie Partdrige, sino un abogado de primera clase.

—Antes no pensabas que Charlie fuera tan malo —lo interrumpió ella—, claro que, entonces aún no sabías si llegarías a Harvard y Charlie todavía estaba en posición de ayudarte.

Ted pasó por alto el sarcástico comentario porque no tenía respuesta. Era cierto. Sabía mejor que nadie lo cierto que era.

—Harvard por sí sola no me va a convertir en un gran triunfador —continuó—. Para ser un abogado de éxito se necesitan apoyos. Es preciso que alguien importante te dé un empujón.

—Empiezo a entenderlo —dijo Selena, sirviéndose más brandy—. ¿Tal vez el padre de esa chica de Boston es un abogado importante?

Ted miró al suelo. Todo el razonamiento que tan lógico se le antojaba mientras se dirigía a casa de Selena, le pareció de pronto completamente vergonzoso. Enfrentado a la realidad de Selena, las maquinaciones para hacer carrera adquirían un tinte sórdido y pueril. Pero ya se había comprometido; no había vuelta atrás. En el fondo, sabía que Selena era su salvación, pero no podía ser. No podía ser. Se consoló con ese pensamiento. ¡No podía ser! La culpa era del destino, no de Ted Carter. Así es como los hombres débiles salvaguardan su orgullo.

—Se llama Jennifer Burbank —continuó—. Su padre es John Burbank, de Burbank, Burrel y Archibald, uno de los bufetes de abogados más importantes de Boston.

Selena echó la cabeza atrás y se echó a reír.

—¡No, para! —exclamó casi sin aire—. ¡En serio, es demasiado! ¡Jennifer Burbank! ¡El bufete de abogados más grande de Boston! — Intentó dejar de reírse, pero casi tuvo miedo de hacerlo porque sabía que, si no se reía, lloraría.

—Selena, por favor —suplicó Ted.

Selena dejó de reírse. Sacudió la cabeza y la larga melena oscura se derramó sobre la espalda. Ya no había lugar para las lágrimas. Los ojos de color lila se le pusieron casi negros y la suave boca roja que había besado tantas veces esbozó una sonrisita forzada.

«Dios mío —pensó Ted, mirándola—, ahora veo cómo debió de ponerse cuando mató a Lucas. Nunca me había imaginado que pudiera ponerse así.»

—Háblame de ella, Ted —dijo en un tono suave—. ¿Cómo es? ¿Pequeña, rubia, con la piel blanca y sonrosada y los pechos como limones?

—¡Selena!

—Pues ten cuidado con esa clase de mujeres, Ted —continuó ella con una voz demasiado controlada, demasiado agradable—. Algunas de esas putas familias ricas de Boston son terriblemente endógamas, ya sabes. Seguro que es una chica delicada. Peyton Place la matará. Esa sangre azul tan fina no resiste nuestros inviernos.

—No vamos a vivir en Peyton Place —dijo Ted en voz baja—. Cuando termine en Harvard, su padre va a contratarme en su bufete.

—Y dígame, abogado Carter, ¿los Burbank, tan aristocráticos ellos, saben lo nuestro? Me refiero a ti y a mí, ¿saben algo de Lucas? ¿O dejaron de leer la prensa cuando murió Henry Adams?[4]

—Saben que fuimos juntos al colegio.

—Vaya, vaya —dijo Selena con sorpresa fingida—. Oigan al pequeño Ted Carter: «el colegio». ¿Nunca te has fijado en que solo las personas que han estudiado en la privada dicen que han ido al «colegio»? ¿No te habías fijado, Ted? Los demás, los pobres desgraciados que estudiamos en la pública siempre decimos «el instituto». Me alegro mucho de que estés aprendiendo el lenguaje de tu nueva familia, Ted. No me gustaría que tus suegros pensaran que eres un *pazguato*.

—Selena, ¿puedes dejar de decir esas cosas? ¿No podemos hablar como viejos amigos? Tú no eres *así*, Selena.

—Quizá no sea la antigua Selena, Ted. Quizá tengas razón, quizá no sea *así*. Pero *voy* a serlo, Ted. No quiero ser la buena, dulce e inocente Selena, amiga de todos. Y, sobre todo, Ted, no quiero ser amiga *tuya* —replicó. Su voz ya no era suave; le salía de la garganta desgarrada, torturada y ronca—. ¡Coge el abrigo y lárgate! —le dijo a voces.

Ted se levantó y vio que Selena se servía otra copa. Se puso el abrigo y se quedó de pie, impotente, frente a ella.

—¿No me das un beso de despedida? —preguntó.

—¡Largo! No quiero volver a verte en mi vida. Me das asco, ¿entiendes? Preferiría besar la basura antes que a ti. ¡Márchate ya!

Cuando se fue, se quedó sentada un largo rato, con la copa de brandy entre las manos. Luego se levantó despacio, fue a la cocina y vertió la bebida en el fregadero, como si la presencia de Ted la hubiera contaminado.

Cuando llegó Joey, estaba tejiendo en un sillón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inmediatamente.

—Va a casarse —respondió Selena con calma—. Con una tal Jennifer Burbank, de Boston, Massachusetts.

Joey miró a su hermana y empezó a desabrocharse el abrigo.

—¿Te duele, Selena? —preguntó por fin.

—Sí —respondió ella. Enrolló la labor de punto, la guardó en una caja y fue a la cocina a preparar café.

La dama negra de Joey hizo clic, clic, clic en el tablero y eliminó tres blancas de Selena.

—Ya van ocho partidas a mi favor —dijo—. ¿Cuál iba a darle una paliza a cuál?

—Quién a quién —le corrigió Selena. El reloj de la repisa de la chimenea dio dos campanadas—. Son las dos de la madrugada —dijo—. A la cama.

—Creo que voy a coger una manta y a acurrucarme aquí mismo, en el sofá —dijo Joey, con naturalidad. Se levantó y se desperezó—. Quiero ver el fuego.

—De acuerdo, Joey —dijo Selena. Le besó en la mejilla—. Buenas noches.

El viento había amainado casi por completo, pero, al otro lado de los cuadrados negros de las ventanas delanteras, Joey veía los copos interminables que caerían toda la noche. Volvió a comprobar la cerradura de la puerta de entrada y echó otro leño al fuego.

Selena se tumbó mirando a la ventana, esperando la primera luz del día, rezando para que amaneciera y terminara esa noche amenazadora. Pensó: «Ojalá fuera una niña. Ojalá siguiera creyendo que los fantasmas existen y que las casas están realmente encantadas; pero los espectros de esta casa son mis propios recuerdos. —Lloró en silencio sobre la almohada. Pensó en Ted, pero no sollozaba por él. Solo era el símbolo de cuanto había perdido—. Lo único que tengo ahora —se dijo—, lo único que tengo ahora es soledad. Ese es el premio que me he ganado en la vida».

Amaneció y volvió a levantase el viento antes de que Selena y Joey se durmieran.

3 Posible alusión a «Happy Days Are Here Again», canción de 1929 con música de Milton Ager y letra de Jack Yellen, que Franklin D. Roosevelt utilizó como himno en la campaña electoral de 1932.

4 Henry Adams (1838-1918), historiador, periodista y novelista estadounidense de una influyente familia política de la época.

5

«Quizá sea hoy», pensó Allison MacKenzie al despertarse. Hacía dos meses que pensaba lo mismo cada mañana.

Salió de la cama de un salto e inmediatamente cerró la ventana del dormitorio para protegerse del frío de la madrugada; con las manos en el marco, se estremeció, boquiabierta al contemplar la belleza del exterior. Apoyó la frente un momento contra el frío cristal de la ventana, como para despertarse de golpe, disipar los sueños nocturnos y dar paso a los diurnos. Se pasaba casi todo el día embobada, soñando con la llamada de Brad Holmes, el agente literario, que nunca llegaba; se imaginaba la novela impresa, encuadernada, publicada y la fama y el éxito que le proporcionaría.

Seguía nevando, el viento levantaba enormes puñados de nieve y los lanzaba por doquier como nubes gigantescas. Todo lo que veía estaba blanco, limpio y suave, el mundo entero parecía nuevo y puro, como si allí nunca pudiera haber sucedido nada malo ni pecaminoso.

Descalza, se acercó lentamente a la puerta del dormitorio y la abrió. Al instante, notó unas pequeñas ondas de calor que trepaban desde la planta baja y le envolvían los tobillos. Volvió a meterse en la cama de un salto y se acurrucó debajo de las mantas para esperar a que se calentara la habitación.

«El mundo entero está dormido —pensó, recordando una fantasía de la infancia—, soy la única que está despierta.»

Enseguida entró en calor y le pareció que estaba protegida y segura de sí misma, igual que cuando, de pequeña, iba a su sitio secreto del bosque, al final de Road's End[5]. Pero era mejor de mayor, porque había aprendido a no temer el momento de volver al mundo real. «Al menos, vivir en Nueva York me ha servido de algo», se dijo. La experiencia con Brad, aquel paréntesis breve e intenso, le había servido para considerarse madura y sensata. Sabía que no era ninguna de las dos cosas, pero quería creerlo por encima de todo. «Cuando se ha dado tanto de una misma —pensó—, hay que salvar

algo de las ruinas, por pequeño que sea. Incluso una mentira. Va a nevar todo el día —siguió pensando—. Me levantaré, tomaré un desayuno enorme y ayudaré a mi madre con las tareas domésticas cuando mi padre vaya al instituto. No soy una escritora famosa, solo la hija de mi madre.»

Nunca llamaba «padre» a Michael Rossi. A veces le llamaba «padrecito» en son de broma, con la esperanza de darle a entender que todavía era incapaz de expresar más, aunque quisiera; pero la mayoría de las veces le llamaba «Mike». Solo decía «mi padre» en su fuero interno. Al principio, solo quería probar si la abrumaba la culpabilidad por semejante deslealtad para con Allison MacKenzie, su difunto padre, de quien había heredado el nombre, pero no sentía nada. Era como si Allison MacKenzie nunca hubiera sido realmente su padre, sino un hombre con el que su madre había tenido una relación amorosa bastante desafortunada hacía mucho, muchísimo tiempo.

«Nunca me arrepentí —le había dicho su madre—. Lo amaba y fue bueno conmigo. Y te tuve a ti, que es mucho más de lo que tienen la mayoría de las mujeres.»

Al principio, cuando el resentimiento de Allison contra su madre estaba en pleno apogeo, se repetía la horrible palabra, una y otra vez.

«Bastarda.»

Y pensaba que se moriría de vergüenza y de horror. Guardaba el secreto tan bien como su madre. Lo abrazaba estrechamente, lo llevaba consigo en el sueño y en la vigilia. «Ilegítima, fuera del matrimonio...» Esas palabras la acometían desde las páginas de los libros que leía; parecían resaltadas en negrita. Y lo que era peor: cuando más susceptible estaba, más le daba la sensación de que solo las habían escrito para herirla, lastimarla e insultarla.

Nunca le había contado a nadie las circunstancias de su nacimiento, ni siquiera a Stephanie Wallace, su compañera de cuarto en Nueva York; ni a Bradley Holmes, que había sido su amante.

En las semanas y meses de autocompasión y autolesión, cuando volvió a Peyton Place, a menudo pensaba con amargura en Bradley Holmes. Ni siquiera sabía cómo situarlo ni cómo identificarlo en el

esquema de su vida. Se preguntaba si podía considerarlo un amante, pero eso presuponía amor, cosa que él no le había dado. No, fue solo el primer hombre, el que la inició en el sexo, el que le quitó algo y también le dio algo. Por eso era importante para ella. Un hombre al que nunca olvidaría. Aunque fuera una escritora sofisticada, todavía no había superado la creencia de que había que casarse con quien se hiciera el amor por primera vez.

Había perdido mucho tiempo odiando a Brad, pero al final, gracias a él, había empezado a entender y a querer a su madre. Había comprendido que ella misma era un ser humano capaz de tener flaquezas y ya no esperaba que los demás fueran superhéroes, ni siquiera su madre.

Oyó movimiento en la planta baja y, unos minutos después, la risa de su madre le llegó desde la escalera. Su madre y Mike siempre se levantaban juntos y nunca hacían nada por separado. Si alguna vez hubiera necesitado una prueba para convencerse de que su relación con Brad no había sido amorosa, solo tenía que mirar a Mike y a Constance. Los había oído reírse juntos como colegiales más de una vez mientras preparaban el café.

—Es indecente —había dicho Allison, riéndose, porque su madre siempre se bañaba mientras Mike se estaba afeitando.

—No puedo evitarlo —había respondido Mike—. Tu madre siempre ha despertado en mí los sentimientos más escandalosos, y sospecho que será así para siempre.

—Escandalosos, y una mierda —había replicado Constance con vulgaridad—. El día que algo te escandalice, será motivo de fiesta nacional. Los niños lo celebrarán con fuegos artificiales, desfiles y redacciones.

Cuando Allison bajó las escaleras, la recibió el aroma del café y la panceta; lo primero que vio fue la dorada cabeza de su madre, recortada contra el nevado cristal de la ventana, con una bata azul cielo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, como siempre que veía algo hermoso.

—Buenos días, cariño —dijo Constance. Besó a Allison en la mejilla—. ¡Qué mañana tan bonita!

—Me he disfrazado de cocinero de comida rápida —dijo Mike, mientras Allison le ofrecía la mejilla—, ¿un huevo o dos?

—¡Dos! —exclamó Allison, rebosante de pronto de cariño y con la maravillosa certeza de que el día iba a ser excelente.

—¡Hoy sí que sí! —exclamó. Fue a la cocina casi bailando a servirse una taza de café.

—¡Ay! Eso espero, querida —dijo Constance—. ¿Lo has soñado?

—No, pero lo sé de todas formas —contestó Allison. Se sentó a la mesa de la cocina—. Hoy Bradley Holmes me va a llamar desde Nueva York y me va a decir: «Hola, Allison». Y le voy a contestar: «Hola, Brad». Y entonces me va a decir: «Tengo unas noticias fantásticas. He vendido tu libro». Entonces, si no me desmayo, romperé a llorar, y él me dirá a quién se lo ha vendido y tú, mamá, tendrás que llamar a Mike porque yo seré incapaz de hacerlo y, cuando Mike llegue a casa, se emocionará y sacará las dos botellas de champán que tiene reservadas y lo celebraremos todos juntos.

—Y yo me pondré así —dijo Mike, levantando la taza de café en alto—, y diré: «Por Allison MacKenzie y su éxito de ventas con *El castillo de Samuel*». Y entonces, señoras, procederemos a brindar.

—Y después —dijo Constance—, tendré que ponerme manos a la obra y llamar a todos nuestros conocidos para decirles: «Por favor, venid a casa, porque vamos a celebrar una fiesta en honor de la célebre escritora Allison MacKenzie», y entonces Mike tendrá que empezar a servir cerveza, porque no hay tanto champán en la bodega.

—¡Maldita sea! —exclamó Mike—. ¡Los huevos se queman! —Y los tres se echaron a reír.

—Unos huevos quemados nos devuelven al mundo real —dijo Allison, suspirando—. ¡Qué prosaico! —y como prefería el sueño, añadió—: ¿No sería fantástico que Brad lo vendiera?

—Claro que sí, cariño —dijo Constance—. Sería una gran alegría para todos, sobre todo para ti. Te lo mereces, cielo. No solo porque tienes un talento maravilloso, sino porque te has esforzado mucho.

—Lo va a vender —dijo Mike—. Algún día, pronto, ya lo verás. Ahora, vamos a comer. Voy a llegar tarde al instituto.

Allison pensó que sí, que se había esforzado mucho. Su madre lo había dicho muy bien, pero no expresaba todo lo que había invertido en la novela. Los años de escritura y el tedio de corregirla. De todos modos, lo más difícil no había sido escribir el libro en sí, sino *la duda.* La duda la atormentaba, le ponía los pelos de punta, le impedía dormir y descansar. ¿Sería buena? ¿Encontraría una editorial? No confiaba en su propio criterio. Si un capítulo le parecía muy bueno a medianoche, a la luz del día solo servía para tirarlo a la papelera. A veces pensaba que había llorado tanto por el libro como una madre por un hijo ingrato.

El castillo de Samuel era la culminación de más de dos años de trabajo. La primera vez que Allison volvió a casa, cuando el juicio de Selena Cross, estaba derrotada como autora de novelas, porque, aunque había conseguido mantenerse escribiendo relatos cortos para revistas, la novela había sido un fracaso. Bradley Holmes le había dicho sin rodeos que no podía venderla y que, aunque pudiera, no lo haría, pues publicar una obra de mala calidad, a la larga sería más perjudicial que beneficioso para ella.

—Vuelve a intentarlo —le había dicho Brad—. Espera a madurar un poco más y a adquirir más experiencia.

«Bueno —había pensado Allison con tristeza al llegar a casa—, aunque no sea mucho mayor, lo cierto es que tengo más experiencia.»

Había conocido a David Noyes en Nueva York; era la única persona a la que había contado su breve aventura con Bradley Holmes, y fue él quien acudió a Peyton Place para ayudarla y consolarla.

—Allison, no puedo negar que me dolió en el alma —le dijo David —. A ningún hombre le gusta que la mujer que ama le cuente sus experiencias sexuales con otro. Las mujeres creen que sí, pero no es cierto. Son ellas las que han aceptado la norma única más fácilmente. Creo que la inventaron ellas —añadió riéndose y, después de una pausa, continuó—: Lo tuyo con Brad se acabó, Allison, ha pasado a la historia. Ahora te toca lo más difícil: recoger los fragmentos de tu vida y procurar darles forma.

—Ay, David, ¿cómo? —preguntó Allison—. Siempre es fácil dar consejos así, grandilocuentes e imprecisos. Quiero que me ayudes. Sé más concreto. No quiero consejos. Supongo que lo que quiero es una receta.

—Ponte a trabajar. Aunque parezca una idea muy trillada, funciona. Trabaja sin descanso. Trabaja. Trabajar en la tarea que uno ha elegido es una de las mayores satisfacciones de la vida. Es mejor remedio que el tiempo.

Al final, Allison dijo que lo intentaría.

—¿Y nosotros, Allison? —le preguntó él con ojos implorantes.

—Nosotros, nada, David. Ahora no. Todavía no. Quizá nunca. Tal vez cuando lo pienses con detenimiento, no estés tan seguro de querer algo de segunda mano —respondió ella, apartando la cabeza, con los labios apretados y tratando de contener las lágrimas.

No sabía si lo que le rompía el corazón era el recuerdo de Brad o la pregunta de David.

—¡Qué dices! —exclamó David con dureza—. Nunca le he dado importancia a la virginidad.

—Te escribiré, David. Quizá todo cambie cuando vuelva a trabajar. Espero que sea cierto. Tal vez el tiempo y el trabajo logren lo que yo no he podido.

Y así, David Noyes volvió a Nueva York y Allison desenvolvió el manuscrito y se puso a trabajar.

El castillo de Samuel era la historia de Samuel Peyton, un negro adinerado que se había casado con una mujer blanca y, para evitar la exclusión social, se había construido un castillo fuera de Peyton Place, en la montaña. Tal era el trasfondo, el contrapunto a la historia de una ciudad pequeña muy parecida a Peyton Place y a sus habitantes. Cuando Allison terminó por fin de escribir el sexto borrador y se lo mandó a Brad, este la llamó al día siguiente. Ella sabía que no era habitual que un agente prestara toda su atención, y tan rápido, al trabajo de una escritora novel, joven y prácticamente desconocida.

—¡Es genial, Allison! —le dijo Brad, alegremente—. ¡Lo venderé! Estoy seguro.

—Por fin —dijo Allison, lacónica, tan cansada y harta del manuscrito que ya le daba igual lo que le sucediera.

Había hecho todo lo posible, ahora estaba en otras manos. Era como si ya no le perteneciera.

—Oye, ¿Peyton Place se parece en algo a la ciudad del libro?

—Sí. ¿Por qué?

—No, por nada. Es que debe de ser un auténtico nido de víboras.

—Peyton Place es como cualquier otra ciudad pequeña, Brad, y la del libro también. Son todas muy parecidas.

—Cruza los dedos, encanto —dijo Brad—. ¡Tendrás noticias mías!

Desde entonces, Allison se despertaba cada día con el mismo pensamiento: «Quizá sea hoy».

—Tengo que ponerme con la sala de estar —dijo Constance cuando terminaron de fregar los platos del desayuno—. Parece una pocilga.

No era cierto, pero Constance era una ama de casa meticulosa y, a la menor señal de polvo, sacaba la aspiradora.

—La repasaste anteayer mismo a conciencia —respondió Allison.

—De todos modos —respondió Constance—, no tengo la menor intención de organizar una fiesta con champán para una escritora en un salón sucio.

—Salgo a despejar la entrada —dijo Allison— y a quitarme las telarañas del cerebro, seguro que tienen la culpa de que se me ocurran ideas imposibles a primera hora de la mañana.

Se puso manos a la obra. Se protegió las manos con unos guantes y cogió el familiar mango desgastado de la pala con la esperanza de que un trabajo tan mecánico como quitar la nieve la distrajera lo suficiente para olvidar las interminables cavilaciones sobre el destino de su obra. Finalmente, tuvo que reconocer que la novela era más que un libro, más que un trabajo: toda su vida dependía de ella. Solo podía pensar en sí misma como la autora de *El castillo de Samuel.* O eso, o nada.

Entró de nuevo en casa a las once y media de la mañana. Se estaba sacudiendo la nieve de las botas cuando oyó el teléfono; contestó a la llamada desde el supletorio de la cocina.

—Hola, ¿Allison? —Era Bradley Holmes.

«No puede ser. No puede ser —se repitió Allison una y otra vez—. Los deseos no se cumplen, así como así.»

—Sí, Brad —dijo al auricular, intentando disimular su inmensa emoción.

—Siéntate, encanto —dijo él—. ¡Tengo una noticia maravillosa para ti!

«No puede ser. No puede ser. Por favor, Dios, que sea verdad», pensó ella.

—¿Allison? Allison, me oyes?

—Sí, Brad, te oigo, no hace falta que grites.

—¡He vendido el libro! —gritó él.

Constance estaba haciendo la cama de Allison cuando oyó que la llamaba.

—¡Mamá! ¡Ven, rápido!

«Dios mío —pensó Constance, corriendo hacia las escaleras—. Se ha hecho daño.»

—Sí —lloraba Allison en el teléfono—. Te oigo, Brad. Te oigo.

—¡No puede ser! —exclamó Constance apoderándose del teléfono —. Soy Constance Rossi, ¿qué ha pasado?

—He vendido el libro de Allison a Jackman —dijo Brad—. Tiene que venir a Nueva York el lunes.

—Jackman —repitió Constance, tontamente—. El lunes.

—Dígale que me llame, que me diga en qué tren o en qué avión viene. Iré a recogerla. Y que le reservaré una habitación en el Plaza. Creo que Jackman va a apostarlo todo por este libro. Tengo la sensación de que Allison no tardará en poder permitirse los mejores hoteles: que vaya acostumbrándose.

—Sí, señor Holmes. Adiós, señor Holmes —dijo Constance.

5 *Road's End*: fin del camino.

6

Chestnut Street era una avenida ancha y arbolada, paralela a Elm Street, una manzana al sur de la calle principal. Chestnut Street siempre se había considerado la «mejor» calle de Peyton Place, y seguía siéndolo. Todas las ciudades tienen su Chestnut Street. En los días más calurosos del verano, las Chestnut Street del mundo son más frescas que las demás. No cabe duda de que las casas de esas calles se construyeron en una época en la que los criados eran baratos y abundaban, y en la que los propietarios podían permitírselos. Para las personas que viven en otras calles, esas viviendas siempre resultan misteriosas. Uno se imagina habitaciones secretas y escaleras ocultas.

No había peligro de que algún indeseable encontrara la forma de entrar en Chestnut Street, porque todas las mansiones estaban rodeadas del terreno privado del propietario. Eran «tierras antiguas», hectáreas pertenecientes a las familias que habían ido a vivir a la sombra del castillo de Samuel Peyton, cuando era nuevo.
Los hombres que vivían en esta calle eran la savia vital de Peyton Place, hombres bien situados, adinerados y que, por lo tanto, tenían la sartén por el mango.

—Hace falta algo más que dinero para que una ciudad funcione —dijo el doctor Matthew Swain a su amigo, Seth Buswell—. La gente procura adaptarse a lo que gana y ya no se esfuerza más.

—Y encima esos desgraciados ingratos montan un sindicato —replicó Leslie Harrington sin dar tiempo a Seth a responder—. No puedo abrir.

Los hombres de Chestnut Street organizaban partidas de póquer en casa de Matthew Swain los viernes por la noche. Esas partidas eran toda una leyenda en Peyton Place.

—La edad no lo marchita —dijo Seth, mirando a Harrington— ni agota la rutina su sucia lengua de doble filo[6].

—Yo puedo abrir —dijo Charles Partridge—. Y abro.

Charles Partridge siempre intervenía en las conversaciones cuando el tono amenazaba con volverse hostil; aunque no hacía falta que se molestara en pacificar a Leslie y a Seth, porque tenían la costumbre de insultarse el uno al otro, aunque la animosidad que los había motivado en los primeros años había caído definitivamente en el olvido.

Cuando murió Rodney Harrington, el único hijo de Leslie, sus amigos de Chestnut Street se habían preocupado por él. De la noche a la mañana, Leslie Harrington había pasado de ser el empresario duro y ambicioso de toda la vida, a una imitación desdibujada de sí mismo. Incluso quienes siempre lo habían detestado empezaron a compadecerlo.

—Por fin ha recibido su merecido —decían muchos en Peyton Place, algunos con orgullo y satisfacción, como si el castigo se lo hubieran propinado ellos.

—Sí, pero creo que no se merecía tanto, ni tan de golpe —objetaban otros.

Si Leslie Harrington los hubiera oído, habría creído que el destino eran meras palabras y que su vida era solo lo que contaban los demás. Las habladurías devolvían a los muertos y a los desaparecidos a Peyton Place. Se hablaba de Rodney y de Betty más a menudo que cuando estaban vivos. Las voces roncas de los viejos eran como una letanía.

—Puede. Pero apuesto a que no todos lamentan tanto que Leslie Harrington se haya llevado su merecido por fin.

—Ah, ¿sí? ¿A quién te refieres?

—A John y Berit Anderson, los de Ash Street.

—Ya. Leslie echó a su hija del pueblo. No es de extrañar que ahora los Anderson no se compadezcan de él.

—Por cierto ¿qué habrá sido de Betty Anderson? John nunca la nombra. Como si estuviera muerta.

—Bueno, supongo que cuando la preñó Rodney Harrington, para John sería como si *hubiera* muerto.

—Sí. Los suecos tienen su orgullo, como todo el mundo.

—A lo mejor vive en Rutland. ¿No tenía una tía allí?

—¡Qué va! Jared Clarke ha estado en Rutland un millón de veces, y te aseguro que, si Betty viviera allí, Jared lo sabría y se lo habría contado a todo el mundo.

En Peyton Place se habían hecho toda clase de conjeturas sobre el paradero de Betty Anderson, como siempre que una chica se iba de la ciudad por los mismos motivos que ella. Pero lo que nadie sabía, ni siquiera los de Chestnut Street, que solían estar al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad, era que Leslie Harrington había estado buscando por su cuenta, discretamente, a la muchacha a la que había intentado destruir. No había acudido a Buck McCracken, porque el sheriff de Peyton Place tenía fama de lento, además de bocazas. Si optaba por una sucursal cercana de la Oficina de Personas Desaparecidas, mandarían agentes al pueblo y harían preguntas, y eso a Leslie no le interesaba nada. En Peyton Place no había detectives privados, ni en todo el estado, dicho sea de paso; de todos modos, habría sido imposible, porque también harían preguntas.

Así que, al parecer, Leslie Harrington había fracasado, pero el fracaso era un lujo que nunca se había permitido, y no tenía intención de empezar a permitírselo nunca. Encontraría una manera, estaba seguro. Puede que tardara tiempo, pero la encontraría.

—Subo la apuesta, Leslie —dijo Matthew Swain—. ¿Juegas a las cartas o sueñas despierto con coristas?

—Las veo, Matt —dijo Leslie. Puso unas monedas en el centro de la mesa—. Escalera de color a reina negra, Matt. A ver si lo superas.

—No puedo —respondió Matthew Swain, disgustado—. Siempre has tenido una suerte del demonio, Leslie.

«No siempre —pensó Leslie—. No siempre.»

—Hoy he visto a Ted Carter —dijo Charles Partridge—. Iba con su mujer. Es una chica muy guapa.

El médico carraspeó.

—Oye, Matt —dijo Leslie—. Al fin y al cabo, no puedes reprocharle toda la vida que dejara a Selena Ross.

—Al fin y al cabo... ¡y un cuerno! —respondió el doctor Swain—. De todos modos, no es asunto mío. Vamos, reparte.

—A un joven como él, que intenta labrarse un futuro y salir adelante en la vida —continuó Leslie, como si Matt no hubiera dicho nada—, no se le puede culpar. No habría ningún problema si pensara establecerse aquí, en Peyton Place, pero casarse con una chica como Selena no le favorecería en ningún otro sitio. Casi todo el mundo tiene buena memoria.

—Y que lo digas —convino Seth Buswell—. Y no se acuerdan solo de los asesinatos, también de otras muchas cosas.

—¿Qué demonios insinúas, Seth? —preguntó Leslie—. Vamos, suéltalo. Desembucha, anda, no te quedes ahí rumiándolo toda la noche.

—Por ejemplo —dijo Seth, enfadado, tirando las cartas encima de la mesa—, lo de Betty Anderson y su hijo.

Leslie miró a Seth como si le hubiera dado una bofetada.

—Vamos, vamos —terció Charles Partridge—. Ese asunto está visto y sentenciado desde hace mucho tiempo. Es agua pasada. No sirve de nada sacar el tema. Sigamos con el juego.

—¿Quién lo ha sacado? —preguntó Seth—. ¿Yo, acaso? Lo único que digo es que Leslie se preocupe de sus asuntos en vez de meterse con cualquier otra persona de la ciudad.

Leslie dejó las cartas en la mesa, muy despacio, y miró a Seth directamente a los ojos.

—Llevo dos años intentando encontrar a esa jovencita —afirmó en voz baja.

Sus tres amigos lo miraron con incredulidad, pero la repentina expresión de sinceridad de Leslie no dejaba lugar a dudas: lo que decía era verdad.

—¿Por qué? —preguntó Matthew Swain con delicadeza.

—¡Maldita sea! —exclamó Leslie—. ¡Por mi nieto! Esa es la cuestión. Es el último Harrington y no sé dónde está.

—¿Por qué no nos has pedido ayuda, Leslie? —preguntó Charles —. No lo sabíamos.

—Pues yo no movería un maldito dedo para ayudarte, Leslie —dijo Seth, enfadado—. ¿Qué pretendes? Encontrarla y quitarle al crío, ¿no es eso?

—Seth —medió Matt Swain—, cállate un momento.

—Yo no he dicho que quisiera quitarle el hijo a la madre —respondió Leslie a la defensiva—. Si la encontrara, me encargaría de ambos, claro está. Si ella quisiera venir, desde luego.

—Sí, y sin duda, te asegurarías de que no aceptara, ¿verdad? —replicó Seth con amargura—. Por Dios, Harrington, eres un hijo de perra. Siempre lo has sido, pero he sido tan estúpido que he llegado a suponer que cambiarías con la edad.

—¡Seth! —exclamó el doctor Swain—. ¡Cállate! —ordenó. Se volvió hacia Leslie Harrington—. ¿Lo harías, Leslie? ¿Te harías cargo de los dos, quiero decir?

—Sí —contestó Leslie, mirándose las manos—. De los dos. Quiero hacerlo. Lo he intentado todo, pero no doy con ella.

—¿Qué has intentado, Leslie? —preguntó Charles.

—Por Dios, incluso fui a visitar a esa puñetera familia suya. Si sabían algo, no me lo dijeron y, en cuanto a la chica, esa tía de Rutland no existe.

—¿Algo más? —preguntó Seth, no del todo convencido de los motivos de Leslie.

—Bueno, ¿qué más querías que hiciera, demonios? —replicó Leslie—. Oye, Seth, ya sé que suena fatal, pero no podía pedir ayuda a Buck McCraken, ¡por Dios! Y, en cuanto a esa organización de Personas Desaparecidas, habrían mandado a la policía a indagar por todo el pueblo. Hasta pensé en contratar a un detective privado, pero habría sido igual. Me dio miedo, la verdad.

Seth jamás habría creído que oiría esa palabra en boca de Leslie Harrington. Miedo. Empezó a comprender, un poco, el vacío que llenaba la vida del gran empresario.

—Podríamos ayudarte —dijo Seth, finalmente.

—¿Cómo? ¿Qué podemos hacer? —preguntó Leslie.

—Podemos poner un mensaje en la sección de anuncios por palabras de los periódicos —dijo Seth.

—¡Ah! —respondió Leslie, disgustado—. Esa fue una de las primeras cosas que intenté. Puse anuncios en todos los periódicos de todas las ciudades, desde la frontera canadiense hasta Boston.

—Leslie —dijo Seth recostándose en la silla—, entra en cualquier casa de Ash Street, o en la de cualquiera de tus obreros de la

fábrica, da igual, y fíjate en los periódicos que leen. No compran el *Herald* de Boston, ni el *Monitor* de Concord. Compran la prensa sensacionalista. El *Record* de Boston, el *Daily News* de Nueva York u otros similares. Son los que publican los asesinatos a puñaladas de Harlem, las violaciones de Back Bay y los chismorreos sobre los famosos de Nueva York y de Hollywood. Apuesto lo que sea a que Betty Anderson, esté donde esté, si compra algún periódico, es alguno de esos.

—¿Y si no lee los anuncios? —preguntó el doctor Swain—. Me imagino que la mayoría los pasa por alto.

—Tal vez —dijo Seth—, pero seguro que lee a Winchell[7]. Leslie, podrías comprar un espacio en la misma página que la columna de Winchell en todos los periódicos del país que la publican.

—Será un poco caro —dijo Charles Partridge, que, según algunos, cuidaba más el dinero ajeno que el suyo propio.

—¿Puedes arreglarlo, Seth? —preguntó Leslie.

—Sí, pero no aquí. Pasado mañana tengo que ir a Manchester. Lo haré allí.

—A ver si ahora sí —dijo Leslie sonriendo a sus amigos—. A ver si ahora sí.

Cuando Leslie y Charles se marcharon, Matthew Swain se sirvió otra copa y luego ofreció la botella a Seth.

—¿Qué opinas de Leslie, Seth? —preguntó—. ¿Crees que lo dice en serio?

—¡Vaya, Matt! ¡Por los clavos de Cristo! —contestó Seth mirando a su amigo—. Tú mismo me mandabas callar al principio, cuando no lo creía y, ahora que me has convencido, das la vuelta al asunto y me preguntas si creo que lo dice en serio.

—Supongo que en realidad me preguntaba si yo le creo —dijo el doctor Swain, sonriendo.

—¿Qué pasa, Matt?

—¡Ay, demonios! —exclamó Matt haciendo un gesto de fastidio consigo mismo—. Será porque, como conozco a Leslie Harrington desde hace tantos años, estoy condenado a recordarlo todo, aunque

soy el que siempre regaña a los que escarban en el pasado. No me hagas caso, Seth.

—¡No te salgas por la tangente, viejo lobo! —replicó Seth—. ¿Adónde demonios quieres llegar?

—Me acuerdo perfectamente —empezó a decir Matt Swain, mirando la copa—, no se me olvida que Leslie nunca soportaba que le ganaran en nada. Desde niño.

—Pero sí que lo han derrotado una vez —dijo Seth—. Fue la peor derrota que puede sufrir un hombre: perder a su hijo, Matt. A su único hijo. Eso lo cambió, ya sabes. Nunca ha vuelto a ser el mismo.

—Lo dicho, Seth. No me hagas caso. Ha sido un día muy largo y estoy tan cansado que hasta me imagino cosas.

Sin embargo, cuando Matthew Swain se fue a la cama, se preguntó: «¿Un lobo puede dejar de ser lo que es o simplemente se pone una piel de oveja y engaña hasta al ojo más avezado?». Soltó un gruñido. Estaba solo, igual que Leslie. Tanto si lloraba como si se partía de risa, no molestaba a nadie. La soledad era lo único que lo atormentaba, y había decidido que ya era muy mayor para ponerle remedio.

6 Adaptación satírica de una cita de Shakespeare (*Antonio y Cleopatra,* acto 2.º, escena 2.ª).

7 Walter Winchell (1897-1972), periodista estadounidense considerado el inventor de la columna de sociedad actual.

7

Roberta Carter se incorporó en la cama tan sigilosamente que la sábana apenas le rozó el camisón. Miró al otro lado del estrecho espacio que mediaba entre su cama y la de Harmon y vio que estaba bien arropado y profundamente dormido. Se levantó a oscuras y puso las almohadas debajo de las mantas para que, si Harmon se despertaba y miraba la cama, pareciera que ella seguía allí, dormida. Dejó las zapatillas en la alfombra, tal y como estaban cuando se las quitó y, con mucho cuidado, procuró no tocar los pliegues de la bata que estaba a los pies de la cama. Luego cruzó el dormitorio de puntillas y salió por la puerta. Esa misma tarde, había planeado todo lo demás cuidadosamente y, sonriendo para sí, las había llevado a cabo ante las mismas narices de las personas implicadas.

Se felicitó por lo buena que había sido la cena esa noche: lo bastante copiosa para que Harmon terminara lleno y un poco pesado, y lo bastante ligera para que Ted y Jennifer se quedaran únicamente satisfechos y saciados. Después le había puesto un sedante en el café a Harmon, lo justo para no hacerle daño, por supuesto, para que a las nueve dijera que no podía mantener los ojos abiertos ni un minuto más.

—Bueno, querido —le había dicho Roberta—. Espera aquí un momentito, que subo a abrir las camas.

—¡Ay, por favor, madre! ¡Déjeme ayudarla! —dijo Jennifer, levantándose de un salto.

—Tú siéntate y termina el café, querida —respondió Roberta, reteniéndola por el hombro con la mano—. No tardo ni un minuto.

—Pero me gustaría ayudarla —protestó Jennifer.

A Roberta le costó mucho disimular el fastidio en la expresión y en el tono de voz. «Otra particularidad de Jennifer. Siempre tiene que discutir por las cosas más insignificantes», pensó. Ted nunca había sido así. La única vez que su hijo se había puesto terco había sido de jovencito, cuando estaba enamorado de Selena Cross. Pero lo superó y, desde entonces, nunca había vuelto a llevarle la

contraria. Ahora resultaba que Jennifer, que parecía tan dulce y dócil cuando Ted la cortejaba, tenía una vena algo testaruda que podía resultar muy molesta si no se controlaba. Pero no era un buen momento para enfadarse.

—Está bien —dijo Roberta con una sonrisa—. ¿Por qué no vas a la cocina con Ted y preparáis una cafetera? Me encantaría tomar un café recién hecho cuando baje.

Roberta subió las escaleras tarareando y abrió las camas de su habitación. Luego recorrió el largo pasillo hasta el dormitorio que siempre había sido de Ted, y que ahora compartía con Jennifer cuando venían a Peyton Place a pasar el fin de semana. Eso también había sido idea de Jennifer. Roberta quería que «los niños», como los llamaba ella, ocuparan la gran habitación de invitados, que estaba al lado de la suya, pero Jennifer había vuelto a ponerse tozuda.

—Pero, querida —le había dicho Roberta—, el antiguo dormitorio de Ted está al final del pasillo y el baño está aquí. No es nada práctico, cielo. Estaréis mucho más cómodos aquí, a mi lado.

—Es muy amable por su parte, madre —respondió Jennifer—. Pero, en serio, preferimos usar el de Ted. ¿Verdad, cariño?

—A mí me da igual —dijo Ted.

No vio la mirada fulminante que le lanzó su mujer, pero Roberta sí.

—Bueno, a mí no me da igual —insistió la joven, haciendo un bonito puchero—. Me gusta tu antiguo dormitorio. Tiene mucho de ti, y me encanta imaginarte durmiendo allí de pequeño.

—Lo que tú digas, cariño —dijo Ted, sonriendo, y le rodeó los hombros con un brazo.

Roberta había hecho la cama en la antigua habitación de Ted, pero, en ese momento empezó a preguntarse qué tenía que ocultar Jennifer para querer quedarse en un rincón aislado de la casa de sus suegros.

«¡Le hablará de mí! —pensó. La idea se le ocurrió en un instante, como una señal divina del cielo—. ¡Me criticará! ¡Intenta poner a mi hijo en mi contra! Bueno —se dijo—, nunca me he dejado pisar sin defenderme, y ahora tampoco.»

Pero no podía empezar a defenderse hasta saber a qué se enfrentaba. Y no tardó mucho en encontrar la forma de averiguarlo.

Sonrió para sus adentros mientras apartaba las mantas de la gran cama doble del antiguo dormitorio de Ted. Extendió una colcha más a los pies y luego se dirigió en silencio a la estancia contigua. Era un cuarto pequeño con un catre, una cómoda y una silla; al principio, cuando aún vivía el viejo doctor Quimby, el primer marido de Roberta, era el cuarto de la criada. Más tarde, sirvió de trastero para guardar mantas y vajilla sobrante, así como otros cachivaches que se acumulan en las casas a lo largo de los años.

Lo cierto es que a Harmon Carter y a Ted les habría sorprendido ver que la estrecha cama estaba recién hecha y la rejilla del aire caliente, abierta. Era una rejilla de buen tamaño, de unos treinta centímetros cuadrados, y Roberta la había examinado cuidadosamente desde ambas habitaciones. Cuando el trastero estaba a oscuras no se podía saber —excepto si uno se metía a cuatro patas debajo de la cama de Ted— que la palanca se había movido y que los cuadrados de la rejilla estaban abiertos. Roberta se iba al catre del trastero cada vez que Jennifer y Ted estaban de visita a Peyton Place. En seis meses había oído muchas cosas. Sabía que Ted no tenía nada que oponer al piso que había alquilado en Cambridge con Jennifer. Era un piso precioso, grande y soleado. La propia Roberta lo había visto, pero Ted estaba incómodo allí porque el padre de Jennifer pagaba el alquiler.

—Maldita sea, es que parezco un mantenido —había protestado Ted.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Que nos mudemos a una habitación amueblada y me mantengas con lo que ganes trabajando a tiempo parcial de camarero o de empleado en una gasolinera?

—Mucha gente se gana la vida trabajando. Trabajar un poco nunca ha matado a nadie. Yo he trabajado siempre.

—¿Y si te baja la media? —había preguntado Jennifer—. En el bufete de papá no contratan a nadie que saque notas bajas en la facultad de Derecho. No es que tengan nada en contra de un positivo y aceptable «Aprobado» de vez en cuando, pero no les gusta la gente que se conforma con aprobadillos ramplones. ¡Ay,

cariño! —añadió con voz soñadora y aterciopelada—. Algún día será Burbank, Burrell, Archibald y Carter. ¿No es maravilloso? ¿No vale la pena tragarse el orgullo un poco, de momento?

—Burbank, Burrell, Archibald y Carter —repitió Ted—. Sí, cariño. Por supuesto que vale la pena.

Roberta, desde su lado de la rejilla, se alegró mucho. Su Ted siempre había pensado a lo grande y ahora no iba a ser menos. Además, no solo los Burbank hacían lo que fuera por los niños. Harmon y ella les enviaban un buen cheque semanal. Por otra parte, hubo un par de momentos malos en las sesiones de espionaje. Una noche, Jennifer le preguntó a Ted por Selena Cross.

—¿Estabas enamorado de ella? —preguntó Jennifer.

Roberta contuvo la respiración mientras Ted titubeaba.

—No —dijo por fin, y Roberta suspiró de alivio en silencio—. Salimos juntos unas cuantas veces, pero nada más.

—¿Es guapa?

—Está bien.

—¿Mejor que yo?

—Cariño, eres lo más bonito que hay en el mundo.

Sin asomo de vergüenza, había espiado a la pareja haciendo el amor y, en una ocasión, casi sintió lástima por su hijo. Jennifer parecía excesivamente indecisa con respecto al sexo, incluso asustada algunas veces, y Ted tardaba horas en calmarla y luego en excitarla poco a poco para que le dejara poseerla. Con Harmon no había sido así, recordó Roberta, sonriendo a oscuras. Por otra parte, era mejor que un hombre no practicara mucho el sexo si tenía que concentrarse en los estudios. Afortunadamente, Harmon no había sido estudiante. En seis meses, Roberta solo los había oído hacer el amor tres veces y, después de cada una, al día siguiente, Ted estaba pálido y tembloroso. Roberta concluyó que era mejor que Jennifer fuera un poco frígida.

Ni una sola vez, de todas las que espió a la pareja, sintió vergüenza ni remordimiento. Ted era su hijo, su hijo único, y tenía derecho a asegurarse de que todo le fuera bien. Si algo le preocupaba a su niño, quería saberlo. Y si su mujer intentaba alejarlo de su madre, también tenía derecho a enterarse. Daba igual

que en seis meses no hubiera oído a Jennifer hacer un solo comentario despectivo de ella. Podría hacerlo en el futuro. Que no la hubiera criticado ni una vez hasta el momento no significaba que no fuera a hacerlo nunca.

—¡Vaya! —exclamó Roberta con un escalofrío exagerado al volver a la sala de estar—. Esta noche también va a hacer frío. Además, sigue nevando. Hoy no vamos a abrir mucho las ventanas, eso seguro.

—Las nuestras sí —dijo Jennifer, riéndose—. Estoy casada con el mayor entusiasta del aire libre en cautividad.

—Haga frío o calor —dijo Harmon, bostezando—, la cama me va a sentar muy bien.

—Voy enseguida, cariño —dijo Roberta, ofreciéndole la mejilla para que la besara.

Cuando subió las escaleras, eran las diez y Ted y Jennifer jugaban al *backgammon* frente a la chimenea; a las diez y media Roberta se escabulló por el pasillo hacia el trastero y oyó sus voces amortiguadas desde la escalera. Cerró la puerta del cuartito y se metió silenciosamente en el jergón, debajo de las cálidas mantas. A las doce menos cuarto oyó a Ted encender las luces de la habitación contigua.

Jennifer Burbak Carter tenía veintidós años y nunca, en los seis meses que llevaba de casada, se había desnudado delante de su marido.

—No es bonito —sentenció una vez.

Jennifer siempre había vivido en un ambiente en el que todo era «Bonito». Los Burbank llevaban en Boston casi tanto tiempo como los Cabot y los Lowell, y las normas de comportamiento de la familia de Jennifer no habían cambiado en más de doscientos años. Una dama no se exhibía, nunca.

Una vez, cuando Jennifer tenía doce años, había ido de compras con su madre y, en una tienda, vio a una chica rubia platino, de labios carnosos pintados de un rojo intenso. La chica mascaba chicle mientras miraba la bisutería; llevaba un jersey muy ajustado sobre un par de pechos enormes y duros. Jennifer se detuvo y se quedó

mirándola hasta que su madre se dio cuenta. La señora Burbank, sonrojada, tiró a su hija del brazo, casi sacudiéndola.

—¡Nunca en mi vida había visto semejante demostración de vulgaridad! —dijo la señora Burbank—. Recuerda, Jennifer: las mujeres que recurren al cuerpo para impresionar son vulgares, de la especie más chabacana y grosera.

—Pero, mamá...

—No discutas, Jennifer. Sabes que tengo razón. A medida que crezcas, te darás más cuenta.

A partir de entonces, Jennifer solo pensó en su cuerpo como algo que debía mantener limpio, cubierto y oculto. A medida que crecía, la modista de su madre le tomaba medidas y, a su debido tiempo, la muchacha encontró a los pies de la cama una caja con una docena de sujetadores de satén y encaje. Más tarde, llegaron unas delicadas fajas pantalón para ocasiones especiales, pero nunca sostuvo con su madre ninguna conversación sobre ropa interior.

A los dieciséis años, estudiaba el último curso en un prestigioso colegio femenino de las afueras de Boston y compartía habitación con una chica llamada Anne Harvey. Anne tenía un año más que ella y su padre era director de la mayor agencia de valores del estado de Massachusetts. Anne era una chica grande y musculosa, pero tan alegre que las demás nunca se burlaban de ella: la admiraban; la nombraron capitana del equipo de voleibol y presidenta del consejo estudiantil: todas querían ser «la mejor amiga de Anne». Pero Anne eligió a Jennifer Burbank.

Eran inseparables. Iban juntas a todas partes y se las consideraba un equipo, pero Jennifer nunca estuvo segura de su relación con Anne. Le parecía que había demasiada competencia y procuraba no ofenderla por todos los medios, porque Anne tenía mil maneras de hacerle saber que el colegio estaba lleno de chicas que darían lo que fuera por estar en el lugar de Jennifer.

Una tarde de primavera, Jennifer estaba sola en la habitación que compartía con Anne. Se estaba cambiando de ropa, preparándose para ir a la ciudad, cuando Anne entró sigilosamente. Jennifer se dio la vuelta enseguida y cogió la bata.

—No te esperaba —dijo, casi balbuciendo de vergüenza.

—No quería molestarte —dijo Anne—. Solo he subido a buscar un libro.

—Si hubiera sabido que venías, me habría metido en el baño, pero...

—¡Por Dios, Jennifer! —dijo Anne, exasperada, pero con buena intención—. No es el fin del mundo. Las dos somos chicas, ya sabes.

Turbada, Jennifer se dio la vuelta, tropezó con el dobladillo de la bata y, a punto de caerse, la soltó.

—¡Cuidado! —exclamó Anne, corriendo hacia ella. La sujetó por la cintura con ambas manos—. ¿Te has hecho daño?

—No —respondió Jennifer, inmovilizada—. Estoy bien.

—Me has asustado —le dijo Anne, en voz baja, sin apartar las manos.

Jennifer no se movió, pero siguió de espaldas mientras las manos de Anne le acariciaban la suave piel.

—Qué piel tan bonita y encantadora —susurró Anne al oído de Jennifer. De pronto, la apretó con tanta fuerza que Jennifer ahogó un grito.

—Para —dijo Jennifer—. No sigas.

Anne siguió acariciándola delicadamente, los dedos se movían con suavidad. Jennifer oyó la respiración entrecortada de Anne y se dio cuenta de que su compañera empezaba a temblar, pero se quedó inmóvil como una estatua y, sin saber cómo, supo que Anne se estaba esforzando mucho para seguir acariciándola con delicadeza.

—¡Qué guapa eres! —exclamó Anne, y empezó a sollozar—. ¡Tan ágil, tan perfecta, tan bella!

Entonces Jennifer se dio media vuelta. Se alejó lentamente de las caricias de Anne y se tumbó en la cama.

Anne se arrodilló junto a la cama, con el rostro empapado en lágrimas.

—¡Ah, sí, mi amor! —dijo Anne—. Eres una preciosidad.

La besó en la boca, un beso largo, y, cuando levantó la cabeza, Jennifer la miró directamente a los ojos.

—Por el amor de Dios, Anne —dijo con frialdad—. No seas tan cursi.

Anne se apartó como si la hubiera abofeteado y Jennifer se levantó despacio. Se acercó y recogió la bata, pero no se la puso. Se quedó desnuda delante de Anne.

—Ahora tengo que volver a bañarme —dijo. Entró en el cuarto de baño arrastrando la bata en la mano.

Mientras estaba en la bañera, oyó llorar a Anne, todo el tiempo. Volvió a la habitación secándose todavía y vio que su compañera no dejaba de mirarla. Se vistió lenta y cuidadosamente.

—Voy a salir un rato —dijo después de vestirse—. Espérame aquí. No bajes al comedor sin mí.

Anne esperó. No solo ese día, sino todos los siguientes: cada vez que a Jennifer le apetecía decirle que esperara. Esperaba las raras ocasiones en que Jennifer se dejaba tocar y no ocultaba la infelicidad que la embargaba siempre que Jennifer se sentaba desnuda frente al tocador y le decía: «Por favor, Anne, cepíllame el pelo». La cubría de regalos y dejó de lado a todas las demás amigas. Cada vez que Jennifer chasqueaba los dedos, allí estaba Anne, esperando para hacer lo que se le ordenara. De vez en cuando, se rebelaba: —¡No te necesito! —exclamó Anne en una ocasión—. A muchas otras les encantaría ocupar tu lugar.

—¿De verdad? —preguntó Jennifer, enarcando las cejas—. ¿Otras? ¿Aquí mismo, en el colegio?

—Aquí mismo, en el colegio —dijo Anne.

—Hummm. Me pregunto si la señorita Fenwick lo sabe. ¿Te lo imaginas, Anne?

—No me amenaces —dijo Anne, enfadada—. No te atreverías a contarle algo así.

—Tal vez —dijo Jenifer—. Quizá lo haga y quizá no. No soy como tú y lo sabes. Adelante, búscate a otra. Seguro que Boston está lleno de chicos que me encontrarán tan atractiva como tú.

—Conozco a las chicas como tú —dijo Anne, con un resoplido—. Ya nunca querrás saber nada de los hombres. Valoras demasiado tu virginidad para entregarla por menos que un anillo de compromiso.

—No seas ingenua, querida —replicó Jennifer, con una risita—. Desde que me enteré de lo tuyo, he leído mucho. Todo tipo de

libros. El hombre es la criatura más fácil de engañar. Me da igual ser virgen que no.

—¿Qué quieres decir con «que no»? —preguntó Anne, furiosa—. ¿Ya has estado con algún hombre? —dijo, agarrando a Jennifer por los hombros y zarandeándola—. ¿Lo has hecho?

—Quítame las manos de encima, Anne —contestó Jennifer con frialdad—. No te metas en mis asuntos. Tú misma has dicho que hay muchas otras que podrían ocupar mi lugar. Pues, adelante.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Anne—, no quería decir eso, cariño. Perdóname, por favor. No quería decir eso. Dime que no es verdad, que no has estado con ningún hombre.

—No, todavía no, es cierto. Todavía no —respondió Jennifer, deshaciéndose de los brazos de Anne—. Pero no seas pesada, Anne, o quizá me proponga descubrir si me he perdido algo.

Anne Harvey y Jennifer Burbank fueron «amigas íntimas» el resto del curso escolar y el verano siguiente. A menudo, Jennifer salía con jóvenes, aunque tenía respuestas para todas las lamentables preguntas de Anne.

—Tengo que hacerlo —le dijo a Anne—. ¿Qué pensarían mis padres si nunca saliera con hombres?

—¡Es que no lo soporto!

—¡Ay, no seas tan cursi! —replicó Jennifer con impaciencia—. Me aburres cuando te pones tan llorona. Salgo con hombres porque tengo que hacerlo. No te queda más remedio que creerme, Anne.

Cuando Jennifer aseguraba que no había estado íntimamente con ningún hombre, a Anne le resultaba fácil creerla. No solo porque quería confiar en ella, sino porque la misma apariencia de Jennifer daba credibilidad a sus palabras. La creería cualquiera. No había nada voluptuoso en su aspecto, carecía de las cualidades más evidentes en las que se fijan los hombres. No tenía unos senos grandes, ni unas caderas ondulantes ni una boca sensual, que son las características de lo que la mayoría de los hombres considera un «buen ejemplar».

Como gran parte de las mujeres frígidas, Jennifer necesitaba a los hombres. No la motivaba la lujuria, sino el odio. Para ella, el acto sexual no era un acto de comunión compartida; no compartía nada,

solo utilizaba a los hombres. Cuando terminaban, los apartaba con repugnancia; pero no asqueada de sí misma, sino de ellos. La primera vez que estuvo con uno fue el verano en que cumplió diecisiete años. Era un pescador portugués de casi cuarenta años, de manos callosas y rostro moreno y afilado. Durante una semana estuvo quedando con él en la playa todas las noches.

Después hubo una larga serie de estudiantes universitarios en los asientos traseros de los coches o en moteles. Nunca se acostaba dos veces con el mismo y, después de haber estado con uno, jamás volvía a hablar con él. Para ella, dejaba de existir.

Incluso los estudiantes que le habían acariciado los pechos y los muslos, cuando la veían, dudaban de haberlo logrado realmente. No era que su actitud fuera tímida y virginal, tenía mucha clase para eso; era que parecía inaccesible: una chica a la que uno no se atrevería ni a besar. Caminaba con la cabeza alta y tenía las facciones finas, sin pizca de vulgaridad, los pechos pequeños y las caderas estrechas. Los chicos que la habían conocido en los asientos traseros de los coches casi no podían creer que fuera la misma. Esta era Jennifer Burbank. La otra era una chica descarada, desvergonzada y grosera. Los jóvenes no veían ninguna conexión entre esas dos personas tan radicalmente distintas entre sí.

Fue su propio padre quien le presentó a Ted Carter. Se había fijado en Ted en la facultad de derecho, le parecía un joven prometedor. Lo invitó a tomar el té en su casa y Jennifer lo observó con ojo clínico. Vio que trataba a sus padres con mucho respeto, pero se dio cuenta de algo más: entendió que era una persona capaz de rebajarse y adular para conseguir el éxito. Sonriendo para sí, pensó: «Bien, Ted, si eso es lo que quieres, lo vas a conseguir». Pensar en lo mucho que tendría que pagar ese joven por su éxito le proporcionaba una satisfacción infinitamente mayor que la que jamás le había dado, ni le daría, ningún hombre.

Unas semanas más tarde se anunció la boda. La primera noche de la luna de miel, probó con Ted todos los trucos sádicos que había puesto en práctica con Anne. Se burló de él, se resistió y no cedió hasta que acabó agotado y suplicante; y entonces fue como si le concediera un regalo de inestimable valor. Ted nunca dudó de su

virginidad. Tampoco sospechó que, pocos días después de regresar de su luna de miel en las Indias Occidentales, ella empezó a serle infiel. Era imposible que Ted sospechara de la hija del señor Burbank. Jennifer lo había juzgado correctamente: se había casado con un bufete de abogados, ella solo era un medio para conseguir un fin. Él aceptaría lo que fuera, no permitiría que nada le impidiera alcanzar su objetivo.

—No abras las ventanas hasta que me meta en la cama, cariño —dijo Jennifer—. Estos inviernos de Peyton Place son lo más frío que pueda una imaginarse.

—No voy a abrirlas todavía —dijo Ted Carter—. No quiero que te enfríes.

—Pero es tarde, cielo. Y dijiste que mañana querías ir a esquiar.

—Quiero ir a esquiar mañana —dijo Ted. Se metió en la cama a su lado—, pero esta noche no.

—A veces pienso que eres insaciable —dijo Jennifer, burlona.

—Abre un poco la boca —dijo él.

—No.

—Te obligaré.

—No me gusta que me besen con la boca húmeda.

—Ya aprenderás.

—Tendrás que enseñarme.

Cada vez que Ted hacía el amor con su mujer, primero tenía que seducirla y, aunque a veces eso lo excitaba hasta el punto de llegar al clímax antes de penetrarla, a menudo se preguntaba al día siguiente si alguna vez Jennifer lo recibiría con los brazos abiertos, para poder sentir que lo deseaba tanto como él a ella. Algunas veces, cuando no estaba con ella, recordaba la forma en que Selena Cross le abría los brazos y la boca con tanto anhelo como él.

Sin embargo, cuando estaba con Jennifer, no podía pensar en nadie más. En algunas ocasiones la había tomado por la fuerza, rasgándole la ropa, abofeteándola hasta que se quedaba inmóvil en la cama, desnuda e indefensa bajo su mirada y sus manos. Después, abrumado por la vergüenza, le pedía perdón llorando. Pero en algún rincón oscuro de su mente, se daba cuenta de que los momentos en que Jennifer lo incitaba a la violencia, eran los que más disfrutaba

ella. Había una competencia silenciosa y tácita entre ellos: Ted, resuelto a conquistarla con ternura y Jennifer, igualmente decidida a convertirlo en un animal salvaje. Nunca lo detestaba tanto como cuando le pedía perdón.

Se acostaba con camisones que la cubrían por completo y él tenía que aplicar toda la ternura posible para que le permitiera desvestirla. Parecía aterrorizada de mostrarse desnuda y, a veces, cuando le descubría los pechos para acariciarla, temblaba como un pájaro asustado.

—¡No! —gritó ella, cuando le desabrochó los botones del camisón —. Ay, no, no lo hagas. Apaga la luz, cariño. No.

—Sí, sí —dijo, con la boca pegada a la garganta de ella.

—Enséñame —dijo ella—. Oblígame a abrir la boca, si puedes. Quizá no te deje.

—Ven aquí.

—No —dijo ella. Se alejó y empezó a abrocharse los botones del camisón—. No —repitió—. No te lo permito.

—Sé buena —suplicó él, atrayéndola bruscamente—. Sé buena, por favor.

—Vaya, cómo suplica mi hombretón valiente... —respondió ella, burlándose de él en su cara—. Siéntate, Fido, que mamá te va a dar hígado.

Ted se levantó de repente y le apartó las mantas con furia.

—Zorrita —dijo con la voz ronca y las manos temblorosas—. Perra.

La agarró por el escote del camisón y se lo arrancó, dejando marcas rojas de ira en su piel blanca.

—Te encanta —dijo, mordiéndole los labios hasta magullárselos—. Te encanta y lo sabes.

Y entonces, la insaciable era Jennifer. Onduló el cuerpo y le brillaron los ojos.

—¡Pégame! —gritó—. ¡Pégame!

—Claro que voy a pegarte, maldita sea —dijo Ted—. Te mataría.

La azotó con el cinturón hasta llenarle la espalda, las nalgas y los muslos de moretones y, cuando finalmente la tomó, ella le mordió el hombro hasta que le sangraron los labios y se desmayó.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? —exclamó Ted, y empezó a sollozar —. No volveré a hacerlo, cariño. Jamás. Dios mío, soy peor que un animal. No volveré a hacerlo. Por favor. Perdóname, te lo ruego.

Al final Ted, agotado, se durmió, y Jennifer se quedó despierta un largo rato, a oscuras, sonriendo. Se apretó los moretones de los muslos con tanta fuerza que el dolor le ardió por todo el cuerpo y el blanco de sus dientes resaltó en la oscuridad de la habitación. Se rascó la espalda contra la sábana para notar el dolor de los cintarazos, se le endurecieron los pezones y sintió una intensa excitación entre las piernas.

—Otra vez —susurró al oído de Ted—. Otra vez.

Pero Ted no se despertó. Se movió en sueños, su mano le tocó el pecho y se lo cubrió suavemente. Al final, Jennifer también se durmió.

En la estrecha cama del trastero, Roberta se mordió los labios e intentó dejar de temblar. Estaba rígida de horror y por el esfuerzo de seguir en silencio.

«Lo sabía —pensó—. Sabía que algo le pasaba a esa jovencita. Está loca, eso es lo que le pasa, obligar a Ted a hacer algo así... Él no era así, nunca lo ha sido. Era bueno y limpio. ¡Ay, Dios! ¿Qué voy a hacer?»

Esperó otra media hora, luego salió del trastero y volvió sigilosamente a su cama, pero no sintió alivio alguno. No podía dejar de temblar.

«Está loca. Jennifer está loca. Está volviendo loco a Ted. ¡Ay, Dios mío, ayúdame! Tengo que hacer algo.»

Pero cuando el sol alumbró otro día gris y amenazador, no había recibido respuesta a su plegaria.

8

«Voy a acordarme de todo lo que suceda —pensó Allison MacKenzie, mientras el tren se alejaba de la estación de Peyton Place—. Esta vez todo tiene que quedar muy claro y preciso, para que, cuando sea mayor, me acuerde hasta del último detalle. Ocurren muchas cosas y la gente siempre dice: "Nunca lo olvidaré", pero lo olvidan, la imagen se difumina con el tiempo y, al final, no se acuerdan de casi nada. Supongo que por eso algunos escriben diarios y agendas, para no olvidar nunca lo que les ha pasado. Pero yo me acordaré de todo sin escribirlo. Cuando sea muy vieja, recordaré cómo fue el día en que dejé Peyton Place para ir a Nueva York a firmar el contrato de mi primer libro.»

Se había acostado tarde la víspera del viaje, pero como no había podido dormir, se levantó temprano. Cuando se asomó a la ventana del dormitorio, las copas de los árboles, cubiertas de nieve, empezaban a teñirse de rosa.

Al este, el cielo tenía el color pálido y desvaído de las rosas en invierno. Aspiró profundamente el frío aroma de la nieve, casi dulce; le pareció saborearlo en el fondo de la lengua.

Se mojó los dedos y los pasó por la gruesa capa de nieve que cubría el alféizar de la ventana. La nieve se le quedó pegada y rápidamente se metió los dedos en la boca.

«Va a brillar el sol, pero hará frío —pensó— y nada se derretirá ni cambiará mientras yo no esté. Cuando vuelva, todo seguirá igual.»

Bajó enseguida a la cocina a preparar el café y, cuando estaba poniendo la cafetera al fuego, se detuvo un momento.

«Todo menos yo —pensó de pronto—. Yo cambiaré. No seré la misma.»

De repente, le parecía imprescindible fijarse en todo y no olvidar nada de lo que viera. Se sentó bruscamente a la mesa de la cocina. Su madre casi siempre ponía un mantel amarillo y un cuenco pequeño de cobre lleno de flores amarillas.

«Lo hace para que desayunemos en una mesa llena de sol, incluso en los días nublados —pensó, asombrada—. No me había dado cuenta hasta ahora. Y en la sala de estar, los colores son apagados y relajantes, para que te apetezca recostarte y poner los pies en alto; pero en los dormitorios son muy suaves, para que cuando te acuestes nada te deslumbre. Y en realidad, todas las cortinas son como marcos de fotos. Tengo que grabármelo todo en la memoria tal y como está esta mañana.»

El quemador de gas de la cocina chisporroteó cuando el café se derramó.

—¡Maldita sea! —exclamó, levantándose de repente.

—¿Estabas en las nubes? —preguntó Constance, entrando en la cocina—. Huele a café por toda la casa.

—Estaba pensando —dijo Allison— que será mejor que me dé prisa y me vista.

—Siéntate y tómate un café —dijo Constance, riéndose—. Faltan más de dos horas para que salga el tren.

—Buenos días, escritora famosa —saludó Mike Rossi al entrar en la cocina—. Buenos días, madre de la famosa escritora.

—Buenos días —respondió Constance, y le dio un beso—, Creador de Bromas Tontas a Primera Hora de la Mañana, el Ser Más Repelente de la Creación.

—¡Qué locuaz estás tan tempranito! —replicó Mike—. ¡Menudo día nos espera!

—Sí, ¡menudo día nos espera! —dijo Allison—, y tengo que vestirme.

—Primero come algo —dijo Constance.

—No puedo —objetó Allison—. Vomitaría en el tren. Date prisa, mamá. Tú también tienes que vestirte.

Mike y Constance la llevaron a la estación, entraron los tres juntos y Mike fue a comprar el billete para Allison.

—Directo a Nueva York, ¿eh? —preguntó el señor Rhodes—. ¿Ida y vuelta?

—No —respondió Mike—. Solo ida.

—Si compra el billete de ida y vuelta, le sale más barato —dijo el señor Rhodes—. ¿Cuánto tiempo va a estar fuera la muchacha?

—¿Quién? —preguntó Mike.

—Pues, Allison, ¿quién, si no? —dijo el señor Rhodes—. Es ella la que se va ¿no?

—Sí.

—Va a vender su libro, ¿no?

—Sí.

—Bueno, no se tarda mucho en vender una cosa así. Si compra un billete de ida y vuelta, le saldrá más barato.

—Pero a lo mejor prefiere volver en avión, en coche o incluso a pie.

—Da igual. Puede recuperar el dinero si no lo usa.

—Está bien —aceptó Mike, resignado—. Un billete de ida y vuelta a Nueva York.

—Cuando llegué aquí, ese hombre me hizo dar muchas vueltas a lo tonto —dijo Mike mientras salían al andén—, y hasta ahora, nunca he conseguido devolverle la pelota. ¿Y cómo demonios sabe a qué va Allison a Nueva York?

—Lo sabe todo el mundo —respondió Constance—. ¿Te sorprende?

—No —reconoció Mike—, pero todavía no entiendo cómo es posible. Si alguien se tira un pedo en Chestnut Street, el encargado del almacén de la fábrica se entera en cuestión de segundos.

—¡Qué vulgar eres! —dijo Constance.

—Ya lo sé —dijo Mike.

Allison, quieta en el andén, oyó el silbido del tren a lo lejos. «Se acerca. Está cruzando el río —pensó—. Y el arco negro de los caballetes del puente se recorta nítidamente contra el cielo. A estas alturas, algún pasajero se habrá asomado a la ventana para ver el castillo de Samuel, que se destaca en la altura. "¿Qué es eso de allí?", preguntaría el pasajero. "Pues es Peyton Place", respondería el revisor. La ciudad del final de la vía lleva el nombre del señor que construyó ese castillo.»

Allison seguía inmóvil en el frío, mirando y escuchando, y, por fin, el sonido lejano se convirtió en un rugido, el tren tomó una curva y se acercó directamente hacia ella entre las imponentes paredes de nieve.

Un revisor se asomó a la plataforma entre dos vagones sujetándose a una barandilla lateral con una mano enguantada y un pie en el escalón inferior. Llevaba una gorra de copa alta con una placa de latón en la que se leía: «Boston y Maine R.R.».

—¡Peyton Place! —anunció—. ¡Peyton Place!

La voz resonó en el largo corredor de nieve y rodeó a Allison de una manera que la inundó de una tristeza inefable; notó un escozor familiar en los párpados.

—Adiós, cariño —dijo Constance—. Ten cuidado y llámame en cuanto llegues.

Allison se volvió, casi sobresaltada.

—Adiós, mamá —dijo. Abrazó a Constance—. Sí, te llamaré. Adiós, papá —añadió, volviéndose a Mike.

—Hasta luego, Gertie —dijo Mike. Se inclinó para besarla—. Suerte.

Las maletas ya estaban en la plataforma y el revisor la ayudó a subirse sujetándola por el codo.

—¡No te olvides de ir a Saks a comprarme las camisas! —gritó Constance—. Te he apuntado la talla y los colores.

—¡PASAJEROS AL TREN!

«¡Baja! —pensó Allison, presa del pánico—. ¡Aférrate a lo que tienes aquí! Nada será igual cuando vuelvas. ¡Vamos, baja!»

Todavía estaba en la plataforma cuando el tren se puso en marcha. Su madre se despidió agitando la mano, el sol invernal se reflejaba en el pelo dorado. «¡Salta, Allison ¡Vamos!» Mike se despidió levantando un brazo, con el otro alrededor del hombro de Constance. «¡Baja, Allison!»

—Hay asientos libres en el primer vagón, señorita —dijo el revisor, abriéndole la puerta.

Ya era tarde. Allison encontró un asiento junto a la ventanilla y rápidamente volvió la cabeza para saludar a Mike y a su madre.

—Que no se te olvide llamarme —dijo Constance a voces—. ¡Adiós, cariño!

Allison no la oyó. Solo vio el movimiento de los labios y que seguía con la mano en alto; luego desapareció. El tren se desplazaba a gran velocidad.

«Poco dormir y mucho café», pensó Allison mientras intentaba relajarse. Pero tuvo el estómago encogido hasta que el tren se detuvo en la Estación Sur de Boston y ella hizo el transbordo al de Nueva York. «¡Qué tontería! —se reprendió—. Cualquiera diría que voy a estar fuera de casa diez años, en vez de cinco días. Cuando vuelva, la nieve ni siquiera habrá cambiado un ápice, por no hablar de cualquier otra cosa. ¡Qué bobada!»

Almorzó en el vagón restaurante y volvió a su asiento; el suave traqueteo del tren le calmó las ansiedades y los miedos.

«¡Me voy a Nueva York! —pensó—. Soy escritora. No solo escribo en revistas, ¡sino que soy autora! ¡Lo he conseguido!»

El nerviosismo desapareció; Allison se relajó y, contemplando el paisaje helado que se deslizaba por la ventana, recordó el encuentro de la víspera con Norman Page.

Se habían encontrado por casualidad fuera de la oficina de Seth Buswell.

—Tendría que volver al trabajo —dijo Norman—, pero esto hay que celebrarlo. Vamos al Hyde, te invito a un café. Es una noticia maravillosa que vayan a publicar tu libro, Allison. Excelente. Me alegro mucho por ti.

Al otro lado de la ventanilla de cristal de su oficina, Seth Buswell miró el reloj e hizo un gesto amenazador a Norman para que se acercara, pero Allison le sacó la lengua y Seth se echó a reír. Allison y Norman cruzaron la calle hacia la cafetería.

Norman Page ya no necesitaba las muletas para caminar y Peyton Place se maravillaba de su perfecta recuperación.

—Este chico tiene agallas —decían.

—Sí. ¡Quién diría que lo hirieron en la guerra!

—Tuvo que ser terrible que lo acribillaran de aquella forma. —Sí. Pero lo ha superado bien. Ahora anda como todo el mundo.

Cuando Peyton Place hablaba de Norman Page, Matthew Swain y Seth Buswell no participaban en la conversación ni se miraban entre ellos por temor a que una mirada delatara el terrible secreto que compartían con Norman y su madre, Evelyn.

—Pero no hay motivo de preocupación porque Evelyn no va a revelar nada —dijo Seth Buswell—. Se ha repetido la misma mentira

tantas veces y durante tanto tiempo que ahora realmente cree que Norman resultó herido en la guerra.

—Cuanto menos se hable del tema, mejor —dijo Matt Swain con brusquedad.

Norman Page no había resultado herido en la guerra. Le habían dado de baja por psiconeurosis y Evelyn había ido a buscarlo sola para llevárselo a casa. Lo había sacado del hospital militar y se había quedado con él en un gran hotel del centro de Nueva York; allí empezó a aleccionarlo sobre lo que debía decir y hacer en Peyton Place: lo habían herido en combate. Había recibido un disparo en la pierna derecha que prácticamente se la había destrozado. Tenía que practicar con las muletas que le había comprado y no permitir jamás que nadie supiera que el ejército lo había dado de baja por otra razón que no fuera la pierna. Cuando Norman protestó, ella le dijo a voces: —¿Acaso quieres que todo Peyton Place crea que estás loco? Piensa en mí, Norman. ¡Al menos evítame la deshonra!

Y Norman, más débil que nunca, enfermo, cansado y abatido, volvió a casa, donde lo recibieron como a un héroe.

Fue Matthew Swain quien se dio cuenta casi inmediatamente de que Norman no tenía ninguna herida en la pierna. Se lo confió a Seth y ambos se pusieron en contacto con un viejo amigo de Matt, que era médico del ejército. Entonces descubrieron la verdad e hicieron todo lo posible por proteger a Norman. En el periódico de Seth no apareció ninguna fotografía del héroe de Peyton Place, por temor a que algún otro diario se hiciera eco de la noticia y la reimprimiera por su interés humano.

—Si se publicara una foto suya, podría reconocerlo cualquiera que hubiera estado en el frente con él —dijo Matthew Swain.

Y así se instauró en Peyton Place la leyenda de Norman Page, el héroe de guerra. Con el tiempo, el joven cambió las muletas por un bastón y finalmente volvió a andar erguido sin ninguna clase de ayuda. Pero Evelyn Page estaba tan profundamente convencida de la veracidad de sus propias mentiras que muchas veces, cuando el cielo estaba nublado y amenazaba lluvia, le preguntaba a su hijo: «¿Qué tal la pierna?». Norman siempre respondía: «Bien».

—Cuéntamelo todo, Allison —dijo Norman, mientras Corey Hyde les ponía el café.

—En realidad, no hay mucho que contar —dijo Allison—. Volví a repasar el libro que había escrito en Nueva York después de volver a casa, y ahora mi agente ha conseguido venderlo. Dicho así, suena muy fácil.

—¿Quién? —preguntó Norman—. Quiero decir, ¿quién lo ha comprado?

—Lewis Jackman & Company, una editorial de Nueva York.

—No la conozco —dijo Norman—, pero eso no significa nada. Las únicas editoriales de las que he oído hablar alguna vez son Lippincott, en Filadelfia, y Little Brown, en Boston.

—Jackman es una editorial muy pequeña —dijo Allison—. Brad, que es mi agente, Bradley Holmes, dice que me irá mucho mejor en una editorial pequeña, porque tendrán más tiempo para dedicarle a mi libro.

—¿De qué va el libro?

—Siempre es difícil describir el tema principal de una novela. Es sobre una ciudad y sus habitantes, lo que hacen, lo que piensan y lo que sienten. Es solo una ciudad pequeña normal y corriente del norte de Nueva Inglaterra.

—¿Como Peyton Place? —preguntó Norman.

—Si quieres considerarlo así —respondió ella a la defensiva—. Pero, en mi opinión, el pueblo de *El castillo de Samuel* es como cualquier otro de cualquier sitio.

—¿Cómo sabes tanto sobre ciudades pequeñas de otros sitios? Solo has vivido en Peyton Place.

—No seas memo, Norman —respondió Allison, enfadada—. Las localidades pequeñas son iguales en todas partes.

De repente, era como si volvieran a tener quince años, como en el instituto, cuando se sentaban a la orilla del río Connecticut y hablaban de libros, de personas y de palabras.

—¿Te acuerdas, Norman? —preguntó Allison con voz suave—. ¿Te acuerdas de cuando te llevé a mi sitio secreto, más allá de Road's End?

—Sí, claro —respondió Norman en voz baja.

—Me besaste —dijo Allison.

—Sí.

—Parece que fue hace mucho tiempo.

—Sí.

Allison se obligó a animarse y soltó una risita.

—Bueno, ¿por qué estamos tan decaídos? —preguntó—. *Fue* hace mucho tiempo.

—Llevabas el pelo recogido en una coleta y las flores de los botones de oro proyectaban reflejos amarillos en tu piel —dijo Norman, como si ella no hubiera dicho nada.

—Tengo que irme —dijo Allison—. Mañana me voy a Nueva York y me faltan muchas cosas por hacer.

—Sí, claro —dijo Norman, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas—. Mucha suerte, Allison. No te olvides de volver.

—No me olvidaré, Norman —respondió ella con dulzura. Se inclinó sobre la mesa y le tocó la mano—. Volveré.

En el camino de la cafetería de Corey Hyde a casa, se preguntó si el éxito habría empezado a cambiarla ya. Road's End, los botones de oro, el día en que besó a Norman... Le parecía todo muy lejano. Era otro mundo y ella, una persona completamente diferente, no la joven Allison ya adulta, sino sencillamente, Allison. A veces se le ocurría que se había creado a sí misma, igual que a los personajes de *El castillo de Samuel*.

El tren traqueteó y Allison se dio un golpe fuerte en la frente contra el cristal de la ventanilla.

—¡NEW HAVEN! —anunció el revisor a voces—. ¡NEW HAVEN! ¡NEW HAVEN!

«Ay, Dios mío —pensó. Se incorporó y se frotó la frente—. Todavía queda un buen trecho. ¿Providence viene después de New Haven? No, no puede ser. Maldita sea, nunca me acuerdo.»

Se alisó la falda y encendió un cigarrillo para intentar quitarse de la boca el regustillo a cabezada en el tren.

«Detesto la nieve pisoteada, con manchas negras por todas partes —pensó, irritada, mientras el tren aceleraba—. Maldita sea, me duele la cabeza.»

Fue al lavabo de mujeres, tomó dos aspirinas con agua y, cuando volvió a su asiento, hojeó con desinterés las páginas de una revista. Vio un relato suyo: *Marianne dijo quizá,* acompañado de una ilustración a cuatro colores. Lo leyó y luego tiró la revista al suelo.

«¡Qué basura tan imperdonable! —pensó con rabia. Pero después lo vio claro—. Nunca más. Ahora no. Ahora soy autora de libros. Ahora será distinto. Ahora, cuando en Peyton Place me pregunten a qué me dedico y les diga que soy escritora, sabrán a qué me refiero.»

La noticia de la venta de la novela de Allison se había propagado rápidamente por Peyton Place y, con la cabeza en el respaldo del asiento del tren, esbozó una sonrisa y se imaginó los comentarios y las conversaciones que habría suscitado en la ciudad: —Resulta que Allison MacKenzie ha escrito un libro.

—Dicen que uno de Nueva York ha podido venderlo.

—¿Quién es? Me refiero al de Nueva York.

—No sé. Uno de allí que se gana la vida vendiendo libros.

—¿De qué va?

—No sé. Se titula *El castillo de Samuel,* así que supongo que tiene algo que ver con el castillo nuestro, el de la colina.

—Seguro.

—No sé cómo puede uno ponerse a escribir un libro entero sobre un negro que se casa con una blanca.

—Parece imposible.

—Bueno, la verdad es que Allison MacKenzie siempre ha tenido mucha capacidad para inventar.

—Sí. En fin, hay quien lo llama inventar y hay quien lo llama mentir. Allá cada cual.

—Si lo escribes en un libro y te pagan, no es mentir. Es inventar.

—Para mí es lo mismo.

—No, no lo es. Escribir es una de esas cosas que llaman artes creativas.

—¡Vaya! ¿Lo habéis oído? ¿De dónde te has sacado tú esas palabras tan estupendas?

—Me las enseñó Elsie Thornton, la maestra. Decía que escribir es como pintar jarras y cosas así.

—¡Puras mentiras! Allison MacKenzie siempre fue una mentirosilla.

—Me parece —dijo Clayton Frazier, poniendo fin a la conversación —, que ninguno de nosotros tiene nada que decir sobre el libro. Nadie ha leído ni uno solo en treinta años.

—Bueno, el de Allison seguro que lo leo.

—Y yo.

—Hablar por hablar —dijo Clayton.

Allison sonrió para sí y el joven que iba sentado enfrente de ella se inclinó en su dirección y le devolvió la sonrisa.

—¿Un cigarrillo? —preguntó él.

—¡Ay! —exclamó Allison, sobresaltada—. No. No, gracias.

—¡PRÓXIMA PARADA, ESTACIÓN CENTRAL! —anunció el revisor—. ¡ESTACIÓN CENTRAL!

Allison se levantó inmediatamente, se estiró la chaqueta del traje y se enderezó el sombrero. El tren se detuvo; fue una de las primeras en bajar y ella misma cargó con las maletas en lugar de llamar a un mozo de los que pasaban a toda prisa y no le hacían el menor caso, como si fuera invisible. Cuando entró en el vestíbulo principal de la estación le dolían los brazos; se detuvo al ver que Bradley Holmes se acercaba.

«Creía que se me había olvidado su cara —pensó, presa de un pánico repentino—. Pero ¡qué va! Tengo que irme. No quiero que me vea.»

Dio media vuelta y buscó con la mirada las escaleras que la llevarían a la calle. Pero ya era tarde. Brad la había visto.

—¡Querida mía! —exclamó, abrazándola—. ¡creía que no llegarías nunca!

—Hola, Brad —dijo ella con un nudo en la garganta—. Aquí estoy.

9

Lewis Jackman era un hombre alto y delgado de cuarenta y cinco años; tenía un rostro sombrío, como tallado a cincel, y el pelo liso y oscuro. Su voz era muy profunda y suave. Allison pensó que se parecía a Abraham Lincoln de joven. Había un algo oscuro y pensativo, casi melancólico, en su expresión.

—Sepa, señorita MacKenzie —dijo, mirándola inquisitivamente—, que llevo veinte años leyendo manuscritos y conociendo a autores y ahora se me da bastante bien adivinar cómo será un escritor a partir de lo que ha escrito —añadió sonriendo, aunque la sonrisa no suavizó la melancólica tristeza de su mirada—. Debo confesar que esta vez no sabía qué pensar ni qué esperar. En su novela hay energía juvenil y curiosidad, pero también toda una vida de experiencia. Ahora que la veo en persona, solo puedo decir que estoy asombrado. Y, por supuesto, muy orgulloso de ser el editor de su extraordinaria novela.

—Gracias, señor Jackman —dijo ella.

—Quiero revisarla con usted —dijo él—, página a página Me gustaría que fuera lo más perfecta posible. —Empezó a pasar las hojas del manuscrito, las hojas mecanografiadas, tan familiares, a las que ella había dedicado su vida—. Podemos hacer algunos cambios pequeños que creo que ayudarán a dar una mayor cohesión e impacto a la novela.

—¿Cambios? —preguntó Allison, volviéndose hacia Brad—. No me habías dicho nada de hacer cambios.

—No es raro que una editorial solicite modificaciones, Allison —dijo Brad—. El señor Jackman tiene mucha experiencia con los libros.

—¿Qué cambios? —preguntó Allison, dirigiéndose a Jackman.

Él se puso a hojear las páginas del manuscrito y a Allison le entraron ganas de abofetearlo. Tenía la sensación de que fuera su hijo y que Lewis Jackman lo estuvieran manoseando de una manera depravada y obscena.

—Señorita MacKenzie, en su manuscrito hay párrafos un poco excesivos, no sé si me entiende.

—No, señor Jackman —dijo ella—. No lo entiendo en absoluto.

—Aquí, por ejemplo —dijo Jackman. Se puso unas gruesas gafas de montura oscura—, en el capítulo catorce: una pobre mujer demente se suicida ahorcándose. Está muy bien, pero creo que, si redujera los detalles escabrosos, lo agradeceríamos todos. Por ejemplo, no creo que sea necesario describir el cuerpo balanceándose al final de la cuerda ni entrar en tantos detalles sobre la lengua, los ojos hinchados y el color de la cara. En primer lugar, ya se ha hecho muchas veces con anterioridad; y, en segundo, no es de muy buen gusto.

—Me importa un comino que se haya escrito en todas las publicaciones —dijo Allison, poniéndose de pie bruscamente— y también me importa un comino lo que usted considere buen gusto. Lo que he escrito es cierto, sea de buen gusto o no.

—Señorita MacKenzie —dijo Jackman—, la entiendo muy bien, créame. Les pasa lo mismo a todos los autores noveles. Tiene usted la sensación de que estoy profanando a un hijo suyo, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Allison, sentándose de nuevo.

—He publicado muchas primeras novelas —dijo Jackman, sonriendo—. Ahora escúcheme, Allison. ¿Puedo llamarla por su nombre de pila? —Ella asintió—. Allison, no voy a pedirle que haga cambios con los que no esté de acuerdo, nunca se lo he exigido a ningún autor. Sin embargo, creo que, si comentamos algunas cosas, podemos terminar no solo con un buen libro, sino con un libro excelente. ¿Lo intentamos?

—De acuerdo —aceptó Allison, avergonzada de su salida de tono —. Vamos a intentarlo.

Pasaron el resto de la tarde debatiendo. Allison se negó a ceder en muchas ocasiones y Jackman la dejó ganar, aunque también claudicó en algunos puntos, y Bradley Holmes dio su opinión un par de veces. En determinado momento, Allison se acercó a la ventana y se volvió hacia los hombres: —Al fin y al cabo, ¿de quién es el libro? —preguntó Allison airadamente—. Si ustedes pueden hacerlo mucho mejor, ¿por qué no escriben su propia novela?

A excepción de este único arrebato, la tarde transcurrió bastante bien. Jackman y ella firmaron el contrato a las cinco menos cuarto.

—Necesito un trago —dijo Brad en cuanto salieron de la oficina.

—Invito yo —dijo Allison.

—No, tú no —respondió Brad tomándola del brazo—. No dejes que esos mil quinientos dólares de anticipo se te suban a la cabeza. Pasará mucho tiempo antes de que llegue más de donde vino.

—¿Por qué? —preguntó Allison, mientras salían al fascinante crepúsculo de Nueva York—. ¿Cuándo crees que lo publicarán?

—Probablemente, a finales de primavera. Tienes el resto del invierno para hacer los cambios que hemos acordado. Quizás en abril.

—¿Tanto tiempo? Creí que sería antes. No tardaré mucho en hacerlos. En realidad, solo se trata de pequeños retoques. No hay que volver a escribir nada importante.

—Cuenta con abril —dijo Brad—, así, si es antes, te llevarás una agradable sorpresa.

—¿Adónde vamos?

—Al Oak Bar del Plaza —respondió Brad—. Está ahí mismo. Allison, nunca entenderé por qué no has querido quedarte en el hotel. No puedes pasar el resto de la vida compartiendo apartamentos pequeños y sórdidos en el Village.

—Brad, para mí no es un piso pequeño ni sórdido —respondió Allison—. Allí fui feliz una buena temporada. Y me gusta Steve Wallace.

—«Steve» —dijo Brad—. ¡Qué nombre tan ridículo para una chica! En serio, estarías mucho mejor aquí, en el Plaza.

—Es el diminutivo de Stephanie —dijo Allison, burlándose—. Además, no me gusta vivir sola en un hotel.

Se sentaron juntos en un sofá de piel, en una sala oscura con paneles de madera. Cuando llegaron los cócteles, Brad alzó la copa.

—Por tu éxito, querida —dijo—. Te deseo todo lo mejor.

—Gracias —dijo Allison. Bebió un sorbo, dejó la copa y miró a un lado y al otro—. ¡Qué sitio tan bonito!

—Sí —asintió Brad—. Tendríamos que celebrarlo con champán, pero lo reservo para más tarde, para la cena. Voy a llevarte al *21*.

Allison no dijo nada.

«Este hombre tiene nervios de acero —pensaba—. Por su actitud, parece que seamos amigos de toda la vida, como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros.» Notó que empezaba a sonrojarse al recordar cómo habían estado juntos. Cuando volvió a coger la copa le temblaba la mano.

Brad le decía que besaba como una niña y le enseñaba a besar como una mujer. Brad la desnudaba sin dejar de mirarla y conseguía que ella deseara esa mirada. Brad siempre tenía una palabra seductora en los labios, y una técnica amorosa en los dedos tan experimentada y depurada que rayaba en la perversión. Y ella, después del dolor y el miedo de la primera vez, con toda desvergüenza, lo deseaba constantemente, se abalanzaba sobre él, lo acariciaba tal como le había enseñado, hasta que lo estimulaba, lo excitaba y lo dejaba en condiciones de poseerla nuevamente. Y lo colmaba de palabras de amor, hasta que Bard acabó con ellas y puso fin a todos sus sueños.

—Pero estoy casado —le dijo—. ¿No lo sabías?

La copa de Allison estaba vacía y Brad le hizo un gesto al camarero.

—Cenas conmigo, ¿verdad? —le preguntó.

—No —respondió ella rápidamente—. No puedo. Tengo otro compromiso. La verdad es que ya llego tarde.

—Acabo de pedirte otra, así que, de todas formas, tendrás que quedarte un momento —dijo Brad—. ¿Con quién vas a cenar?

—Con David Noyes —respondió ella, repentinamente furiosa con la frialdad de aquel hombre.

—Ah, sí, David —dijo Brad, y sonrió—. ¿Sabes? La última vez que te fuiste de Nueva York, David vino a verme. Parecía muy preocupado por tu partida y quería saber si yo sabía la razón.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Allison, echando chispas por los ojos.

—David Noyes —continuó Brad, como si ella no hubiera preguntado nada—. Ese chico tiene mucho talento. Es una pena que sus obras no se vendan mejor. Aunque recibe críticas maravillosas, no se puede tener todo.

—¿Qué le dijiste? —insistió Allison.

—¿Decirle? —preguntó Brad—. ¿Qué querías que le dijera? Pues, que te habías hartado de Nueva York y querías volver a casa una temporada.

—Muchas gracias, Brad —dijo Allison, furiosa—, pero no hacía falta que te preocuparas tanto por mi honor, ¿sabes? Le conté a David todo lo nuestro. Le escribí una carta y se lo conté todo.

—Ah, ¿sí? —exclamó Brad, dando un sorbo a la bebida—. ¿Y cómo reaccionó nuestro Joven Rebelde?

—¿Cómo puedes ser así? —preguntó ella en voz baja y temblorosa—. Haces como si nunca hubiera pasado nada.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó, Allison, qué fue tan terrible para que ahora te pongas así? ¿Por qué te sonrojas y tiemblas de ira? —preguntó Brad, y ya no estaba amable y sonriente, sino casi tan furioso como ella—. Voy a decirte lo que pasó. Perdiste la virginidad y te hiciste adulta. Perdiste las bonitas ilusiones sobre el sexo y te transformaste en escritora. Dejaste de pensar en el amor las veinticuatro horas del día y empezaste a vivir la realidad. ¿De qué diablos te quejas? Creo que ganaste mucho más de lo que perdiste.

—Te odio —susurró Allison con voz ronca—. Te odio.

—No, no es cierto —respondió Brad. Le puso la mano en el brazo para impedir que se fuera—. Te ofende que no considere tu virginidad una perla de valor incalculable, pero no me odias. Nada más lejos de la verdad; Allison, sigues un poco enamorada de mí, y yo de ti, y siempre será así entre nosotros. Cada uno siente lo que siente por razones personales, pero el sentimiento está ahí y nos pegamos a él.

—Tengo que irme —dijo Allison, casi sin aliento—. Tengo que irme ahora mismo. No te levantes. Encontraré un taxi.

—Pues claro que me levanto —dijo Brad—. Jamás permito que una dama tenga que silbar para llamar a un taxi.

Al cruzar el vestíbulo del Plaza, Allison se fijó en las mujeres, elegantemente vestidas, que charlaban o paseaban. Estaban cómodas, en su elemento; esos sitios formaban parte de su vida cotidiana. Para ellas, tomar un cóctel en el Plaza no tenía nada de

exótico ni de irreal. «¿Me pasará lo mismo a mí algún día?», se preguntó.

Mientras bajaban los escalones de la entrada, el portero abrió la puerta de un Rolls. Se apeó una mujer que sujetaba un abrigo de piel en una mano enguantada. Si Allison no hubiera aspirado su perfume, habría creído que era una aparición.

—Rita Moore —susurró Brad, tocándole el brazo—. La actriz. —Sonrió al ver que Allison se volvía para echar el último vistazo a la famosa estrella—. Ya falta poco, Allison. Me da en la nariz que dentro de unos meses serás muy amiga de personas como Rita. Y un tiempo después dirás que te aburren los famosos.

«Ni en sueños —pensó Allison al tiempo que se subía al taxi—. Las Ritas Moore están a años luz de mí. Yo estoy confinada en el anonimato.»

10

Esa misma noche, más tarde, Allison se sentó con David Noyes en un rincón oscuro de un pequeño restaurante de Greenwich Village. Llevaba pantalones sueltos y un jersey, y David, una camisa deportiva de cuello abierto. Fueron a ese sitio porque Allison, después de haber pasado toda la tarde con Bradley Holmes y Lewis Jackman, estaba cansada y no tenía ganas de acicalarse ni de enfrentarse al ambiente distinguido de un restaurante de la zona alta.

—Veamos —dijo David, en cuanto ella entró por la puerta del piso de Steve Wallace.

Alargó la mano para coger el sobre de manila que llevaba Allison. Ella se lo lanzó. Contenía la copia del contrato que acababa de firmar por la tarde.

—¡Cariño! —exclamó Steve—. Estás agotada. Vamos, voy a prepararte un baño caliente. Deja que este monstruo se cueza en su propio jugo. Contratos, ¡bah!

Allison se sumergió, agradecida, en el agua caliente con aroma de pino y notó que los tensos músculos del cuello empezaban a relajarse. Pensó en el rostro sombrío e infeliz de Lewis Jackman y en las palabras duras e hirientes de Brad. ¿Sería posible que, en realidad, la vida se redujera a la simple ecuación de Brad? Creía que no. Uno más uno igual a dos: al menos, debería ser dos. Según los cálculos de Brad, sumaban uno y uno, cada uno tan aislado como antes.

—¡Allison! —gritó David desde fuera del cuarto de baño—. ¡Es excelente! Digas lo que digas de Brad Holmes, no hay nadie como él cuando se trata de conseguir un contrato para uno de sus autores. Sal de ahí, quiero hablar contigo.

—Bueno, pues yo no quiero hablar contigo —dijo Allison—. Quiero cenar en algún sitio pequeño y francés donde no tenga que ir muy arreglada, y quiero beberme una botella de vino enterita. A lo mejor después hablo contigo. ¿Puede venir Steve?

—No —respondió David—. Tiene una visita, un cliente que viene de fuera.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Steve, lanzándole una revista.

Allison salió del baño envuelta en el albornoz de Steve y con una toalla en la cabeza.

—¿No puedes venir con nosotros? —le preguntó a Steve.

—No, cariño. Tengo una cita. Y no es con un cliente —respondió Steve—. Dice que va a convertirme en una gran estrella de televisión. Por supuesto, no me creo ni una palabra, pero tiene crédito en El Morocco[8], así que, ¿cómo voy a decirle que no?

Allison dio cuenta del último trozo de pollo del plato y se recostó contra el asiento de piel. La vela de la mesa humeaba y temblaba; solo se oían las voces amortiguadas de los demás comensales. «Ahora ya nada puede afectarme», pensó. Estaba tan contenta con su éxito que se creía aislada e inalcanzable.

—No me había dado cuenta de que tenía tanta hambre —le dijo a David, con una sonrisa.

—Es maravilloso ¿verdad? —respondió él sirviéndole otra copa de vino—, una sensación estupenda, aunque lo mejor de todo es tener tu primer libro impreso en las manos. De todos modos, uno nunca se acostumbra a firmar contratos. —Sonrió y levantó la copa—. Yo he firmado cuatro y todavía me produce una sensación sin igual.

—A mí me ha parecido que encontraba mi sitio —dijo Allison, buscando la palabra perfecta, la que describiera su impresión con la mayor exactitud—. Ha sido como si todos los cabos sueltos en mi vida hubieran quedado bien atados en un paquete y ya no tuviera ni que preocuparme del paquete.

—¿Y qué tal los cambios?

—Minucias, en realidad. Brad dice que cree que Jackman lo publicará en primavera.

—Tener que reescribir es lo más pesado de todo —dijo David—. Es como si te obligaran a ir a un sitio al que no querías volver, donde todo está raído, con los bordes desgastados y el suelo lleno de jirones de periódicos.

—En mi caso no —dijo Allison riéndose—. Tú lo ves así porque eres un genio, pero yo no. Solo soy una mercenaria de las letras y estoy muy satisfecha de mí misma.

—Deja de subestimarte —dijo David—. No eres una mercenaria y, si lo fueras, no lo digas jamás; ya se encargarán los críticos.

Allison dejó la copa y se quedó mirando la llama anaranjada y vacilante de la vela. La euforia empezaba a desaparecer... En fin, ya sabía que no duraría. A medida que la felicidad se disipaba («como si se escapara por los poros», pensó), empezaron a surgir las dudas.

—A veces me da miedo, David.

—Nos pasa a todos.

—¿Y si nadie compra mi novela? ¿Y si la compran y no le gusta a nadie?

—Entonces, no hay más remedio que volver a intentarlo —dijo David, y sirvió más vino—. Vamos, bebe y deja de preocuparte. Se supone que estamos celebrándolo. ¿Quieres ir al cine o algo?

—No —respondió Allison—. Sigamos sentados, charlando.

—Soy complaciente. ¿De qué quieres hablar?

—Da igual —dijo Allison—. De cualquier cosa. De todo.

—¿Has superado lo de Bradley Holmes? —preguntó David.

—Supongo que, en realidad, nunca hubo nada que superar —contestó ella. Cogió un cigarrillo—. Para empezar, no lo quería —añadió.

No obstante, comprendió que no lo había superado, porque se le aceleró el corazón. El recuerdo del tiempo que habían pasado juntos todavía tenía el poder de conmoverla.

—¿Eso lo dijo *él*?

—No. Dijo que yo lo había amado un poco y que él a mí también.

—¡Qué cerdo! —dijo David—. Desde luego, aunque sea un hacha con los contratos, es el mayor cerdo artista de Nueva York.

—¿Por lo que me dijo del amor?

—¿Amor? ¡Y una mierda! —replicó David—. A lo mejor quiere acostarse contigo otra vez, hasta ahí llega su amor.

—Basta —dijo Allison, rompiendo el cigarrillo entre los dedos—. No quiero hablar de eso.

—¿Por qué? —preguntó David—. ¿Aún te da miedo? ¿Te da vergüenza? ¿Quieres huir?

—¡No! —exclamó Allison—. Déjalo ya, David.

—No puedo —replicó él en voz baja, desesperado—. Tengo que saberlo, *por mí*, ¿entiendes? —Movió el cenicero y se quedó mirándolo fijamente, como si ahí pudiera encontrar la respuesta—. Llevo mucho tiempo esperando, Allison. Necesito saberlo.

—Ahora no, David. Vámonos.

«Todavía no estoy preparada —se dijo—. Brad es como un veneno en mi organismo. Tengo que librarme totalmente de él antes de poder estar a gusto con otra persona.»

—No —dijo David—. Acabemos con esto.

—¿Acabar con qué?

—Con lo nuestro. Con esta situación.

—David, por Dios, ¿no podemos dejar las cosas como están? ¿No podemos ser amigos sin más, sin estar siempre dándole vueltas, a ver si puede ser algo más?

—Ya te lo he dicho, Allison. Te lo dije hace dos años y sigo pensando lo mismo. No quiero ser tu maldito amigo. Te quiero, te quiero sea como sea. Me gustaría casarme contigo, pero si no quieres, seré tu amante. Quiero vivir contigo si es posible, pero si no, te quiero de cualquier manera.

—Ay, David —dijo ella con un suspiro—. Ahora estoy tan cansada que no puedo pensar. Vamos a casa.

Se sentaron juntos en el sofá del apartamento de Steve. Allison apoyó la cabeza en el hombro de David y él le acarició el pelo.

—David.

—¿Sí?

—Bésame.

David acercó la cara y la besó con delicadeza, como si temiera hacerle daño o asustarla, y Allison lo abrazó. Él empezó a buscarle la lengua con la suya y apoyó suavemente la mano en la curva de su pecho; inmediatamente Allison empezó a besarlo con más intensidad: abrió la boca y se pegó a él; David la empujó lentamente hacia atrás, hasta tumbarla. Le tocó la piel por debajo del jersey y la acarició.

—Pero aquí no, cariño —le dijo él al oído—. Hoy no. No hasta que estés segura.

—Estoy segura —mintió Allison. Quería que la tomara; que expulsara a Brad y la reclamara para sí.

—Te doy lástima —dijo David—. Así no quiero.

—¡Maldita sea! —exclamó ella, incorporándose y bajándose el jersey—. ¡Deja de decirme siempre lo que siento y lo que no!

—Me juego mucho, Allison —dijo David—. O eres mía toda entera, o no quiero nada. Entera y sin temores, no quiero que te persiga el fantasma de Bradley Holmes.

Allison rompió a llorar.

—Por favor, David —sollozó—. Espera, por favor. Solo un poco más.

—Esperaré —dijo David—. Creo que ya me he acostumbrado —dijo, abrazándola—. Vamos, cariño. Deja de llorar. Todo va a salir bien. Estoy aquí.

Allison se quedó dormida con la cabeza apoyada en el regazo de David. Cuando Steve Wallace volvió a casa, a la una de la madrugada, se lo encontró en esa misma posición.

8 Famoso club nocturno de Nueva York, conocido por su elegante clientela de la alta sociedad, popular entre 1930 y 1950.

11

El invierno transcurrió con una lentitud exasperante. Allison tenía la sensación de que todo, no solo todos los arroyos y hasta el último centímetro de tierra, sino también el propio tiempo, se habían congelado en el férreo e implacable abrazo invernal.

Terminó de corregir el manuscrito antes de Navidad y se lo mandó por correo a Lewis Jackman. Había trabajado con la habilidad de una artesana y la frialdad de una cirujana. A cambio, recibió un telegrama con dos palabras: «Bien hecho».

En enero, Bradley Holmes llamó para anunciarle que Jackman se disponía a publicar el libro y que tenía previsto lanzarlo el 10 de abril.

—¿Has disfrutado de las Navidades? —le preguntó Brad.

—Mucho —respondió Allison—. Steve Wallace y David Noyes vinieron aquí a pasar las fiestas.

—¿Otra vez David? —preguntó Brad—. Al parecer, cada vez que te veo o hablo contigo, tropiezo con David Noyes.

—¿Te molesta, Brad? —preguntó ella, con rigidez.

—No especialmente.

—Bueno, pues a mí tampoco. Me gusta tener cerca a David.

—¿Por qué no te compras un caniche francés? —preguntó Brad—. Al menos, no tendrías que oír su cotorreo.

Allison colgó de golpe.

La visita de David y Stephanie le había proporcionado un alegre paréntesis en la monotonía cotidiana. Daba largos paseos con David y hablaban de su trabajo. Caminaban cogidos de la mano, cada vez más cercanos, pero para Allison era la proximidad de la amistad, nada más.

El día de Navidad invitó a Seth Buswell y a Matt Swain. Quería que estos amigos de siempre conocieran a las dos personas que en esos momentos significaban tanto para ella. Era un intento de unir su vida anterior con la nueva. La incomodaba que las separase un muro tan alto. No quería que fuera así, deseaba poder moverse

fácilmente entre Peyton Place y Nueva York sin que la asaltara una sensación de extrañeza.

Los amigos de siempre y los nuevos se entendieron bien. Seth habló con David de literatura horas y horas, como si nunca fuera a tener otra oportunidad igual. Para sorpresa y deleite de Allison, Matt Swain se sentó en el sofá al lado de Stephanie y escuchó sus anécdotas sobre la vida de los actores de televisión horas y horas, sin apartar la mirada del rostro joven y luminoso de Stephanie.

Un día, cuando los invitados habían vuelto a Nueva York, Allison se encontró con Matt Swain, que salía de la tienda de Elm Street.

—Allison —dijo—, esos amigos tuyos me cayeron muy bien.

—Sobre todo Stephanie —replicó ella con una sonrisa.

El doctor Swain dirigió la mirada a las inhóspitas colinas invernales que rodeaban la ciudad.

—Esa cara suya tiene algo... —dijo—, no sé qué es, Allison, pero me parte el corazón. Cuando la miro, vuelvo a sentirme joven: y, al mismo tiempo, muy viejo. Supongo que me recuerda mi juventud y por eso soy más consciente de la edad que tengo —concluyó, y sonrió a Allison casi disculpándose.

—No eres viejo, Doc.

—Me gustaría creerlo —dijo él—. ¡Santo Dios! ¡Cuánto me gustaría!

Nada más colgar a Brad en el teléfono, Allison volvió la cabeza hacia la ventana mirando a la nada. Sabía, sin verlo siquiera, que el invierno gris y sombrío estaba precisamente al otro lado.

Todo el mundo estaba harto del invierno; había perdido el encanto de la novedad. De todos modos, la gente seguía hablando del tiempo, porque ese invierno no había casi nada más de qué hablar en Peyton Place.

—Esto sí que es un invierno de verdad, como los de antaño.

—Sí. No había nevado tanto en cincuenta años.

—Eso mismo dice todo el mundo todos los inviernos —replicó Clayton Frazier—. Cada puñetero año nieva como nunca en cincuenta años.

—Bueno, pero este año es cierto. Los del observatorio del monte Washington lo tienen todo calculado. Cuando llegue el deshielo, se

derretirán más de seis metros y medio de nieve. Habrá inundaciones por todas partes.

—No habrá ni una —replicó Clayton.

—Claro que sí. Con tanta nieve derritiéndose, seguro que el río se desborda.

—El Connecticut no se desborda —sentenció Clayton Frazier— y punto.

—Ya lo verás, viejo cabezota de mierda. Ya lo verás.

Sin embargo, Clayton Frazier tenía razón. No hubo inundaciones. El deshielo empezó temprano, a finales de enero, y la nieve se derritió poco a poco. En febrero había desaparecido casi toda y, a finales de mes, el hielo del río ya se desprendía por las orillas. A mediados de marzo la gente miraba los campos y pensaba que la primavera volvería a pesar de todo, pero que lo haría suavemente, como una doncella bien educada, que no irrumpiría en el norte de Nueva Inglaterra como una ramera escandalosa y chillona.

El veinticinco de marzo Allison recibió seis ejemplares justificativos de su novela e inmediatamente rompió a llorar.

Ahora entendía lo que había querido decir David cuando le contaba la emoción que había sentido al tener su primer libro entre las manos. Acarició la sobrecubierta y miró con atención la fotografía de la contraportada. Luego la quitó y se fijó en la encuadernación de las tapas, lisa y negra.

El castillo de Samuel, leyó, y debajo del título, en el lomo, «MacKenzie». Lo miró fijamente, con los ojos llenos de lágrimas. Ahí estaba el resultado final de tanto tiempo de trabajo, esa cosa compacta que tenía entre las manos.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida —dijo Constance, y empezó a llorar también.

—¡Otra igual! —dijo Mike—. Esto me va a costar una fortuna en pañuelos.

—Pero es la verdad —lloriqueó Constance—. Es el libro más bonito que he visto en mi vida.

—A mí también me lo parece —concedió Mike, rodeándola con el brazo.

—¡Y es mío! —exclamó Allison—. *Mío.* Entre estas dos tapas, no hay nadie más que yo. Lo he hecho yo sola, nadie me dijo lo que tenía que decir. Lo escribí yo con mis manos.

—Si esto sigue así —dijo Mike—, nos vamos a arruinar comprando champán.

Allison no prestó mucha atención a la nota que Lewis Jackman le había mandado junto con los libros, que decía: «Me he tomado la libertad de enviar un ejemplar de *El castillo de Samuel* a algunas personas de Peyton Place. Creo que su reacción a la novela puede ser de cierto interés publicitario para nuestra campaña».

«¿A quién le importa la publicidad? —pensó Allison—. Que Lewis Jackman se encargue de vender los libros. Lo único que quiero yo es escribirlos.»

Se puso a dedicar los seis ejemplares: «Para David, con todo mi amor, Allison». «Para mi madre y Mike, con amor y gratitud.» «Para Selena Cross, con cariño, Allison.» «Para el doctor Matthew Swain, que se sabe poemas sobre la eternidad, con cariño, Allison.» «Para Seth Buswell, que me pagó el primer dinero que gané por escribir, con mis mejores deseos, Allison MacKenzie.» La sexta copia se la quedó. La colocó en su cómoda para poder verla por la mañana nada más despertarse.

A las once de la noche Seth Buswell llamó a Matthew Swain.

—¿Lo has leído? —preguntó, con la voz ronca de emoción.

—¿A qué te refieres? ¡Por Dios! —preguntó Matt.

—¡Al libro de Allison!

—No, no lo he leído —respondió Matt con paciencia—. Yo trabajo para ganarme la vida, ¿recuerdas? Tengo más que hacer que sentarme a leer libros todo el día.

—Matt, se va a desencadenar un infierno.

—¿Por qué lo dices?

—¡Sale toda la gente de la ciudad!

—A ver ¡explícate, narices!

—Pues, que ha retratado sin disimulo a todos y cada uno de los habitantes de Peyton Place —dijo Seth.

—¡Ah, calla! —dijo Matt—. Allison no es capaz de hacer eso.

—No digo que lo haya hecho con mala intención —replicó Seth—, pero por Dios, Matt, la gente va a tomárselo así. ¡En el libro hay violación, incesto, asesinato, suicidio y una docena de modalidades de ligoteo!

—¿Y qué? El pecado no vive solo en Peyton Place, ya sabes. También reside en otras partes.

—No discutas, Matt. Siéntate y léelo. Es lo único que puedo decirte. Ah, sí. La editorial ha mandado un ejemplar a Marion Partridge. Quieren que les cuente sus impresiones sobre el libro por escrito y que se las remita. Me llamó hace una hora, rabiosa como una fiera, y quiere expulsar a Allison MacKenzie de la ciudad.

—Marion siempre ha sido una alborotadora —dijo Matthew Swain —. Nació así. Bueno, me pongo manos a la obra: empiezo a leerlo ahora mismo.

—¿Matt?

—¿Qué?

—Cuando termines, llámame. Sea la hora que sea. Quiero saber tu opinión.

Matthew Swain encendió la chimenea del salón. Se preparó una copa y, después de ponerse la bata y las zapatillas, empezó a leer: «Al norte de Nueva Inglaterra hay una ciudad pequeña y las montañas que se alzan suavemente desde allí están verdes todo el año, pues los pinares cubren las laderas. En la más alta de todas, como una joya en el centro de una corona, se asienta el castillo de Samuel».

Matthew Swain leyó hasta las tres y cuarto de la madrugada y, cuando terminó la novela, cogió el teléfono y llamó a Seth Buswell.

—Sigo pensando que podría ocurrir en cualquier sitio —le dijo—. No tiene por qué ser aquí.

—Matt, has vivido en esta parte del país toda la vida. ¿Conoces alguna otra ciudad de Nueva Inglaterra con un castillo justo detrás?

—Bueno, no —respondió Matt—, pero podría ser. No hay ninguna ley que diga que solo puede haber castillo en Peyton Place.

—Díselo a Marion Partridge y a las demás mujeres de la ciudad que son como ella —dijo Seth—. Espera y verás, Matt. Tú espera y verás.

—Ya lo sé —dijo Matthew Swain—. Ya lo sé. Supongo que solo intentaba convencerme de que no va a pasar nada.

—Iluso —dijo Seth.

—Eso me temo, Seth —dijo el médico—, eso me temo. No hay duda. Aquí se va a armar la gorda cuando se publique el libro.

Segunda parte

1

Allison esperaba. La publicación de la novela estaba programada, así que no había nada más que hacer. No podía trabajar. Había planeado empezar la segunda, pero enseguida abandonó la idea. Le resultaba imposible sumergirse en algo nuevo antes de saber cómo recibirían el primer intento los críticos y el público. No estaba preocupada, sino que esperaba con una resignación tranquila que solo se quebrantaba alguna vez. En esos momentos, la asaltaban la impaciencia y una sensación terrible de apremio; y sentía el impulso de arrancarse a puñetazos contra las paredes de la habitación, como si los muros fueran los que impedían la publicación inmediata.

Escribir la novela le había parecido una tarea interminable; ni siquiera se imaginaba que un día desaparecería del escritorio la pila de hojas manuscritas. Estaba como convaleciente, en paz consigo misma, llena de discreta satisfacción por haberlo superado. Se sentó al lado de la ventana y contempló Peyton Place, el sitio que mejor conocía del mundo. En cierto sentido, tenía la sensación de haber estado dos años retirada de la vida, sin participar activamente con todo su ser, sino solo como observadora, distante y contenida. A veces temía haber cambiado sin remedio su forma de ser y se preguntaba si el motivo de rechazar a David no habría sido por temor a volver a vivir apasionadamente.

Cada día cogía el ejemplar de *El castillo de Samuel* y se preguntaba cuál sería su destino. «El olvido —pensaba—, como la mayoría de las novelas primerizas.» No sabía que, en Nueva York, se habían puesto en marcha ciertos engranajes y que la novela ya no era del todo suya, ni su destino iba a dejarse al azar. El destino tenía un cómplice, un hombre del que nunca había oído hablar: Paul Morris.

Paul Morris era un hombre pequeño y robusto, con el pelo rapado, ojos castaños y una sonrisa que, según decían, seduciría hasta a una monja. Tenía treinta años y los diez últimos había trabajado en Nueva York, en el nebuloso sector de las llamadas «relaciones públicas».

A los dieciocho años, tras añadir cinco a su verdadera edad y alegar que se había licenciado por la Universidad de Columbia, había conseguido un contrato de trabajo en una pequeña agencia de publicidad. Como confesaría un tiempo después, lo más cerca que había estado de Columbia había sido al pasar por Morningside Drive en autobús, porque, en realidad, su educación formal había concluido con dos años en un instituto del Bronx.

Cuando cumplió los veinte, consideró que ya había aprendido todo lo que podía serle útil sobre el negocio publicitario y, gracias a unas excelentes referencias, encontró un puesto en el departamento de publicidad de una de las emisoras de radio más grandes de Nueva York. Tiempo después afirmaría que allí se había encontrado realmente a sí mismo. Ascendió enseguida en el campo que había elegido. Tres años después era jefe de departamento, se casó con una cantante que renunció a una prometedora carrera por él y se trasladó a un piso de una buena calle de East Sixties.

Dos años más tarde, abrió su propia oficina y muchos de los famosos con quienes había trabajado en la radio, que se convertirían en las primeras estrellas de televisión, lo siguieron. En la puerta de la oficina se leía: «Paul Morris, Publicidad y Relaciones Públicas» y, como decía él, era capaz de reconocer a una persona chapada a la antigua en cuanto abría la boca, porque invariablemente, le preguntaba: «¿A qué se dedica exactamente, señor Morris?».

Paul Morris hacía cualquier cosa por los clientes, y mejor que nadie. Uno de los más importantes se llamaba Jerry Baldwin, cuyo programa de televisión, «Diversión con Tío Jerry», se emitía en todo el país. Baldwin era alcohólico y solo disfrutaba del sexo con chicas menores de quince años. El trabajo de Paul Morris consistía en asegurarse de que ninguna de las escapadas de Baldwin se convirtiera en un escándalo público. ¡Cuántas veces lo había rescatado de una pelea de bar minutos antes de que llegara la policía y lo había arrastrado hasta un automóvil mientras se resistía y gritaba obscenidades! Y ¡cuántas más lo había llamado para que apaciguara a golpe de talonario a los indignados padres de aquellas adolescentes!

—¡Déjelo ya, Jer! —le decía—. Se va a arruinar. Los sobornos no son gastos deducibles, ya sabe.

Otro cliente estelar de Paul era un gánster retirado, un tal Manny Kubelsky, que en la vejez se había vuelto respetable y quería que todo el mundo lo supiera. Paul se encargaba de que Manny apareciera en las columnas de cotilleos cada vez que el exdelincuente hacía una donación benéfica o abría otra tienda de su cadena de artículos deportivos. Paul le había procurado a un profesor para que le quitara el acento del Lower East Side; y a un buen sastre, que consiguió que el pequeño mafioso pareciera un ejecutivo de Madison Avenue. También le hizo cambiar el largo Cadillac negro por un Buick gris mediano y organizó la redecoración del piso de su cliente para que pareciera la casa de un hombre de negocios de éxito moderado.

—No puede permitirse tanta ostentación, Manny —le recomendó Paul.

—¡Qué ostentación ni qué narices! —protestó Manny, irritado, porque no quería renunciar a las cortinas de terciopelo ni a las alfombras blancas de pieles—. ¡No quiero vivir como ningún vagabundo!

—Como *un vagabundo* —lo corrigió Paul con paciencia.

A menudo llegamos a odiar a la persona que conoce nuestros secretos más íntimos y nuestros vicios ocultos, pero no era este el caso de Paul Morris ni el de sus clientes. Para ellos, él lo era todo, desde enfermero hasta confesor, y lo adoraban. Les conseguía trabajo, hacía que su nombre y su fotografía aparecieran en periódicos y revistas, les compraba asientos de primera fila para los estrenos y solucionaba sus peleas de pareja.

—¿Qué hago exactamente? —solía responder Paul Morris—. Pues todo y nada, según se mire. Aunque, si quiere que trabaje para usted, le costará, y no será barato.

Cuando Lewis Jackman empezó a darse cuenta de que la novela de Allison MacKenzie, con una buena publicidad y una campaña inteligente, podía convertirse en un superventas, llamó inmediatamente a Paul Morris. No tardó en comprender qué era lo que tenía entre manos; se convenció desde el momento en que

empezaron a llegarle las tarjetas de comentarios que había adjuntado a los ejemplares repartidos en Peyton Place.

«Hace que Caldwell parezca una aficionada», decía una tarjeta.

«*Tobacco Road* con acento yanqui.»[1]

«Terrenal. Real. Veraz.»

«¡Tela marinera!»

Tales fueron los comentarios de los libreros. En cambio, de los hombres y mujeres a los que había enviado ejemplares, solo recibió un silencio inquietante.

Paul Morris los leyó todos y estudió la fotografía de Allison MacKenzie.

—No es más que una niña —le dijo a Lewis Jackman.

—Exacto —respondió Jackman.

—Pero lo he leído. ¡Esto no lo ha escrito una niña!

—Sin embargo, lo escribió. Un truco bastante ingenioso, ¿no?

—Ya lo creo —dijo Paul—. La cara de una colegiala y la mentalidad y el vocabulario de un estibador. Parece prometedor.

—Eso creo, Paul. ¿Cree que puede hacer algo con ello?

Paul Morris se quedó en silencio, dándose golpecitos en los dientes con un lápiz.

—¿Puede traerla aquí? —preguntó al fin.

—Sí, seguro. Quiere que este libro sea un éxito de ventas casi tanto como yo, lo que quizá facilite las cosas.

—Llámela ahora mismo —dijo Paul—. Espero a ver qué contesta. Dígale que la necesita pasado mañana, unos cuatro o cinco días.

Jackman cogió el teléfono y llamó a Allison MacKenzie. Después de unos minutos de conversación, le guiñó un ojo a Paul Morris y articuló en silencio, con los labios, las palabras: «Va a venir». Siguió hablando por teléfono un poco más y, cuando colgó, sonreía.

—No solo va a venir —dijo—, sino que está muy emocionada con todo el asunto.

—Bien —dijo Paul—. En cuanto llegue a la oficina me pongo a concertar entrevistas.

—Solo un consejo, Paul, por si le sirve de algo —dijo Jackman—. Por lo general, Allison es dulce, dócil y coopera, pero cuando se

pone terca, es una yanqui pura y dura, y es casi imposible tratar con ella.

—Usted me paga para que resuelva esas cosillas —dijo Paul riéndose—. No se preocupe de nada.

—No, no, descuide —dijo Jackman y, aunque sonrió, se expresó en un ligero tono de advertencia—. Sé que no hará una chapuza, Paul.

«Tiene toda la puñetera razón, no soy un chapucero», pensó Paul, al salir de la oficina de Jackman. Porque, aunque tenía muchos clientes, ese trabajo era el primero que iba a hacer para una editorial. Jackman le había abierto un campo completamente nuevo y sin explotar, y estaba decidido a realizar el mejor trabajo de su carrera con Allison MacKenzie y *El castillo de Samuel.*

—Todos los años se publican cientos de libros —dijo Paul a su mujer—. Si esta vez hago un trabajo espectacular, habrá más contratos. Es una mina de oro en potencia.

Allison había contestado la llamada telefónica de Lewis Jackman en la cocina, donde estaba tomando café con Mike y Constance. Al verla, Constance se dio cuenta de que su hija había estado muy deprimida las últimas semanas. «Solo con hablar con alguien de Nueva York, vuelve a la vida», pensó. Con una punzada de dolor, se preguntó si Allison volvería a ser feliz en Peyton Place alguna vez.

—El señor Jackman quiere que vaya a Nueva York —anunció Allison cuando colgó el teléfono—. Van a entrevistarme unos periodistas y gente de la televisión. Dice que todos están muy interesados en el libro, que quieren hablar conmigo.

—¡Vaya, eso es excelente! —exclamó Constance—. ¿Cuándo tienes que irte?

—Pasado mañana.

—¡Dios mío! —exclamó Constance—. ¿Qué hacemos aquí, paradas? Hay que ver qué ropa vas a llevar.

Michael Rossi no dijo nada, pero cuando Allison y Constance salieron de la cocina, entrecerró los ojos. Las oyó reírse y charlar arriba, mientras revisaban el armario de Allison.

«Esto no me gusta —pensó—. No me gusta nada».

Percibía una euforia imprudente en el comportamiento de Allison, un afán de lanzarse a la vida. No quería que le hicieran daño. Había leído la novela y, a diferencia de Constance, no lo cegaba el amor maternal; sabía que la publicación no pasaría desapercibida en una ciudad como Peyton Place, que las personas ofendidas reaccionarían. A veces se sorprendía deseando que el libro no tuviera éxito; lo preocupaba que Allison no fuera consciente de las consecuencias de la fama, de lo destructiva que podía llegar a ser.

Sin embargo, no les dijo nada ni a la madre ni a la hija, porque no habría sabido responder a las preguntas que le habrían hecho. No comprendía exactamente por qué pensaba esas cosas, solo intuía que estaba aprensivo y que no quería que Allison fuera a Nueva York. Más tarde, habría preferido desesperadamente expresar esa opinión, por imprecisa que hubiera sido, pues esa ansiedad suya tenía más fundamento del que creía.

1 *Tobacco Road* (1932), novela de Erskine Caldwell que se adaptó al teatro y al cine. *La ruta del tabaco* en la versión cinematográfica al castellano.

2

Cuando se apeó del tren en la estación Central, Allison vio inmediatamente a Lewis Jackman. Lo habría reconocido por la altura, aunque se le hubiera olvidado la cara. Solo lo había visto una vez, pero ese rostro moreno y atractivo era difícil de olvidar. A Jackman lo conmovió tanto su juventud que le retuvo la mano más tiempo del necesario. Allison vio el anhelo que expresaba esa mirada y le dio un vuelco el corazón.

—Le he reservado una habitación en el Algonquin —dijo—. Los gastos corren por cuenta de la casa, naturalmente. El hotel está cerca de todo y aún conserva cierto aire literario, creo que será de su agrado.

Aunque las palabras eran impersonales, la voz era cálida y resonante; tenía una actitud de hombre decidido que no permite interferencias de ninguna clase en los negocios.

—He leído algo sobre el Algonquin —dijo Allison—. ¿Siguen reuniéndose allí los famosos para insultarse e insultar al mundo entero?

—Ya no —dijo Jackman, riéndose—, pero sus fantasmas siguen allí. El lugar está lleno de espectros. Le pedí al gerente que se asegurara de darle una de las habitaciones encantadas.

Cuando llegó Paul Morris, los encontró en un sofá del vestíbulo del hotel tomando un cóctel.

—Hola, Allison —dijo Paul, y le dedicó su famosa sonrisa—. He leído el libro y me parece excelente. Lo he disfrutado muchísimo.

—Muchas gracias —dijo ella, emocionada por los elogios, sabiendo que nunca se cansaría de oírlos.

«¡Qué simpático es! —pensó—. No me lo esperaba ni remotamente. Bueno, entonces, ¿qué *esperaba*?», —se preguntó, y su propia respuesta le hizo sonreír para sí.

Solo había oído hablar de él a Jackman y esperaba conocer al típico publicitario de película. Un tipo con gafas de montura oscura, pelo muy largo y con olor a prisa y a tensión constantes.

Paul Morris empezó a hablar de Nueva Inglaterra, de las ciudades que había visitado y de los campamentos de verano a los que había ido de niño y, a los quince minutos, Allison tenía la impresión de que estaba hablando con un amigo de toda la vida. Esta táctica, uno de los puntos más fuertes de Paul, siempre daba buen resultado, pues lo cierto era que la única vez que había pisado Nueva Inglaterra había sido para llevar a un teatro de Boston a una clienta, una actriz aficionada a la bebida. Se había visto obligado a pasar allí un fin de semana, atrapado en una pequeña habitación de hotel, cerca de la estación del Norte y, cuando al fin pudo marcharse, juró por Dios que prefería enfrentarse a un largo día en el infierno antes que volver a salir de Nueva York.

—Mañana vamos a comer con Jim Brody —dijo Paul—. ¿Lo conoce?

—Creo que sí —dijo Allison—. ¿No escribe una columna en algún periódico?

—Sí, diría que sí —dijo Paul—. Una columna que se publica en más de seiscientos periódicos de todo el país. Quiere hacerle una entrevista.

—No se me va a ocurrir nada que decir —replicó Allison, y empezaron a temblarle las manos.

—Sí, ya verá —dijo Paul—. Lo único que tiene que hacer es ser usted misma. Preste atención: esta entrevista va a ser muy importante. No solo porque Brody es muy famoso, sino porque es la primera que le harán. ¿Qué va a ponerse?

—Tengo unos vestidos nuevos —dijo ella—, y mi madre me ha prestado la estola de visón.

—No —dijo Paul—, no es necesario que se ponga elegante. Es preferible que se la vea muy joven, inocente y algo infantil. Vamos. Subamos y echemos un vistazo al vestuario.

Subieron los tres a la habitación de Allison y Paul examinó todas las prendas del armario. Allison sabía que debería sentir vergüenza, y la habría sentido si se hubiera tratado de cualquier otra persona del mundo, excepto Paul. Pero es que él manejaba la ropa de una forma tan impersonal que le daba igual. Además, por primera vez tenía la sensación de que nada de eso tenía que ver con ella.

Finalmente, Paul eligió una prenda gris de lana con cuello redondo de color blanco.

—Esto —dijo.

—Pero... no es nuevo —protestó Allison—. Hace dos años que lo tengo y solo lo he traído para ponérmelo en el tren, cuando vuelva a casa, porque apenas se arruga.

—Póngase esto —repitió Paul con más firmeza—. Y nada de estolas de piel. El abrigo que llevaba abajo está bien.

Antes de que Allison se diera cuenta de lo que pasaba, Paul había cogido el cepillo del pelo y la estaba peinando.

—Tampoco queremos peinados sofisticados —dijo—. Hágase una cola de caballo recogida con una goma.

—Pero, si no me peino así desde que tenía catorce años —objetó ella.

—Exacto —dijo Paul, con una sonrisa—. Y nada de maquillaje, solo un poco de pintalabios. ¿Tiene alguno rosa?

—No.

—Se lo traigo yo cuando venga a recogerla —dijo Paul—. Estaré aquí a las doce y media.

—Pero no quiero ir vestida como una cría —dijo Allison al borde de las lágrimas—. Quiero estar guapa.

—Cielo —dijo Paul, pasándole el brazo por los hombros como un buen amigo—, va a triunfar por todo lo alto. En Estados Unidos tenemos escritoras glamurosas, escritoras mayores, escritoras amas de casa y escritoras profesoras; pero ninguna joven, limpia y sin maquillaje, y usted va a llenar ese gran vacío. Confíe en mí, por favor.

Allison lo miró a los ojos, oscuros, tiernos y sonrientes.

—De acuerdo —dijo por fin—. Estaré lista a las doce y media.

—Y esta noche, acuéstese temprano —añadió mientras salía por la puerta—. Quiero que mañana parezca que ha dormido doce horas.

Cuando se fue, Allison se volvió hacia Lewis Jackman.

—¿Cree que lo haré bien? —preguntó, nerviosa.

—Querida —dijo Jackman—, no le dé más vueltas. Déjelo todo en manos de Paul.

Paul Morris se había ido y a Allison le asaltaron todas las dudas de nuevo.

—¿Es necesario todo esto? —le preguntó a Jackman—. Me refiero a fingir ser alguien que no soy para impresionar a la gente.

—La publicidad es un asunto delicado, Allison. Pagamos una buena cantidad de dinero a Paul Morris para que se encargue de todo. Es un hacha en estas lides, y lo mejor que podemos hacer, tanto usted como yo, es ponernos totalmente en sus manos. Quiere vender libros, ¿no es eso?

—Claro que sí —contestó Allison.

—Entonces haga lo que le diga Paul —dijo Jackman—. Es un hacha, insisto.

Allison se acercó a la ventana de la habitación y miró el panorama de Nueva York, que estaba a la espera. «Como si quisiera que la conquistara», pensó. Se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo, luego apiló las almohadas contra el cabezal y, por primera vez desde que llegó, se relajó y empezó a recuperarse a sí misma. «Hasta ahora —se dijo—, he interpretado un papel, el de una novelista joven que viene a Nueva York para ver al editor. Es muy irreal.»

—No me lo imaginaba así —le dijo a Jackman.

Él sonrió, acercó una silla a la cama y se sentó. «Como un médico», pensó ella, y le sonrió.

—Nunca es como uno espera —respondió él—. A los autores nunca les resulta fácil entender cómo funcionan las cosas en el mundo literario actual. No es que sea muy complicado, pero no quieren aceptar las cosas como son.

—Inténtelo —dijo Allison.

—Es muy sencillo, Allison. Editar es un negocio como cualquier otro. La motivación es el beneficio. Los libros son un bien que se pone a la venta. La única diferencia entre una editorial considerada buena y otra mala es que las buenas prefieren pensar que pueden ganar beneficios publicando libros buenos.

—¿De qué clase es usted? —preguntó ella. Le habría llamado Lewis, pero todavía no se atrevía a hacerlo.

—Siempre me he considerado bueno en esto —contestó con una sonrisa—. ¿Sabe? En cierto modo, los editores se parecen mucho a los autores. Después de entrar en este negocio, tardé unos cuantos años en aceptar la realidad del sector. Supongo que, debido al fervor juvenil, me imaginaba que una editorial era algo así como una institución benéfica para ayudar a los jóvenes con talento que mandaban manuscritos. Tuve que aceptar uno de los principios fundamentales de la vida empresarial: que el primer deber de una empresa es mantenerse a flote. Si hubiera quebrado, ahora no le serviría de mucho.

—No sé cómo lo hace, pero consigue que las cosas más irracionales parezcan la razón personificada —dijo Allison.

Jackman se rio. Allison lo miró, sorprendida, sin saber por qué. Pero enseguida se dio cuenta del motivo.

—Es la primera vez que le oigo reírse, Lewis —dijo.

—Supongo que no tengo mucha costumbre —dijo él, rozándole la mano con la punta de los dedos—. Debe venir a Nueva York más a menudo y quedarse más tiempo. Al parecer, me sienta bien.

Después se quedaron en silencio, mirándose a los ojos. Jackman fue el primero que desvió la mirada.

—Hay algo en usted que me conmueve, Allison. Pero no tengo derecho a hablar así. Estoy casado. Tengo un hijo que es casi de su edad.

Allison movió la mano, las palmas se tocaron. Él se inclinó y la besó, un beso que, a pesar de la delicadeza, la estremeció, porque era señal de una pasión reprimida.

—Incluso sus labios son jóvenes —dijo él, en voz baja, poco más que un susurro—. Hasta sus besos saben a juventud.

Volvió a acercarse a ella y Allison pensó «No me importa, no me importa, esto es lo que quiero». Le abrió los brazos. Él se tumbó en la cama, a su lado.

No se dijeron ni una palabra más, como si ambos supieran que ya habría tiempo para hablar más tarde. Ahora solo se deseaban el uno al otro, con un hambre terrible. Cuando él la desnudó, le temblaban las manos como a un niño; Allison lo advirtió y se permitió un momento egoísta de triunfo. Cuando los cuerpos desnudos se

tocaron, ella contuvo la respiración, que se le cortó como al zambullirse de golpe en un frío lago de montaña.

Estaba preparada para recibirlo al instante y, cuando él comenzó a acariciarle los senos, gimió y abrió las piernas. La tomó con tanta intensidad que la dejó agotada, aturdida y sin aliento. Notó los labios de Lewis, que le besaban los párpados. Notó la liberación que fluyó atravesándola, y sollozó en silencio. Lewis la abrazó con fuerza, diciéndole «Ay, querida mía, querida mía», una y otra vez, y la acarició con ternura y amor.

Después la llevó a cenar y la contempló desde el otro lado de la mesa. Allison tenía la sensación de ser lo más excepcional del mundo.

—¡Qué hermosa eres! —dijo, en voz tan baja que casi no lo oyó, como si hablara a una gran distancia.

—Lewis, eso solo me lo habían dicho chicos lunáticos —dijo ella.

—En tal caso, soy un chico lunático, cielo.

Lewis se entristeció de nuevo, la palabra «chico» le había recordado lo mayor que era y la gran diferencia de edad que había entre ellos. Allison, consciente de lo que debía de estar pensando, le cogió la mano.

—Eres joven, Lewis —dijo—. Cuando estás conmigo, eres joven, porque tienes mucho amor que dar. Un hombre solo es viejo cuando no le queda amor que entregar.

—Me gustaría que fuera cierto, Allison, me gustaría muchísimo. Seríamos contemporáneos. A mis casi cincuenta años, he gastado tan poco amor como tú en la mitad de tiempo. Quiero explicarte lo siguiente no solo porque tienes derecho a saberlo, sino porque *quiero* contártelo.

Y le contó que no había amor en su matrimonio y que su mujer estaba neurótica.

—Me casé joven —dijo—, joven y lleno de esperanzas. Como la amaba, esperaba que cambiase. Pero no fue así. Tendríamos que habernos divorciado hace veinte años, pero entonces nació mi hijo y me dio motivos suficientes para seguir un largo tiempo.

Lewis no tenía la costumbre de revelar sus sentimientos, y por eso estaba avergonzado; hacía pausas con frecuencia y jugueteaba

con los cubiertos que estaban al lado del plato.

—Renuncié a toda idea de felicidad personal —continuó—. Seguimos a la deriva. Ahora mi hijo está en la universidad. Y mi mujer... vive encerrada en su propio mundo. Un mundo creado a partir de sus propias neurosis. Locura, diría yo, pero ya no está de moda hablar de locura, ¿verdad? Las mujeres *elegantes,* las de buena familia, no se vuelven locas; tienen neurosis. Solo los campesinos son susceptibles de locura hoy en día —concluyó. Miró la mano de Allison, que estrechaba entre las suyas—. A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que sigo con ella por compasión. Pero no quiero dar la impresión de que se trata de una cuestión de nobleza —añadió con sarcasmo a su pesar—. No es un acto de valor, ni un sacrificio, créeme. Me temo que es un acto de debilidad. Lo valiente sería dejarla, pero aún no he tenido el valor de hacerlo. En cambio, como soy débil, solo espero que se suicide o que la atropelle un coche. Tengo el sueño absurdo de que algún día me libraré de ella sin hacer nada.

—Todavía puede ocurrir, cariño —dijo ella, tranquilizándolo. —¡Ah, Allison! No te dejes arrastrar por mis estúpidos sueños. Solo suceden las cosas que provocamos nosotros.

—Me da igual, Lewis. Todo eso me da igual. Tú solo quiéreme y todo saldrá bien.

Él le sonrió amorosamente, pero en el fondo de esa triste mirada, pensó: «¡Dios mío, qué joven es! ¡Qué joven es!».

Esa noche, Allison durmió en sus brazos y se sintió segura, protegida en un mundo amenazador.

3

Al día siguiente, un poco antes de la una de la tarde, Allison se sentó al lado de Paul Morris en la barra del Kelly, un restaurante de la Tercera Avenida. El suelo era de pequeñas baldosas hexagonales y el local conservaba las lámparas de gas antiguas, adaptadas a la electricidad.

—Brody viene aquí desde hace veinte años —le dijo Paul—. Lo puso de moda.

—Hace un tiempo viví en Nueva York más de un año y nunca oí hablar de este sitio —dijo Allison—. Debe de estar muy muy de moda, sí.

Paul cogió la copa y se quedó callado un momento.

—Mire, encanto —dijo al fin—, no pretendo ponerle palabras en la boca ni quitárselas, pero no le cuente a Brody que ha vivido en Nueva York.

—¿Y si me lo pregunta? —inquirió Allison.

—Pues esquívelo —respondió Paul, y levantó una mano para impedir que Allison dijera lo que estaba a punto de decir—. Mire, es usted una jovencita lista. Ha escrito una novela que no solo se ha publicado, sino que va a ser un superventas. Cuando quiere, es bastante inteligente con las palabras, y, con Brody, quiero que sea más que superinteligente. No le cuente que ha vivido en Nueva York. Y otra cosa. Cuando la guerra, Brody ganó el premio Pulitzer por una cobertura informativa en Italia. Quizá se lo pueda recordar. Es su alegría y su orgullo, pero poca gente se acuerda de ese detalle.

—¿Cómo es que usted se acuerda? —pregunto Allison.

—Secreto profesional —dijo Paul con una sonrisa—, pero se lo voy a confiar. Desde que concerté esta entrevista, he estado leyendo cosas suyas y las que se han escrito sobre él. Lo he estudiado todo con tanto detenimiento que apuesto a que podría decirle de qué color es el pijama con el que duerme.

Jim Brody era un hombre grande y campechano que debía de disfrutar de la buena comida y de los buenos chistes. Cuando entró

en el Kelly, lo saludó prácticamente todo el mundo. Un camarero retiró una tarjeta de «Reservado» de la mesa del fondo y otro le sirvió una enorme jarra de cerveza antes de que el hombre tuviera tiempo siquiera de quitarse el abrigo.

—Allá vamos, bonita —susurró Paul Morris—. Sonría.

—No puedo —respondió Allison, en voz baja—. Estoy muy asustada.

—Sí puede, y no, no lo está —objetó Paul, llevándola a la mesa de Jim Brody.

—Hola —saludó Brody, casi sin mirarla, cuando Paul se la presentó—. Siéntese. —Allison se sentó al lado de Paul Morris.

«Engaña —pensó ella, mirando a Brody—. Es tan grandote y parece tan amable como un San Bernardo, pero tiene la mirada fría y calculadora.»

—¿Quiere una cerveza? —preguntó Brody.

—Yo sí —dijo Paul—. La señorita MacKenzie no bebe.

«¿Cómo puede mentir así y seguir sonriendo?», se preguntó Allison, sorprendida, al recordar el Martini seco que acababa de tomar en el bar.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Brody.

Sin dar tiempo a Allison a contestar, Paul sacó un papel del bolsillo interior de la chaqueta.

—He anotado aquí toda la información biográfica, Jim —dijo—. Pensé que ganaríamos tiempo.

Brody cogió el papel y lo estudió.

—Diecinueve, ¿eh? —preguntó, mirando a Allison. Ella se quedó sin palabras. Tenía veintitrés años y estaba a punto de decírselo, cuando Brody volvió a hablar—. Parece más joven, incluso —dijo—. ¿Lleva mucho tiempo escribiendo?

—Desde el instituto —respondió ella.

—¿Ha vendido algo?

—Solo relatos cortos a revistas.

—¿Qué clase de relatos?

—Bueno, tonterías sin importancias para mujeres de cabeza hueca, ya sabe.

—Cuidado con lo que dice de las mujeres estadounidenses —dijo Brody, con una sonrisa—. Muchas leen mi columna.

—No son las mismas que leen mis historias —dijo Allison—. Usted escribe sobre cosas y personas reales.

—¿Y sus relatos no son reales?

—Supongo que para las lectoras, sí, pero para mí, nunca. En mis historias, todas las heroínas eran rubias y guapas, con ojos verdes y un tipo fabuloso; y todos los hombres, altos, morenos y atractivos, con la mandíbula cuadrada y chaqueta de tweed.

Brody echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír; y Paul Morris la felicitó con un suave apretón por debajo de la mesa.

—Bien, desde luego, en su novela no hay personajes así —dijo Brody—. La leí anoche. ¿Dónde ha aprendido una jovencita de su edad tantas obscenidades?

—Lamento mucho que piense que la novela es obscena, señor Brody —dijo Allison, muy irritada de pronto—. No era esa mi intención. Solo intenté ser sincera y ofrecer una imagen fidedigna de las ciudades pequeñas, tal como las conozco. En *El castillo de Samuel* suceden las mismas cosas que en todas partes y creo que un hombre tan inteligente que ha ganado el Pulitzer debería saberlo.

—¡Ah! —dijo Brody, sonriendo—. Sabe lo del Pulitzer.

—Sí. Recuerdo que, cuando lo ganó, la fotografía apareció en todos los periódicos —mintió Allison, rogando por que fuera cierto.

«Vaya, pues no es tan difícil —pensó, sorprendida—. Si me lo propongo, puedo mentir tan bien como Paul.»

—Tiene buena memoria —dijo Brody—. Casi todo el mundo se acuerda de lo que escribí ayer, pero nada más. —Un camarero le puso otra jarra de cerveza en la mesa y Brody la cogió—. Dígame, señorita MacKenzie —continuó, limpiándose un pequeño bigote de espuma del labio superior—, ¿qué opinará de la novela la gente de su ciudad natal?

—Ya lo han dicho —respondió Allison—. Mi editor, el señor Jackman, mandó ejemplares de muestra a unas cuantas personas del pueblo y la noticia se difundió como la pólvora.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Brody.

Allison apretó los puños y le ardieron los ojos de ira al recordarlo.

—Dicen que tendría que salir corriendo de la ciudad —respondió, y se le quebró la voz—. Dicen que mi madre tendría que vender la casa, mi padre, perder el trabajo e irnos todos de Peyton Place para nunca más volver.

—¿Y lo hará? —preguntó Brody—. Me refiero a irse de allí.

—¡Nunca! —exclamó Allison—. Nací en Peyton Place y voy a vivir allí todo el tiempo que se me antoje.

—Yo nací en una ciudad pequeña de Indiana —dijo Brody, mirándola—. Cuando la gente de las ciudades provincianas se sulfura, puede hacerle la vida imposible al culpable.

—Lo sé —dijo Allison.

—Bueno, volviendo a la primera pregunta —dijo Brody. Vació la jarra y ya le esperaba otra—. La he formulado mal, así que vuelvo a intentarlo. ¿Dónde aprendió una jovencita de su edad todas esas cosas sobre las artimañas y las perversiones del sexo?

—Señor Brody, si procede usted de una ciudad pequeña —respondió ella—, no debería preguntármelo. En esos sitios no hay secretos.

—Entonces, dice que Peyton Place le ha enseñado todo lo que sabe.

—No, yo no he dicho eso, señor Brody. Me he limitado a recordarle lo que se cuece en las localidades provincianas.

—Es usted prudente, ¿verdad? —replicó Brody, sonriendo.

—No, pero si usted lo dice —respondió ella—. Solo he procurado ser sincera.

Después pidieron el almuerzo y Brody le hizo preguntas informales sobre Peyton Place y sus habitantes.

—Debe de ser un sitio muy interesante —dijo, cuando se levantó para marcharse—. Iré a conocerlo un día de estos.

Cuando se marchó, Paul Morris tomó la mano a Allison y se la estrechó con energía.

—¡Lo ha conseguido, querida! —le dijo.

—¿A qué viene eso de decirle que tengo diecinueve años? —preguntó Allison, cansada y enojada—. Tengo veintitrés y usted lo sabe.

—Es publicidad, querida —contestó Paul Morris—, y nueve de cada diez anuncios no son más que historias bonitas que se ha inventado alguien en una oficina igualita que la mía. A ver, ¿en serio cree todas las tonterías que lee en las revistas sobre las estrellas de cine? ¿De verdad piensa que nuestras sensuales sirenas tienen veintipocos años, que asisten a las reuniones del AMPA y que se levantan todas las mañanas para preparar el desayuno a sus hijos?

—Nunca se me ha ocurrido pensar en eso —dijo Allison, molesta.

—Pues empiece, encanto —dijo Paul—. La publicidad se usa para crear una ilusión sobre un lugar, una cosa o una persona. Un espejismo que la gente cree porque quiere creerlo. Los anuncios son un medio para vender mercancía, ya sea una habitación de hotel en Miami, un detergente en polvo o un ser humano. Vamos a venderla a usted, Allison, porque si lo hacemos bien, venderemos también muchos ejemplares de la novela.

—¡No soy un artículo de mostrador de rebajas! —exclamó Allison, mirándolo con horror—. Soy una persona. ¡Soy yo!

—Cielito —dijo Paul, poniéndole una mano en el brazo—, yo sé y usted sabe, y todo el mundo sabe, que todos somos personas. Pero lo que vamos a hacer con usted es convertirla en todo un personaje que reconocerán millones de hombres y mujeres. Reconocerán su nombre, su cara y su libro. En resumen, vamos a intentar transformarla en una estrella de las letras.

—Ahora que vuelvo a ser mayor de edad —dijo Allison—, me gustaría tomar una copa, por favor.

—Ahora mismo no puede beber nada. A partir de hoy, la gente sabrá que se ha sentado a la mesa con Jim Brody y no ha bebido con él. Incluso es posible que mencione en el artículo que usted no bebe, así que ahora no puede dar marcha atrás ni hacer nada que altere esa imagen.

—¡Es ridículo! —exclamó Allison.

—Ah, ¿sí? —replicó Paul—. Mire, vamos a venderla como escritora genial: una chica del campo dulce, joven e inocente, que vive en el mismo sitio unos años, hasta que no puede soportar más la farsa y la hipocresía, y explota publicando la verdad. Ahora bien, el público ya tiene la idea de que las auténticas chicas dulces e inocentes no

beben, de manera que, cuando esté en un sitio en el que puedan reconocerla, no beba. Es así de simple.

—¡Todo eso no es más que una sarta de mentiras escandalosas! —dijo Allison.

—En realidad no —respondió Paul—. ¿Acaso lo que sucede en Peyton Place no es lo mismo que sucede en la novela?

—Claro que sí —dijo Allison—, pero, desde luego, eso no significa que yo quisiera...

—Mire, querida. Usted lo que quiere es que el libro se venda, ¿no?

—Sí, pero sigo sin entender...

—Déjelo en mis manos —la interrumpió de nuevo—. Y hable con todas las personas que le presente tal como ha hablado con Brody. Haga lo que le digo y juntos convertiremos *El castillo de Samuel* en el mayor éxito de ventas de la historia en el mundo editorial —concluyó. Miró el reloj—. Vamos. Nos esperan en la CBS dentro de veinte minutos; la va a entrevistar Jane Dodge. El programa se emite por la mañana, pero las entrevistas las graba previamente.

—La he oído —dijo Allison—. Tiene una voz profunda preciosa.

—Así es —dijo Paul—. La voz de un ángel y el alma de una auténtica zorra. Vamos. Espero que encontremos un taxi.

—Con Jane —añadió Paul, antes de entrar en el estudio—, no menosprecie las revistas femeninas, las organizaciones feministas ni nada relacionado con las mujeres. Ella es una Mujer profesional y se ha hecho de oro gracias a eso.

Jane Dodge llevaba un sombrero grande, guantes largos negros y una boquilla de ébano. Estaba tan elegante y la habían maquillado con tal precisión que a Allison le pareció un artículo de fábrica.

—¡Por amor de Dios, Jake! —gritó Jane en el momento en que Paul se acercaba con Allison—. ¿Piensas pasarte la tarde haciendo el capullo o grabamos el programa?

—Ya casi estamos listos, Jane —contestó el tal Jake.

—¡Ah, hola, corazón! —dijo Jane, saludando a Allison—. Empezaremos en cuanto ese estúpido inútil lo tenga todo organizado.

Sus ojos, incisivos y rápidos detrás de unas gafas verdes de estilo gato, escudriñaron la hoja de notas que Paul Morris le había entregado, y murmuró entre dientes: «Diecinueve. Peyton Place. Hija única. Primer libro».

Allison se quedó mirándola con el corazón en la boca.

—Listo, Jane.

Jane Dodge miró al hombre nervioso, el tal Jake y, a una señal suya, empezó a hablar con la voz profunda y aterciopelada que Allison recordaba.

—Y ahora, señoras —dijo ante el micrófono—, tengo el enorme placer de presentarles a una jovencita que conocí hace un tiempo en Nueva Inglaterra. Se llama Allison MacKenzie y solo tiene diecinueve años, pero mi joven amiga ha conseguido engañarnos a muchas de nosotras. Es la autora del sensacional exitazo de ventas *El castillo de Samuel* y, chicas, si aún no han tenido oportunidad de leer este maravilloso libro, dejen los platos y vayan volando a la librería. Bien. Buenos días, Allison. ¿Cómo está, querida?

Cuando terminó la entrevista, a Allison le temblaban las rodillas y solo quería salir del caluroso y sofocante estudio a respirar aire fresco.

—Paul, cariño —dijo Jane Dodge—. Déjame un ejemplar de ese libro, ¿quieres?

Paul sacó un ejemplar de *El castillo de Samuel* del maletín y lo dejó en el escritorio de Jane.

—Muchas gracias, Jane —dijo—. Ha sido una entrevista estupenda.

Allison no podía apartar la mirada del libro.

—¿No lo ha leído? —le preguntó a Jane.

La presentadora la miró con asombro y se echó a reír.

—Cariño —le respondió—, con la competencia feroz que hay actualmente, ni siquiera tengo tiempo de seguir leyendo a Lenny Lyons.

En la calle, Allison se volvió hacia Paul.

—Esa mujer tiene la lengua más sucia que un carretero —le dijo —. Y, en cuanto a la hipocresía de la doble moral, las mujeres de Peyton Place parecen niñas a su lado.

—Es posible —dijo Paul, animado—, pero miles de mujeres la escuchan todos los días. Y mañana por la mañana, cuando la oigan, te escucharán a ti. Y entonces, irán volando a comprar *El castillo de Samuel* porque se lo ha dicho Jane. Y es que las amigas de su querida Jane son amigas suyas también.

«Qué negocio tan sucio es este —pensó Allison, cansada—. Y ahora formo parte de él. Me he rendido sin luchar. Quiero que lean la novela. Quiero que sea un éxito de ventas, por eso hago estas cosas horrorosas. Qué fácil es convertirse en una mentirosa y en un fraude, cuando puedes decirte a ti misma que lo haces con la mejor intención.»

Paul paró un taxi, pero Allison dijo que prefería ir andando. Las últimas palabras de Paul antes de irse fueron: «Allison, vamos a vender una cantidad extraordinaria de libros».

Mientras cruzaba la ciudad para reunirse con David, odió intensamente a Paul un momento, pero enseguida se dijo: «Paul no tiene la culpa, solo hace el trabajo para el que lo contrataron. Y lo hace muy bien. La culpa la tengo yo. Me he convertido en una vendedora ambulante. No hago el trabajo para el que me preparé. Debería estar en casa con Mike y Constance escribiendo la nueva novela».

Pero no era únicamente la emoción de publicar lo que le impedía concentrarse en el trabajo, también estaba Lewis Jackman. Era la primera vez que pensaba en Lewis desde que había ido al Kelly con Paul, tan absorta como había estado en el frenético negocio de la publicidad. En ese momento, mientras caminaba por la concurrida calle aquel luminoso día primaveral, recordó su voz y el tacto de sus manos. «Esto es lo importante —se dijo—, lo que está sucediendo entre Lewis y yo, y no contar unas cuantas mentiras a algunas personas que se ganan la vida engañando.»

Se dirigió a la cafetería en la que la esperaba David y, al pensar en él, sintió una punzada de culpabilidad. «Aunque no elegimos a quién amar —pensó—. El amor nos elige a nosotros. Los amantes siempre encuentran una excusa para el daño que infligen a los demás. Y la excusa es siempre el amor en sí mismo.»

Llegó a la cafetería italiana de West Fifties en la que habían quedado; era un lugar oscuro, con velas que se consumían lentamente en las mesas de mármol. Las paredes estaban tapizadas con una tela de color granate que absorbía la poca luz existente. En los espejos, manchados y amarillentos por el paso del tiempo, se vio la cara, deformada y oscura, como difuminada. Solo al fondo se veía el único objeto brillante de todo el local: una artística máquina de café grande y plateada. Cuando el camarero presionaba una de las largas palancas, el vapor silbaba entre el café molido y apretado y un delicioso elixir, la quintaesencia del café, caía gota a gota del grifo plateado hasta una tacita.

David no perdió de vista a Allison desde el instante en que entró por la puerta buscándolo con la mirada. Le pareció que se movía con más confianza. Sonrió para sí. «Nuestra pequeña Allison está creciendo», pensó. Ella se dejó caer pesadamente en la silla, enfrente de él; el camarero le sirvió café y Allison contó a David lo que había hecho en el día. Le habló de Paul Morris, de Brody y de Jane Dodge.

Él la escuchó en silencio, sin interrumpirla ni una sola vez. Allison estaba tan orgullosa de sí misma que no se dio cuenta de lo enfadado que estaba David y, cuando terminó de hablar, le sorprendió oírle la voz, temblorosa de ira: —¡No estás en este negocio para vender libros! Se supone que eres escritora, no un payaso de un programa de radio o televisión. Ni una idiota que habla por los codos con un reportero borracho de tres al cuarto.

—¡Cállate, David! —exclamó ella, doblemente enojada, porque esas palabras eran el eco de sus propios pensamientos—. Quizás a ti te dé igual lo que pase con tus libros, pero a mí no. ¿De qué sirve escribir si nadie te lee?

—La gente descubre los libros buenos por su cuenta —respondió David—. Y *El castillo de Samuel* es un buen libro. Con el tiempo, el público lo sabría sin necesidad de que todos los periódicos del país lo promocionen como una obra pornográfica.

—No es pornografía —gritó Allison.

—*Yo* sé que no —dijo David—. Y *tú* también. Pero ¿qué pasa con la gente que lee la columna de Jim Brody? No van a ver nada de la

belleza de tu obra. La comprarán y la leerán por las explícitas descripciones sexuales.

—Mete las narices en tus asuntos, ¡maldita sea! —estalló ella.

—Entérate de las últimas noticias, Allison —dijo David, levantándose. Sacó un recorte de periódico del bolsillo y lo arrojó en la mesa—. La entrevista con Brody ha salido en la última edición, la vespertina. No ha perdido el tiempo. Y tú tampoco. Has conseguido lo que querías, Allison: un éxito mayúsculo. Será interesante ver qué haces con él, o qué te hace él a ti —añadió con una sonrisa amarga —. Parece que ya no tenemos nada que decirnos, ¿verdad? — concluyó.

Después se fue. Allison se quedó sentada un momento, inmóvil; luego leyó la columna de Brody.

Brody había escrito: «Si quieren que su hija aprenda las cosas de la vida por las malas, procure que se críe en una ciudad como Peyton Place. Eso es lo que le pasó a la joven autora de un nuevo superventas sensacional, titulado *El castillo de Samuel*. Es un libro que no se anda con rodeos». La columna concluía así: «¿Y qué hay de Allison MacKenzie, la joven que dio una patada a la pétrea respetabilidad de Nueva Inglaterra, para sacar a la luz los trapos sucios de debajo de la alfombra? Ella dice, bastante animada, que las ventas en la tienda de ropa de su madre han caído un cincuenta por ciento y que su padre, el director del Instituto de Peyton Place, probablemente perderá el empleo. Aunque no creemos que la señorita Allison MacKenzie tenga que preocuparse mucho, porque *El castillo de Samuel* la hará rica y famosa».

La traición de Brody le revolvió el estómago al momento; se enfadó y se enfureció. Después arrugó el recorte de periódico lentamente y lo apretó hasta convertirlo en una bola pequeña y dura. «Si es así como se juega —pensó—, voy a entrar en el juego.»

4

En los primeros cinco días de la estancia en Nueva York, Allison concedió nueve entrevistas a periodistas de prensa y de radio, más dos en televisión. Antes de que terminara la campaña, se había convertido en una actriz consumada y había aprendido con los mejores a esquivar y a contraatacar, a pensar dos veces antes de hablar y a formular las respuestas con tal habilidad que ni el periodista menos ético podía malinterpretar sus declaraciones.

En la que resultó ser la última noche en Nueva York, cenó con Lewis Jackman en un fabuloso restaurante nuevo que hacía furor en esos momentos. Era un restaurante, de los muchos que proliferaron en la postguerra, al que acudían florecientes ejecutivos que no pagaban con dinero de verdad, sino que cargaban los gastos a la empresa. La carta era tan extensa que solo los ociosos tenían tiempo para leerla entera, y solo la entendían los gourmets profesionales. Los camareros que atendían las mesas también hacían de traductores.

El jefe de sala los acompañó a una de las mejores mesas, las reservadas para los famosos. Estas mesas se encontraban alrededor de una fuente de mármol blanco de la que brotaban chorros de agua como si fuera un árbol exótico.

—Es un gran honor tenerla aquí, señorita MacKenzie —le dijo con una inclinación de cabeza, mientras le apartaba la silla. Ella le dedicó la sonrisa cortés y evasiva que le había enseñado el triunfo.

—Estoy muy orgulloso de ti, Allison —dijo Lewis—. Hace solo unas semanas eras una escritora y ahora eres una autora. —Le dedicó una sonrisa cariñosa que suavizó el impacto de las palabras, pero Allison comprendió lo que quería decir y, a su vez, sonrió con tristeza.

«¿Han sido solo cinco días?», pensó, asombrada. Recordó la inocente indignación que le había causado descubrir que Jane Dodge no había leído la novela. De todas las personas que la habían entrevistado desde entonces, solo un periodista había afirmado que

la había leído; otro había dicho que la había «hojeado». Pero todos, sin excepción, escribían sobre ella con conocimiento de causa.

Un corpulento ejecutivo se plantó al lado de su silla y le interrumpió los pensamientos; quería que le firmara un autógrafo en la carta del restaurante. Le ofreció un pequeño lápiz dorado. «Es para mi mujer», dijo. Los hombres que le pedían un autógrafo siempre sonreían con aire de disculpa y decían que era para su mujer. Allison escribió su nombre en el amplio margen de la carta y se la devolvió con una sonrisa.

«¡Qué disparate! —pensó—. Esto es una puñetera estupidez.» Y, sin embargo, resultaba muy atractivo. Solo un santo o un psicópata se retiraría voluntariamente del mundo de la fama a una torre de marfil. Era lo que Allison deseaba desde hacía mucho tiempo, lo soñaba desde pequeña, cuando intercambiaba revistas de cotilleos de Hollywood con Selena. Lo había decidido: si la fama tenía un precio, lo pagaría. No seguiría el camino de David, no se escabulliría por la puerta trasera. Era joven, pero no tanto; ya no creía que el arte solo se podía encontrar en un piso sin agua caliente.

—¿Pido por ti, Allison? —preguntó Lewis.

—Por favor —respondió ella.

Mientras el camarero esperaba, lápiz y libreta de pedidos en ristre, y el sumiller se acercaba para consultar la carta de vinos con Lewis, Allison se acordó del día en que había cruzado la ciudad porque había quedado con David en la cafetería italiana. Lo recordaba a menudo. El éxito, saberse observada en casi todas partes. Sospechar de sí misma y de cada uno de sus actos. «¿Hago esto porque *quiero* —se planteaba últimamente con frecuencia— o porque me obliga el Éxito?»

Se preguntó si no habría sido ella la que había provocado la discusión con David, si no habría entrado en la cafetería deseando inconscientemente poner fin a la relación. David le recordaba su antigua vida, antes de convertirse en autora, cuando solo era una escritora que luchaba por lograr algo. Había superado a David.

A veces se sorprendía pensando —en los escasos momentos en los que la nueva vida le dejaba tiempo para pensar— que el Éxito implicaba un proceso de maduración increíblemente apresurado,

como el de someter a las flores a una maduración acelerada para satisfacer la demanda del mercado. Aunque esa madurez estuviera inducida artificialmente, parecía real. Aportaba una sensibilidad mayor, una percepción más profunda y perspicaz.

Esta nueva percepción le revelaba cosas que preferiría no haber descubierto. Por ejemplo, David: ahora se daba cuenta de que parte del enfado en la cafetería había sido por envidia. David envidaba su éxito, lo que debía de parecerle un triunfo fácil. Él llevaba años trabajando, había publicado cuatro novelas, pero no había conseguido ninguna de las recompensas materiales que le llovían a ella. Por eso se había puesto amargo y desagradable, precisamente cuando más falta le hacía a ella su comprensión.

Para Allison, era otra lección sobre la complejidad de la vida: David había tomado conciencia de su fracaso de repente, se lo había impuesto el hecho de conocer a Allison, le había hecho cambiar, sin duda, del mismo modo que el éxito la había transformado a ella.

«El triunfo es una cosa que se tendría que poder pedir, como una copa o un café, en su justa medida —pensaba, mientras el camarero le servía un consomé de cerezas caliente de una sopera de plata—. En la medida perfecta para cada uno, ni mucho, ni poco.» Sin embargo, sabía que no podía ser así. La vida no se puede controlar ni moldear para que sea como queremos.

Después de que el tercer cazador de autógrafos interrumpiera la cena, Allison le dijo a Lewis: —Tengo la sensación de ser una impostora. Sé que solo soy yo, la pequeña Allison MacKenzie. Es muy simple. ¿Por qué no lo ven los demás?

—Cariño, no lo ven por un motivo muy simple también: no te conocen —dijo—. Cuando te miran, ven a una mujer pública, la imagen que han creado Paul Morris, los columnistas y los entrevistadores.

Le tomó la mano. No solía hacerlo a menudo; acostumbraba a ser circunspecto y mantenía las apariencias de una relación entre editor y autora.

—No puede pasarte nada malo, Allison, siempre y cuando *tú* no olvides quién eres realmente.

—Nunca lo olvidaré —respondió ella.

—No, creo que no. Pienso que el práctico sentido común de Nueva Inglaterra te protegerá. No estoy preocupado por ti, Allison. Y tú tampoco debes preocuparte. Por favor, intenta disfrutarlo mientras dure. ¿Sabes? Hay algo en lo que todavía no has pensado, y es que tal vez esto no dure para siempre.

—Mientras dure —repitió ella. Sonaba a grilletes carcelarios. La castigaba—. Lewis, te quiero por muchas razones —dijo—, y una de las más importantes es ese talento excepcional que tienes para echarme un jarro de agua fría en el momento oportuno.

—Y yo te quiero a ti. Y a este vino... Y esa carita tuya —añadió señalándola— me da ganas de irme de aquí. Quiero estar a solas contigo.

—Dile al conductor que se dé prisa —dijo Allison cogiendo el bolso y sonriendo a Lewis sin dejar de mirarlo.

A los pocos minutos tomaban un taxi. Lewis le dijo al conductor: —Dese prisa, hombre. Vamos a ver a un amigo enfermo.

—Hay muchos enfermos por ahí, amigo —dijo el conductor—. La primavera es la época más peligrosa del año. Hay que ir con cuidado.

A Allison le costó mucho contener la risa. Escondió la cara en el hombro de Lewis. Él le besó la coronilla y le acarició suavemente la cara y la garganta.

Cuando llegaron a la habitación de Allison, a pesar de que habían estado juntos todas las noches, se miraron con un deseo apasionado, con una intensidad hambrienta y, todavía medio desnudos, empezaron a buscarse el uno al otro.

Después, fumaron a oscuras y charlaron hasta el amanecer. Allison le dijo que iba a alquilar un piso en Nueva York.

—Quiero estar cerca de ti, Lewis. Quiero estar aquí cuando me necesites. El matrimonio no es importante para mí.

«No, ahora no —pensó él—, pero lo será. Lo será. —Sabía que tenía todas las probabilidades en contra, pero, como la amaba y la deseaba, aceptó los planes y no dijo nada de sus recelos—. Lo que pasa es que he vivido más tiempo y he visto mucho más que ella —se dijo.»

Allison se acurrucó en el hueco de su brazo protector y se preguntó: «¿He elegido esto porque un matrimonio ahora interferiría en mis planes? ¿Es posible que no quiera compartir con nadie lo que he conseguido?». Y cuando por fin se durmió, gimió angustiada, atormentada por las pesadillas.

Se despertó a mediodía y Lewis se había ido. Había dejado una nota en el escritorio: «*Querida: cuando me desperté esta mañana, verte a mi lado ha sido lo único que ha podido convencerme de que todo esto no es el sueño más hermoso de mi vida*».

Allison sonrió y dobló la nota. Pidió que le subieran el desayuno a la habitación y solicitó a la operadora una llamada a Peyton Place. Quería anunciar a Mike y a Constance que iba a quedarse en Nueva York. Cuando sonó el teléfono, estaba tomando un zumo de naranja. Era Constance.

—¿No es maravilloso, mamá? —exclamó—. ¡*El castillo de Samuel* lleva solo doce días en la calle y ya está en la lista de superventas del *Times* y del *Tribune*!

—Me alegro mucho por ti, cariño —dijo Constance.

—Mamá, ¿qué pasa? Algo va mal, mamá, te lo noto en la voz.

—¡Ay, cielo! —exclamó Constance con voz quebrada—. ¡Ay, mi niña! A Mike no le han renovado el contrato.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Toda la plantilla del instituto ha firmado el contrato para el curso que viene, menos Mike. No tiene nada que hacer aquí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Allison—. ¿Le han dado alguna razón?

—Solo le dijeron que pensaban que lo mejor para todos era que buscara trabajo en otro sitio.

—¡Qué jugarreta tan sucia y despreciable! —exclamó Allison.

—No te preocupes, querida —dijo Constance—. Vuelve a casa en cuanto puedas. Tenemos que pensar en irnos a otra parte.

Allison hizo las maletas rápidamente y llamó a Paul Morris antes de salir del hotel.

—¿Sabe qué ha pasado con toda esa inmunda publicidad? —le preguntó—. ¡Mi padre ha perdido el trabajo!

—¿Qué? —gritó Paul.

—Lo han despedido. Lo han echado. Lo han destituido. ¿Entiende?

—Quédese donde está, Allison. Ahora mismo voy para allá.

—No se moleste. Me voy a casa ahora mismo.

—Allison, por el amor de Dios, cuénteme, ¿qué ha pasado?

—No hay nada que contar —dijo Allison, y se echó a llorar—. Mi padre ya no tiene nada que hacer en Peyton Place, nada más. Nos vamos a ir a otra parte y mi madre tendrá que vender la casa.

—Lo siento mucho, Allison —dijo Paul—. Sí, supongo que es mejor que se vaya a casa. La llamaré dentro de unos días.

A continuación, telefoneó a Lewis a la oficina, pero no estaba y solo pudo dejarle un mensaje impersonal a la secretaria.

Como dijo Paul Morris más tarde, el despido de Rossi no podía haber ocurrido en mejor momento. Esa noche, los periódicos necesitaban novedades y publicaron la noticia. Antes de que Allison llegara a casa, las portadas de los periódicos de Boston estaban cubiertas de negros titulares sobre ella y su familia.

«¡DIRECTOR DE PEYTON PLACE, DESPEDIDO!», voceaban los vendedores de periódicos y, debajo de los titulares, seguía la noticia. Según la prensa, Michael Rossi había sido despedido porque su hijastra, Allison MacKenzie, había escrito un libro impactante sobre una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra. Paul Morris se encargó de destacar el título del libro. Allison llevó los periódicos arrugados en el regazo todo el traqueteo del tren hasta Peyton Place.

«Dios mío, ¿qué he hecho?», sollozaba en silencio.

5

Ya era mayo y había empezado el proceso de convertir el norte de Nueva Inglaterra en una gran residencia estival. A lo largo de la «costa rocosa» de Maine, en el «corazón de la región de los lagos», en «lo alto de las Montañas Blancas» de Nuevo Hampshire y entre «las onduladas colinas» de Vermont, se remozaban las casitas veraniegas con finas capas de pintura, que empezaría a descascarillarse y a deshacerse a finales de julio. Los propietarios de los hoteles retiraban las tablas de las ventanas y se preguntaban si las sillas del porche delantero aguantarían una temporada más de balanceo casi ininterrumpido.

Todas las localidades que contaban con algún tipo de atracción se llenaron de carteles que decían: «Habitaciones. Día. Semana. Temporada», mientras los hoteles más exclusivos anunciaban discretamente en el *Times* de Nueva York: «Se recomienda reservar». Los campos de golf se nivelaban y se recortaban, las pistas de tenis se volvían a pavimentar, las piscinas se limpiaban y se llenaban y las fundas de cretona volvían a cubrir los sillones de mimbre.

El departamento de carreteras contrató más personal para recoger el papel encerado y las botellas de cerveza que dejaban los veraneantes, y los productos de las tiendas locales subieron un veinte por ciento. El norte de Nueva Inglaterra se preparaba para trabajar en el único gran sector que le quedaba: el turismo.

En Peyton Place, Ephraim Tuttle comprobó si los ventiladores de aspas del techo de la tienda funcionaban correctamente y colocó el toldo que protegía el escaparate del sol. Acompañado por los comentarios burlones de Clayton Frazier y los demás viejos que habían usado las cajas de embalar como asientos alrededor de la estufa todo el invierno, Ephraim sacó los rollos de tela de algodón y calicó de las fundas de plástico y los alineó en el mostrador principal.

—Le da ambiente a la tienda —dijo a la defensiva, como todas las primaveras—. A los veraneantes les gusta.

—¡Qué memez! —exclamó Clayton Frazier.

—Ya —convino el propio Ephraim.

Aun así, esa misma tarde empezó a desmontar la estufa de leña y carbón y los viejos se trasladaron a los bancos de enfrente del juzgado, en la otra acera. En Peyton Place había empezado oficialmente la «Temporada».

Peyton Place no era un pueblo turístico en el sentido estricto de la palabra, ya que carecía de lago, de costa y de montaña propia. Pero los veraneantes que se dirigían al oeste, a Vermont, o al este, a las Montañas Blancas, o al norte, a Canadá, solían desviarse a Peyton Place para hacer una «excursión alternativa», como lo llamaban. Algunos comentaban morbosamente: «Aquí fue donde aquella chica mató a su padre». Pasaban en coche por delante de la casa de los Cross, con una lentitud exasperante, y decían: «Era su padrastro, y la chica lo enterró en el redil, justo detrás de esa casa». Pero ese año se paraban a contemplar el castillo de Samuel Peyton.

—Esta es la ciudad de la habla esa joven en su novela —decían todos.

—¿La has leído?

—Por supuesto. Me encantó. Es como la vida misma.

—Dicen que a los habitantes de aquí les ha indignado mucho ese libro.

—Sí, ya, y por eso el pobre padre de la chica perdió el trabajo. Bueno, eso solo demuestra lo que siempre he dicho: Nueva Inglaterra está bien para venir de visita, pero no me gustaría vivir aquí.

—La estrechez de miras es algo increíble, ¿verdad?

—Si yo fuera Allison MacKenzie, temería por mi vida. No es broma. Algunas de las caras que se ven por aquí parecen de piedra.

—Y ella debe de ser encantadora. La vi en la televisión y me pareció adorable.

—Cuando decidimos pasar por aquí, puse un ejemplar de *El castillo de Samuel* en la guantera. Seguro que, si localizamos la casa y vamos a hacerle una visita, nos lo firma.

—Vamos a preguntar a alguien.

—A uno de esos señores mayores que están ahí sentados.

El descapotable azul claro se detuvo en la acera del juzgado y, disimuladamente, los viejos de los bancos siguieron con la mirada a las dos mujeres que salieron del coche y se acercaron. Llevaban pantalones cortos blancos idénticos y camiseta a rayas, y las uñas de los pies pintadas de esmalte rojo y descascarillado. Calzaban sandalias de tiras finas con tacón, que resonaban contra el pavimento, y tenían la nariz roja, quemada por el sol de la víspera. Llevaban gafas de sol estilo gato con montura roja y unos bolsos enormes. Se detuvieron enfrente de Clarence Mitchell, que ocupaba el extremo del banco más cercano.

Clarence, con los ojos entrecerrados, se había fijado en el coche con matrícula de otro estado. En cuanto lo vio, sacó una navaja y un trozo de madera del bolsillo y empezó a tallarlo.

—Ahí tienes a dos bellezas —le dijo al vecino.

—Son cincuentonas, arregladitas para que parezca que tienen dieciséis años.

—¿Crees que llevan sujetador con aros debajo de la blusa? —aventuró Clarence.

—Seguro. Si no, les colgarían las tetas hasta el ombligo.

—Disculpe —dijo la primera mujer a Clarence—. Soy la señora de James Delafield y mi amiga es la señora de William Cameron. —Hizo una pausa, pero como Clarence siguió tallando, continuó—. Estamos buscando la casa de Allison MacKenzie. ¿Podría indicarnos dónde se encuentra?

—¿Quién? —preguntó Clarence, levantando la mirada.

—Allison MacKenzie —repitió la señora de James Delafield.

—No sé de ninguna MacKenzie por aquí —contestó Clarence, con expresión de desconcierto—. ¿Y tú, John?

—No —dijo John Barton. Se subió el sombrero, que le tapaba los ojos—. Aquí no hay nadie con ese nombre, que yo sepa.

—Pero seguro que la conoce —protestó la señora William Cameron—. Es muy famosa. Ha escrito un superventas.

—¿Un superqué? —preguntó Clarence.

—Pues una *novela* —dijo la señora de James Delafield—. Un éxito de ventas. Todo el mundo habla de eso. *El castillo de Samuel* se titula.

—Yo no tengo tiempo para leer —dijo Clarence, y volvió a la talla de madera.

Las mujeres se quedaron indecisas un momento más y entonces Clayton Frazier, que hasta el momento no había abierto la boca, tomó la palabra.

—¿Por qué no la buscan en la guía telefónica? —dijo—. Supongo que, si aquí vive alguna MacKenzie, estará en la guía telefónica.

A las mujeres se les iluminó la cara.

—¡Pues claro! —dijo la señora de James Delafield—. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes, Elaine?

—Sí, sí, desde luego —dijo la señora de William Cameron, y sonrió a Clayton Frazier—. Gracias. Muchas gracias.

Cuando las dos mujeres salieron del juzgado y volvieron al coche, una risita casi inaudible recorrió todo el banco. En la guía telefónica de Peyton Place no había ningún MacKenzie. Las dos mujeres se marcharon decepcionadas.

—Bueno, al menos no eran periodistas —dijo Clarence—. Siempre preguntando y queriendo sacar fotos. Eso ya es algo a su favor.

—Sí. Dos veces en la vida es demasiado para cualquiera. Y para cualquier ciudad, por cierto.

—Ya. De todos modos, esta última han sido más pelmas que cuando Lucas Cross.

—Sí. Pero no ha durado tanto.

—No tienes ningún derecho a decir nada, Clayton. La primera vez estuviste muy amable tú con aquel periodista de Boston.

—Y ahora también —dijo Clayton—. Tom Delaney es un tipo agradable. Siempre lo ha sido.

—Encajarías bien en Nueva York o algún sitio así, Clayton. Saldrías todos los días en los periódicos.

—No lo dudes —dijo él con arrogancia calándose el sombrero otra vez—, porque soy un tipo pintoresco pero típico de Nueva Inglaterra, con el rostro tallado como el granito de mi tierra natal. Así lo dijo el *Daily Record.*

Todos volvieron a reírse y se recostaron para descansar al sol y mirar el tráfico de Elm Street.

El tumulto y el alboroto que provocó la publicación de *El castillo de Samuel* y la cuidadosa promoción publicitaria de Paul Morris fueron efímeros, pero decisivos. A las siete semanas de salir a la calle, la novela de Allison había alcanzado el primer puesto en las listas de libros más vendidos de todo el país y, al final de la segunda semana de junio, Bradley Holmes telefoneó para dar la noticia más importante de todas.

—¿Allison?

—Dime, Brad.

—¡La he colocado en Hollywood!

—¡Hollywood! —gritó Allison, sentándose de golpe—. ¡Pero Brad, es maravilloso! No sé cómo van a poder hacer una película del libro, pero me parece fantástico.

—¿No vas a preguntarme cuánto he conseguido? —preguntó Brad.

—Ah —dijo Allison con una risita—, ¡se me olvidaba!

—Doscientos mil dólares —dijo Brad, con la misma reverencia que si dijera: «En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo».

Allison ahogó un grito.

—¡Ay, Brad, por Dios! ¡No me lo creo!

—Es cierto, aunque Jackman se queda con el diez por ciento y yo con otro tanto. Eso te deja ciento sesenta mil dólares.

—Es increíble. Es casi vergonzoso.

—No te preocupes, querida —dijo Brad—. Cuando pagues los impuestos, lo único que te parecerá vergonzoso será el gobierno. ¿Puedes venir el viernes a Nueva York para firmar el contrato de la película?

—Supongo que sí, si es necesario.

—¿Cómo van las cosas en Peyton Place?

—Igual. Casi nadie me habla y Mike sigue sin trabajo.

—¿Tu familia piensa irse a otra parte?

—No. Opinan lo mismo que yo. Mike sigue buscando trabajo en los pueblos de los alrededores, pero, de momento, no lo contrata nadie.

—No te entristezcas, Allison —dijo Brad—. Estamos vendiendo libros.

—Lo sé —dijo ella.

Antes de colgar sabía que, si le hubiera preguntado a qué precio, le habría dado una respuesta práctica. «A tres con noventa y cinco el ejemplar», le habría dicho.

Un tanto hastiada, se sentó al escritorio, en el que le esperaba un montón de correo. Al principio, recibir cartas de los admiradores había sido emocionante, una sola palabra de elogio para *El castillo de Samuel* bastaba para hacerla feliz, pero ya se había cansado de abrir una carta tras otra llena de felicitaciones y enhorabuenas. Le escribían lectores de todos los rincones de Estados Unidos para alabar su talento y el valor que había demostrado al sacar a la luz, sin tapujos, la estrechez de miras de las ciudades pequeñas.

Aunque también había algunas desfavorables, muchas anónimas, en las que le decían que su trabajo era una basura inmunda y que ni siquiera valía la pena quemar esa novelucha. Los hombres le mandaban notas plagadas de obscenidades, otros le proponían matrimonio y algunos se ofrecían a ir a Peyton Place para «sacarla de todo eso». Allison y Constance las separaban en dos montones: el de las «buenas» y el de las «malas» y, al atardecer, Mike leía las malas en voz alta interpretando el papel del remitente con tal exageración que Allison y Constance no podían dejar de reírse incontrolablemente.

De todos modos, aunque Allison se reía, las cartas desfavorables eran como una caries en la que hurgaba una y otra vez, como si la explorara con la lengua. A veces, se deprimía hasta las lágrimas, abrumada por la idea de que el mundo estaba lleno de mujeres que habían leído *El castillo de Samuel* y la odiaban. La rabia de Constance era como la de una tigresa cuando algún peligro acecha a sus crías.

—Pero... ¡cómo se atreve esta desgraciada! —exclamó Constance en una ocasión—. ¡Seguro que es una zorra perversa y que su marido se acuesta con la puta del pueblo... y tiene el cuajo de decirle esas cosas a Allison!

—Allison —dijo Mike con calma—, las mujeres que escriben esta clase de cartas están enfermas. Enfermas de envidia, de codicia y de

celos. No llores. Aunque te parezca manido, procura tenerles un poco de lástima.

—Pero ¿por qué me odian? —se lamentó Allison, como una niña de primaria a la que no han invitado a una fiesta—. ¿Qué les he hecho yo?

—Has escrito un buen libro, te han pagado por él y te has hecho famosa —dijo Mike rotundamente—. Así funciona el mundo.

Allison llevaba más de un mes en Peyton Place compartiendo con Mike y Constance un exilio involuntario. Pasaba las noches inquieta, deambulando por la casa, incapaz de dormir ni de leer. Con frecuencia, al amanecer se encontraba en la mesa de la cocina escribiendo largas cartas a Lewis. Lo echaba de menos físicamente; en soledad, el amor crecía. Vivía para esas cartas, que llegaban casi todos los días, llenas de un amor tierno y envolvente.

Tanto Mike como Constance le dijeron que se marchara alegando que no había motivos para que se quedara. Pero no podía abandonarlos. Ella era la causante del problema y sabía que estar con ellos era un acto de devoción que ahora necesitaban desesperadamente.

No les había hablado de Lewis. Era un secreto que no compartía con nadie. Lo guardaba celosamente, con un temor supersticioso, como si, al decirlo en voz alta, pudiera desvanecerse en el aire.

6

Peyton Place se dividió en facciones bien diferenciadas: los que estaban a favor de Allison MacKenzie y los que estaban en contra; no había término medio. La mayoría estaba en contra de una forma casi aterradora. Los que habían hecho cosas mucho peores que las que se contaban en *El castillo de Samuel* fueron los primeros en alzarse contra ella y atacarla.

—¿Cómo sabe todas esas obscenidades que salen en el libro, si no las ha hecho ella antes?

—¡En Peyton Place no ha podido ver ni oír nada semejante!

—Ese tal Rossi siempre me ha parecido demasiado atractivo e impecable para ser decente.

—Quién diría que Constance toleraría esas cosas.

—Allison siempre ha sido una presumida. Y una mentirosa.

—Habría que echarlos a los tres de aquí.

—Bien, Rossi ya no volverá a dar clases en esta ciudad, se lo garantizo —dijo Roberta Carter—. Marion Partridge y yo nos hemos encargado de él.

Eso era cierto. Leslie Harrington había decido no volver a presentarse para el consejo escolar, y entonces habían elegido a Charles Partridge para sustituirlo, pero cuando se trató el asunto de Rossi y la renovación de su contrato, el viejo Charlie no pudo rivalizar con la influencia de su mujer y de Roberta.

—No, Charles, ese no va a dar más clases aquí —dijo Marion—, y no se hable más. Roberta y yo vamos a votar en su contra y no puedes hacer nada.

—Esta ciudad siempre ha sido muy decente —dijo Roberta—, igual que su instituto. Allison MacKenzie no aprendió ese lenguaje soez en el instituto de Peyton Place ni adquirió conocimiento de esas obscenidades y perversiones en esta ciudad. Los jóvenes aprenden esas cosas en casa.

«Menos Ted —pensó Roberta. Cada vez que se acordaba de Ted y de su mujer, Jennifer, se le revolvía el estómago—. Siempre había

sido un chico bueno y decente, hasta que se casó. En casa nunca había visto nada nada más que decencia y virtud. Ha sido Jennifer la que le ha enseñado todas esas barbaridades.»

—Tienes toda la razón, Roberta —coincidió Marion—. Créeme, conozco a la gente y no suelo equivocarme. Siempre le dije a Charles que Constance MacKenzie no era mejor que las demás. Te aseguro que no volveré a poner los pies en su tienda. Ya fue bastante malo que contratara a Selena Cross, una asesina confesa, para trabajar; pero llevar a la propia hija de carne y hueso por caminos de perdición es el colmo.

—¡Ah, por el amor de Dios! —exclamó Charles Partridge, disgustado.

—Charles —replicó Marion con frialdad—, no hay necesidad de blasfemar. Pareces un personaje de esa novela inmunda.

—Llevo diciendo «por el amor de Dios» desde que aprendí a hablar —respondió Charles.

—Bueno —dijo Roberta—, yo, desde luego, nunca toleraría ese lenguaje en Harmon.

—Y yo me lo creo —dijo Charles, en un raro arrebato de energía —. Probablemente aguantabas ese lenguaje y más por parte del viejo doctor Quimby.

—¡Charles! —dijo Marion con dureza—. ¡Ya basta!

—No te preocupes, Marion —dijo Roberta—. Charles sabe que no está bien hablar mal de los muertos.

—¡Ah, por el amor de Dios! —exclamó Charles de nuevo.

En ese momento, el doctor Swain entró en la sala del consejo escolar.

—En cuanto termine la oración —dijo—, me gustaría decir unas palabras sobre la reelección de Mike Rossi.

—Llega tarde —dijo Roberta.

—Ya se ha sometido a votación —le informó Marion—. La junta escolar ha registrado oficialmente, con fecha de hoy, la oposición a la renovación del contrato de Mike Rossi.

Charles Partridge se encogió de hombros, dando a entender a Matt que lo había intentado y había fracasado.

—De todos modos, ya que estoy aquí —dijo Matt—, voy a decir lo que pienso.

—Si tiene algo que decir, puede hacerlo en el pleno municipal, Matt —dijo Roberta.

—Señor presidente —dijo Matt, pasando por alto las palabras de Roberta.

—La presidencia —respondió Charles con presteza— reconoce al doctor Matt Swain.

Matt se quedó de pie ante a la larga mesa, frente a Roberta y a Marion.

—Al parecer, no nos basta con ridiculizar a Allison MacKenzie por tener el valor de ponernos un espejo delante de los ojos y hacernos ver nuestra propia imagen, sino que la atacamos a través de su padrastro y castigamos a un hombre inocente porque *él* tuvo el coraje de apoyar a su hija —dijo el doctor Swain. Se metió las manos en los bolsillos, echó el cuerpo hacia delante y se quedó mirando la mesa—. Es un día triste para todos nosotros —continuó en voz baja—. Hemos recorrido un largo camino desde los primeros días en estas tierras, cuando nuestros abuelos, aquellos pobres ilusos, pensaban que el valor era una virtud. —Levantó la voz para decir—: Señoras, les hago la siguiente pregunta; yo les pregunto: ¿acaso vamos a recompensar ahora la cobardía? Puesto que el valor se ha convertido en un delito punible a sus ojos, propongo erigir estatuas a los hombres que maltratan a su mujer y abandonan a sus hijos.

Roberta se removió inquieta en la silla, con los labios apretados en una fina línea, como si pensara que, con la boca bien cerrada, no pudiera oír las palabras de Matt.

—Hace años —prosiguió Matt—, hace años temía que Peyton Place estuviera muy aislado del mundo. Ahora me pasa lo contrario. Temo que nos hemos acercado en exceso a la insensatez (y a algo peor) que se propaga por nuestro país hoy en día. La radio y la televisión son un arma de doble filo. Me da la impresión de que intentamos subirnos al carro de esa insensatez... y de la peor forma posible.

Roberta carraspeó y Marion intentó llamar la atención de Charles Partridge, pero el doctor Swain no quería darles tiempo.

—Nos hemos unido al resto del país con uñas y dientes —continuó—. Hemos dado marcha atrás al reloj e imitamos la caza de brujas, una vergüenza en las páginas de nuestra historia. Nosotros, que nos enorgullecíamos de nuestro individualismo a ultranza, ahora exigimos que todos se adapten. Sed como nosotros, pensad como nosotros... o iréis al exilio. Creo que no tengo nada más que decir, Charles —concluyó con voz cansada—. La única esperanza que me queda es que algún día, y confío en que sea cuanto antes, recordemos lo que hemos hecho y tengamos la decencia de avergonzarnos. Señoras, les agradezco su amable atención.

Dio media vuelta y salió de allí dejando a Roberta y a Marion sin palabras.

—¿Alguien propone un aplazamiento? —preguntó Charles.

Marion y Roberta no fueron las únicas mujeres de Peyton Place que dejaron de comprar en Thrifty Corner Apparel Shoppe, la tienda de moda de Constance. Docenas de mujeres que antes solo compraban allí empezaron a organizar expediciones para ir de tiendas a Concord y a Manchester, y procuraban que sus hijas hicieran lo mismo. De vez en cuando algún marido, furtivamente, como un aficionado a punto de atracar un banco, se colaba en la tienda para comprar un par de calcetines, pero la mayoría de los hombres también guardaba las distancias.

—Ya se les pasará —decía Constance, resuelta a mantener la tienda abierta—. Dentro de poco tendrán otro motivo de preocupación y volverán, aunque solo sea para contarme los últimos cotilleos.

Matthew Swain, indignadísimo, se despachaba a gusto con cualquiera que quisiera escucharlo. A quienes no se prestaban voluntariamente, el médico los agarraba del brazo con fuerza y los inmovilizaba mientras vociferaba sin pelos en la lengua.

—¿Por qué demonios se indigna tanto usted? —preguntó a varios pacientes—. Puede que engañe a toda la ciudad, pero a mí no, desde luego.

A continuación, el médico sacaba a relucir algún escándalo o algún trapo sucio del propio paciente y, cuando este salía de la consulta de Matt, no volvía a decir ni pío en contra de *El castillo de Samuel.*

Seth Buswell, siguiendo la política del *Peyton Place Times*, no tomó partido por ninguno de los dos bandos. Pero solo imprimía las críticas favorables de la novela y las cartas favorables que le llegaban. Y siguió haciéndolo a pesar de que los anuncios empezaron a escasear y de que muchos suscriptores se dieron de baja. Allison nunca se habría enterado de estos detalles de no haber sido por Norman Page.

—Ayer se dieron de baja quince personas —le contó a Allison—. No sé cuánto tiempo más podrá seguir adelante.

Allison fue a ver a Seth inmediatamente.

—Seth, le agradezco todo lo que ha hecho —dijo—, pero, por favor, no se perjudique más. Publique las críticas negativas. Dios sabe que hay muchas. Y en cuanto a las cartas desfavorables, puedo traerle montones.

—Allison, recuerda lo que me dijiste una vez —dijo Seth, con una sonrisa—, hace mucho tiempo, de los hombres que dan la cara.

—Sí —respondió ella—, lo recuerdo.

—Pues yo doy la cara. Cuenta conmigo —dijo él. Cogió la chaqueta—. Ya basta de penas y de discursos nobles. Ven al Hyde. Te invito a un café.

—Gracias, Seth —respondió Allison, humildemente.

—¡Anímate, mujer! Se acerca el verano. Pasarán muchas cosas y vendrá mucha más gente a la que criticar.

—Eso espero —dijo Allison, tomándose del brazo de Seth para cruzar Elm Street.

A medida que pasaban las semanas y la primavera avanzaba suavemente hacia el verano, como mantequilla derretida, las proféticas palabras de Seth se hicieron realidad.

7

Cuando Timothy Randlett tenía seis años, un domingo por la tarde hizo una imitación de Al Jolson[2] cantando «Mammy». Aquella única actuación bastó para convencer no solo a su madre, Peg Randlett, sino también a las tías, tíos y primos —que estaban haciendo plácidamente la digestión de una copiosa comida en el salón de los Randlett—, de que Timothy había nacido para ser actor.

—Siempre he dicho que era diferente —le dijo Peg Randlett a Sam, su marido—. Ha nacido con un don.

Sam Randlett, que pertenecía a una familia de seis hermanos y cuatro hermanas, había sido el primero de la familia en «salir adelante». Era capataz de una fábrica de cerveza en Newark (Nueva Jersey), y ganaba lo que en el lenguaje de la familia se denominaba un «buen sueldo semanal». Pero cuando Peg empezó a gastar dinero de una forma que las hermanas y cuñadas calificaron de «a manos llenas» en clases de baile y elocución para Timothy, Sam se rebeló.

—El dinero no se gana tan fácil, Peg —le dijo—. Trabajo mucho para ganar un sueldo semanal. No puedes derrocharlo en tonterías.

—Tendría que darte vergüenza, Sam. No puedes negar a tu hijo las ventajas de su posición.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Acaso es una ventaja gastar dinero en vestir a un niño de terciopelo y exhibirlo delante de la familia todos los domingos? La verdad es que mi hermana Helene cree que a Tim le pasa algo. Siempre está en las nubes, siempre soñando, y no juega con sus primos como todos los niños.

—Helene es una insensible —dijo Peg—. Tiene tres hijos bobos y un marido que nunca llegará a nada; lo que le pasa es que os tiene envidia a ti y a Tim.

—¡Ya basta, Peg! —rugió Sam—. Es mi hermana y es una buena mujer.

—Pues dile que no se meta en nuestros asuntos —replicó Peg—. Si es tan buena, al menos que se calle.

—No lo aguanto más —dijo Sam—. Estás convirtiendo al chico en un afeminado y un mariposón.

—Cuando crezca, Tim va a ser un gran actor —respondió Peg—, y ni tú ni ninguno de tus hermanos y hermanas van a impedírselo. Ya lo verás, Sam Randlett. Un día lo lamentarás.

Cuando Tim cumplió nueve años, ya hacía tiempo que Peg Randlett había hecho planes. Un día, después de que Sam se fuera a la fábrica de cerveza, metió las maletas y a su hijo en un taxi que la esperaba, se detuvo en el banco, retiró todo el dinero de la cuenta de ahorros que tenía con Sam y se fue con Tim en tren rumbo a Hollywood (California).

Timmy Randlett tenía una mata de pelo rizado de color azabache con reflejos azules, unos enormes ojos glaucos y la palidez y el semblante angelical de un niño de coro. Aunque no era muy inteligente, su compostura resultaba admirable para un niño de su edad y había aprendido desde muy pequeño a aceptar órdenes y directrices. Además, como dijo un productor de Hollywood, Timmy lloraba muy bien. Uno de los principales estudios de Hollywood lo contrató para una película en la que interpretaba a un huérfano desdichado al que acoge, protege, educa y quiere un capitán de barco viejo y cascarrabias, pero entonces intervienen los servicios sociales e intentarán rescatar al niño de ese entorno malsano y poco convencional. Sin embargo, la trabajadora social encargada de investigar es joven y guapa, y el marinero que ayuda al viejo capitán de barco en el faro es joven y apuesto, y entre los dos descubren que el capitán es, en realidad, el padre de la madre del huerfanito, una jovencita que se escapó de casa a los dieciséis años para casarse con un charlatán de feria. En el impactante final de la película aparecía el niño sentado en el regazo del hombre, del que ahora sabía que era su abuelo, rodeando con los escuálidos bracitos a la trabajadora social y al marinero, y con lágrimas de gratitud cayendo por las pálidas mejillas. La película se titulaba *El pequeño lobo de mar* y convirtió a Tim Randlett en una estrella que brilló con fuerza en el firmamento de Hollywood hasta los quince años. Y entonces, convertido en un actor de piernas flacas, pecho hundido y granos en la cara, terminó su estrellato.

Peg volvió al este con su hijo. Alquiló un piso en Nueva York y se encargó de que Timmy terminara los estudios. Pero no era fácil. Las mansiones de veinte habitaciones con piscina y quince criados y criadas son caras en Hollywood, por no hablar de las limusinas con chófer, las pieles, las joyas y los trajes a medida. Cuando Timmy, que ya se llamaba Tim, cumplió dieciséis años, quedaba muy poco dinero. Los productores y directores que habían agasajado a Peg Randlett con dinero, atenciones y ofertas durante la corta carrera de Tim, se negaban a hablar con ella incluso por teléfono, y la gente la acosaba con el alquiler, la factura del gas, los impagos y cosas así. Cuando Tim tenía diecinueve años, ella murió odiando a su hijo porque le había dado todo, pero, cuando empezaba a acostumbrarse, se lo había arrebatado con su torpeza y con el acné. Peg Randlett tendría que haberse aferrado a la vida con algo más de determinación, porque, cuando su hijo cumplió veinte años, empezó un largo y laborioso viaje de «vuelta a la palestra», como lo llamaban.

Los siguientes quince años, Tim Randlett se esforzó al máximo en los papeles que pudo conseguir. Actuó en telenovelas e interpretó a VooDoo el Mago en una serie de radio. Aceptó papeles pequeños en producciones de Broadway y otros algo más importantes con compañías itinerantes. Con el invento de la televisión llegó a tener un trabajo casi continuado, pero, de todos modos, tenía que salir de Nueva York en verano para actuar con diversas compañías teatrales. Tim Randlett era una estrella de los graneros, carpas y teatros viejos hechos de tablillas rotas; de los auditorios de pueblos pequeños y de las salas de conciertos de ciudades provincianas.

El verano en que firmó con la Compañía Barrows para actuar en obras de repertorio en el Teatro Barn de Silver Lake, a doce kilómetros al norte de Peyton Place, tenía treinta y seis años. Solo llevaba tres días allí cuando Seth Buswell se acercó en coche y le pidió una entrevista.

—Soy del *Peyton Place Times* —dijo Seth—. No somos un periódico muy importante, comparado con los estereotipos de las grandes ciudades, pero nos leen. Al menos, será una publicidad gratuita de la obra.

Tim acababa de darse un baño a última hora de la tarde y estaba en la playa secándose con una toalla blanca. Medía algo más de metro ochenta y tenía un tipo esbelto en forma de cuña que atraía a las mujeres y era la envidia de los hombres mayores y más barrigones. El pelo negro azabache estaba salpicado de canas en las sienes, pero el bronceado rostro era juvenil y sin arrugas. Seth Buswell se dio una palmada en la amplia panza y suspiró.

—Claro —dijo Tim—. He oído hablar de Peyton Place. Supongo que todo el mundo lo conoce gracias a esa novela, *El castillo de Samuel.* ¿Conoce a la chica que lo escribió?

—La conozco desde que nació —dijo Seth.

—¡Maravilloso! —exclamó Tim—. Me encantaría que me la presentara. ¿Cree que podría arreglarlo?

—Quizá —dijo Seth—. ¿Quiere que lo lleve a Peyton Place? Podemos hablar por el camino.

—Deme diez minutos para vestirme —dijo Tim.

Seth se sentó en un tocón y vio que el actor se alejaba rápidamente hacia un edificio del otro extremo de la playa. Miró el reloj y volvió a suspirar.

«Con hombres así, los que son como yo nos damos cuenta de la pinta de viejos, gordos y estúpidos que tenemos», se dijo con tristeza.

Más tarde, ese mismo día, Selena Cross cerró la puerta de Thrifty Corner y cruzó la calle para ir a cenar sola al restaurante Hyde. Joey iba a una fiesta nocturna de la clase y no volvería hasta las nueve y media. A Selena no le gustaba cenar sola en casa.

—Buenas noches, Selena —dijo Corey Hyde cuando se sentó a una mesa—. ¿Joey se ha ido de juerga?

—La clase celebra una fiesta en Meadow Pond —respondió ella.

—Ah. Las cosas van flojas en Thrifty Corner, ¿no?

—Vamos tirando —dijo ella, con un ligero tono de irritación en la voz.

Había sido un día largo y caluroso; en casi nueve horas, solo había vendido una blusa, dos pares de calcetines y un prendedor de pelo.

—Es una verdadera pena —dijo Corey—. Tanto escándalo por una novelita de nada. ¡A mí me parece pura tontería, vamos!

—¿Qué hay para cenar, señor Hyde? —preguntó Selena—. Me muero de hambre.

—Carne asada —respondió Corey, algo molesto por la falta de sociabilidad de Selena.

—¿Nada más?

—No. Tengo chuletas de cerdo, si quiere, pero no son buenas, casi todo es grasa. Aunque los veraneantes se las comen. También tengo sopa de pescado, pero es de lata.

—¿Puede prepararme una ensalada? —preguntó Selena. Suspiró y se apartó la oscura cabellera del cuello—. Algo frío, con mucho pepino.

—Claro —dijo Corey—. Si quiere también puedo añadirle cangrejo, pero eso no es comida para una jovencita que ha trabajado mucho todo el día.

—Tomaré la ensalada, señor Hyde —dijo Selena, pasando por alto el comentario sobre el trabajo—. Con cangrejo y un vaso grande de té helado —concluyó. Abrió un libro y empezó a leer.

—Hum —murmuró Coery, volviendo a la cocina—. No es propio de Selena estar tan quisquillosa.

Y no lo era. Sin embargo, ella misma tenía que admitir que a menudo se ponía «quisquillosa», como decía Corey, o «gruñona», como decía ella. A veces, incluso trataba a Joey con brusquedad.

—Tiene fiebre primaveral o algo así —dijo Joey.

—¿Fiebre primaveral en verano? —replicó Selena.

—No se salga por la tangente —dijo Joey—. A usted le pasa algo y estoy buscando una forma aceptable de decirlo.

Selena tardó mucho en reconocer que estaba aburrida. No solo de la tienda y del escaso volumen de ventas, sino también de sí misma y de la vida. Un aburrimiento con un ligero trasfondo de miedo. De vez en cuando salía a cenar con alguno de los vendedores que pasaban por Thrifty Corner, pero la noticia se había propagado rápidamente entre el círculo de amigos. Selena Cross no se acuesta con cualquiera. Así que, en su mayoría, la invitaban a salir hombres mayores y más estables. Salía sobre todo con Peter Drake, el joven

abogado que la había defendido en el juicio. Peter la llevaba a bailar y, a veces, al teatro de Boston. A menudo cenaban juntos, ya fuera en restaurantes de White River o en casa de Selena, y lo más importante para ella era que Peter y Joey se llevaban bien. Cada vez que Peter la invitaba a salir, le pedía que se casara con él, y la respuesta siempre era la misma.

—No puedo, Peter.

—No estás enamorada de otro, ¿verdad Selena?

—Lo sabes perfectamente.

—No seguirás pensando en Ted Carter, ¿verdad?

—Ya no pienso en Ted. Ni siquiera me cae mal.

—Selena, estoy enamorado de ti.

—Lo sé —dijo ella—. Lo siento, Peter.

—No es por lo de Lucas, ¿verdad? No me tienes miedo por ser un hombre o algo así, ¿no?

—Peter, ¿quieres dejar ya esa psicología de andar por casa? Lucas no era un hombre, era un animal. Nunca lo consideré un hombre y su recuerdo no me convierte en una enferma mental, te lo aseguro. Y ahora, déjame en paz, por favor.

—Selena, ¿a qué esperas? ¿Qué quieres?

—Te digo que no lo sé. No sé qué me pasa.

—Yo te quiero, Selena. No te pido que me quieras inmediatamente. Cásate conmigo. Quizá con el tiempo...

—No puedo, Peter. Me gustaría, pero no puedo.

De todos modos, Peter Drake era un consuelo en muchos momentos. Podía apoyar la cabeza en su hombro y dejar que resolviera él los problemas. «Si me casara con él, me trataría bien. Y es bueno con Joey», pensaba. Sin embargo, en otras ocasiones, cuando el aburrimiento, la impaciencia y la irritación eran como el picor de un jersey áspero, pensaba: «Peter es muy soso. Todo ese amor es como un helado empalagoso. ¡Qué pesado! ¡Ah, si encontrara una chica agradable, sentara la cabeza y me dejara en paz...!».

«¡Me doy asco! —se flagelaba en otros momentos—. Peter es bueno y amable, tendría que casarme con él o dejarlo marchar.»

Pero el tiempo pasaba, Peter seguía cortejándola y Selena continuaba negándose. A veces se despertaba por la noche, sudorosa con el corazón desbocado.

«¿Qué me pasa? —se preguntaba en silencio, presa de pánico—. ¿A dónde voy? ¿No hay nada más en la vida?»

A menudo se sorprendía en actitud expectante, pero no conseguía saber qué esperaba, ni a quién, ni por qué.

—Aquí tienes —dijo Corey Hyde, y le puso un plato en la mesa—. Ensalada de cangrejo. ¿Tiene suficiente mayonesa para su gusto?

—Está bien, señor Hyde —dijo Selena—. Gracias.

—Cómasela —dijo Corey—. Le sentará bien.

En el mismo instante en que Selena metió el tenedor en la ensalada, Seth Buswell detuvo el coche frente al restaurante de Hyde.

—No sé qué costumbres tendrán en su pueblo —le dijo a Tim Randlett—, pero en Peyton Place es la hora de cenar. No podemos ir a visitar a Allison MacKenzie hasta dentro de una hora más o menos. Vamos. Le invito a un bocadillo.

—Bien —dijo Tim con una sonrisa—. Esta será mi noche loca en la ciudad.

Selena Cross levantó la cabeza al oír abrirse la puerta del restaurante.

—¡Vaya, qué suerte! —dijo Seth—. Ahora podemos cenar contigo, Selena.

Selena casi no vio a Seth. Se quedó mirando a su acompañante a los ojos y no pudo desviar la mirada. Generalmente, cuando veía a una persona por primera vez, se fijaba en todo. Captaba todos los detalles de los colores, la forma y la ropa; pero de ese desconocido solo vio los ojos. Eran glaucos, precisamente los que ella llamaba «ojos de la suerte», porque se había fijado en que muchas personas atractivas y con talento a las que había visto en fotografía los tenían de ese color; los dioses los habían colmado de otros dones más y los ojos azul verdosos eran la única señal externa de su divina generosidad.

—Selena —dijo Seth—, te presento a Tim Randlett. Tim, Selena Cross.

Fue como si Seth accionara una palanca de la liberación que le devolvió el movimiento y el habla.

—¿Cómo está usted, señor Randlett? —dijo ella—. Hola, Seth. Siéntese, por favor.

—Tim ha venido con la compañía de teatro de verano que está en Silver Lake —dijo Seth—. Es actor.

—Sí, lo sé —dijo Selena—. Lo he visto en algunas películas, señor Randlett.

—Sería usted muy jovencita —dijo Tim, riéndose—. Eso fue hace mucho tiempo.

—No tanto —respondió ella—. Mi amiga Allison MacKenzie y yo íbamos al cine todos los sábados.

—Y, hablando de Allison... —dijo Seth, mirando el reloj—. Será mejor que cenemos y...

—Sí —lo interrumpió Tim Randlett con presteza—. Si ha quedado con ella, señor Buswell, me imagino que será mejor que se vaya enseguida. —Se volvió hacia Selena—. ¿Me permite cenar con usted? —preguntó.

Selena cerró el libro sin acordarse de marcar la página y lo miró.

—Sí —contestó—. Sí. Me encantaría.

Tal como le dijo Seth Buswell a Matthew Swain más tarde esa noche, mientras tomaban una copa: —Y entonces comprendí que estaba *de trop,* como dicen algunos.

—¿Como dicen quiénes? —preguntó Matthew, que empezaba a sentir los efectos del alcohol.

—El grupo de afeminados con los que fui a la universidad —respondió Seth con la dignidad que presta el whisky aguado—. No es que me relacionara con ellos, claro está, pero a veces los oía charlar.

—Seth —dijo Matthew Swain—, eres uno de los pocos miembros que quedan de una especie conocida comúnmente como bocazas. Si alguna vez se te acercara un marica, saldrías corriendo como alma que lleva el diablo, cagado de miedo por tu virtud.

—Y tú, señor mío, eres un viejo de lengua viperina.

—Puede que tenga una lengua viperina y que sea viejo, pero nunca cometería la insensatez de dejar a Selena sola con un actor al

que acabo de conocer. ¿Cómo sabes qué clase de persona es?

—Parecía bastante decente —dijo Seth, removiendo el hielo en el vaso.

—¿Cómo que «bastante decente»? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes. Educado y con buenos modales.

—Aparentemente —dijo Matthew Swain—. No tienes ni idea de cómo es de verdad.

—No me ha dado tiempo a averiguarlo, he estado poco tiempo con él —dijo Seth—, y aunque hubiera estado más y resultara ser un hijo de perra, no habría podido impedirlo. Después de que se miraran, el aire que mediaba entre ellos habría electrocutado a cualquiera.

—Eres un cerdo y hablas como un poeta adolescente —rugió Matthew—. Esas cosas no pasan.

Seth Buswell terminó la copa y se sirvió otra.

—Sí, Matt, esas cosas pasan —dijo finalmente—. Te lo aseguro, yo estaba allí y lo vi.

2 Al Johnson (1948-2013), artista de vodevil y cantante de Rithm&Blues que solía actuar con la cara pintada de negro.

8

En Peyton Place, el asfalto de las calles se derretía al sol estival y las huellas de los tacones en forma de herradura quedaban marcadas para siempre. El estanque de Green Meadow se llenaba de niños que gritaban y chapoteaban; las cigarras zumbaban en los árboles todo el día. No obstante, era un buen verano, lucía el sol y llovía proporcionalmente, de manera que la exuberancia de los campos del norte era casi tropical. Las frondas verdeaban y los frutos engordaban y maduraban, para sorpresa de los sufridos agricultores, que estaban muy acostumbrados a la sequía o a un crecimiento raquítico por la falta total de sol.

—Esto es casi indecente —dijo Kenny Stearns, cortando otra rosa roja de un rosal cuajado de flores. Miró el espeso césped verde y vio el manzano, cargado de frutos tan rollizos que las ramas llegaban casi hasta el suelo—. Sí —se reafirmó—, casi indecente. Como una ramera con senos enormes y miel entre las piernas.

Era fácil echar la culpa de casi todo a ese verano, de un verde sin precedentes. En la fábrica de Harrington, los obreros se escaqueaban del trabajo y miraban por las ventanas de la fábrica, mientras Leslie gritaba de rabia impotente y renegaba de la meteorología. Las jóvenes que se habían aferrado a la virginidad con tesón, como sanguijuelas, ahora se rendían con gritos de angustiosa alegría a las erectas exigencias de los amantes adolescentes. Volvían a casa con el trasero manchado de hiedra venenosa, pinaza en el pelo y los brazos llenos de picaduras de mosquitos.

Como dijo Matthew Swain a Seth Buswell: «Si todas las virginidades que se han perdido este verano en el bosque se pusieran en fila, llegarían hasta el planeta Saturno».

Los padres culpaban a las madres, las madres culpaban a los chicos; los chicos culpaban a las chicas, las chicas se culpaban a sí mismas y todos culpaban al tiempo de todo, menos del

comportamiento de Selena Cross. Para Selena no había ninguna excusa a los ojos de Peyton Place.

—¿Quién es él?

—Un actor de Silver Lake.

—Ha venido aquí desde Nueva York.

—Salía en las pelis.

—Hummm. A mi entender, una joven como Selena tendría que pensárselo mejor. Al fin y al cabo, no nació ayer y no se chupa el dedo.

—Sí. Esa chica aprendió pronto las cosas de la vida. Y por las malas.

—Esa jovencita no tiene ni un poco de vergüenza. Mírala, ahí, va, pavoneándose delante de todo el mundo.

Para Selena Cross fue un verano tan insoportablemente dulce que cada instante era casi doloroso. Le dolía no poder aferrarse a cada segundo, tener que dejar pasar las horas y el día completo.

—Cuando era joven —dijo Selena—, pensaba que lo sabía todo sobre el amor.

—¿Y qué sabes ahora, cariño mío? —preguntó Tim, acariciándole la suave parte interna del brazo—. Quiero decir, ahora que eres una vieja de veinticinco años.

—Sé que, hasta ahora, no sabía nada —dijo ella, apoyando levemente la frente en la barbilla de él.

Estaban tumbados juntos en la playa de Silver Lake, hablando en voz baja y acariciándose.

—Esto no hay quien lo aguante —dijo Tim, rozándole la oreja con los labios—. Estar tumbado a tu lado y solo poder tocarte un poquito. La oreja, la mano, el tobillo. Es puro masoquismo.

Como siempre, la voz de Tim le llegó a lo más hondo y enrojeció de excitación de los pies a la cabeza.

—¿Me pongo toda roja cuando me hablas así? —preguntó ella.

—En realidad, no —bromeó él—. Cualquiera que te viera pensaría que el sol te ha quemado un poco.

—No me he quemado.

—Selena. Si no te levantas y vienes conmigo ahora mismo, se va a producir una escena terrible aquí mismo, en la playa, porque voy a

empezar a quitarte el bañador dentro de tres segundos exactamente.

—Vamos —dijo Selena, incorporándose y dirigiéndose al coche.

Desde el momento en que Selena conoció a Tim en el restaurante Hyde, supo cómo sería esa relación y también se preguntó cómo terminaría, ya que al principio no pensaba que fuera a durar. La emoción que compartían era tan efímera que no tenía nombre, tan delicada que no podía ser la base sobre la que construir algo.

—Vamos a dar un paseo —le dijo Tim aquella primera noche, cuando terminaron de cenar.

Ella aceptó sin dilación. Fuera, tomados de la mano, pasearon por la ciudad hasta el Memorial Park.

—En las islas del Pacífico Sur las noches son como esta —dijo él.

—Ah, ¿sí? —preguntó Selena—. Cuéntame algo de las islas del Pacífico Sur.

—Las noches son así —dijo Tim—, completamente oscuras y cuajadas de estrellas. Se huelen cientos de flores distintas a la vez y el perfume te llena de un anhelo y una languidez como nunca en la vida. Te tumbas en una playa blanca y el océano es solo un susurro a tus pies, suave y dócil, nada aterrador. Si quisieras, podrías estirar la mano y tocar la luna, tan suave como una bola de algodón amarillo.

—¡Qué bonito! —dijo Selena en voz baja—. Me gustaría ir allí algún día.

—Ya estás allí ahora —dijo Tim, mirándola—. ¿No lo hueles, no lo notas?

—¿Es así de verdad?

—Me lo imagino.

—Pero ¿no lo sabes?

—No conozco esas islas, pero estoy seguro de que es así.

—¡Ah! Entonces... ¿nunca has estado en esas islas? —preguntó Selena, enderezándose en el banco que compartían—. ¿Te acabas de inventar todo eso de las flores y la luna?

—Sí —contestó él, riéndose—. Me lo he inventado.

—Eres igual que Allison MacKenzie —dijo Selena, sonriendo en la oscuridad—. Cuando estábamos en el colegio, hacía lo mismo. Me

contaba las cosas más fantásticas y yo me las creía; luego se reía y confesaba que se lo había inventado todo.

—Entonces es mucho más sincera que yo —dijo Tim—. A veces invento cosas que se vuelven tan reales que yo mismo me las creo, pero nunca confieso la verdad.

Se quedaron un largo rato con las manos entrelazadas, la cabeza de Selena apoyada tranquilamente en su hombro. Él le habló del trabajo en Nueva York y en Hollywood, de cómo habían sido las cosas en el pasado y de cómo volverían a ser.

—Lo único malo de la fama —dijo—. Es que una vez que la has disfrutado, ya no puedes prescindir de ella.

—¿De verdad es lo único malo? —preguntó Selena.

—Claro que sí —respondió Tim—. Y no creas ninguna de las tonterías que lees afirmando lo contrario. No te tomes en serio a las estrellas de cine cuando cuentan lo duro que es ser rico, famoso y estar tan solicitado. Todos se quejan de falta de privacidad, pero déjalos solos cinco minutos y verás cómo se ponen a llamar a los agentes para preguntar dónde está todo el mundo.

—¿Tú también? —preguntó Selena.

—No —respondió Tim—. Al menos en eso soy sincero.

—¿Y eso es lo único en lo que eres sincero?

—No —dijo él. Le dio la vuelta a la mano que tenía entre las suyas y le besó la palma—. Contigo voy a ser sincero.

Era más de medianoche cuando llegaron a casa de Selena.

—Entra a conocer a mi hermano Joey —dijo ella.

—Con mucho gusto —dijo Tim—. Y también quisiera conocer a tu madre y a tu padre y a cualquier otra persona que sea importante para ti.

—Mis padres murieron —dijo Selena, sintiendo que se le agarrotaba la mano—. Solo me queda Joey. Mi hermano y yo estamos solos.

—Lo siento —dijo Tim, notando el cambio—, pero aun así me gustaría conocer a Joey. Y tengo que llamar a un taxi.

—¿Un taxi? —preguntó Selena.

—Sí —dijo Tim—. Tengo que volver a Silver Lake de alguna manera.

—Pero ¿cómo has venido?

—Me trajo ese periodista... ¿cómo se llama?

—Seth Buswell —dijo Selena—. Y voy a darte una mala noticia: no hay taxis en Peyton Place. Pensé que tenías coche propio.

—Bueno, da igual —dijo Tim, mientras entraban en el salón de Selena—. Me iré a un hotel.

—Tampoco hay hoteles en Peyton Place —dijo Selena—. No los queremos. Atraen a los turistas.

—¡Hola! —saludó Tim.

Joey Cross se quedó mirando a Tim un largo rato.

—Hola —respondió por fin.

—Joey —dijo Selena—: te presento a Tim Randlett.

—Ya sé quién es —dijo Joey.

—¿De verdad? —preguntó Tim, riéndose—. ¿Tan rápido se ha propagado mi ínfima fama por Peyton Place?

—No —respondió Joey, riéndose también—. Es que me han dicho que Selena se había encontrado con usted en el Hyde a la hora de cenar.

—Y es la primicia de Peyton Place —dijo Selena, yendo a la cocina a preparar café—. Joey, saca unas sábanas y una manta del armario de la ropa blanca. Tim se queda aquí esta noche.

—Perfecto —dijo Joey—. Así mañana el pueblo sí que tendrá algo de lo que hablar.

Más tarde, Selena se encontraba inmóvil en la cama. La casa estaba tan silenciosa que solo oía su propia respiración y los latidos del corazón.

No podía relajarse, estaba rígida, con todos los nervios en tensión, consciente de la presencia de Tim, que dormía en el sofá de la sala de estar. La invadió un fuerte resentimiento.

«¿Cómo puede dormir?», se preguntó, enfadada, tan molesta con él como consigo.

No obstante, unos minutos más tarde oyó un ruido. Tim tosió y luego se oyó el chasquido de un mechero.

Selena sonrió en la oscuridad y pudo dormirse al fin.

En menos de una semana, en Peyton Place solo se hablaba de Selena Cross y Tim Randlett. Tim pasaba todo el tiempo libre fuera

del teatro, con ella, y Connie Rossi iba al Thrifty Corner a diario para que Selena pudiera salir.

—Al menos es bueno para el negocio —le dijo Connie a Mike—. La gente viene a la tienda solo por cotillear algo de Selena.

—¿Cuándo vamos a conocerlo? —preguntó Mike.

—El viernes —respondió Connie—. Vendrán a cenar.

—Bien —dijo Allison, entrando en la habitación—. Así me contará cómo funciona Hollywood.

—Me pregunto —dijo Mike—, qué miembro de nuestra distinguida población se habrá erigido en encargado de contarle a Tim Randlett la vida y obra de Selena Cross.

—No sé —respondió Connie—, pero puedes estar seguro de que alguien lo habrá puesto al día.

Y, efectivamente, así era. La política del teatro Barn era acoger a un grupo de jóvenes cada año, «los aprendices», como los llamaba la dirección. A cambio de una cuantiosa suma, a los aprendices se les permitía pintar decorados, hacer de acomodadores, cuidar del atrezo y realizar cualquier otra tarea que estuviera por debajo de la dignidad de los actores. Entre estos aprendices había una chica de White River, alta y de piernas largas, que se llamaba Helen Dowd; había visto a Tim Randlett en cuanto puso el pie en Silver Lake y había decidido quedárselo. Cuando Tim empezó a hacer viajes diarios a Peyton Place, Helen no tardó en contarle lo de Selena con todo detalle.

—Era su padrastro —dijo—. Y lo asesinó a sangre fría. Él estaba en la Marina, volvió a casa de permiso y lo mató con unas tenazas. Luego lo enterró en un redil.

—¿Por qué? —preguntó Tim. Encendió un cigarrillo e hizo un anillo de humo tranquilamente.

—¿Cómo que por qué? —preguntó Helen, furiosa por la impasibilidad de Tim.

—Quiero decir, ¿por qué Selena mató a su padrastro?

—Ah. Bueno, en el juicio se supo que fue incesto. Al menos, así lo llamaron, pero hay mucha gente por aquí que no se lo cree. Quizá Lucas Cross fuera un borracho, pero muchos no pueden creer que le hiciera algo así a Selena.

—¿Algo como qué? —preguntó Tim.

—Bueno, ya sabes —dijo Helen, ruborizándose—. Lo que he dicho. Incesto.

—¿Tú te lo crees?

—No creo que tengas ningún derecho a interrogarme —dijo Helen, irritada—. Después de todo, solo te lo he contado por tu propio bien.

Al día siguiente, Tim fue a la biblioteca pública de White River y consultó los ejemplares antiguos de los periódicos de Boston que habían publicado la noticia del juicio de Selena. Cuando terminó, se quedó un buen rato sentado, fumando y mirando las motas de polvo atrapadas en un rayo de sol que llegaba hasta el suelo de la biblioteca. Sin darse cuenta, estaba reajustando su personalidad y su carácter para adaptarse a las exigencias de la nueva situación que tenía que afrontar.

A veces, la personalidad de un actor es como una pizarra en blanco. Cuando tiene ante sí un nuevo papel, lo escribe en la pizarra y se convierte en lo que lee hasta que terminan las representaciones. Después, la pizarra se borra y queda limpia para el siguiente papel.

Aquella tarde, cuando Tim Randlett salió de la biblioteca de White River, supo que tenía que ir a ver a Selena. No le diría directamente lo que sabía, se limitaría a insinuárselo. Sería amable, pero también autoritario, y le enseñaría a no tener miedo y a confiar en él. Le devolvería la fe en el amor y en los hombres. Mientras conducía hacia Peyton Place, le invadió un sentimiento casi sagrado de amabilidad, aderezado con la emoción de un joven viril y rematado por una abrumadora sensación de indignación contra Lucas Cross.

Selena lo vio acercarse y, sin saber por qué, supo que había una sutil diferencia en él.

—Hola —dijo, y le fastidió que casi se le quebrara la voz.

—Hola, cariño —dijo él. Se alejaron de Peyton Place sin decir una palabra y Selena se volvió hacia él.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A mi casa —respondió él.

Inmediatamente, se le puso la piel de gallina y tembló a pesar del calor de julio.

El interior de la cabaña de Tim estaba fresco, tranquilo y en penumbra. Desde muy lejos, desde el otro extremo del lago, llegaban los débiles gritos de los bañistas veraniegos y olía a sol, a agua y a pino. Selena se apartó de donde estaba, de pie frente a la chimenea vacía.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella.

—Porque todavía no te he besado —dijo Tim—, y cuando lo haga, no quiero que sea en un coche parado, en la trastienda de Thrifty Corner ni en un banco del parque —añadió. Se acercó y se detuvo frente a ella, sin tocarla—. Quiero que sea aquí, con tranquilidad, sabiendo que no vendrá nadie a interrumpirnos, y creo que tú también lo prefieres.

—Quiero irme a casa —dijo Selena, en un susurro, asustada. Él le rodeó el rostro con las manos con mucha delicadeza.

—Selena —dijo—, mírame. —Ella levantó la cabeza y él la miró larga y profundamente a los ojos—. ¿Quién soy? —preguntó—. ¿Cómo me llamo?

—Eres Tim —dijo ella. El color de sus ojos era como el océano—. Eres Tim Randlett.

—Sí —afirmó él—. Soy Tim Randlett. Soy Tim y te quiero —añadió. Entonces la abrazó, pero sin dejar de mirarla a los ojos—. Soy Tim —repitió—. No soy Lucas Cross.

—¡No! —gritó Selena, e intentó soltarse.

Pero la sujetó con fuerza y, con una mano, le acarició la parte baja de la espalda y luego la nuca.

—No voy a hacerte daño, cariño —le repitió una y otra vez—. Por favor, no tengas miedo de mí. Yo te quiero, mi amor.

—Tim —dijo Selena, dejando de temblar por fin—. Tim.

—Sí, cariño —respondió él en voz baja—. Tim.

La besó suavemente con los labios juntos, con besos secos y pausados, y acariciándola como si fuera una gatita asustada a la que quería tranquilizar. La desnudó lentamente, casi con desgana, y, cuando la acostó en la cama, era como si siguiera siendo la misma gatita, pero tranquila, aunque en cualquier momento podía saltar de

terror y salir corriendo. La obligó a mirarlo, pero no habló mientras le acariciaba los muslos y le presionaba suavemente el abdomen. Observó que los ojos se le oscurecían, se le adormecían, siguió acariciándola y, cuando volvió a besarla, fue Selena quien abrió los labios y le exploró los dientes con la lengua. Solo entonces le buscó los senos con los dedos, acariciándolos una y otra vez, hasta que ella le correspondió.

—Abre los ojos —le dijo—. Selena, abre los ojos.

Le hizo el amor lentamente y contempló, exultante, cómo crecía la locura en su mirada, cómo abría la boca para gritar. Fue como si hubiera estallado un dique dentro de ella, como si luchara contra una marea de sentimientos. Hasta que, finalmente, se dejó llevar y cedió a la fuerza que la reclamaba, que la arrebataba por completo en un momento estremecedor, y gritó, extasiada.

9

Mike Rossi tardó una semana en descubrir que no le gustaba Tim Randlett.

—No sé por qué —dijo cuando Connie le preguntó la razón—. Hay algo en él que me huele a chamusquina. Es como un camaleón.

—No, hombre, no —objetó Connie—. Es un joven muy agradable y, por mi parte, me alegro mucho por Selena.

—Estoy de acuerdo —dijo Allison, sonriendo a Mike.

Pero, como Mike solía decir, Connie tenía una curiosidad muy desarrollada.

—¿Qué quieres decir con «camaleón?» —le preguntó.

—A cada uno le habla de una forma distinta —respondió él, deseando no haber sacado el tema—. Cambia de actitud con cada persona que conoce, como si cambiara de color.

—Lo que le pasa a Mike es que tiene envidia, nada más —le dijo Connie a Allison—. Tiene envidia de Tim porque es joven y guapo y se acuesta con Selena.

—¡Mamá! —exclamó Allison, atónita—. ¿Cómo lo sabes?

—¿A qué te refieres? —preguntó Connie, mirándose las uñas con aire inocente.

—Maldita sea, sabes muy bien a qué me refiero —dijo Allison—. Vamos, dímelo.

—Bueno, es esa mirada que se les pone a las mujeres —dijo Connie, encogiéndose de hombros—. Y Selena la tiene: una mirada soñadora.

—¡Ay, mamá! ¡De verdad...!

—Bueno, es cierto —dijo Connie a la defensiva—. Y no solo se acuesta con él, sino que está encantada.

—Lo único que me importa —dijo Allison— es que Selena sea feliz. Y si acostarse con Tim Randlett la hace feliz, estoy totalmente a favor.

—Señoras, esta conversación me sofoca y me incomoda —dijo Mike, levantándose—. ¿Alguien quiere una cerveza fría?

—¿Sabes una cosa, Mike? —dijo Allison, levantando la voz para que la oyera desde la cocina—. A Peter Drake tampoco le gusta Tim Randlett.

—Bueno, ¿qué esperabas? —preguntó Connie—. ¿Creías que estaría encantado de que le haya salido un rival? Peter lleva años enamorado de Selena.

—Ha dicho que Tim es un mentiroso de marca mayor, y cito textualmente —dijo Allison.

—Puede que tenga razón —dijo Mike, volviendo al salón con tres vasos llenos de cerveza—. No quiero decir que sea un mentiroso ni creo que lo sea, pero me da la impresión de que lleva tanto tiempo fingiendo que ni siquiera se da cuenta.

—Pura envidia —dijo Connie, lamiéndose un poco de espuma blanca del labio superior.

—Y tú llevas tanto tiempo en Peyton Place —se rio Allison— que te has hecho igual que los nativos y ahora desconfías de Tim porque se gana la vida con una profesión tan poco convencional como la de actor.

—Y, por si fuera poco —dijo Connie—, ahora eres un auténtico chismoso.

—Ajá —dijo Mike, teatralmente.

De todos modos, Mike Rossi no era el único que estaba preocupado por la relación de Selena con Tim Randlett. El doctor Matthew Swain se la encontró en Elm Street y, como le contó más tarde a Seth Buswell, casi no la reconoció. Era como si estuviera iluminada, radiante, y no dejaba de sonreír.

—Hola, Matt —dijo ella.

Era la primera vez en la vida que no lo llamaba «Doc».

—Hola, Selena —dijo Matt—. Dios mío, esta mañana tienes un aspecto espléndido. No hace falta preguntarte qué tal estás. Es obvio.

—También estoy generosa —replicó ella riéndose—. Vamos al Hyde, invito yo a un café.

Matthew Swain esperó a que Corey Hyde les sirviera antes de hablar.

—¿Estás enamorada de él, Selena? —le preguntó.

—¿Enamorada de quién? —bromeó ella, pero Matt no se rio.

—De Tim Randlett —dijo él.

—Sí —contestó ella—. Sí, Matt, me he enamorado de él.

—Pensaba que los actores de temporada viajaban mucho más que Tim —dijo el médico, encendiendo la pipa.

—En primer lugar —dijo Selena—, Tim no es un «actor de temporada». Es un actor consumado que trabaja todo el año. Y sí, los actores suelen ir por ahí en verano, pero este año el teatro de Silver Lake lleva a cabo un experimento con el repertorio y Tim tiene la oportunidad incluso de dirigir algunas obras.

—Ya veo —dijo Matt—. ¿Qué va a hacer este otoño?

—Ya se lo he dicho, Matt. Para Tim, la interpretación no es un empleo a tiempo parcial. En otoño, actúa en Nueva York.

Matthew Swain aspiró profundamente.

—¿Vas a irte con él? —preguntó.

—No lo sé —respondió ella, mirando la taza de café—. No me lo ha pedido.

—¿Irás si te lo pide?

Selena levantó la cabeza y miró al médico directamente a los ojos.

—Sí —dijo—. Y si él no me lo pide, se lo pediré yo.

—¿Y Joey?

—Joey se viene conmigo, vaya donde vaya.

—¿Y qué opina Joey de todo esto?

Selena se echó a reír y respondió: —¡No se preocupe tanto, hombre! Joey está loco por Tim. Se llevan de maravilla.

—¿Se lo has dicho a Peter Drake? —le preguntó.

—No —respondió ella. Por un momento, el rostro se le ensombreció—. Pero se lo diré.

—Se lo tomará muy mal —dijo Matt.

—No puedo evitarlo, Matt —dijo Selena, con cierta impaciencia—. No pretendo hacerle daño, pero hace mucho tiempo que sabe muy bien que no estoy enamorada de él y que nunca lo he estado.

—Peter está enamorado de ti —dijo el médico.

—¿Adónde quiere llegar, Matt? —dijo Selena, un poco harta—. Por el amor de Dios, suéltelo y acabemos con esto.

Él se quedó mirándola un buen rato.

—Selena, nos conocemos de toda la vida —dijo al fin—. Solo intento asegurarme de que nadie te haga sufrir. Es lo único que me importa. Al fin y al cabo, no sabemos nada de ese Tim Randlett, así que ten un poco de paciencia con la preocupación de un viejo.

—¡No! ¡Usted no sabe nada de él! —exclamó Selena, sintiendo de repente una ira rabiosa—. Como no es de Peyton Place, resulta que es sospechoso. Bueno, ¿cómo es que nadie sospechó nunca de un habitante de Peyton Place como Lucas? Dígamelo.

—Selena —dijo Matt, extendiendo una mano para calmarla—, no tenía intención de decir nada parecido, solo me preguntaba...

—Sé muy bien lo que se preguntaba —replicó ella, furibunda—. Se pregunta si me acuesto con él, ¿verdad? Usted y todo Peyton Place. Pues sí, Matt. ¡Cada vez que tengo oportunidad y nunca tengo bastante!

—Selena —dijo el médico con calma—, nos conocemos desde hace mucho. No intentes escandalizarme.

—Lo siento, Doc —dijo ella, palideciendo y volviendo al apelativo que siempre había usado—. Es que lo amo. No puedo evitarlo. Creo que me moriría si no me pide que me case con él.

—Si no te lo pide, mándamelo —dijo Matthew Swain, dándole una palmadita en el brazo—. Será porque está enfermo.

A finales de la primera semana de agosto sucedieron tantas cosas a la vez que, como decía Connie Rossi, no sabía ni por dónde empezar. A Mike le ofrecieron un puesto de profesor de Historia en el instituto de White River y lo aceptó. A Allison la invitaron a ir a Hollywood como «asesora técnica» de una película basada en *El castillo de Samuel* y Betty Anderson volvió a casa. Como dijo Selena Cross a Tim Randlett: «¡Gracias a Dios! Ahora tienen otra persona de la que hablar y así nos dejan en paz a nosotros».

Agosto transcurrió en una serie de días pesados y calurosos; los agricultores contemplaban la tierra con asombro, tan cargada de frutos que parecía a punto de reventar. Empezaron a segar la segunda cosecha de heno mientras, en los cobertizos y graneros de todo el norte de Nueva Inglaterra, las mujeres apilaban cajas de manzanas para la descomunal cosecha que se avecinaba. Las hojas

de las patatas se marchitaron y murieron a medida que los tubérculos, bajo tierra, les succionaban la savia, y engordaban una pulpa blanca y firme; y por todas partes, la exuberancia de flores y colores de los jardines resultaba casi cegadora.

Los viejos, con una desconfianza más antigua que las rocas de granito, se resistían a la esperanza y a la promesa.

—No durará —decían—. Llegará la hora de la verdad.

Sin embargo, los jóvenes vivían el magnífico verano como si cada uno hubiera recibido un regalo abrumador e inesperado. Olvidaron los veranos de sequía y los de frío húmedo, y al cabo de un tiempo empezaron a suponer absurdamente que, en el futuro, todos los veranos serían igual.

—Bueno, gracias a Dios, no habrá que vender la casa —le dijo Connie Rossi a su marido—. White River está a menos de quince kilómetros de distancia, puedes desplazarte cómodamente.

—En primer lugar —dijo Mike—, será mejor que empiece a leer algunos libros. Hace mucho tiempo que no pienso en enseñar Historia a unos chicos a los que les importa un comino la guerra de 1812 y que se aburren como ostras con la Declaración de Independencia.

Connie y Allison hicieron varios viajes de ida y vuelta a Boston para elegir el nuevo vestuario que Allison llevaría a Hollywood; todo Peyton Place chismorreaba a propósito del regreso de Betty Anderson y esperaba a ver qué haría Leslie Harrington.

Nadie tenía tiempo ni ganas de pensar en Selena Cross y, a media que se acercaba el final de agosto nadie, menos Joey y Peter Drake, notó el cambio. El brillo de felicidad que la había caracterizado y distinguido desapareció de la noche a la mañana; estaba casi demacrada y había adelgazado mucho, cosa que no la favorecía. Tenía unas grandes ojeras oscuras y hasta el negro brillante del pelo parecía descolorido y sin vida.

—Por el amor de Dios, Selena —dijo Peter Drake—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—No —respondió ella secamente—. No es nada.

Joey estaba asustado. No se le había olvidado lo desmejorada que se había quedado su hermana aquellos meses, cuando el cadáver de

Lucas se descomponía bajo tierra, casi a sus pies, y en esos momentos estaba igual que entonces.

—Por favor —dijo Joey—. Vamos a ver al doctor Swain.

—No es nada —insistió Selena—. Es solo el calor.

Sin embargo, Joey le confesó sus temores a Peter Drake.

—Debe de ser por culpa de Tim Randlett —dijo—. Le hace algo. Algo horrible, pero sigue viéndolo.

—No puede ser eso —respondió Peter—. Ella dice que lo ama.

—Da igual —dijo Joey. Le temblaba la voz de ira contra Tim y de preocupación por Selena—. Debe de ser por su culpa.

—Le ha pedido que se case con él.

—Ya —dijo Joey—. Y ella ha aceptado, pero ahora no quiero que se case con él. Al principio me pareció lo mejor, pero ahora no.

Peter Drake cerró los ojos un momento, como si así pudiera eliminar el dolor que le causaba el proceder de Selena.

—No podemos hacer nada, Joey, solamente esperar.

10

Llovía a cántaros, como solo puede llover en agosto, a gotas gruesas y pesadas que salpicaban las carreteras y las aceras como monedas de plata. Betty Anderson tomó a su hijo de la mano con firmeza al entrar el tren en la estación de Peyton Place. El revisor llevaba un paraguas negro y lo abrió cuando la máquina se detuvo y Betty bajó al andén. El hombre estiró el brazo para ayudar a Roddy, pero Betty lo apartó.

—Déjeme a mí —dijo. Luego, cuando el revisor retrocedió un paso, añadió con más amabilidad—. No le gusta que lo toquen los desconocidos.

—Es bastante normal, a su edad —dijo el revisor animadamente —. ¿Cuántos años tiene? ¿Puede que cinco?

—Los cumple el mes que viene —dijo Betty.

—Tengo más de cuatro años y medio —dijo Roddy con orgullo—. Antes tenía cuatro y medio, pero ahora tengo más.

—Bueno, en tal caso —dijo el revisor con una sonrisa—, tendrás bastante fuerza para llevar las maletas de tu madre.

—No —respondió Roddy con seriedad—. Yo solo tengo que llevar a Wendel.

—¿Y esta es Wendel? —preguntó el revisor, acercando la mano a una jirafa bastante sobada que sostenía el niño.

—Sí —respondió Roddy—, es Wendel, y está muy cansada del viaje, ha sido muy largo. Cuando venga el abuelo, Wendel va a ir en coche. Le gusta ir en coche.

—¿Y a ti te gusta ir en el coche de tu abuelo? —preguntó el revisor.

—No lo sé —respondió Roddy.

—Ven, cielo —dijo Betty—. Aquí hay mucha humedad. Vamos dentro.

—Adiós —dijo Roddy.

El revisor saludó con la mano cuando subió al tren y Betty y Roddy se dirigieron a la sala de espera de la estación. Ella no miró

atrás cuando el tren se alejó, pero notó que se le tensaba la espalda.

«Tendría que volver a subir —pensó—, y seguir adelante, largarme de aquí. En primer lugar, no sé ni por qué he venido. Se me ha debido de aflojar un tornillo o algo así.»

La estación no había cambiado nada, observó. Seguía siendo la misma estructura destartalada que cuando se marchó de Peyton Place, hacía ya cinco años.

«Está un poco más vieja —pensó, mirando los edificios—. Un poco más deteriorada y agrietada, a lo mejor, pero igual que siempre. Como yo, supongo.»

—¿Es aquí donde vive el abuelo? —preguntó Roddy, mirando el alto techo de la sala de espera.

—No —respondió Bettty—. Esta es la estación de ferrocarril, aquí se compran los billetes para subirse al tren. Tu abuelo vive en una casa. Una casa excelente, grande y bonita; la más grande de Chestnut Street.

—¿Vamos a dormir allí? —preguntó Roddy. Empezó a frotarse los ojos con los nudillos de la mano—. Wendel está cansada.

—Todavía no lo sé —respondió Betty, y le costó hablar, porque acababa de ver a Leslie Harrington acercándose. Lo acompañaba Charles Partridge.

«Debe de estar preocupado —pensó Betty con ironía— para traerse al abogado. ¡Qué hijo de perra!»

Fue Charles quien saludó primero a Betty y le estrechó la mano. Leslie se quedó mirando a Roddy. «Lo sabía —pensó—. El niño es el vivo retrato de su padre.»

Efectivamente, Roddy también era moreno y tenía el mismo atractivo físico y el mismo cuerpo robusto que Rodney Harrington.

—Hola, Betty —dijo Leslie por fin—. Bienvenida a casa.

—Esto no es nuestra casa —dijo Roddy—. Es el sitio al que venimos de visita.

Leslie dudó y, aunque le habló al niño, miró a Betty.

—Bueno —dijo, vacilante—, es posible que, si pasas aquí una temporada, te guste tanto que quieras quedarte —dijo.

—No cuente con ello, Leslie —dijo Betty, mirándolo directamente a los ojos.

—¿Eres mi abuelo? —preguntó Roddy.

Para Leslie fue como un fuerte puñetazo en la boca del estómago.

«Maldito viejo loco —se reprendió a sí mismo. ¡Enternecerse por una palabra!»

—Sí —contestó, cuando pudo hablar—. Soy tu abuelo.

—¿Vamos a dormir en tu casa excelente, grande y bonita? —preguntó Roddy.

—Sí —dijo Leslie. Miró a Betty, que seguía inmóvil y se limitaba a devolverle la mirada—. En mi casa tango una habitación especial preparada para ti.

—Wendel está cansada —dijo Roddy.

—Wendel es una jirafa muy bonita —dijo Leslie—. Y, sí, es cierto, parece cansada —añadió, mirando al nieto—. Vamos —dijo, abriendo los brazos—. Os llevo a ti y a Wendel en el coche, verás qué rápido llegamos a casa y la acostamos.

—No —dijo Betty reteniendo a Leslie por el brazo sin perder un segundo—. A Roddy no le gusta que le toquen los desconocidos.

—Está bien —dijo Roddy, acercándose inmediatamente a su abuelo—. Wendel quiere que la lleven.

—Claro que sí —dijo Leslie mientras levantaba al niño en brazos.

Betty los siguió hasta el coche y solo Charles Partridge se fijó en la rigidez de la mandíbula de la joven madre.

«La misma Betty de siempre —pensó. Luego, mientras la observaba, pensó—: Y el mismo Leslie de siempre. Siempre consigue exactamente lo que quiere. Aunque más le vale no intentar engañar a esta jovencita. Puede que le haya dejado salirse con la suya una vez, pero ahora es mayor y más inteligente, y sigue siendo testaruda.»

—Conduce tú, Charlie —dijo Leslie al subir al coche—. Yo tengo que sentarme aquí y sujetar a Wendel.

«Más le vale que no intente ningún truco conmigo esta vez —pensó Betty, y cerró la portezuela del coche bruscamente—. Antes era una mema, pero ahora ya no. Cinco años en la ciudad espabilan mucho.»

Los últimos años no habían sido fáciles para Betty Anderson, pero tampoco había esperado que lo fueran. Al principio, cuando finalmente supo que Rodney no iba a casarse con ella y que el único dinero que recibiría de Leslie serían doscientos cincuenta dólares, estuvo al borde de la desesperación. Sabía que su propia familia no la ayudaría. Estaba sola y no le quedaba más remedio que tomárselo lo mejor posible.

«Nunca he sido llorica, gracias a Dios —pensaba cuando subió al tren para irse a Nueva York—. Si lo fuera, seguro que ahora estaría llorando a lágrima viva.»

También agradeció tener todavía un tipo esbelto y que no la atormentaran las náuseas matutinas ni los desmayos, que le habrían impedido trabajar.

Cuando llegó a Nueva York, consiguió que le dieran trabajo antes que alojamiento; después, con el futuro inmediato momentáneamente asegurado, buscó una habitación. Encontró una y, aunque era oscura y deprimente, el alquiler le convenía y, con optimismo, se dijo que no iba a quedarse ahí para siempre. En cuanto resolviera el engorroso asunto del parto y el de dar al niño en adopción, sería libre para buscar un trabajo mejor, a un hombre con dinero y, finalmente, casarse. No había contado con la posibilidad de querer a su hijo ni de encariñarse con él incluso antes de que naciera.

Trabajaba en un restaurante, las propinas eran bastante buenas y sabía complacer fácilmente a la clientela.

Pensaba con tristeza que era una suerte, porque en realidad no tenía madera de camarera.

Se le olvidaban las cosas constantemente: las servilletas, los vasos de agua, rellenar los azucareros, pero siempre tenía una sonrisa cariñosa y la clientela era en su mayoría masculina. Ella sonreía, se reía a carcajadas de sí misma y se contoneaba; y los hombres se reían con ella, le miraban el trasero con mucho gusto y le dejaban propinas generosas.

También le pedían citas, pero Betty siempre les enseñaba un anillo de boda barato que llevaba en la mano izquierda y les decía que su marido medía un metro ochenta, que tenía los hombros

como un muro de ladrillos y que mataría a cualquier hombre que intentara salir con ella mientras él servía en el ejército. Sin embargo, lo decía con una sonrisa y de tal manera, que cada pretendiente creía que, si las cosas fueran distintas y ella, de las que se liaban con cualquiera, lo elegiría a él.

«Cuando llegue el día en que me deshaga de este puñetero bulto —pensaba brutalmente—, seré libre de verdad.»

Sin embargo, una tarde, mientras se quitaba el uniforme y se ponía la ropa de calle, notó una punzada en el estómago que la dejó traspuesta, no de dolor, sino de asombro.

«¡Vaya, maldita sea!», pensó.

Se fue andando a la habitación y, tan pronto como llegó, se desnudó y se tumbó en la cama. Se puso las manos en el abdomen, esperó y entonces, volvió a ocurrir. Estaba viendo movimiento debajo de la piel.

«¡Vaya, maldita sea! —pensó de nuevo y sonrió—. ¡Vaya, maldita sea! ¡Está vivo!»

No supo exactamente cuándo empezó la decisión de tenerlo. Más tarde, pensando en ello, supuso que debía de haber sido cuando notó la punzada de vida por primera vez. La nueva idea provocó cambios radicales en su planes y Betty, que no tenía la costumbre de retrasar las cosas, empezó a hacer planes de inmediato.

No tardó ni una semana en buscarse un tocólogo, que le prometió asistir el parto por setenta y cinco dólares. Le reservó una habitación en un hospital y le dijo exactamente cuánto le costarían cinco días de estancia allí.

—¿Hay alguien que cuide de usted y del niño cuando vuelva a casa, señora Harrington? —preguntó el médico, usando el nombre que ella le había dado.

—Sí —respondió ella, ocultando la sonrisa un tanto irónica que se le dibujó en los labios—. Tengo familia.

Pasó los meses siguientes aprendiendo todo lo posible sobre los cuidados que requieren los recién nacidos. Compró pañales, camisones e imperdibles, y decidió que no necesitaría ni mantitas ni biberones. Dormirían los dos en la misma cama y lo amamantaría ella. Empezó a atiborrarse en la única comida diaria que le permitían

en el restaurante y se llevaba pasteles, pan y queso en el bolso a escondidas, para poder cenar en la habitación sin gastar dinero.

En el restaurante, en lugar de beber agua, bebía leche. El agua la bebía en casa y cada céntimo que conseguía ahorrar lo ingresaba en una cuenta bancaria para pagar el hospital y mantenerse las semanas posteriores al nacimiento del niño, porque tendría que quedarse con él.

«Rodney Harrington, hijo, así se va a llamar —pensó. Tiene derecho a ese nombre y lo tendrá. Al diablo con Peyton Place y con todos los que viven allí.»

Por suerte para ella, el dueño del restaurante en el que trabajaba era un italiano que tenía seis hijos. Su mujer había trabajado hasta el último momento de todos los embarazos y no le había hecho ningún daño. Así que mantuvo a Betty en el trabajo a medida que le crecía la barriga, advirtiéndole que no levantara bandejas pesadas y que tuviera cuidado de no resbalar en el suelo de la cocina.

—Si necesita levantar algo, llámeme —le dijo—. Y no se preocupe por nada. Es bueno que las embarazadas estén de pie. Facilita las cosas cuando llega el momento.

—No se preocupe por nada —dijo la mujer del italiano—. Si su marido está fuera, iré yo a visitarla al hospital. Y después la ayudaré con el niñito. ¡No se preocupe por nada!

—Hoy en día —dijo el italiano, chasqueando los dedos—, para una mujer, tener un hijo no es nada. ¡Pam!, el hospital. ¡Pam!, el éter. ¡Pam!, la criatura. Y ya está.

El niño nació a finales de octubre y todo salió tal como Betty había planeado. El parto fue fácil, a pesar de que Roddy pesó cuatro kilos y medio, y los pechos de Betty rebosaban leche para alimentarlo. Desde el principio fue un niñito tranquilo, nunca lloraba, solo cuando tenía hambre o estaba mojado; y crecía a ojos vistas, a medida que pasaban las semanas. Cuando cumplió tres meses, Betty entendió que era hora de volver al trabajo. Le quedaban veintiún dólares y sesenta y siete centavos en el banco.

En la época en que Betty vivió allí, se hizo amiga de Agnes Carlisle, la mujer que ocupaba la habitación de al lado. Agnes era maestra jubilada, le costaba mucho llegar a fin de mes con la

pensión que cobraba y aceptó de mil amores cuidar a Roddy todas las tardes por la pequeña suma que Betty podía pagarle.

—Es tan bueno que no me va a dar ningún trabajo —decía Agnes alegremente—. Y aunque me lo diera, no me importaría. Es un niñito precioso.

A Betty casi le daba risa ver a esa mujer canosa y de aspecto severo hablando con Roddy en lenguaje infantil.

—Es clavadito a su padre —dijo Betty.

Los años pasaron con rapidez. Cuando Roddy tenía tres, los italianos abrieron un restaurante nuevo en otra parte de la ciudad y nombraron a Betty gerente del antiguo local. Empezó a ganar un sueldo decente y a menudo pensaba en mudarse de esa habitación oscura y lúgubre. Sin embargo, Roddy quería tanto a Agnes Carlisle como ella a él, y además le estaba enseñando a leer y a escribir para que adelantara a los demás niños cuando empezara a ir a la escuela.

—Tal como está el sistema escolar hoy en día —decía Agnes—, solo tienen alguna posibilidad los niños que reciben ayuda externa. Me encargaré de que Roddy la tenga.

Así que Betty se quedó donde estaba. Salió con varios hombres, pero, como le dijo a Agnes, no tenía intención de casarse.

—Me gusta mi vida tal y como es —decía—. Sin complicaciones. Tengo a Roddy y el trabajo, pero ninguna atadura, y quiero seguir así.

Agnes era la única persona en Nueva York que sabía que Betty no estaba casada; nunca hablaba del tema con los hombres con los que salía, excepto cuando la relación se volvía seria. Entonces les decía que se había casado una vez y que no quería volver a cometer el mismo error.

El 4 de julio Agnes vio el anuncio en la sección correspondiente de un periódico sensacionalista. Betty, Roddy y ella habían pasado la tarde en el parque y Betty estaba preparando café con hielo.

—¡Qué curioso! —dijo Agnes.

—¿Qué? —preguntó Betty, asomándose por encima del hombro de la vecina.

—Esto —dijo Agnes, señalando el anuncio.

—Léemelo —dijo Betty—. Se me ha olvidado añadir un cubito de hielo a la leche de Roddy y se va a poner a gritar en cuanto se dé cuenta.

—Betty, ¿dónde estás? —dijo Agnes.

—¿Qué? —preguntó Betty volviéndose, sorprendida.

—Esto es lo que pone aquí, en el periódico —respondió Agnes—. «Betty, ¿dónde estás? Por favor, ponte en contacto conmigo tan pronto como lo leas. Es urgente. Leslie Harrington, apartado 213, *Peyton Place Times*».

—¡Vaya, maldita sea! —exclamó en voz baja. Se sentó en un escabel a los pies de Agnes.

—Es para ti, ¿verdad? —preguntó Agnes.

—Sí —dijo Betty.

—¿Es...? —Agnes titubeó, mirando a Roddy, que las contemplaba solemnemente. Bajó la voz—. ¿Es el abuelo de Roddy? —preguntó, deletreando la palabra abuelo.

—¿Qué es de Roddy? —preguntó el niño. Luego miró el vaso—. ¡Un cubito! ¡Un cubito! —gritó.

—Sí —dijo Betty. Sacó un cubito de hielo del vaso de café helado y se lo puso a Roddy en la leche.

—¿Vas a responder?

—No sé.

—¿Estás loca? —preguntó Agnes—. Me dijiste que tenía mucho dinero. Ya es hora de que haga algo por erre, o, de, de, y griega.

—¡Roddy! —gritó el niño, encantado.

—¿Por qué le habré enseñado a deletrear? —se lamentó Agnes.

—No sé si quiero nada suyo —respondió Betty.

—No seas tonta —dijo Agnes—. Si quiere hacer algo por el niño, permíteselo. ¿Vas a quedarte atrapada en un cuchitril como este toda la vida? ¿Y Roddy también? Acepta lo que te ofrezca. No acabes como yo.

Betty miró a Agnes un largo rato. Se vio a sí misma envejecida, viviendo sola en la escueta habitación, a dos velas y atemorizada.

—No voy a escribirle —dijo—. Vamos a ver cuántas ganas tiene de ponerse en contacto conmigo. Le llamaré por teléfono. A cobro revertido.

Pidió la conferencia con una sonrisa en la cara; se alegraba pensando lo mucho que le fastidiaría a Leslie tener que saber algo ella mediante una operadora entrometida de Peyton Place.

—¿Qué quiere, Leslie? —preguntó en cuanto oyó su voz.

—Quiero que vuelvas a casa —dijo él, después de un instante de vacilación.

—¿No le parece un poco raro, Leslie?

—Llevo años intentando encontrarte —dijo él.

—¿Por qué? —preguntó ella con frialdad—. Hubo un tiempo en el que no veía el momento de deshacerse de mí.

—¡Betty! —Ella casi se sorprendió por el tono suplicante de la voz —. ¿Cómo está la criatura?

—Bueno, ya no es tan criatura —respondió Betty—. El niño va a cumplir cinco años.

—Un niño —dijo Leslie. Y se quedó en silencio un largo minuto, solo se oía la respiración—. Un niño. ¿Cómo se llama?

—Rodney Harrington, hijo —respondió, esperando que Leslie protestara.

—Es maravilloso, Betty —dijo el hombre. Y ella se sorprendió tanto que se apartó el auricular de la oreja y lo miró como si quisiera verle la expresión—. Por favor, Betty —le rogó—. Dime que vendrás.

—Tengo que pensarlo —respondió ella.

—Te mandaré un cheque para los billetes —le ofreció.

—¡Faltaría más! —respondió ella, con una risita seca.

—Te lo mando por correo ahora mismo —dijo él—. Solo dame tu dirección.

—Ni hablar —dijo Betty—. Lo último que quiero es encontrarlo acampado en la puerta de mi casa. Le he dicho que lo pensaría y lo pensaré. Le llamo este fin de semana.

—Al menos dame tu número de teléfono —dijo Leslie.

—No —respondió ella, y colgó bruscamente.

La semana siguiente fue un infierno para Betty. Toda la vida había odiado la indecisión, y los constantes comentarios de Agnes no contribuían a facilitarle las cosas.

—Deja de pensar en ti misma —dijo Agnes—. Piensa en Roddy.

Y: «¿Quieres pasar el resto de tu vida trabajando en un restaurante grasiento?».

Y: «No voy a estar aquí para siempre, ya sabes. ¿Quién va a cuidar de Roddy cuando falte yo?».

Y: «Roddy es uno de los niños más inteligentes que he conocido. ¿Vas a privarlo de las ventajas que podría tener?».

Y: «¿Si te pones enferma? ¿Qué pasaría entonces con Roddy?».

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Betty—. ¿Quieres callarte un momento, por favor? ¡No puedo pensar!

—No hay nada que pensar —dijo Agnes con decisión—. Llama al viejo, haz las maletas y vete.

Al final, Betty llamó por teléfono a Leslie Harrington.

—Puedo tomarme una semana libre en el trabajo —dijo ella—. Vamos a ir a visitarle, pero solo cinco días. Los otros dos los pasaremos de viaje.

—¿Me das tu dirección para que te mande el cheque? —preguntó Leslie.

—No —respondió Betty—. Lo he pensado bien y no quiero tener ninguna deuda con usted. La única razón por la que voy a verle es porque es el abuelo de Roddy. Todos los niños deberían tener la oportunidad de conocer a su abuelo. Es el único motivo, créame.

—Manda un telegrama para decirme el horario del tren que tomes —dijo Leslie.

—Sí, de acuerdo.

El coche torció hacia la amplia entrada de grava de la casa de los Harrington.

—Ya hemos llegado —dijo Leslie—. Roddy se ha dormido.

«Sí —pensó Betty—. Efectivamente, ya hemos llegado.»

11

Ya había pasado más de la mitad de agosto cuando Selena se dio cuenta de un cambio casi imperceptible en Tim Randlett. Empezó a interrogarla sobre su pasado y se enfadaba si no le respondía.

—Oye —le dijo—, quiero que seas mi mujer. Entre marido y mujer no hay secretos. Si los hay, no es un matrimonio.

Selena apenas oyó las dos últimas frases.

—¿Qué has dicho? —preguntó con una alegría casi incrédula.

—He dicho que quiero que seas mi mujer y...

—No digas más —dijo ella, tapándole los labios con los dedos. Solo repítelo.

—Cariño —dijo Tim riéndose, y la abrazó—, ¿me harías el honor de ser mi mujer?

—Sí —dijo Selena—, sí, sí, sí. ¿Cuándo?

—En otoño —respondió Tim—. Cuando termine aquí. Nos vamos a Nueva York, buscamos un piso, luego vamos a Tiffany's y te regalo el diamante más grande de la tienda con una alianza a juego.

—Te quiero —dijo Selena en voz baja—. Apuesto a que nadie en el mundo quiere a nadie como te quiero yo a ti.

—Perderías la apuesta —dijo Tim—, porque yo te quiero igual.

Selena lo creyó a pesar de que, en ocasiones, la miraba con una frialdad que la dejaba helada de miedo.

—Háblame de ese Ted Carter —le ordenó.

—No hay nada que contar —respondió Selena—. Fuimos amigos en el instituto y un día dejamos de serlo. Nada más.

—Mientes, Selena —dijo él.

—¡No miento! —exclamó ella, incrédula, volviéndose hacia él.

—¿Te acostaste alguna vez con él?

—¿Estás loco? —le preguntó, enfadada.

—No levantes la voz. ¿Por qué te enfadas tanto si tienes la conciencia tranquila?

—Me enfado porque no solo dudas de mi palabra, sino que, además, has sido capaz de pensar eso de Ted y yo.

—Bueno —dijo Tim, con un sarcasmo que le dolió más que si la gritara—, seamos realistas, cariño. Yo no he sido el primero, ni mucho menos.

—Te comportas como un niño —dijo Selena, y le dio la espalda.

Tim Randlett solía comportarse como un niño. Cuando no estaba actuando, dentro o fuera del escenario, volvía a ser el niño mimado y petulante que había sido en Hollywood, y lo peor de todo era que no tenía conciencia de actuar de forma infantil, sino que se reafirmaba en su personalidad y defendía sus derechos. Cuando las pocas personas que lo habían visto así lo acusaban de inmaduro, Tim perdía totalmente los estribos o bien se esforzaba por corregir lo que estaba convencido de que era una impresión errónea.

—No soy infantil, cariño —le dijo a Selena—. Es solo que te quiero mucho y necesito saberlo todo de ti.

—Entonces, ¿no puedes esperar hasta que me vea capaz de contártelo? —preguntó ella.

—Naturalmente, cariño —respondió Tim—. No hay prisa. Tenemos toda la vida por delante para hablar y conocernos el uno al otro.

Después de cada discusión de este tenor, se llevaban bien un breve periodo de tiempo, pero al final, invariablemente, Tim volvía a insistir, y lo que más le dolía a Selena era que, por lo general, elegía precisamente el momento después de hacer el amor.

—¿Qué hacíais Carter y tú cuando erais tan buenos amigos? —le preguntó en una de estas ocasiones.

—Lo mismo que la mayoría —respondió ella, rezando en silencio para que desapareciera esa sonrisa ligeramente torcida de la boca que acababa de besar—. Íbamos a clase y a bailes y hablábamos de casarnos algún día. Cosas de niños.

—¿Nunca os besabais?

—Sí —dijo Selena.

—Ah. Ahora empieza a salir la verdad. ¿Lo hacía bien?

—Tim —dijo ella en voz baja—, ¿qué sientes al oír hablar de estas cosas? ¿Acaso te gusta imaginarme besando a otro?

—Solo responde a la pregunta —le ordenó él.

—No sé —respondió ella—. Ted fue el único chico al que besé cuando era una cría, así que realmente, no puedo comparar.

—¿Me estás diciendo que en una ciudad como Peyton Place los críos no juegan a besarse? —preguntó él, enarcando las cejas con incredulidad.

—Claro que sí, hombre —respondió ella cansinamente.

—Y tú, claro, tan pura y virginal, te negabas a participar en esos juegos. ¿Es eso lo que intentas decirme?

—¡Por el amor de Dios, Tim! —exclamó Selena. Se levantó de la cama de repente y se envolvió en la bata—. ¿Quieres dejarlo de una vez? Pareces un maldito mirón.

—Bueno, ¿lo hacías o no?

—¿Hacía o no hacía el qué?

—Participar en los juegos de besos.

—Pues claro, como todos los demás a esa edad.

—Entonces me has mentido cuando me dijiste que solo habías besado a Carter.

—¡Dios santo! —se lamentó Selena—. ¿Cómo quieres que me acuerde de todos los chicos con los que fui a alguna fiesta alguna vez?

—Si mientes sobre un beso, solo Dios sabe sobre qué más mentirás.

—¡Estás enfermo! —replicó Selena.

—No grites, cariño —dijo él, con una paciencia exasperante—. Y no soy yo el enfermo. Enfermos son los que mienten a los demás y a sí mismos.

—Yo no miento —dijo Selena con calma—. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

Empezó a vestirse con la cabeza gacha, para que no le viera las lágrimas que, sin poder evitarlo, le rodaban por las mejillas.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Me estoy vistiendo —respondió ella—. Me voy a casa.

Él se acercó inmediatamente. Le dio media vuelta para que lo mirara y le besó las lágrimas del rostro.

—Cariño —dijo, contrito—, soy un auténtico canalla. No quería hacerte llorar. Perdóname, por favor.

—Olvídalo —dijo Selena—. Solo quiero irme a casa.

—No digas eso —insistió él, con la voz ahogada de miedo. La rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza—. No lo digas nunca. Si te perdiera, no lo soportaría.

—Tengo que irme —dijo Selena, hastiada—. No aguanto más discusiones, ni sarcasmos ni esas acusaciones horribles. Estoy agotada, Tim. No puedo más.

—Por favor —suplicó él, con lágrimas en los ojos también—. Por favor, cariño. Perdóname una vez más. No volveré a hacerlo nunca jamás.

Y entonces, despreocupada e inconsciente, Selena le dio una última oportunidad. Le echó los brazos al cuello y sollozó contra su mejilla.

—No tienes ni que pedírmelo —dijo ella. Claro que te perdono. No puedo dejarte, los dos lo sabemos. Ni siquiera puedo imaginarme lo que sería vivir sin ti. No te dejaré nunca, jamás.

Y, de nuevo, las cosas mejoraron unos cuantos días, pero Selena esperaba las peleas. Estaba en tensión constante, atenta a las señales que le advertían de la tormenta que se avecinaba. Muchas noches no podía dormir, se preguntaba por qué la afectaban tanto las constantes indagaciones y la curiosidad de Tim, pero el único motivo que se le ocurría era que nunca había querido darle vueltas al pasado, porque solo así podía seguir viviendo. También sabía que, en algunos momentos del pasado, no había podido controlar totalmente los pensamientos, y entonces tenía pesadillas terribles con Nelli, su madre: la veía colgada, muerta, un cadáver con la cara negra y los ojos congestionados, balanceándose al final de una cuerda de seda con cada respiración de Selena. Otras veces había soñado que huía a la carrera de un Lucas gigantesco y poderoso, que la perseguía; entonces gritaba en sueños hasta que Joey entraba en la habitación y la despertaba.

—Quizá sea un tópico —había dicho Matthew Swain—, pero es cierto que el tiempo todo lo cura.

Y así había sido, tal y como había dicho el médico. Con el paso de los años, las pesadillas de Selena fueron cada vez menos frecuentes y por fin desaparecieron por completo; el único momento en que cedía al miedo era una vez al año, el día de la primera nevada. Hasta

que se enamoró de Tim Randlett. A partir de ese momento volvieron las pesadillas, el miedo y las noches de insomnio, porque Selena sabía que Tim no tardaría en preguntarle por Lucas, Nellie y el juicio, y tendría que sacar a la luz los trapos sucios enterrados y enseñárselos con todo detalle.

«No voy a pensar en ello —se decía, mientras daba vueltas en la cama—. No voy a hablar de eso, y si Tim se pone desagradable, lo dejo.»

Sin embargo, sabía que no lo dejaría, le pidiera lo que le pidiera, pero las noches de insomnio se alargaban y la comida le daba náuseas; su hermano Joey le preguntaba: «¿Qué te pasa, Selena?», y ella no tenía respuesta.

«Tengo que tranquilizarme —pensó— y no permitir que nada me inquiete. Tim me quiere. No es cruel.»

Eso era cierto. Tim Randlett la quería a su manera, y no era un hombre cruel. Pero estaba haciendo el papel de psiquiatra y lo sabía; se había convencido de que los oscuros secretos que carcomían la mente de Selena eran como un veneno que la emponzoñaba y que acabaría destruyéndola y, por lo tanto, a él también. Se veía a sí mismo como un gran sanador y creía que la satisfacción de lograr encajar una pequeña pieza de información tras otra en el rompecabezas del pasado de Selena era la alegría de un científico a punto de hacer un descubrimiento, y nunca reconoció que había algo desagradable y perverso en esa emoción.

—Solo quiero lo mejor para ti —le decía.

Y Selena lo creía porque no podía hacer otra cosa.

Una tarde soleada de finales de agosto estaban en el sofá del salón de la cabaña, él sentado y Selena tumbada, con la cabeza en su regazo. Le apartó suavemente el pelo de la frente y Selena tuvo la maravillosa sensación de flotar que siempre tenía después de hacer el amor, cuando se quedaban juntos y tranquilos. Estaba a punto de dormirse, pero él dijo: —Háblame de Lucas.

Selena se quedó totalmente inmóvil un momento; la serenidad la invadió, como suele ocurrir cuando alguien ha sufrido un trauma terrible y piensa: «Ahora que ha pasado lo peor, lo que venga

después solo puede ser mejor». Pero entonces se le aceleró el corazón y empezó a temblar.

—¡Basta, Tim! —gritó—. No quiero hablar de Lucas ni de nada que tenga que ver con él.

—Tienes que hacerlo, cariño —dijo él, con suavidad—. Es la única manera de que te liberes.

Ella intentó levantarse, pero él tenía su larga cabellera enrollada en la mano y la retuvo.

—Suéltame —le ordenó.

—No tengas miedo, cariño —insistió él suavemente—. Créeme, solo quiero lo mejor para ti. Tienes que hablar de ello, cielo. No puedes pasarte la vida con todo ese odio reprimido dentro.

—Ya no odio a Lucas —dijo ella—. Dejé de detestarlo en el momento en que murió.

—Eso no es cierto —dijo Tim.

Esta vez, Selena se apartó con tal fuerza que él, sorprendido, le soltó el pelo. Ella se levantó y se enfrentó a él echando por los ojos ardientes chispas de ira y dolor.

—¿Qué demonios sabes tú de eso? —gritó—. Tú, con tu infancia entre algodones, tu teatro y tus juegos de psiquiatra y paciente. No sabes nada de la vida real. Muy bien. Te contaré lo de Lucas. Quizás así pongamos fin a tu repugnante arrogancia.

—No levantes la voz, cariño —respondió Tim, con ese tono paciente y conciliador que la sacaba de quicio.

—¡La levanto todo lo que quiero! —exclamó Selena—. Quieres oír lo de Lucas. Pues te lo voy a contar. Era un cerdo, un borracho y el peor hijo de perra que ha existido jamás. Cuando tenía catorce años, me dejó inconsciente, me arrancó la ropa y me violó. Y después, muchas veces, ni siquiera sé cuántas, mandaba a mi hermano Joey fuera, cerraba la puerta con llave, me pegaba y se ponía encima de mí.

Estaba de pie frente a él, encorvada, con los puños apretados, hablando a voces. Tim la sujetó por las muñecas e intentó llevarla al sofá, a su lado.

—Por favor, cielo —dijo, casi asustado por la reacción de Selena.

Ella se apartó y le dio una patada en la espinilla cuando intentó levantarse.

—¡Siéntate! —le gritó ella—. Querías oírlo y ahora vas a quedarte quieto hasta que termine. Lo peor no era cuando Lucas me dejaba inconsciente, ¿sabes? Lo peor era cuando solo estaba aturdida y, sin darme tiempo a levantarme del suelo, me agarraba, me ataba a la cama y me lo hacía. Porque estaba despierta y consciente de cada segundo, y notaba el daño que me hacía, y olía el sudor y el aliento, y le oía gruñir como un cerdo. Esos eran los peores momentos. ¿Qué pasa, Tim? ¿No te gustan los detalles escabrosos? Mi madre lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía. La sorprendía mirándome y sabía que lo sabía. Y Lucas también era cuidadoso, todo lo que podía. Esperaba a que mi madre se fuera a trabajar y entonces venía por mí. Era alto y fuerte, Tim. Más que tú. Y la mayoría de las veces sangraba antes de que terminara conmigo. Él, en cambio, no sangraba nunca. Me dejó embarazada y aborté.

Le temblaba todo el cuerpo y le dolía respirar.

—En realidad no tenía por qué hacerlo, ¿sabes? —dijo. En un tono más suave, casi extraño—. Abortar, quiero decir. Lucas no era mi padre biológico. Probablemente la criatura habría nacido bien. No habría sido subnormal ni nada parecido. Era lo que decía él cuando estaba encima de mí. Que yo no era su hija. Parecía excitarlo, como si yo fuera una desconocida. No. En realidad, no tenía por qué abortar, pero lo hice. Entonces, yo también sangré, pero Lucas, no. Lucas nunca sangró hasta que lo maté. Y entonces sangró. ¡Ah, cómo sangró! La sangre brotaba de él como una fuente y yo seguía golpeándolo.

Le brillaban los ojos y la boca parecía un tajo en el pálido rostro.

—Lo maté —susurró—. Le golpeé la cabeza; y le di, una y otra y otra vez hasta que murió, y disfruté cada minuto. Cuando terminé, la cabeza parecía un huevo batido y fui feliz por primera vez en años. Lucas estaba muerto, como mi madre. Como la criatura.

Se detuvo y se quedó inmóvil, con los brazos colgando, flácidos, a los lados, y el cabello oscuro tapándole un lado de la cara.

—¿Es eso lo que querías oír? —preguntó por fin, sin mirarlo.

Tim se acercó, ella oyó su pesada respiración. Estaba casi jadeando y, cuando levantó la vista, apenas pudo creer lo que veía. Se acercaba a ella con los ojos brillantes y las manos temblorosas.

—Cariño —susurró, roncamente.

Cuando la atrajo hacia sí, ella se dio cuenta de que estaba excitado. Intentó darse la vuelta y huir, pero ya era tarde; la sujetó con fuerza.

—Así que lo recuerdas —dijo él—. Recuerdas lo grande y fuerte que era, como un toro. Nunca lo has olvidado.

Selena le golpeó el pecho e intentó levantar la rodilla, pero no podía moverse.

—Las mujeres siempre recuerdan al primer amante —dijo él en voz baja—. Especialmente si las han violado.

La tenía fuertemente sujeta, las manos le hacían daño a través de la fina tela del vestido veraniego, y cuando la besó, le notó la boca pesada, húmeda y despiadada. Ella forcejeó y lo empujó, y el pánico era una náusea que amenazaba con tragársela.

—Eso es lo que siempre has querido —dijo Tim—. Que te violaran como te violaba Lucas. Cada vez que te tomaba a mi manera, estúpida y tierna, tú lo recordabas a él, lo grande y lo brutal que era. Bueno, yo también puedo ser así. Como ahora.

Sin embargo, cuando intentó tirarla al suelo, ella consiguió zafarse. Corrió alrededor de la mesa, hasta la chimenea y agarró las tenazas con la mano como si la estuvieran esperando.

—¡Que te mato! —gritó ella, cuando él se acercó—. ¡No te muevas, que te mato!

Pero a Tim le daba igual. Se le acercó sigilosamente y, cuando se puso a tiro, Selena describió un gran arco con las tenazas y lo golpeó. Si él no se hubiera movido en el último segundo, las tenazas le habrían machacado la sien. Pero se movió, de manera que solo le dio en el hombro; se tambaleó hacia atrás, se cayó encima de la mesa y aterrizó en el suelo de piedra, enfrente de la chimenea.

Se quedó inmóvil un momento y, en esos pocos segundos, Selena se miró la mano y vio que aferraba las tenazas. Con horror, se dio cuenta de que levantaba el brazo para golpear de nuevo y, justo

entonces, Tim gimió y se incorporó. Selena lo miró fijamente y volvió la vista al arma que empuñaba.

«¡Casi! —gritó una voz dentro de su cabeza—. ¡Casi! ¡Casi lo mato!»

Dio media vuelta y huyó de la cabaña. Corrió por el bosque, salpicado de verde y amarillo bajo el sol de verano, hasta la carretera que llevaba a Peyton Place.

«¡Casi!», gritaba la voz, y siguió corriendo hasta que el mundo se difuminó y se golpeó la cara contra el arcén arenoso de la carretera.

Tercera parte

1

En septiembre, Allison se marchó de Peyton Place; iba a quedarse una semana en Nueva York antes de ir a Hollywood. Eso significaba llegar al estudio con dos días de retraso, pero le pareció más importante pasar una semana con Lewis. Una semana sin interrupciones para estar con él y quererlo.

«La distancia no presta encanto», se dijo, pensando en las semanas de separación, los dos meses en los que lo único que había tenido de él habían sido las cartas. El amor no había disminuido con la ausencia, pero a veces no conseguía evocar su rostro. Sabía que los primeros minutos del reencuentro serían incómodos y vacilantes, como si fuera un desconocido.

Miró el familiar paisaje por la ventanilla del tren. El verano se había prolongado hasta septiembre; el esplendor otoñal aún no había extinguido el verdor, ni siquiera lo había tocado. «¡Menudo verano!», pensó. Lo que había empezado con belleza y abundancia había terminado con Selena vagando aturdida, perdida e indefensa por el arcén de la carretera. Habían despedido a Mike. Y Seth Buswell y Matt Swain se habían ganado enemigos por intentar ayudarla.

Peyton Place había sido un campo de batalla. Se preguntó si huía derrotada o partía victoriosa. «Un poco de cada», pensó. Mike tenía trabajo otra vez y ella, al menos, no había cedido a las presiones. Su carrera estaba en pleno apogeo, el éxito había superado con creces incluso los sueños más descabellados.

Nunca se había imaginado el triunfo en función del dinero. Para ella, siempre había sido un sueño vago y amorfo que consistía en fama y libertad a partes iguales. El dinero era lo de menos. A menudo se decía: «Soy rica». Siempre fracasaba en el intento. Nunca se lo creía, no conseguía hacerse a la idea.

«Solo las mujeres *mayores* son ricas», se decía, procurando pasar por alto la idea de que ella, Allison MacKenzie, era una mujer adinerada. No estaba dispuesta a afrontar esa imagen de sí misma

porque no respondía, o eso creía, a su idea predilecta: la de escritora, la de Allison MacKenzie, Autora.

No quería ser una entidad corporativa, siempre liada con los asesores de inversión y los contables fiscales que le recomendaba Brad. Una de las cosas que tenía que hacer en Nueva York era reunirse con ellos. Había decidido que la única manera de solucionarlo era buscar a unas personas en las que pudiera confiar y delegar en ellas todos esos asuntos. No quería ocuparse de todo ese lío. Pensar en cuestiones de dinero la distraía de escribir libros, que era su auténtico trabajo.

Quizá David tuviera razón. Puede que, cuando afirmó que la única función del escritor era escribir, lo dijera motivado por toda una serie de razones ajenas, pero probablemente fuera cierto. «A partir de ahora, así será —decidió—. Basta de entrevistas, basta de comerciar.»

El revisor le pidió el billete e hizo unos comentarios a propósito del largo verano que habían tenido. «Prácticamente me he convertido en una viajera habitual entre Peyton Place y Nueva York», pensó Allison. Miró los descoloridos asientos de felpa verde, la mayoría vacíos. Casi le parecía que era la dueña del tren.

Se imaginó que, charlando con Lewis, le decía: «Tendríamos que viajar más en tren, Lewis, todos. Es uno de los pocos sitios en los que podemos comunicarnos con nosotros mismos, hacernos preguntas profundas y juzgarnos a nosotros y a los demás. En coche, es muy peligroso pensar en otra cosa que no sea el tráfico, y los aviones son tan rápidos que no da tiempo a nada».

Recostó la cabeza en el respaldo del asiento, cerró los ojos y se abandonó a los deliciosos pensamientos del reencuentro con Lewis. «El hambre de amor es tan real como cualquier otra», pensó.

Sonrió al imaginarse lo que diría Constance si supiera que estaba enamorada de un hombre casado. Constance, recordando su propio pasado, pensaría que era una maldición familiar, una semilla que le había transmitido a su hija, y se consideraría culpable y responsable.

«Esta es la diferencia entre nuestras generaciones», se dijo. Su madre se había considerado culpable, pecadora, por ser la amante

de un hombre casado. Allison, no. Ella lo aceptaba; era un acuerdo, lo mejor que la vida le había ofrecido hasta el momento.

Sobresaltada por este último pensamiento, se incorporó. *¿Hasta el momento?* ¿Reconocía, pues, que lo de Lewis era solo temporal, que lo sustituiría por algo mejor, más permanente? Apartó semejante idea de la cabeza, negó esa posibilidad. «No soy una gitana ni una trotamundos —se dijo—. He encontrado lo que quiero, Lewis es lo que quiero y voy a conservarlo.»

Hizo transbordo en Boston. Mientras recorría la estación, sonreía para sus adentros. «Soy una viajera cansada del mundo, eso es. Hace muy poco, este viaje de Peyton Place a Nueva York era una experiencia nueva y emocionante, un sueño hecho realidad. Pero ahora ya puedo hacerlo con los ojos cerrados. ¿Todo va a ser así? ¿Esto es la vida?»

Desde la estación Grand Central se fue directamente al hotel residencial en el que había reservado un apartamento. Mientras conducía por Park Avenue, con el equipaje alrededor, intentó ocultar la sonrisa de satisfacción que se le escapaba de los labios. «¡Vamos! ¡Déjate llevar! —se dijo—. Relaja esa conciencia de Nueva Inglaterra tan estricta que tienes. Al fin y al cabo, no te lo ha regalado nadie, no te lo han servido en bandeja de plata. Te lo has ganado con tus propias manos. Ahora, disfrútalo.»

El apartamento estaba en la vigésima planta. El director la saludó con una inclinación de cabeza y ella siguió al botones que le llevaba el equipaje; llegaron a un gran salón blanco y dorado. El director entró apresuradamente detrás de ella, abrió las altas puertaventanas que daban a la terraza, le enseñó el dormitorio, que era solo un poco más pequeño que el salón, y la condujo a la despensa del mayordomo, donde si lo deseaba, podía cocinar.

Cuando se quedó sola, se miró en el espejo de cuerpo entero para asegurarse de que era realmente ella, Allison MacKenzie, la que estaba en ese sitio. Luego se dirigió al teléfono y llamó a Lewis.

—Ya he llegado —dijo—. Ven a cenar.

—¿Tengo que esperar hasta la hora de la cena? —preguntó él—. Podría escabullirme por la puerta trasera. Creo que todavía se abre,

aunque no la he usado desde 1936, cuando los acreedores se sentaban a esperarme en el vestíbulo.

—¡Ah, cariño! ¡Cuánto me habría gustado estar ahí en aquellos momentos!

—A mí también. Los habrías hechizado allí mismo y se habrían ido con las facturas olvidadas en la mano. Oye, cielo, sé que soy muy indisciplinado y que todos mis autores van a empezar a escribirme cartas airadas, pero voy ahora mismo; dentro de quince minutos estoy ahí.

—¡Ah, sí, cariño, ven enseguida! —dijo ella, y colgó antes de poder añadir «no hay tiempo que perder». La idea había surgido espontáneamente de la nada.

Se desvistió rápidamente. Quería ducharse y vestirse para él. Tenía previsto pedir la cena y que se la sirvieran en la terraza —con velas en la mesa y una cubitera con champán— desde donde verían toda Nueva York sin que nadie los viera a ellos. Tener esa relación en secreto lo hacía todo aún más delicioso.

Pero, cuando él llamó a la puerta, no estaba preparada, tenía el pelo mojado, no se había maquillado y tuvo que ponerse un albornoz de felpa.

—No me mires, Lewis. Todavía no estoy a punto para que me veas.

—Eso es como decirle a un hombre sediento que se aleje del agua —dijo él, riéndose.

La tomó del brazo y la atrajo hacia sí. Cuando se besaron, Allison se derritió en sus brazos.

—¡Ay, Lewis! ¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó.

—Si se parece a lo que te he añorado yo, entiendo perfectamente por lo que has pasado.

—Lewis —dijo ella, apartándose—, quería estar vestida cuando llegaras, maquillada y con el mejor aspecto posible. Pero, ya ves.

—Ya veo, ya veo —dijo él.

—Quería pedir la cena y sentarnos en la terraza con copas de cristal, velas y champán.

—Eso, después —dijo Lewis, con una sonrisa tranquila.

La besó de nuevo, deslizó la mano dentro del albornoz y le acarició el pecho; luego, abrazados, pasaron rápidamente al dormitorio. A Allison le temblaban las rodillas y se le estremecían los muslos.

—¡Ay, cielo, abrázame! —exclamó ella—. No me sueltes nunca.

—Nunca —dijo él, y la palabra le resonó en la cabeza.

«"Nunca" —se repitió ella—. Los amantes están locos, usan palabras descabelladas e imposibles. Lo peor es que se las creen.»

Apoyó la cara en el pecho de Lewis para no verlo, para no ver las canas que delataban su edad. Notaba en los labios el latido de su corazón. «"Nunca" es mucho tiempo», pensó, y empezó a llorar.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó Lewis. Le acarició el pelo y la espalda tranquilizándola como un padre a su hija.

—No es nada, Lewis. No es nada —dijo ella.

Le tomó la cabeza entre las manos y se la cubrió de besos, como si quisiera compensar con la intensidad de su amor todos los años que no lo había conocido, todos los años en los que ni siquiera había nacido.

La asaltó de pronto la idea de que no había tiempo que perder; debido a la diferencia de edad, había que compensar en un breve espacio de tiempo todo el amor y la experiencia que la vida les había negado. Le acarició con las manos y la boca, y percibió que él se estremecía de placer con el contacto. Lo atacó con amor, con una furia apasionada; y cuando Lewis estaba preparado para ella, se puso encima, la cubrió con su cuerpo duro y le inmovilizó los brazos contra la cama, para que no pudiera moverse. Ella se quedó quieta, como un muro de contención del mar, se dejó zarandear y sintió la fuerza de la marea y, al final, le pareció que se le escapaba el alma del cuerpo. Solo entonces la soltó, y ella atrajo su cuerpo vibrante hacia sí.

«Esta es la única verdad que existe, esta expresión de amor —pensó Allison—. Lo demás es interpretar un papel.»

Le ardía el cuerpo solo de pensar que estaba a su lado. Mientras descansaban tumbados, Allison observó cómo oscurecía lentamente y la habitación se desvanecía en la penumbra. Los días eran cada

vez más cortos. El verano terminaba con elegancia en una sucesión de días de brisas suaves y agradables, aunque el avance del invierno empezaba a notarse tímidamente. De pronto se acordó de que tenía que irse a California y se dijo: «Voy hacia el oeste, siguiendo al verano, así que tendré unas semanas más».

Al pensar en marcharse, se volvió hacia Lewis y lo besó.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó.

—Existe la posibilidad de que me recupere —respondió él—. Creo que hay motivos para la esperanza. Si me cuido bien, quizá pueda salir de aquí por mi propio pie mañana, sobre las diez y media.

Allison se echó a reír y dijo: —Será mejor que reúnas todas tus fuerzas ahora mismo, Lewis, porque sospecho que, si el camarero entra y te encuentra así, mi reputación se verá afectada.

—¿Qué camarero? —preguntó Lewis, incorporándose.

—El que va a traernos la cena —dijo, cogiendo el teléfono—. Estoy a punto de pedirla, Lewis. ¿Quieres algo en especial?

—Sí, una cosa —dijo él, saltando de la cama y corriendo al baño —. Espera a que me vista.

Una hora más tarde, cuando llegaron el director, el *maître* y el camarero —este último empujando un carrito con los platos tapados —, Allison y Lewis estaban sentados con recato y formalidad en las sillas blancas de hierro forjado de la terraza.

El *maître* abrió el champán, el camarero sirvió la comida sin hacer ningún ruido y el director se quedó de pie, nervioso; a Allison le pareció que ese hombre era de los que siempre temen lo peor. Después de que el camarero les sirviera los cuencos de *vichyssoise* fría, dentro de otros cuencos de cristal más grandes y llenos de hielo picado, Allison dijo: —Yo misma serviré los demás platos.

El camarero y el *maître* se retiraron de la terraza con una inclinación de cabeza; el director, preocupado, echó una última ojeada, como si temiera que la terraza pudiera caerse del edificio. Convencido de que aguantaría unos días más, les deseó *bon appetit* y salió detrás de los camareros.

—Tengo la sensación —dijo Allison— de que ese hombre lamenta mucho que Nueva Inglaterra no tenga ni rey ni bandera. Creo que le encantaría izarla para anunciar que estoy aquí.

Lewis seguía sonriendo por la forma en que los tres hombres se habían retirado de la terraza caminando hacia atrás.

—Se ven muchas apariciones en Nueva York —dijo—. Los fantasmas de media Europa han encontrado aquí su último refugio y su descanso eterno. Esos tres hombres, por ejemplo, murieron en Budapest en 1935. Nueva York es el paraíso al que emigraron sus almas.

—El fantasma del chef nos ha tratado bien esta noche —dijo Allison.

Después de la crema fría, tomaron *f ilet mignon* con salsa bearnesa, alcachofas con vinagreta y una pequeña ensalada a las finas hierbas. Terminaron el champán con unas fresitas silvestres que sabían a sol y a campos estivales.

Asomados al antepecho de la terraza, con las tazas de café en la mano, contemplaron Nueva York, que parpadeaba y destellaba por todas partes. «De algo sirve todo esto —se dijo Allison, sin saber muy bien a qué se refería—. Momentos como estos hacen que la agonía del éxito merezca la pena. —Aunque inmediatamente se preguntó—: ¿Es cierto? ¿Compensa esto las mentiras y alejarse de los amigos?»

Pensó en David. Le dolía pensar en él, en aquella habitación solitaria, a solo unos minutos de distancia, inclinado sobre el trabajo. Quizá lo había juzgado mal. Quizás esa integridad fuera real y aquel enfado fuera genuino, no envidia por su triunfo, sino indignación por que ella deseara alcanzar el éxito. Él creía en su talento. Decidió que lo llamaría por teléfono para invitarlo a él y a Stephanie a cenar la noche siguiente.

Abajo, Central Park parecía marchito y cansado de luchar tantos meses por sobrevivir al verano de la ciudad.

—Sería cuestión de pedir al Departamento de Parques —dijo Lewis— que, en verano, mande a Central Park de vacaciones. Está muy viejo y gastado, no le conviene pasar más veranos en la ciudad.

—Mañana por la mañana redacto la petición —dijo Allison—. La llamaremos «Fondo para mandar a Central Park a Catskills». Los niños de las escuelas aportarán monedas de cinco centavos y de diez. El lema será: «Central Park Necesita Aire Fresco».

Lewis dejó la taza de café en el antepecho y se inclinó para besarla suavemente en la boca.

—Y yo te necesito a ti —dijo—. Así de simple. Eres mi sol y mi aire.

Lewis se quedó hasta pasada la medianoche. Hablaron de su amor y, como recién casados, volvieron una y otra vez a los planes de estar juntos, a que Allison se instalara en un piso en Nueva York cuando volviera de Hollywood. Eso sería en octubre; iría a Peyton Place a ver a Mike y a Constance y luego, a Nueva York, para comenzar la vida juntos.

—Es muy raro, ¿sabes? —dijo Lewis—. Me refiero a este acuerdo entre nosotros. No suelen funcionar. Me temo que son muy pocos los que duran.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Allison.

—Porque, si queremos triunfar, tendremos que afrontar todos los peligros, todos los escollos de nuestra situación.

—Sé lo que piensas, Lewis: que no estaré satisfecha, que querré más. Que empezaré a darte la lata y a exigirte que te divorcies para que podamos casarnos. Cielo, ¿crees que no lo he pensado? Lo he pensado todo. Lo que yo quiero eres *tú*. Lo que yo quiero es *esto*.

—Ruego por que siempre sea así, Allison. Y espero no volverme egoísta nunca. Yo también he pensado mucho mientras estabas en Peyton Place. Espero no exigirte nada jamás...

—Confío en ti, cariño.

—No me refiero a exigencias de amante. Me refiero a las exigencias... bueno, a las exigencias egoístas de un miembro de la pareja, que no tienen nada que ver con el amor, sino solo con uno mismo.

Lewis le dio unas vueltas al brandy en la copa y, por un momento, el oscuro líquido captó la luz y el brillo en una llamarada profunda, que después se apagó y desapareció.

—Creo que lo que quiero decir, Allison, es que cuando mi edad sea una carga para ti, no me retengas por lástima. Ni aunque te lo suplique.

—¡Ah, mi amor! —exclamó ella abrazándolo—. No pienses en esas cosas. No. No eres viejo. No lo eres.

—Ahora no —dijo Lewis, con una sonrisa—. La verdad es que hacía veinte años que no me sentía tan joven. Supongo que soy como la mayoría de la gente: me da miedo la vejez. Solo lo admito ante ti, cielo. Es una locura, pero estoy convencido de que un día me despertaré, me miraré al espejo y tendré que decirme: «Eres viejo, Lewis, eres viejo». Los hombres son vanidosos y pueden engañarse mucho tiempo, pero supongo que llega un momento en que hasta el más vanidoso tiene que rendirse a la verdad, porque los huesos ya no le permiten mentir.

—No quiero hablar de eso, Lewis. Por favor, no hablemos de eso. Vivamos el presente, aquí y ahora. Dejemos el futuro a las mujeres que escriben el horóscopo. Yo voy a vivir el momento presente, y eso significa que también tú tendrás que hacerlo, porque vas a estar conmigo. Todos los días.

Lewis se marchó después de la medianoche y Allison, cansada de la jornada que había empezado temprano en Peyton Place y había terminado tarde en Nueva York, se fue a la cama. Abrió las ventanas de par en par para que entrara el aire fresco de la noche; la distancia atenuaba el ruido del tráfico y la envolvió una serenidad que parecía surgir del parque, tranquilo y solitario; se dejó llevar por la calma y se durmió.

Por la mañana le sirvieron el desayuno en la terraza. Solo eran las ocho. «Pueblerina», se dijo, burlándose de sí misma por no adoptar la costumbre neoyorquina de dormir hasta tarde y desayunar café solo. Y como buena pueblerina desayunó huevos fritos con panceta, fruta y café con leche.

Se alegró de haberse despertado temprano. Aborrecía tomar con prisa la primera colación del día, le encantaba entretenerse con los cigarrillos del desayuno, que sabían mejor que los demás. Contempló el despertar de la ciudad: apoyada en el antepecho, vio el chorro blanco del camión cisterna, que dejaba la superficie de la calle algo más oscura, aunque no mucho más limpia.

A partir de las ocho y media, empezaron a salir más hombres y mujeres de los edificios de pisos y desaparecían entre las fauces omnívoras de la entrada de metro de la esquina. Allison sonrió, le

hizo gracia observar que, a medida que se acercaban las nueve, los hombres y las mujeres apuraban el paso más y más.

A las diez, vestida con un traje de tweed, de chaqueta elegante cortada al estilo cárdigan, se subió al taxi que la esperaba y el portero del hotel le cerró la portezuela.

—¿Sabe una cosa, señorita? —dijo el taxista—. Los porteros de los buenos hoteles son los únicos que saben cerrar las puertas de los taxis. No las cierran de golpe, sino que siempre lo hacen bien al primer intento. Los taxis durarían mucho más si la gente supiera cerrar las portezuelas con cuidado.

Pasó la mañana en oficinas con paneles de madera, poniendo en manos de abogados e inversores las considerables ganancias que tenía hasta el momento. Cuando le explicaban los trámites y papeleos, asentía con la cabeza, pero, por mucho que intentara prestar atención, se distraía con otras cosas. Sin embargo, sabía que eran hombres honrados y capaces, así que daba igual si no los entendía. «Quizá sea mejor así —pensó—, al menos no seré una novata entrometida. Es mejor dejar estos asuntos a los profesionales.»

Por la tarde fue de tiendas y compró ropa y lencería que antes solo miraba. Encargó trajes y vestidos con etiquetas que significaban dinero. Los jefes de planta siempre la reconocían e inmediatamente le abrían una cuenta de crédito.

—Puedo pagar con un cheque —les decía.

Se rio en su fuero interno al pensar que, ahora que tenía dinero, ya no lo necesitaba.

Solo tuvo que dar la dirección y se lo mandaron a casa; no hacía falta que pagara con dinero, bastaba con su nombre.

Cuando volvió al apartamento, la criada ya había desempaquetado las cajas y colgado la ropa en los armarios. Allison se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá. «Nunca me acostumbraré a esto», pensó.

Sonó el teléfono. Era Stephanie. Acababa de hablar con un productor de televisión: —Es un papel pequeño, Allison, pero tengo que aceptarlo. Y, por desgracia, los ensayos empiezan esta noche.

Me esperan siete horas en un teatro con corrientes de aire. Preferiría cenar contigo, la verdad.

Stephanie tenía prisa. Dijo que llamaría al día siguiente y que quedarían para comer.

«La adoro —pensó Allison—. Es prácticamente la única persona a la que no le ha afectado que me haya hecho famosa.» Algunos consideraban que la cantidad de éxito que había en el aire era limitada y que, si sus amigos conseguían una parte, quedaba menos para ellos: una actitud que Allison no podía entender.

«Lo comprendería —pensó— si me hubiera tocado la lotería o si un tío rico de Australia hubiera muerto y me hubiera dejado una fortuna, incluida la mitad de Australia. Pero yo *he trabajado* por todo lo que tengo, me lo he ganado. Nadie me lo ha regalado.» Recordó los cientos de cartas amargas y maliciosas que le habían escrito personas que pensaban que les había robado el éxito.

Suspiró, se incorporó y llamó a Lewis. Le contó lo que había hecho en el día y le dijo que solo David iría a cenar, porque a Stephanie le habían dado un papel.

—¿No prefieres cambiar de opinión y venir, cariño?

—Te llamo a medianoche. Si no estás muy cansada, quizá me acerque. Que pases una velada agradable con David, cielo. Puede darte mucha información sobre Hollywood, ya sabes. Estuvo allí un tiempo. Aunque no sé hasta qué punto te servirá de ayuda. Tiene una visión muy poco favorable de ese mundo. Pero ya lo hablaremos en otro momento.

Después de charlar con Lewis, llamó al servicio de habitaciones y pidió cena para dos y que la sirvieran a las ocho en punto.

Antes de que llegara David, preparó un baño y le echó unas gotas de lavanda. En el frasco la esencia era de color ámbar, pero en el agua se ponían de un tono morado oscuro. Sintió la envolvente fragancia de la hierba aromática.

Cuando llegó David, la encontró con un sencillo vestido negro, cuya severidad solo atenuaban los puños, ricamente recamados en terciopelo. Llevaba el pelo recogido.

A David le pareció mayor y más guapa que nunca.

—Me sorprendió tu llamada esta mañana, Allison. Y, por supuesto, me alegré muchísimo. Quería darte las gracias por poner fin a esta ridícula situación. Todo fue culpa mía. Aquel día que nos vimos en la cafetería... bueno, te lo digo sin rodeos: tenía envidia. Me inventé todo tipo de razones para justificarlo, pero era simple y llanamente envidia, a la antigua usanza, nada más. Discúlpame, Allison.

—No hay nada que perdonar, David. Vamos a tomarnos una copa y a pasar una larga velada charlando. Lo ahogaremos todo con la conversación.

Después de cenar, tomaron café en la terraza y la sobremesa derivó hacia el próximo viaje de Allison a Hollywood. La tensión había desaparecido por completo gracias a la buena comida y al vino, que estaba a la temperatura perfecta. Los fantasmas húngaros que rondaban por allí trabajaron bien y, a las diez, se evaporaron llevándose consigo el carrito de la comida y dejando a David y a Allison con el café y el brandy.

—No te gustará nada —dijo David—. En Hollywood no hay más que comerciantes que han triunfado y hombres que dicen ser escritores, aunque no hayan tenido una idea original en su vida.

—Sin embargo, voy a ir —respondió Allison—. Brad ya se lo ha comunicado.

—¿Y qué se supone que vas a hacer allí? —preguntó David.

—Voy a ser asesora técnica de la película. Voy a dar algunas indicaciones al guionista y a hablar con los diseñadores de vestuario y escenografía. Cosas así.

—Allison —dijo David con seriedad—, te están tomando el pelo. No necesitan que les digas nada. Lo único que quieren es utilizarte, explotar tu valor publicitario para sus propios fines. Te darán mucha importancia, te invitarán a unas cuantas fiestas y te halagarán hasta la saciedad para que, cuando vuelvas al este, le cuentes a todo el mundo lo genial que es la gente de la costa.

—Bueno, si eso es lo que quieren —dijo Allison riéndose—, desde luego están dispuestos a pagar un buen precio por ello. Dos mil quinientos a la semana, más todos los gastos.

—No te gustará, Allison —dijo David, encogiéndose de hombros —. Estoy seguro.

—Es lo más probable, pero tengo que averiguarlo por mí misma. Quiero vivir todas las experiencias que me ofrezcan, o casi todas.

—Solo pienso en ti —dijo él—. Espera a que empiecen a hacer trizas tu libro. Entonces cambiarás de opinión. No podrás soportarlo. Nadie podría.

—Yo no tengo un alma tan sensible y artística como tú —dijo ella —. Por lo que a mí respecta, lo único que quiero para *El castillo de Samuel* es otras cuarenta semanas en las listas. Y después de lo que me pagaron por los derechos de imagen, pueden hacer lo que les dé la puñetera gana.

—Solo quiero que no te hagan daño —dijo David en voz baja. Allison se avergonzó de repente.

—Lo sé, David —dijo, contrita—. Pero tengo que averiguarlo por mí misma.

—Llámame desde allí —dijo David.

—Sí —dijo Allison—. Te llamaré por teléfono. Como el estudio paga los gastos del hotel, podré hacerlo con la conciencia tranquila.

—Has cambiado mucho —dijo David sonriendo—, pero en el fondo, sigues siendo la niña de Peyton Place con la conciencia tranquila. No creo que puedas cambiar esa parte de ti ni aunque te operes.

2

El hotel era un enorme semicírculo de diez pisos construido en piedra blanca y cristal, situado en medio de jardines amplios y cuidados, salpicados de parterres de flores simétricos y uniformemente espaciados.

Allison estaba en la terraza de la suite del noveno piso pensando: «Me pregunto si alguna vez se ensucia algo en Beverly Hills». Eran las diez de la mañana y mirara adonde mirase, todo relucía como si el mundo acabara de salir de una caja de regalo llena de papel de seda.

Sonó el teléfono de la habitación, cruzó las puertaventanas y fue a contestar. La estancia en sí era como un decorado de teatro, con muebles modernos, alfombras blancas y cuadros abstractos. El mobiliario estaba tapizado en un intenso color púrpura imperial y las cortinas de lino de las puertaventanas correderas de cristal combinaban a la perfección.

—Hola —dijo Allison por el micrófono del blanco teléfono.

—¿Estás preparada? —preguntó Bradley Holmes.

—No puedo estarlo más —respondió Allison—. Admiro el ambiente que me rodea y no consigo saber si vivo dentro de una tarta de boda glaseada o de una cesta de Pascua de color púrpura.

—Pues ya verás el estudio —dijo Brad riéndose—. Eso sí que te dará que pensar.

—Estoy impaciente —dijo Allison—. ¿Vienes ya?

—Ya he llegado —respondió Brad y colgó.

Unos minutos más tarde llamaron a la puerta y entró Brad en la habitación.

—Muy lujoso, la verdad —dijo, mirando a todas partes—. Los habitantes de Villabrillo te trataron muy bien. Desde luego, mi habitación no es tan elegante ni mucho menos, pero claro, la pago yo.

Allison se puso el sombrero y un par de guantes blancos nuevos.

—Hollywood no te gusta mucho, ¿verdad? —le preguntó.

—A nadie de Nueva York le gusta Hollywood —respondió Brad en el pasillo, de camino a los ascensores—. Casi siempre es pura pose, por supuesto. Los neoyorquinos que darían lo que fuera por que los llamaran de Hollywood son los que más se quejan de la prostitución y la falta de arte en las películas. No, Hollywood no me gusta, pero no lo pregono. Aquí se mueve mucho dinero y a mí me gusta llevarme mi parte.

—David lo detesta —dijo Allison.

—Sí, es cierto —respondió Brad—. Pero, por otra parte, David nunca va a hacerse rico. Todo se reduce a lo que cada cual quiere de la vida.

Una limusina Cadillac se detuvo en la entrada principal del hotel y un chófer uniformado salió para abrirles la portezuela.

—Verás —dijo Brad—, estos pequeños lujos, ir en un coche como este, por ejemplo, cuestan dinero. Si uno quiere esta clase de cosas tiene que sacrificar algo. David nunca estuvo dispuesto a ceder ni un ápice. Vine con él hace unos años. Se puso imposible. Miracle Pictures le pagó un precio muy aceptable por el tercer libro, a pesar de que la edición de tapa dura nunca superó los tres mil ejemplares. Querían que David colaborase en el guion. Bueno, pues, vinimos y, permíteme que te diga que no pienso volver a pasar otras dos semanas en ese plan. David estuvo inflexible e intransigente y desoyó todas las sugerencias del productor, del director y de los demás guionistas. Se suponía que estaríamos aquí ocho semanas, pero al cabo de dos, salió, se emborrachó y se fue en avión a Nueva York. Créeme, no fue fácil explicárselo a los de los estudios. Pero al final, decidieron que estaban mejor sin él.

—Según él, yo no debía venir aquí —dijo Allison.

—Me lo imagino. Oye, cielo, no sé por qué te molestas con gente como David. Ahora eres una triunfadora. No necesitas a esos tipos sombríos que parecen trabajadores sociales.

—Pero David es un gran escritor —dijo Allison—. No solo es bueno y competente, sino un *genio*. Y tú lo sabes.

—Ya —admitió Brad—, pero también sé que, si se relajara un poco y me hiciera algo de caso, sus libros tendrían mucho más éxito en el mercado.

—David no tiene ni una sola célula de mentalidad comercial —respondió Allison.

—¡Uno de los privilegios de los pocos elegidos! —apostilló Brad, mientras entraban por las puertas de la verja de los estudios.

Allison, nerviosa, se enderezó y se estiró los guantes. Como siempre, cuando se enfrentaba a una situación nueva, deseaba fervientemente haberse quedado a salvo en casa. El coche se detuvo frente a una casa de piedra blanca que parecía de un barrio residencial de Nueva York. En el jardín delantero había un cartel con letras negras enmarcado en hierro forjado que decía ARTHUR TISHMAN.

—¡Por Dios! —exclamó Allison—. ¿Esta es la oficina del señor Tishman?

—Sí —respondió Brad—. Elegante, ¿verdad?

—Aquí podría vivir cómodamente una familia entera con hijos —comentó Allison.

Si se hubiera usado como vivienda, en lo que sería el vestíbulo, había un escritorio y dos archivadores dispuestos y camuflados con tanto ingenio que no desentonaban en absoluto entre los sofás de brocado y los cuadros al óleo. Detrás del escritorio se encontraba una de las mujeres más bellas que Allison había visto en su vida. Era menuda, pero tenía una figura exquisitamente moldeada y el pelo, como una caperuza de oro. Llevaba un sobrio vestido negro, pulseras de plata en ambos brazos y unas sandalias de diminutas tiras negras de piel.

—Me alegro de conocerla, señorita MacKenzie —dijo, levantándose para saludarla—. Me llamo Gloria Muir y soy la secretaria del señor Tishman.

—¿Cómo está usted? —dijo Allison.

Allison pensó que la señorita Muir tenía un acento británico que habría enorgullecido a Laurence Olivier.

—¿Qué tal, señor Holmes? —preguntó la señorita Muir—. Es un placer volver a verlo.

—Es maravilloso estar de nuevo en California —dijo Brad.

«Embustero», pensó Allison.

—El señor Tishman les está esperando —dijo la señorita Muir—. Acompáñenme, por favor.

El señor Tishman era alto y corpulento, y se parecía bastante a Sidney Greenstree de joven. Llevaba pantalones oscuros y una camisa informal de lo más atrevido que podría uno imaginarse.

—¡Brad! —exclamó el hombre, saliendo de detrás del enorme escritorio—. ¡Qué alegría volver a verlo! Ha pasado mucho tiempo.

Los hombres se estrecharon la mano y, antes de que Brad pudiera presentar a Allison, Tishman se volvió hacia ella.

—Y esta es la señorita que ha causado todo el revuelo —dijo sonriendo y alargando la mano—. Señorita MacKenzie, me faltan palabras para expresar el honor que es para mí.

—Encantada de conocerlo, señor Tishman. Es un placer estar aquí —dijo Allison. Tenía la sensación de estar en el té del Sombrerero Loco.

—Le presento a Conrad Blanding, nuestro director —dijo el señor Tishman, tomándolo del brazo—, y a Joel Parkingson, nuestro guionista.

Conrad Blanding llevaba gafas de montura oscura y, al sonreír, enseñó todos los dientes, pero Joel Parkingson continuó serio. Se inclinó envaradamente y se sentó con la mirada fija y pensativa en la hoja de papel amarillenta que tenía en la mano.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó Arthur Tishman—. ¿Café?

—Café, por favor —dijo Allison y se sentó en una silla tapizada de piel.

Las paredes de la oficina del señor Tishman estaban revestidas de paneles de nogal y en una de ellas había un cartel colorista enmarcado.

—Es uno de los mejores de Lautrec, ¿no le parece, señorita MacKenzie? —preguntó el señor Blanding.

—Ah... —comenzó a decir Allison—. Sí. Sí, claro.

A los pocos minutos, la señorita Muir entró con un servicio completo de plata en una bandeja también de plata.

—¿Sirvo? —preguntó.

—Sí, por favor, señorita Muir —respondió el señor Tishman.

A continuación, tuvo lugar una pequeña ceremonia silenciosa: todos los señores se quedaron en silencio mientras la señorita Muir llenaba las tazas con la cafetera de plata.

—Ahora, señorita MacKenzie... —dijo el señor Tishman, recostándose cómodamente en la silla—. Por cierto, ¿puedo llamarla Allison?

—Naturalmente —respondió ella.

—Bien. Así, las cosas serán más cordiales y cálidas. Yo soy Arthur, y ellos —añadió con un gesto vago en dirección al guionista y al director— son Joel y Conrad. Bien, Allison, todos hemos estado muy ocupados con la novela y ya tenemos un borrador del guion.

Allison miró a Joel Parkingson, pero el guionista no levantó la vista, y su actitud parecía más desolada que antes.

—Me gustaría verlo —dijo Allison.

—Por supuesto —dijo Arthur Tishman—. Queremos que se lleve una copia. Léala esta noche y mañana nos reunimos de nuevo para hablar de algunas cosas. Aunque, por favor, tenga en cuenta que lo que va a leer no es lo que yo llamaría un guion definitivo. No lo es. Joel solo ha anotado unas cuantas ideas. Todavía nos queda mucho camino por recorrer, pero creo, y Conrad está de acuerdo, que Joel nos ha dado una buena base sobre la que empezar a trabajar. El guion final seguirá las mismas directrices que el que tenemos ahora, pero estoy seguro de que, como usted misma es escritora, comprenderá que el proceso de terminar y pulir un guion es largo y lento.

Al principio, Arthur Tishman daba la impresión de ser un hombre acostumbrado a mandar, y a Allison le daba un poco de miedo. Pero pronto se dio cuenta de que tenerla allí y haberla conocido le ponía nervioso. Y por eso no conversaba, sino que daba discursos; como si lo tuviera todo escrito y luego lo leyera mal, igual que un actor aficionado.

Allison conocía bien la leyenda de Tishman. Había llegado a lo más alto por el camino difícil; todo lo que tenía se lo había ganado con su propio esfuerzo. En ese aspecto, se identificaba con él.

—Bueno, ya basta de negocios por hoy —dijo Arthur Tishman—. Le hemos hecho un plan muy completo para toda la semana,

querida mía. Hoy mismo, dentro de un rato, tiene una reunión con Harold Jenks, nuestro publicista. La prensa lo ha acosado desde que se supo que venía usted. Después, mañana por la mañana, tiene una cita con uno de nuestros mejores fotógrafos y, por la tarde, queremos que visite el estudio. Para que se haga una idea de cómo trabajamos aquí. Después, mañana por la noche, celebramos una cena en mi casa en su honor. Asistirán todos los que participan en la película y también otras muchas personas importantes. Estamos todos muy ilusionados.

—Pero yo había pensado... —empezó a decir Allison.

—Maravilloso, Arthur —dijo Brad, levantándose—. Como siempre, ha hecho todo lo necesario con absoluta eficiencia.

—Así es como trabajamos —dijo Arthur—. La eficiencia previene las úlceras. Es mi fórmula secreta para el éxito, aunque se la cuento a todo el mundo.

Allison volvió al coche y se sentó junto a Brad antes de darse cuenta de que ni Conrad Blanding ni Joel Parkingson le habían dirigido la palabra desde que el productor empezara a hablar del guion.

—Ya está —dijo Brad, mientras el coche se alejaba—. Ha sido fácil, ¿verdad?

—Sí —asintió Allison—, pero no hemos hecho gran cosa.

—Espera —dijo Brad—. Cuando todo se ponga en marcha, tendrás mucho que hacer.

El coche se detuvo a la puerta de un edificio de piedra que parecía la oficina de correos de una ciudad de provincias. Brad ayudó a Allison a apearse y la condujo a la oficina de Harold Jenks.

Harold Jenks era bajito y barrigón, con el pelo oscuro y rizado y una nariz aguileña que habría hecho las delicias de un caricaturista nazi.

—¿Qué tal? —preguntó, sin levantarse del escritorio, cuando Brad le presentó a Allison.

—Bien, gracias —respondió ella.

—Siéntese, siéntese —dijo, señalando una silla—. ¿Acaban de llegar?

—No —respondió Allison—. Llegamos anoche.

—¿Han visto a Tishman?

—Sí, esta tarde, antes de venir aquí.

—Es usted mona —dijo Jenks—. Arregladita y tal. Tendría que sacarse partido —añadió. La miró de arriba abajo y luego pulsó una tecla del intercomunicador del escritorio—. Que venga Joe Borden —ordenó. Poco después entró un hombre, pero Jenks no se lo presentó. Se limitó a señalarla con un gesto de la mano—. Allison MacKenzie —dijo, como si fuera mercancía del mostrador de una tienda—. Escribe libros. Tenemos que preparar algo para los periódicos. Llévatela y enséñale esto un poco. Escribe algo sobre ella y dámelo antes de que se vaya.

En ese momento Allison tuvo la sensación de ser no solo un producto comercial, sino un producto rechazado por un comprador potencial.

—Mejor, que le hagan unas fotos —continuó Jenks, mirando el reloj—. No podemos dejarlo en manos de la prensa. Acompáñala ahora mismo a Fotografía.

—Pero el señor Tishman ha dicho que las fotos serían mañana por la mañana —dijo Allison—. No pueden hacérmelas hoy. Tengo el pelo revuelto, la ropa arrugada y los guantes sucios.

Jenks soltó una carcajada y dijo: —Pagamos a gente para que se ocupe de esos detalles. Ande, vaya con Borden. Él se encargará de todo.

—Pero no quiero que me las hagan —replicó Allison—. Ya es bastante malo por la mañana, pero...

Jenks apoyó las manos en el escritorio con un gesto de infinita paciencia.

—Mire —dijo—, en esa misma silla donde está usted sentada ahora han estado todas las famosas del negocio: Monroe, Turner, Hayworth. Todas. Sé lo que hago. No me lo ponga difícil y todo saldrá a pedir de boca.

«Y así será —se dijo Allison, finalmente impresionada por su profesionalidad. Era un hombre muy poco común, que conocía su trabajo perfectamente, mejor que nadie. Estaba claro que Jenks, igual que Tishman, no estaba donde estaba por ser el cuñado de alguien. En Hollywood, la era de los cuñados había terminado con el

nacimiento de la televisión—. Probablemente, ahora todos trabajan en estudios de televisión», concluyó.

La peinaron, la maquillaron y la fotografiaron. Luego volvieron a peinarla y a fotografiarla. El fotógrafo la miraba como a través de un microscopio, sin dejar de murmurar, y cuando terminó, Allison estaba a punto de llorar.

—¡No tendría que haber venido! —exclamó en el coche, de vuelta al hotel—. David tenía razón.

—Vamos, vamos —la consoló Brad—. Solo estás cansada, mujer. Te encontrarás mejor en cuanto tomes una copa y cenes como es debido.

A las nueve y media de la noche, Allison terminó el último bocado del postre y miró a Brad con gratitud.

—Tenías razón —dijo—. Me he portado como una niña pequeña. Con solo unos mimos y algo de comer me deshago en sonrisas otra vez. Repugnante, ¿verdad?

—Eres maravillosa —dijo Brad, riéndose—. Tienes el temperamento justo para resultar interesante.

—Ahora lo único que me interesa es un buen baño caliente y una cama cómoda y suave —dijo Allison.

—¿No vas a leer el guion? —preguntó Brad.

—En la bañera —respondió ella.

—Te llamo a las nueve y media de la mañana —dijo Brad, mientras salían del comedor—. Vamos a desayunar juntos.

Diez minutos más tarde, Allison llenó la bañera de agua muy caliente, la perfumó generosamente con aceite esencial y se preparó para sumergirse, relajarse y leer. Una hora más tarde, cuando terminó el guion, estaba de todo menos relajada. Joel Parkingson había omitido lo que Allison consideraba algunos de los mejores fragmentos de la novela; en su lugar, había páginas y páginas de diálogos insustanciales y caracterizaciones sin gracia.

«No tengo que preocuparme —pensó con lágrimas en los ojos—. *Me da igual*. La han comprado y ahora es suya, pueden hacer lo que quieran. No tengo derecho a preocuparme.»

Sin embargo, le preocupaba, y entonces desapareció la única defensa que había sido capaz de construir contra una palabra que,

de pronto, se apoderó totalmente de ella. Había levantado con esmero un muro de indiferencia desde el principio, porque sabía que necesitaría esconderse detrás de algo.

—Dentro de poco —le había advertido Lewis—, digamos cuando *El castillo de Samuel* se acerque a los cien mil ejemplares vendidos, se pondrá de moda criticarlo sin piedad.

—Pues no lo entiendo. Las primeras críticas fueron buenas. No exactamente entusiastas, pero buenas.

—Sí, al principio sí. Sin embargo, hay muchos farsantes en el mundo. Son los que «descubren» personas, lugares y cosas y no pueden evitar presumir de lo inteligentes que son. Pero en cuanto el gran público empieza a compartir ese entusiasmo, el descubrimiento deja de agradar a los descubridores. Entonces, se retractan. —Imitando el tono de uno de estos, que siempre parecían aquejados de un terrible cansancio, había añadido—: Antes, Capri era *el* sitio ideal, querida. Pero, de un tiempo a esta parte, simplemente se ha llenado de indeseables.

Allison se había reído con ganas.

—¿Y eso es lo que van a decir de *El castillo de Samuel*? —había preguntado—. ¿Que era un buen libro pero ahora se ha vuelto insoportablemente vulgar?

—Se lo he oído decir en mil cócteles. —Lewis, asqueado, había fruncido el ceño—. Y créeme, no puedes luchar contra ellos. Son los que crean la opinión pública y están en puestos de poder.

—No soy su tipo. No perderán su valioso tiempo conmigo.

—Pueden hacerlo. Y, si lo hacen, será doloroso.

—No te preocupes, Lewis —dijo Allison.

Y, en efecto, empezó a suceder tal y como había dicho él. Para ella, la primera señal fue cuando un crítico, que había escrito una reseña favorable del libro, publicó un artículo en la misma revista tan pronto como se supo que se habían vendido los derechos cinematográficos.

«Century Films ha comprado los derechos de la tonta y erótica novela *El castillo de Samuel.* Solo puedo decir que Hollywood debe de estar más necesitado de material que de costumbre.»

Allison se había quedado atónita. Empezó a oír conversaciones en fiestas y en el vestíbulo de los teatros.

—No, no he leído *El castillo de Samuel* —oyó decir a una mujer que, en su programa de televisión, había calificado el libro de «emocionante»—. Le eché una ojeada, pero, chica, ¡qué aburrido!

El director de una cadena de televisión, que había intentado comprar los derechos del libro para una gran producción de noventa minutos y cuya oferta había rechazado Bradley Holmes, en una entrevista de una publicación nacional había declarado: «Es muy triste pensar en la cantidad de libros buenos que se han pasado por alto, mientras que *El castillo de Samuel* se mantiene en la cúspide de los más vendidos».

Allison solo podía bajar la guardia un poco con Lewis, e incluso con él, procuraba no revelar lo mucho que le dolía. Generalmente, lloraba a solas.

—Al público le encanta crear héroes —dijo Lewis—. A veces creo que lo hacen por el mero placer de derribarlos de la cima más alta. Como un niño que construye una casa con bloques y luego la destruye de una patada violenta.

—Me da igual —respondió ella con una alegría forzada—. Es maravilloso ser famosa... mientras dure. Y en realidad no me preocupa mucho lo que digan de la novela. Me da completamente igual.

Allison volvió a llorar en silencio en la cama, contra la almohada.

«Me da igual —gemía—. La ha comprado la Century. He aceptado el dinero. Es suya, y me da lo mismo lo que hagan con ella.»

3

A las nueve y media de la mañana siguiente, cuando Bradley Holmes se sentó a desayunar con Allison, no parecía que la joven hubiera derramado una lágrima en la vida.

—¿Has leído el guion? —preguntó Brad. Dio un sorbo al café.

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—La mayor sandez que podría plasmar cualquiera en papel —respondió Allison—. Esforzándose mucho, eso sí.

—Bueno, no es el fin del mundo —dijo Brad—. Arthur recalcó que era solo un primer borrador.

—También dijo que las bases no cambiarían —respondió Allison, enfadada—. Si es así, van a ser el hazmerreír de todas las salas de cine de Estados Unidos.

—¡Vamos, mujer! —exclamó Brad—. ¡No puede ser tan malo!

—Compruébalo por ti mismo —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—No hay tiempo —dijo Brad, mirando el reloj—. Tenemos que ir al estudio.

—Prefiero ir al aeropuerto, si no te importa —dijo Allison—. Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor.

—Pareces David Noyes —dijo Brad—. ¡Vamos, Allison, anímate!

Le resultó imposible animarse. Estuvo todo el trayecto hasta el estudio enfurruñada en el asiento de atrás de la limusina, encerrada en su pequeño mundo, un mundo de rencor. Odiaba Hollywood, a Tishman, al guionista y al director. No podía dejar de pensar que Tishman había comprado la novela porque la admiraba y creía que iba a realizar una gran película, pero solo la había adquirido para cambiarla. Pensó en los diálogos, sosos y trillados, y se estremeció. La película se titularía *El castillo de Samuel*, su nombre aparecería en los créditos, pero no tenía nada que ver con ella.

Y, sin embargo, así sería. Sabía que, en el mundo hollywoodense de Tishman, y también en el de Broadway, por muy remotamente

que estuvieras relacionada con el fracaso —aunque solo fueras la autora del libro y no tuvieras ninguna relación con la adaptación—, aun así, se te consideraba responsable.

Después de leer el guion de Tishman, no le cabía duda de que la película sería un fracaso, que la echarían de las pantallas a carcajadas burlonas y que el público se aburriría tanto que dejaría las palomitas y huiría del cine.

Cuando entraron en el estudio de Tishman, este revisaba una carpeta de hojas sueltas con los bocetos preliminares del diseñador de vestuario. En los márgenes de cada hoja había anotado comentarios en tinta roja. Allison se fijó en la letra manuscrita de los comentarios: era del estilo que siempre le recordaba a órdenes monásticas, a hombres con dedicación que trabajaban solos. «Menudo análisis caligráfico —pensó—. Tishman no es un monje y Hollywood está a millones de kilómetros del monasterio más cercano.»

Arthur Tishman miró atentamente a Allison; tenía los párpados pesados y caídos. Giró la silla y se levantó bruscamente.

—Brad —dijo—, ¿por qué no pasa por publicidad y echa un vistazo a lo que ha preparado Jenks? Me gustaría llevarme a Allison y enseñarle el plató.

—Por supuesto, Arthur —dijo Brad—. Es una idea estupenda.

Allison miró a Brad y pensó: «Te equivocaste de vocación; serías el perfecto pelotillero».

Cuando Brad se marchó, Arthur se volvió hacia Allison. Se dirigió a la puerta y ella lo siguió.

—¿No le importa andar un poco? —le preguntó él.

—La verdad es que me gusta —respondió Allison.

—A mí también —dijo él—, pero se tarda más en llegar.

Luego se quedó callado. Allison caminaba a su lado pensando: «¿Qué clase de hombre es? Escribe como un monje, viste como un marciano —llevaba una camisa informal con un estampado de palmeras que se cimbreaban sobre el pecho y proyectaban sombras sobre la hermosa playa de Waikiki, expandida por el estómago—, cree que andando se tarda más en llegar y cree que puede hacer

una gran película con ese guion tan aburrido y falto de imaginación».

Cinco minutos después, el mundo normal de edificios normales quedó atrás. Allison tenía la sensación de pasear por el país de Alicia: todo estaba patas arriba. Había una mansión sureña en ruinas al lado de una fachada del palacio de Versalles; y cuando dejaron atrás ambas construcciones, continuaron por la calle principal de una pequeña localidad que el pueblo estadounidense (y medio mundo) consideraba típica por obra y gracia de Hollywood, que la usaba a menudo en las películas. Seis vaqueros, con sombra de ojos verde y labios pintados, pasaron al trote a su lado; los cascos de los caballos resonaban sobre el asfalto de la carretera.

Cuando salieron del pueblo típico, Allison vio un lago artificial a la derecha. Unas olas altas zarandeaban una barca de remos en la que iban tres actores empapados. Una voz gritó desde una torre: «Vale. Apaguen la tormenta». Las máquinas de viento se detuvieron; la tormenta amainó; los actores salieron de la barca y se metieron en el agua, que les llegaba a las rodillas, y alcanzaron la orilla a pie.

—Cuando vea eso en la pantalla —dijo Arthur—, se convencerá de que se rodó en mar abierto. Y si el director es bueno, el productor es creativo y los actores son los adecuados, también creerá que ese trío de náufragos se encuentra en una situación muy grave.

Llegaron a un pueblo del oeste. Había una calle principal polvorienta, la oficina del sheriff, el salón, la tienda de abarrotes y las aceras de madera. A Allison le pareció que vería al alto y delgado Gary Cooper salir de la oficina del sheriff cautelosamente en cualquier momento.

Arthur empujó las puertas batientes del salón y entraron. La luz del sol se filtraba a través de las grietas del techo; el largo espejo del fondo de la barra les devolvió su reflejo. Al verse, Allison tuvo la sensación de estar fuera del espacio y del tiempo, como una intrusa en el pasado americano.

Se sentó a una mesa. Arthur se apoyó en la barra y dijo: —Ha visto este salón en cientos de películas, cada vez con un aspecto ligeramente distinto. Con unos pocos cambios, una iluminación diferente y otras caras, se convierte en otro espacio. Solo se

necesitan cineastas creativos con una visión nueva para que el objeto o el sitio más familiar resulte desconocido.

Cruzó el salón y se sentó con ella.

—Allison, quería decirle que sé lo que opina del guion. Cree que hemos echado la novela a perder y se dice a sí misma: «Me da igual que hayan destrozado mi libro, pero ni siquiera han creado un buen guion con los restos. Todo es aburrido, soso y sin imaginación».

Allison abrió la boca para hablar, pero Arthur continuó.

—Se necesita pericia en muchas cosas para hacer una película. Pero, después de veinte años en esto, he llegado a la conclusión de que la más valiosa de todas es la de leer un guion. Leerlo, verlo y oírlo. Todo a la vez. Y luego ser capaz de juzgar: ¿este guion será una buena película o solo otra mediocridad?

Se levantó y empezó a caminar, inquieto, alrededor de las mesas, luego se detuvo, de espaldas a las puertas batientes.

—Es difícil explicar todo esto, Allison. Usted lee el guion como una novelista. No puede ser así. Tiene que leerlo como una cámara con sonido. Una cámara con un cerebro humano creativo. ¿Conoce la expresión «la magia del teatro»?

Allison asintió.

—Para los ignorantes, significa el «glamour» del teatro, el aura, el atractivo espectacular. Pero para los profesionales del teatro, la «magia», es algo completamente distinto. Para ellos, la «magia» es esa cosa extraña, misteriosa e inexplicable que ocurre entre el director y los actores. Lo mágico es que esas frases que usted considera aburridas e insípidas de pronto cobran sentido y revelan cualidades completamente insospechadas. Comete un gran error si espera que un guion cinematográfico sea literario. En cierto sentido, *nunca* debe ser literario. Necesita cualidades extraliterarias.

Se acercó y se sentó enfrente de ella, al otro lado de la mesa.

—Lo que usted busca es un guion que se lea como una novela. Lo que yo busco siempre es un guion que se lea como una película. Allison, soy un viejo profesional. Sé de lo que hablo, Si no fuera así, me habrían echado de este negocio hace años. ¿Confía en mi palabra?

Allison no respondió. Solo podía pensar en la novela mutilada. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Vio a un grupo de hombres descalzos, vestidos con túnicas blancas, que caminaban por la calle polvorienta. Uno de ellos llevaba un burro blanco. Se dirigían al plató en el que se estaba rodando una película bíblica.

Era una imagen de lo más raro, aquellos primeros cristianos deambulando por un pueblo del oeste americano. Era totalmente incongruente, pero allí tenía sentido. De pronto se dio cuenta de que esa gente podía hacer cualquier cosa, de que, si querían, eran capaces de recrear Nueva York en las afueras de Los Ángeles, o una ciudad planetaria futurista. Había sucumbido a esa magia desde pequeña. ¿Por qué de repente empezaba a dudar de esos profesionales?

—Creo que he contraído la «enfermedad del novelista» —dijo, volviéndose y sonriendo a Arthur—. Lo que otros llaman arrogancia. Trabajamos solos tanto tiempo que empezamos a creer que somos las únicas personas creativas del mundo. Y, lo que es peor, que no necesitamos a nadie más.

—Los únicos que no se enorgullecen de su trabajo son los mediocres —dijo Arthur.

La tomó del brazo y se dirigieron de nuevo hacia los edificios administrativos. Por la puerta abierta del estudio de sonido se veían dos damas de compañía de la corte de la emperatriz Eugenia, vestidas de época y con peluca empolvada; charlando sobre su cantante de rock favorito. Por primera vez, Allison empezó a sentir la emocionante creatividad de Hollywood y, escuchando a Arthur, empezó también a comprender algunos aspectos técnicos del trabajo cinematográfico.

—Esperamos lograr una gran película, Allison —dijo Arthur, mientras la ayudaba a subir al coche—. No solo una película buena, sino una gran película. Mañana le prepararemos una oficina para usted. Quiero que me cuente todas las ideas que se le ocurran.

El conductor recogió a Brad en la puerta de la oficina de Jenks. Brad se subió al coche y le entregó a Allison un gran sobre de manila.

—Las fotos —dijo con una sonrisa.

Ella abrió el sobre y las sacó. Apenas se reconocía. Era su propia cara, pero, de alguna manera, estaba impregnada de misterio, de glamour y de un aura de belleza que nunca había visto en ningún espejo. Sonrió para sí y pensó: «La magia funciona hasta conmigo».

—Ese objetivo —le dijo— me ha mirado con ojos de enamorado.

Volvió a meter las fotografías en el sobre rápidamente. No sabía por qué, pero le daba vergüenza mirarlas; como si la hubieran pillado cometiendo un acto fraudulento.

Al empezar la segunda semana en Hollywood, Allison había tenido que desechar todas las ideas preconcebidas que había traído consigo. Era cierto que había más piscinas en Beverly Hills que en cualquier otra ciudad del mundo, que las casas y los jardines eran reproducciones rocambolescas de castillos españoles o de mansiones inglesas y que Hollywood, sin la menor duda, atraía a las mujeres más bellas —e incluso a los hombres más atractivos— de todo el planeta.

Pero lo fundamental de Hollywood, lo que restaba importancia a las apariencias, era el trabajo de hacer películas. Nunca había visto trabajar con tanta energía, con tanto ímpetu. Y esa energía y ese ímpetu impregnaban la vida privada: el mismo impulso en las relaciones amorosas, en los matrimonios y hasta en la manera de descansar.

Hacer películas era para Hollywood lo que fabricar automóviles para Detroit. Desde la ventana de la oficina veía gran parte de los estudios y los camiones y vehículos de carga que circulaban sin cesar por las calles transportando decorados y vestuario. Centenares de hombres en movimiento, cada uno aplicado a una tarea, centenares de extras y un puñado de actores y directores muy bien pagados se comprometían, a sí mismos y su reputación, con el cine.

Allison se sentó al escritorio y pasó la primera semana leyendo el guion. Ahora lo veía con otros ojos, con una mirada abierta y más conocedora, porque Tishman le había comunicado algo de la experiencia que solo muchos años de trabajo en el cine pueden aportar.

Vio que los fragmentos del guion que, en la primera lectura, le habían parecido arbitrarios y caprichosos, en realidad proponían

cambios razonables.

Habían cambiado también la secuencia temporal de la novela y, al principio, pensaba que era una estupidez, pero llegó a entender la razón por la que habían decidido que una escena ambientada en verano tuviera lugar en invierno. El frío, el paisaje desolador, el blanco y negro de la nieve y los árboles desnudos, todo ello realzaría el ambiente y proporcionaría a la escena precisamente el matiz emocional necesario.

Se reunió con el escenógrafo y con el departamento de vestuario y opinó sobre el trabajo que hacían. No encontró nada más que errores mínimos, de los que solo advertirían los expertos empeñados en buscar esa clase de fallos.

Todos los días salía a las cinco de los estudios y volvía al hotel. El Hollywood con el que soñaban las chicas de provincias no eran los estudios, sino el hotel. En el vestíbulo y alrededor de la piscina se sentaban las bellezas que, sin esperar a ser descubiertas, se esforzaban cuanto podían por conseguirlo. Y también había viudas ricas, mujeres mayores que pasaban horas en los salones de belleza todos los días, y siempre acompañadas de jóvenes apuestos.

Pronto fue capaz de reconocer a un agente por la forma de andar, y de saber al primer vistazo si un hombre era un escritor en paro o un director a la espera de un encargo. En muy poco tiempo se puso al día de todos los cotilleos y se enteró, igual que las camareras del comedor, de por qué tal famosa estrella se divorciaba *en realidad* y de quién era el otro *en realidad.*

Lewis la llamaba todas las noches. Hablaban cinco o diez minutos y enseguida se contaban todo lo que deseaban decirse, repasaban el amor que se profesaban, los planes comunes y lo que cada uno había hecho ese día. Hasta que por fin llegó el momento en que Allison dijo: «¡Ah, Lewis! Mañana es el último día y ¡vuelvo contigo!». La reserva era a las seis de la tarde del día siguiente, así que estaría en Nueva York, con Lewis, por la mañana.

La víspera de la partida, Arthur Tishman organizó una fiesta en su honor. Quería que conociera a Rita Moore, sobre todo cuando se enteró de que era una de sus actrices predilectas.

Brad había regresado a Nueva York al final de la primera semana, de manera que fue sola en el asiento de atrás de la limusina del estudio, con el codo apoyado en el reposabrazos, fumando un cigarrillo. Sonreía. «Estoy tan tranquila como si hubiera hecho esto toda la vida», se decía.

Llevaba un sencillo vestido negro ajustado; el pelo recogido y, como único adorno, un pequeño broche de diamantes; la única joya que se había comprado hasta entonces con el dinero «nuevo», como lo llamaba ella. Un día vio el broche en el escaparate de una joyería de Beverly Hills, entró y se lo compró. Sabía que, pasara lo que pasara en el futuro, ese broche siempre sería el favorito, por ser el primero y porque lo había comprado con el dinero que había ganado gracias al primer éxito. Mientras el coche subía por el camino de grava que conducía a la casa de Arthur Tishman, tocó el broche; le daba seguridad.

La casa de Tishman, una mansión enorme y antigua, no moderna al estilo californiano, sino como sacada de un antiguo barrio residencial de Long Island, era una reliquia extravagante, un dinosaurio de la Edad de Hielo de Doug y Mary[1], un orgulloso recordatorio del pasado majestuoso de Hollywood.

La arquitectura era mitad española, mitad Tudor; sin embargo, curiosamente, no resultaba una mezcolanza. Como suele ocurrir en las casas estadounidenses de principios del siglo XIX, con el paso del tiempo, la vulgaridad arquitectónica se había transformado en encanto. Allison pensó que le gustaría vivir allí. No se parecía a las casas de la posguerra, que se le antojaban mezquinas e inhóspitas, con habitaciones pequeñas y funcionales y techos excesivamente bajos.

El coche se detuvo ante una elegante escalinata de piedra con peldaños bajos y una balaustrada tallada. Arthur bajó y la ayudó a salir del vehículo.

A los cinco minutos ya se había tomado un par de copas, sostenía la tercera en la mano y le habían presentado a veinte personas. No se acordaba del nombre de nadie, solo del de los actores que reconocía. Había uno del que se había enamorado a los catorce

años. Tenía la piel cetrina, el pelo ralo y una barriguita impresentable. En pantalla seguía siendo tan guapo como siempre.

Se había bebido rápidamente las dos primeras copas para intentar superar el nerviosismo de estar con todas esas personas, pero solo consiguió marearse un poco. Buscó a Rita Moore con la mirada, pero no la vio.

Bullían las conversaciones por todas partes. Dejó la copa y salió por las puertas abiertas de la terraza. Respiró hondo. «Necesito aclararme las ideas», se dijo. Recorrió toda la terraza haciendo un ruido satisfactorio con los tacones en las baldosas de terracota. La sala, brillantemente iluminada, daba paso a un ala de la casa que estaba a oscuras.

En una estancia brillaba una luz tenue y ambarina, y Allison, asomándose por las puertas acristaladas, vio que era la biblioteca. Probó a abrir y entró. Era una sala de techo alto y abovedado, con una gran chimenea de piedra. Las paredes estaban repletas de libros lujosamente encuadernados.

«Casi parece que los han leído», pensó.

Dio un paso hacia los libros y de pronto, una cabeza que se asomó por encima del respaldo de un sofá de piel la miró un momento y volvió a desaparecer. Sin embargo, ese instante le bastó para reconocer las famosas facciones de Rita Moore.

—¿Es usted real o es el fantasma de Norma Talmadge?[2] —preguntó Rita Moore desde el otro lado del sofá.

—Soy muy real —respondió Allison. Rodeó el sofá, miró a Rita Moore y, sonriendo, le dijo—: Me alegra saber que tiene cuerpo y no es solo una voz.

—*Tenía* cuerpo —dijo Rita, mirándose—. ¡Dios mío, ya lo creo que tenía cuerpo! Cuando me veo en las películas antiguas de la televisión, se me parte el alma.

—Sigue siendo usted la mejor, señorita Moore.

—Mil gracias —contestó Rita, esbozando una sonrisa forzada—. Se lo cambiaría por un centavo, si pudiera tener su juventud.

Alargó la mano hacia el decantador de cristal tallado que había en la mesita. Allison lo cogió y le sirvió un poco de brandy.

Rita lo bebió como si fuera una medicina, como algo que debía tomar porque le sentaba bien. Hizo una mueca y dijo: —¡Dios mío, estoy muy cansada! Estoy agotada físicamente y sobre todo estoy harta de fiestas como esta. Cuando vengo a un sitio así, lo primero que hago es buscar las salidas. Después de veinte años en esta ciudad, he aprendido que la biblioteca es la mejor estancia para estar sola. A la mayoría de nosotros nos aterran los libros. Leer un libro es señal de que hemos estado solos unas cuantas horas. Y aquí, estar sola es una expresión que provoca un miedo desconocido, desde que la peste negra asoló Europa.

Volvió a llenar la copa de brandy. Su suave cabellera rubio platino captaba la luz y relucía como una joya. Tenía los pómulos altos, lo que creaba una sombra diagonal en las mejillas, como huellas dactilares. Los ojos eran de color verde mar y el vestido, de un verde intenso recamado en oro. Se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, y los senos, que sobresalían del escote, tenían el color de la nata batida.

—Usted debe de ser Allison MacKenzie —dijo—. Seguro que sí, porque nunca la había visto y porque es la única que parece lo bastante inteligente para haber escrito un libro. Sobre todo una novela tan buena como *El castillo de Samuel.*

—Gracias —dijo Allison.

—Por favor, no me dé las gracias, querida. Me recuerda a mi segundo marido. Siempre daba las gracias por todo. Era humilde, pero con arrogancia.

Allison sonrió, no porque le apeteciera, sino porque le pareció que se esperaba que sonriera.

—Mi segundo marido me sedujo con Brahms y whisky —dijo Rita al fin—. Pobre desgraciado.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Allison.

—Porque era lo único que sabía hacer —respondió Rita—. Seducir a las mujeres con un violín triste y el tintineo de los cubitos de hielo. Aunque hay que reconocer que se le daba bien.

—¿Cuántos maridos ha tenido?

Rita se rio y dijo: —¿Es que no lee las revistas del corazón? —le preguntó.

Allison sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ya no —respondió—. Pero antes las leía. Cuando íbamos al instituto, Selena Cross y yo comprábamos todos los números de *Photoplay* y *Silver Screen*. Luego recortábamos las fotos para hacer álbumes. Me pregunto si las niñas todavía lo hacen.

—En Hollywood esperamos que sí —dijo Rita—. En fin, fueron cuatro.

—¿Cuatro qué?

—Maridos. ¿No me ha preguntado eso?

—¡Cuatro! —exclamó Allison—. ¡Dios mío!

—Bueno, al menos me casé enamorada las cuatro veces —dijo Rita haciendo un mohín—. Conozco a muchas que se acuestan con cualquiera. Al menos, yo siempre lo hago legalmente.

—No creo que me case nuca —dijo Allison.

—¿Por qué no? —preguntó Rita, y se sirvió más licor en la copa—. ¿Qué tiene contra el matrimonio?

—Quiero que todo siga tal y como está ahora —dijo Allison con una dureza inusitada en la voz.

—Vaya —replicó Rita mirándola fijamente—, es usted una chica engreída y rebelde.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Allison, levantando la cabeza, sorprendida.

—Justo lo que he dicho —respondió Rita con agresividad—. Piensa que lo sabe todo, ¿verdad?

—Por el amor de Dios —objetó Allison—. ¿Qué narices he dicho?

—Le encanta que las cosas sigan como están —dijo Rita—. Le encanta el éxito que tiene, estar en la cima, adonde llegan muy pocos. Le encanta todo ese dinero que entra un día sí y otro también y le encanta la idea de que es suyo, todo suyo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Allison—. Usted está en la misma situación. No me diga que odia el éxito.

Rita se quedó un momento mirando la copa y pensando.

—No lo sé —dijo—. No sé si lo odio, si me encanta o si, sencillamente, ya me da igual.

Allison se rio y dijo: —Conozco a un tipo en Nueva York que se llama Paul Morris y es bastante famoso en su oficio, así que

quizás haya oído hablar de él.

—He oído hablar de él, sí.

—Bueno, Paul me dijo una vez que las personas que triunfan y que se quejan de la fama no son más que unas farsantes de pacotilla. Si de verdad no les gustara tanto, huirían y se esconderían en cualquier parte donde nadie hubiera oído hablar de ellas.

Rita soltó una risa breve y sosa mientras se servía una vez más.

—Voy a hablarle del éxito —dijo—. Y créame, le puedo contar mucho más al respecto que su amigo Paul Morris. Él nunca triunfó, salvo a la sombra de otras personas. —Se recostó y dio un sorbo a la copa—. Creo que hay que decidir que se quiere el éxito más que nada en el mundo cuando se es muy joven.

—Bueno, yo, desde luego, no —respondió Allison, enfurruñada.

—No me tome el pelo, cielo. La conozco, Allison. Sé lo suficiente sobre usted. La comprendo como si fuera mi alma gemela. De pequeña, usted no se consideraba guapa. Era la rara, la que no encajaba en el grupo, y envidiaba a los que sí pertenecían a él. Sin darse cuenta siquiera empezó a pensar: «Van a ver estos quién soy yo», y así lo hizo.

—Solo necesita un diploma enmarcado y un sofá para montar una consultoría —dijo Allison y se sirvió una copa de brandy.

—No se haga la listilla, cielo. He pasado por ahí y lo sé. ¿De dónde demonios cree que salí? Bien, se lo voy a decir: de una choza miserable de los arrabales de una ciudad de Georgia. Mi viejo era aparcero y mi madre ya estaba destrozada y agotada incluso antes de casarse. Su padre también había sido aparcero y lo único que pudo hacer en la vida fue trabajar, trabajar y trabajar. Y tener hijos, y vivir entre la suciedad, la escasez de dinero y el agujero constante del hambre en el estómago. No tuve un par de zapatos hasta los catorce años, unos de segunda mano, pero, de todos modos, mi madre me mandó a estudiar.

Hizo una pausa, bebió un buen trago y volvió a llenar la copa.

—No sé qué es lo que pone en marcha a los demás, pero sé lo que me puso en marcha a mí. La profesora de la escuela era una bruja vieja. No tenía más aptitudes que yo para la enseñanza, pero con aquel tipo y aquella cara, supongo que no pudo dedicarse a otra

cosa. Me recordaba a una pasa arrugada, pero nos enseñaba Geografía. Un día, hablándonos de París, se le puso una cara que, por un momento, pareció guapa. También nos enseñó fotos, las más bonitas que había visto en la vida, y nos contó cómo era el viaje en barco para ir allí.

Inclinó la cabeza hacia atrás y miró el techo, como si así recordara el pasado más cómodamente.

—En aquel mismo instante —continuó—, decidí ir a París, pero todavía era una cría, y tan tonta que no sabía cerrar la boca. Se lo conté a la maestra y se rio de mí. Me dijo que las hijas de los aparceros nunca salían de Georgia ni, mucho menos, viajaban a Europa. Pero yo sabía que no sería así. Iría a París. Y lo hice. Hace cinco años. Con cuatro baúles, dieciséis maletas, dos criadas y un caniche. Me planté debajo del Arco del Triunfo, pensé en aquella vieja bruja de Georgia y le hice un gesto de desprecio. Lo había conseguido y había viajado en primera clase todo el trayecto. Entonces estaba con mi tercer marido, Jay Keating. Supongo que ha oído hablar de él.

—Sí —dijo Allison—. Algo he oído. Es un actor inglés.

—¡Qué inglés ni qué ocho cuartos! —exclamó Rita—. Nació en Dakota del Sur y, por si fuera poco, era un mariposón.

—¿Un qué?

—Un mariposón, un auténtico marica. En el viaje de vuelta lo pillé en el camarote con el sobrecargo del barco. Aunque eso nunca lo habrá leído en ninguna revista del corazón. Lo llamamos incompatibilidad y nos divorciamos en Reno. Y, ¡zas! Ahí terminó el número tres —dijo, levantado la copa—. Por el éxito. Es lo que se dice una cuando se da cuenta de que no tiene nada más.

—No tiene por qué ser así —dijo Allison—. Conozco a mucha gente que triunfa y, además, está felizmente casada.

—Es posible, si el hombre tiene tanto éxito como la mujer. Si la mujer es famosa, no funciona. ¡Ni una vez entre un millón! No funcionó conmigo, y supongo que lo sabía desde el principio. Estaba casada cuando empecé a ser alguien. Mi primer marido, Alan se llamaba, era un joven encantador. Trabajaba en la compañía telefónica de Los Ángeles y me casé con él porque me engañé a mí

misma, me convencí de que lo quería de verdad. Pero lo que tenía era hambre y soledad; Alan me alimentaba y me hacía compañía mientras estuve con él. Pero yo iba a triunfar y a llegar muy lejos y no quería un marido que me hiciera el camino más difícil de lo que ya era. En aquel entonces, tenía yo muy buen tipo, y me daba igual enseñarlo, siempre y cuando sacara algo a cambio. A Alan no le gustaban las fotos en las que aparecía con un tanga, dos lentejuelas y poco más, pero no mucho. Cuando salía con mi agente se quejaba y no entendía que tenía que frecuentar determinados sitios. Él quería que estuviera en casa y yo quería salir. Y así terminó la cosa.

»En aquella época, quería morirme de asco —continuó, con una sonrisa triste—. Lloré prácticamente las seis semanas que tuve que pasar en Nevada, pero mi agente, Charlie Bloom, me dejó muy claro cómo eran las cosas. Me dijo que podía elegir entre un collar de diamantes o un marido. Naturalmente, elegí los diamantes. ¿Conoce a Charlie?

—No —respondió Allison.

—Es el agente más importante de Hollywood. Ahora tiene a todos los famosos en su lista, pero cuando empezó conmigo, no era más que un jovencito desconocido, listo y astuto que sabía todas las respuestas y tenía más cara que espalda. Me puso un jersey ajustado y una falda aún más ceñida, me enseñó a andar con un contoneo sexy y a pellizcarme los pezones para que se notaran debajo del jersey. También me cambió el nombre. De Alice Johnson a Rita Moore y, en la Century, hubo un tiempo en que despedían a cualquiera si se le escapaba llamarme Alice. Alice Johnson era un nombre sin clase. Hollywood tardó diez años en descubrir que yo podía hacer algo más que sacar pecho y menear el trasero. Fue entonces cuando me convertí en actriz. En fin, hace tres años me casé con John Gresham. John era un auténtico seductor. Tocaba el piano y me decía que podía ahogarse en mi mirada y que mi cuerpo era como una llamarada. Así que, qué diablos, me casé con él.

—¿Solo porque tenía labia? —preguntó Allison.

—No —dijo Rita, encogiéndose de hombros—. Me presionó.

—¡Oh, vamos! —objetó Allison—. Las mujeres no se dejan presionar para casarse si no quieren.

—¡Qué demonios sabrá usted! —replicó Rita—. John era un artista, se lo aseguro. Sabía lo que hacía. El muy hijo de perra me hacía el amor horas y horas, antes de casarnos. Me acariciaba, me besaba y me tocaba hasta que creía que me iba a volver loca, pero nunca completaba la función. Me decía que quería esperar hasta después de casarnos, porque yo era muy pura y no quería deshonrarme tomándome sin una ceremonia previa. Así que me casé con él.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Allison no podía dejar de mirarla.

—Era bueno en la cama, eso hay que reconocerlo, y durante un tiempo, fue genial. Nos pasábamos todo el día en horizontal. Era un experto consumado. Se sabía todos los trucos del manual y, cuando yo pensaba que no podía hacer nada más, se le ocurría algo nuevo. Sin embargo, llegó un día en que tuve que volver al trabajo y eso lo dejó sin nada que hacer. Aun así, era agradable volver a casa con él. En cuanto entraba por la puerta, me desnudaba, me preparaba una copa y jugaba conmigo mientras la bebía, y era divertido. Supongo que al cabo de un tiempo se aburrió, porque el año pasado dejó de jugar conmigo y empezó a jugar con mi dinero. Se llevó más de cincuenta mil antes de que le parara los pies. Como de costumbre, me fui a Nevada y punto final.

Miró a Allison con sus ojos verdes, inquisitivos y tristes.

—Bien, pues ya puede volver a Nueva York y contarle a su amigo Paul cómo es realmente el éxito. Pasas años engañándote a ti misma pensando que, si lo consigues, podrás tener cuanto quieras, pero entretanto, sabes que la única forma de lograrlo es estando sola.

Rita se sirvió otra copa, la levantó a contraluz y miró a través del líquido oscuro entrecerrando los ojos.

—Sola —repitió—. Creo que es la palabra más triste del mundo. Te alojas en un hotel, por la mañana pides tú misma el café, contratas a un masajista para que te dé un masaje en la espalda y, por la noche, la cama es tan grande como Texas y tan fría como Alaska. Pero tienes éxito. —Se bebió la copa y miró a Allison—. No lo olvide, Allison. ¡Es usted un éxito! ¡Una puñetera triunfadora! Y ya verá lo que le traerá. ¡Ya lo verá, maldita sea!

Esa noche Allison volvió a la habitación del hotel mucho más tarde que de costumbre; el esplendoroso lujo le pareció de repente repulsivo y de mal gusto. Tiró el bolso a la otra punta de la habitación, el bolso chocó contra la pared y cayó con estrépito encima de los frascos de perfume y los botes de crema del tocador. Quería romper las ventanas y hacer trizas las cortinas de color púrpura imperial. Quería hacer algo tan salvaje y destructivo que le devolviera la cordura, la comprensión de su verdadero yo, que se había perdido.

Tenía éxito, más del que jamás hubiera soñado, pero nunca en la vida había tenido tanto miedo al futuro y tanto pavor al presente como en ese momento. Se derrumbó en un sillón y lloró amargamente. «¿Qué va a ser de mí? —se preguntó—. ¿Dentro de diez años estaré como Rita Moore, tramitando el cuarto divorcio o la quinta boda? ¡Ah, Lewis, Lewis, cuida de mí! No me dejes nunca.»

1 Doug (Douglas Fairbanks) y Mary (Mary Pickford) la primera pareja famosa de Hollywood en los años veinte.

2 Norma Talmadge, actriz estadounidense considerada una de las grandes estrellas del cine mudo de Hollywood.

Cuarta parte

1

Allison pasó una semana en Nueva York con Lewis y después volvió a Peyton Place a finales de octubre. Tuvo que decirle a Constance que la escala en Nueva York era necesaria por motivos de trabajo. Cuando el tren entró en Peyton Place, pensó: «Ahora Lewis es un secreto culpable». No quería tener secretos con su madre, pero sabía que se preocuparía y se enfadaría mucho si se enteraba de que tenía relaciones con un hombre casado. Deseaba desesperadamente poder sentarse a hablarlo con ella, pero sabía muy bien que no podía hacerlo, por el bien de Constance.

La cúpula del brillante cielo azul de octubre protegía Peyton Place. Allison pensó que las hojas secas y deshilachadas que colgaban de las ramas desnudas de los árboles eran las banderas del invierno, el aviso de que ya llegaba. El viento no era frío, pero se percibía un aire invernal. El Día del Armisticio[1] caería la primera nevada y, para el Día de Acción de Gracias[2], la ciudad estaría en pleno invierno.

Apenas bajó del tren, Mike y Constance la abrazaron para darle la bienvenida a casa. Se le llenaron los ojos de lágrimas; le pesaba la culpa de haberse quedado a traición una semana con Lewis. Constance se la llevó al coche que los esperaba y Mike las siguió con las maletas.

Se acomodaron las dos en los asientos de atrás; Constance le tomó la mano y le estudió la cara como queriendo averiguar si aquellas semanas en Hollywood la habían cambiado o transformado de alguna manera. Mike las vio por el espejo retrovisor y se echó a reír.

—Ten cuidado, Allison —le dijo—, en cualquier momento va a sacar un microscopio y te va a estudiar a fondo.

—¡Vete al cuerno! —dijo Constance, y le sonrió en el espejo.

—Estaba convencida de que volverías de Hollywood con el pelo rubio platino —continuó Mike— y al menos tres divorcios mejicanos.

—No he parado de trabajar, no me ha dado tiempo a volver mancillada —dijo Allison, volviéndose hacia su madre.

—Cuéntame todo lo que sepas de Rita Moore —dijo Mike en tono exigente.

—Es lo único que le interesa —apostilló Constance—. Este viejto mío está loco por Rita Moore. Cada vez que abro la puerta del dormitorio, creo que voy a encontrar fotos de ella encima de la cama.

—Puede que sea viejo, pero no idiota —dijo Mike—. Sé muy bien lo que me conviene.

—¡Mike! —dijo Allison—. Sinceramente, ¡ni en Hollywood he oído decir esas cosas!

Mike y Constance se echaron a reír.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto, cariño —dijo Constance, apretándole la mano.

El coche se detuvo enfrente de la casa. Allison la miró con ternura. «Ojalá la viera Lewis —pensó—, ojalá estuviera ahora aquí conmigo.»

Entraron en la cocina y Allison tuvo la sensación de que era la estancia más cálida y acogedora del mundo entero.

—Luego deshago las maletas —dijo—. Lo que quiero ahora mismo es un café de mamá.

—Te subo el equipaje —dijo Mike—; después tengo que ir al centro a recoger unas cosas de tu madre —añadió. Se inclinó y le besó la cabeza—. Bienvenida a casa, Allison.

«¿Por qué siempre me alivia tanto volver? —se preguntó Allison—. Peyton Place es una de las peores poblaciones de Estados Unidos. Es estrecha de miras, provinciana y chismosa. Sin embargo, en realidad nunca me encuentro a salvo ni contenta en ningún otro sitio. ¿Y por qué me gusta más el invierno? ¿Será porque en casa de mi madre estoy segura y calentita, mientras fuera arrecia la tormenta?»

Allison bostezó, se desperezó y se apartó de la sombría vista invernal de la ventana de la cocina.

—¿Cansada, cielo? —preguntó Constance mientras dejaba la cafetera y dos tazas en la mesa.

—No —respondió Allison—, simplemente, perezosa. Me preguntaba por qué siempre me encuentro mejor en Peyton Place que en cualquier otro sitio. —Se encogió de hombros—. Supongo

que es inmadurez. Pero me encanta acurrucarme en la crisálida de esta casa, mientras la vida se vuelve un infierno fuera de mi caparazón protector. ¿Qué te parece? Profundo y psicológico, ¿eh?

Constance se rio.

—No sé mucho de psicología —dijo—. Solo sé que soy feliz cuando lo eres tú y desgraciada cuando no. A lo mejor tengo dependencia materna o algo así.

Allison le dio un apretoncito en el hombro y cogió una taza de café.

—Me pareció que hoy no querrías ver a nadie —dijo Constance—, así que he invitado a Selena, Joey y Peter Drake a cenar mañana por la noche.

—Ah, ¿sí? No sabía que Peter siguiera en escena.

—Por supuesto —respondió Connie—. Selena no me ha contado lo que pasó con Tim Randlett, pero cuando aquello acabó, ahí estaba Peter, dispuesto a recoger los restos del naufragio.

—Sería estupendo que Selena se casara —comentó Allison—, o eso, o que se marchara de la ciudad. Aquí está atrapada en una rutina horrible. ¿Qué hay en Peyton Place para una chica tan guapa e inteligente? Nada.

—Quizá sienta por Peyton Place lo mismo que tú —dijo Connie con una sonrisa—. Tal vez aquí encuentra una cierta seguridad que teme perder en cualquier otra parte.

—¿Qué seguridad? —preguntó Allison—. No solo tiene que cuidar de sí misma, sino también de Joey, y lo único seguro que tiene es el trabajo en la tienda.

—Y Peter Drake —añadió Connie.

—Quizá sea mejor que las cosas hayan acabado así con Tim. Supongo que Mike tenía razón desde el principio.

—No sé —dijo Connie, y se encogió de hombros—. A mí Tim me caía bien. En cualquier caso, fue la última oportunidad de Selena para salir de la rutina. No creo que esté muy dispuesta a enamorarse de otro desconocido. —Hizo una pausa y miró a Allison con curiosidad—. Y, hablando de amores —dijo por fin—, ¿qué hay de David Noyes?

—No sé —dijo Allison. Se quedó mirando la taza de café vacía.

Quería decirle a su madre que no se trataba de David, sino de Lewis Jackman. Sin embargo, David le proporcionaba una cortina de humo perfecta, así que siguió hablando de él.

—Está enamorado de ti, ¿sabes?

—No es por él, mamá —dijo Allison—, es que no estoy segura de mí misma.

—Supongo que todas las madres quieren ver a sus hijas casadas y felices —dijo Connie, suspirando—. Y yo no soy la excepción.

—David ha estado en todas partes y ha hecho de todo —dijo Allison—. Estuvo en un safari en África, esquiando en Suiza e incluso se metió en la cárcel para poder escribir un libro sobre el tema. Yo nunca he ido a ningún sitio ni he hecho nada. David estaría totalmente dispuesto a casarse, a comprar una casa aquí mismo, en Peyton Place, a asentarse y a escribir libros.

—Sin embargo, acabas de decirme que nunca eres más feliz que cuando estás aquí —objetó Connie.

—Es verdad —admitió Allison—, pero es cuestión de egoísmo. Quiero poder volver a casa cuando me apetezca, pero también poder marcharme en cualquier momento a cualquier sitio. Si me casara con David, no podría. Tiene la manía de querer protegerme de todo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Connie—. Sería mucho peor que te ataras a un hombre a quien le importara un comino lo que te pasase.

—Ya —dijo Allison con un suspiro—, pero tampoco puedo vivir a través de las experiencias de David. —Hizo una pausa y sonrió a su madre—. ¿Sabes qué me pasa? —preguntó—. Lo quiero todo. Todas las experiencias, todas las vistas, todos los olores, todos los sabores y todas las sensaciones. Sin embargo, no quiero que nadie me haga daño. —Se levantó y se acercó a la ventana—. Así que ya ves lo imposible que es —concluyó—. No se puede tener todo, ¿verdad?

Connie volvió a llenar las tazas. «Allison ha madurado bastante este último año —pensó—, pero en muchos aspectos sigue siendo una niña romántica.»

—Comprendo por qué quieres esperar —dijo—. Aunque estaría muy bien que viniera David a pasar las vacaciones.

—Está trabajando en un libro —respondió Allison— y, cuando escribe, ni todas las furias infernales pueden separarlo de la máquina de escribir. A lo mejor viene en Navidad. Stevie vendrá en Acción de Gracias. Y si te parece bien, mamá, también me gustaría invitar a mi editor —añadió apresuradamente.

Constance se volvió a mirarla.

—¿Te refieres a Lewis Jackman? —preguntó.

—Sí. Me gustaría que viniera a conocer Peyton Place.

—Por supuesto, cielo. Sabes que puedes invitar a quien quieras —dijo Constance. Hizo una pausa para encender un cigarrillo y miró a Allison por encima de la llama vacilante de la cerilla—. Está casado, ¿no? —preguntó.

—¿Lewis Jackman? Sí, y además tiene cuarenta y tantos años.

—Bueno —respondió Constance—, eso no tiene importancia. Algunos hombres son más jóvenes a esa edad que otros a los veinte.

Allison se rio.

—¿Dónde has aprendido tanto, mamá? —le preguntó.

—Querida —respondió Constance—, hay cosas que, sencillamente, te las enseña la vida, si abres bien los ojos. No hace falta tener experiencias personales con toda clase de hombres para saber que unos nacen viejos y otros siguen siendo jóvenes a los sesenta.

—Bueno —dijo Allison—, pero todo esto no tiene nada que ver con Lewis Jackman. Solo es el editor y un hombre muy encantador. Me da igual que tenga ochenta años o que esté casado o soltero.

—¿Y su mujer? —preguntó Constance—. ¿Vendría también?

—No creo —dijo Allison, mirando la taza—. Por lo que he oído, está bastante enferma. No se relaciona con nadie más que con el psiquiatra.

—Ah, ya —dijo Constance—. Qué lástima —dijo, observando disimuladamente la expresión de Allison.

Se preguntó por qué se había puesto tan nerviosa al hablar de Lewis Jackman y por qué no la había mirado cuando hablaba de su mujer. Quería hacerle cientos de preguntas a su hija y solo logró mantener la boca cerrada con un esfuerzo consciente. «No seas

entrometida —se advirtió a sí misma—. Te lo contará todo cuando esté preparada.»

Constance estaba segura de que pasaba algo. Pensó que, cuando una jovencita se enamoraba de un hombre mayor, a veces el sentimiento podía ser muy intenso. Se preguntó si tendría algo que ver con que Allison no hubiera conocido a su propio padre. Quizá Lewis Jackman le proporcionaba la imagen paterna que siempre le había faltado.

Mike volvió. Irrumpió en la cocina con dos grandes bolsas de la compra. Luego se sentó a la mesa con ellas y levantó una taza vacía.

—Recompénsame —dijo—. He sido un buen chico.

—Toma —dijo Constance al tiempo que le servía café—. ¿Te parece suficiente recompensa?

—Pregúntamelo dentro de un rato —contestó Mike, en un susurro teatral.

Allison se echó a reír y dijo: —¡A veces, parecéis mis hijos!

Le preguntó a Mike si le gustaba el trabajo de profesor en White River. Él puso mala cara.

—Si mi mujer pudiera mantenerme tal y como ha hecho últimamente, dejaría ese trabajo al momento.

—Tendrías que haberte tragado el orgullo y el honor —dijo Connie, rodeándole los hombros con un brazo— cuando la junta escolar te pidió disculpas y te propuso que volvieras.

—¿Qué dices? —preguntó Allison.

—Fue justo después de que te marcharas —explicó Constance—. El despido de Mike levantó una polvareda tan grande en los círculos educativos, que hasta Roberta se asustó. Además, el director nuevo resultó ser un inepto total.

—Roberta y el pobre Charlie vinieron a verme —dijo Mike—, con el sombrero en la mano (me permito añadir que a Roberta le queda mejor en la mano que en la cabeza), y me ofrecieron mi antiguo empleo.

—Mike les dijo que no volvería hasta que aceptaran algunas de las condiciones que quería plantear.

—Les vendrá bien cocerse un año en su propia salsa —dijo Mike —. Además, necesitarán todo ese tiempo para decidirse a

concederme todo lo que les pedí.

—¿Qué pediste? —preguntó Allison.

—La titularidad y un aumento de mil dólares al año durante los próximos cinco años —respondió Mike.

—Charlie Partridge está totalmente a favor —dijo Connie—, pero no puede convencer a Marion. Roberta está indecisa.

—Ya veremos —dijo Mike.

—Sí, pero ¿hasta cuándo habrá que esperar? —preguntó Allison.

—Hasta marzo —respondió Mike—. Cuando salgan los nuevos contratos.

—Gracias a Dios que será en marzo —dijo Allison—. En abril vendrá el grupo de Hollywood y, hagan lo que hagan, no servirá para mejorar nuestras relaciones públicas con Peyton Place.

—¿Entonces, van a venir de verdad? —preguntó Connie.

—Sí —respondió Allison—. Que Dios nos ayude a todos.

—Al parecer, la reunión entre la avanzadilla de Hollywood y los funcionarios de la ciudad fue bastante tensa —dijo Mike—. El representante de Tishman era un hombre llamado Blanding...

—Conrad Blanding —lo interrumpió Allison—. Es el director.

—Bien, Blanding le dijo al viejo Tom Perkins que lo único que quería el estudio era utilizar la ciudad unas semanas y que, a cambio, pagarían unos cien mil dólares, pero el viejo Tom no se dejó impresionar.

—Me lo figuro —dijo Connie—. Es un auténtico nativo de Nueva Inglaterra. «Lo que es bueno para el abuelo, es bueno para los nietos.» Más valdría que algunas de esas personas dejaran de pensar que el progreso es pecaminoso. Me sorprende que Tom Perkins no haya organizado una partida con hachas para destrozar todos los televisores de Peyton Place.

—Deja de interrumpir con tus comentarios sediciosos —dijo Mike —. Si no te andas con cuidado, tendré que echarte de la ciudad en el tren—. Volvió a dirigirse a Allison y continuó el relato.

—Perkins le dijo a Blanding que Peyton Place se las había arreglado muy bien y mucho tiempo sin dinero de fuera y que, en su opinión, todos podríamos seguir adelante un siglo o dos más sin ayuda de Hollywood.

—Se lo advertí a Arthur Tishman —dijo Allison—, pero echó un vistazo a las fotografías del castillo y lo decidió. Y cuando Arthur decide algo, no hay *nada* que le haga cambiar de idea.

—En fin... le dará a este pueblo algo nuevo de qué hablar —dijo Mike—. Quizá le ofrezcan un trabajo de extra a Marion Partridge...

—Podría interpretar a una de las brujas —dijo Connie—. Ni siquiera necesitaría maquillaje.

—... y se olvide de mí y de mi trabajo —terminó Mike, exagerando la expresión de paciencia con una mueca, esperando que Constance dejara de interrumpir.

—¡Memo! —le dijo—. Puedes ayudarme a preparar la cena mientras Allison sube a deshacer las maletas. Y si estás cansada, cielo, hay tiempo para una siesta —le dijo a Allison.

—A lo mejor me tumbo una hora —dijo Allison, y subió a la habitación.

El dormitorio estaba igual, idéntico a como lo recordaba las noches solitarias en los lujosos hoteles de Nueva York y California. Era una habitación sencilla, llena todavía de recuerdos de la infancia.

El equipaje, que Mike había apilado cuidadosamente a los pies de la cama, desentonaba con el ambiente sencillo del dormitorio. Las maletas eran nuevas y estaba llenas de cosas recién adquiridas. No tenían nada que ver con la Allison MacKenzie que ocupaba la habitación ni con la que iba al cine con Selena, paseaba con Norman y soñaba los peculiares sueños de la infancia.

Esas maletas le recordaron crudamente lo mucho que le había cambiado la vida. Se tumbó en la cama y pensó: «Ahora vivo en dos mundos, soy una persona totalmente dividida. Por un lado, el mundo de Peyton Place, y nunca me encontraré tan a gusto en ningún otro sitio. Por otro, el mundo exterior de Nueva York y Hollywood, en el que interpreto un papel, en el que soy una actriz más».

Excepto Lewis, que era lo único auténtico de ese otro mundo.

Cuando el avión aterrizó en La Guardia, Lewis la estaba esperando. Fueron todo el trayecto hasta la ciudad cogidos de la mano, mirándose fijamente, como si nunca se cansaran de verse.

El director la esperaba en el vestíbulo del hotel en el que le había reservado la suite, y le dio la bienvenida. Los botones salieron

rápidamente a buscar el equipaje al coche. Cuando por fin se quedaron solos, con un benjamín enfriándose en una cubitera de plata, tuvo que telefonear a Constance.

Lewis esperó a que terminara la llamada para abrazarla por fin. Fue como si, para volverse el uno hacia el otro, hubieran esperado hasta resolver todos los pequeños detalles y que nadie ni nada pudiera interrumpirlos.

—¡Dios mío, cariño! —dijo Lewis—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—¡Ah! Lo sé, lo sé —dijo Allison.

—Te añoraba tanto que no podía dormir por las noches. Hablar contigo por teléfono, a tantos kilómetros de distancia, era una tortura. Y, sin embargo, tenía que llamarte. Era mejor que nada.

—Ahora tenemos toda una semana por delante para estar juntos, cariño, y después del Día de Acción de Gracias, volveré para siempre, pero tengo que pasar un tiempo con Constance y Mike. Quiero estar con ellos una temporada, Lewis. Lo necesito. Estas últimas semanas han sido agotadoras.

—Bueno —dijo él, abriendo la botellita de champán—, vamos a empezar a reponerte con esto. Tiene muchas vitaminas, como bien sabes.

Ella le sonrió y miró la estancia de techos altos y proporciones perfectas. Era casi su segundo hogar, no por las dimensiones, sino por las horas compartidas allí con Lewis. La terraza parecía desolada y abandonada: las puertaventanas estaban cerradas para protegerlos del frío y habían retirado las sillas y la mesa.

Cogió una copa vacía y Lewis se la llenó. Brindaron sin decir nada, solo con la mirada. Allison percibió la fría explosión del líquido en el paladar y la calidez de las burbujas en las venas.

Cuando terminó la segunda copa, se apartó del abrazo de Lewis, cogió la botella y se dirigió al dormitorio. Lewis le quitó la ropa y, cuando se quedó desnuda, levantó la copa para brindar por su belleza y bebió. Terminaron la botella en la cama, con los muslos enlazados debajo de las mantas y Allison, envuelta en el brazo de Lewis.

—¿Pido que nos traigan otra botella, cariño? —preguntó ella.

—¿Crees que hace falta?

—No creo que hiciera falta ni la primera, pero ha estado muy bien.

Dejó caer la copa vacía en la alfombra, mientras Lewis le tocaba el pecho y le acariciaba la piel, suave y tersa.

—¡Ah, Lewis, cariño, cariño! —susurró.

Pero Lewis, pasando por alto la impaciencia de Allison, la acarició y le mordió los lóbulos de las orejas hasta que le arrancó un gemido. Ella, con una sensación de asfixia, tiró las mantas al suelo. Las palabras amorosas le salían por la boca en un susurro feroz. Cerró los ojos y, cuando él se la puso encima, le pareció que todo daba vueltas con ella. Lo rodeó con los brazos y lo atrajo hacia sí.

«Nunca ha habido nada igual —pensó—, nunca, nunca, nunca.» Onduló el cuerpo como una ola hasta vaciarse de todo pensamiento y colmarse solo de amor, incansablemente, hasta que quedó repleta e indefensa en sus brazos, con la cara reluciente de lágrimas de felicidad.

1 El Día del Armisticio se celebra el 11 de noviembre.

2 Acción de Gracias se celebra el cuarto jueves de noviembre en Estados Unidos.

2

Al día siguiente del regreso de Allison a Peyton Place, Peter Drake sacó el coche del garaje y se dirigió a casa de los Cross para recoger a Selena y a Joey. Subió la ventanilla para protegerse del viento frío, que arrancaba las últimas hojas de los torturados árboles.

No había nadie en Elm Street. Lo único que se movía y que Peter vio fue un jirón de periódico que aterrizó contra el bordillo, enfrente del banco. Pensó que nunca había visto una imagen más solitaria en la vida.

«La casa de Connie estará acogedora, alegre y olerá bien —se dijo—. Espero que hoy Selena pueda respirar a gusto.»

No musitó, ni siquiera para sí mismo, la otra esperanza que tenía.

«Espero que hoy Selena haya superado definitivamente lo de Tim Randlett y decida que, después de todo, quiere casarse conmigo.»

Peter Drake era lo que en Peyton Place se denominaba un hombre «bien plantado», de estatura media, hombros anchos y manos cuadradas. Tenía el pelo de color castaño oscuro y los ojos casi del mismo tono. En cambio, como abogado, en Peyton Place no estaba tan bien plantado. Acudían a él las personas que Charles Partridge no tenía tiempo de atender, clientes con problemas insignificantes y sin dinero. La única manera de ganarse la vida era trasladándose a los pueblos de los alrededores y aceptando casos fuera de la ciudad, pero se aferraba obstinadamente a Peyton Place.

Nunca se le había pasado por la cabeza quedarse allí. Cuando aceptó defender a Selena Cross en el juicio por el asesinato de Lucas, pensaba que sería su último caso en el norte de Nueva Inglaterra. No obstante, cuando terminó, se quedó. El puesto que le esperaba en el bufete de abogados de Connecticut lo ocupó enseguida otra persona y, cuando, unas semanas más tarde, le ofrecieron otro trabajo en un bufete de Massachusetts, lo rechazó.

«Estoy loco», se regañaba a menudo los años posteriores, enfadado consigo mismo.

Pero estaba enamorado de Selena y creía que ella, con el tiempo, también le correspondería.

Al principio, esperó a que se recuperase de la terrible experiencia con Lucas Cross. Después, esperó a que olvidara la traición de Ted Carter. En esos momentos, esperaba que dejara de acordarse de Tim Randlett.

—Estoy atrapado —le confesó una vez a Constance Rossi—. La quiero y siempre la querré, no puedo hacer nada para evitarlo. Y no creas que no lo he intentado, porque lo he hecho. *Casi* dejé el trabajo aquí. *Casi* inicié relaciones con otras mujeres. *Casi* me convencí a mí mismo de que podía superarlo. Casi. Pero no lo he conseguido.

—¿Se lo has dicho a ella alguna vez? —preguntó Connie.

—Muchas —respondió Peter—. Y en cada ocasión me dice que estaría mejor sin ella. Que no es buena para mí —añadió. Se encogió de hombros, impotente—. No sirve de nada. Pero sigo esperando y mantengo viva la esperanza.

Detuvo el coche enfrente de la casa de Selena y subió por el camino de entrada hasta la puerta.

—¡Pasa, abogado! —dijo Selena a voces, abriendo la puerta de par en par—. ¡Bienvenido! —Llevaba una copa en la mano y Peter supo que no era la primera que tomaba ese día—. Salve, aquí llega el héroe conquistador, Joey —anunció a voces—. Prepárale una copa. Bueno, no te quedes ahí parado, Peter. Adelante.

Por detrás de ella, Joey miró a Peter y se encogió de hombros mientras servía licor en una copa.

—Toma, Joey —dijo Selena—. ¿Me rellenas la mía? Tengo que terminar de acicalarme.

—Estás preciosa, Selena —dijo Peter.

—No mientas, Peter —dijo ella. En ese instante, parecía totalmente sobria—. Estoy como una bruja y lo sé.

Se dio la vuelta, entró rápidamente en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cuándo empezó, Joey? —preguntó Peter.

—Supongo que tiene resaca de anoche —dijo Joey, y le dio una copa—. No cenó nada. La encontré ahí sentada, con las luces

apagadas y una copa en la mano.

Peter recordó que todo había empezado a finales de agosto. Desde entonces, Selena no se había acostado sobria ni una sola noche.

—No te preocupes tanto —le había dicho Connie—. Las mujeres tienen diferentes maneras de superar los fracasos amorosos. Ahora mismo, Selena se está escondiendo. Intenta fingir que no pasa nada. Dale un poco de tiempo. Es una chica sensata. Se recuperará.

Pero pasaban las semanas y Selena no se recuperaba. Empezaba a beber por la mañana, para despejarse, según le dijo a Joey, y Peter la había pillado bebiendo en la trastienda de Thrifty Corner.

—Selena, por los clavos de Cristo —le dijo—. ¿Qué crees que diría Connie?

Selena se encaró con él.

—Métete en tus malditos asuntos. Si Connie Rossi tiene alguna objeción en contra de mi manera de llevar la tienda, que me lo diga ella en persona.

—Estás haciendo tonterías —replicó Peter, irritado.

—Será que soy tonta y siempre lo he sido.

—Bebiendo no se resuelve nada de nada.

—Puede, pero ayuda a olvidar.

Desesperado, Peter había acudido a Matthew Swain.

—Créeme Peter —dijo el médico—, si supiera algo, te lo contaría, y al diablo con la ética. Pero no sé más que tú. Un par de turistas de Ohio la encontraron tirada al lado de la carretera y, como esta era la localidad más cercana, la trajeron aquí, al hospital. Se había desmayado en la carretera. Tenía la cara algo magullada porque se había caído en la grava, y además estaba deshidratada, pero, aparte de eso, no le pasaba nada. Al día siguiente intenté averiguar qué demonios había sucedido, pero ella no dijo ni una palabra. Ese actor, Randlett, vino a verla al hospital, pero cuando le anuncié la visita, simplemente volvió la cara hacia la pared y me dijo que no quería verlo. Al principio él no se lo creía, pero finalmente se marchó. Joey me dijo que luego fue a la casa, cuando le di el alta, pero Selena llamó a Buck MacKraken y le dijo que había un hombre llamando al timbre sin parar, que lo obligara a irse. Después me enteré de que el

teatro estival iba a cerrar. Fue justo el Día del Trabajo, así que me acerqué a Silver Lake para ver a ese Randlett. Cuando empecé a interrogarlo, se quedó callado como una tumba. No me dijo nada. Lo siguiente que supe es que se habían ido todos a Nueva York. Y me alegré mucho, la verdad. Antes de que Randlett apareciera, Selena estaba bien.

—Bebe —le dijo Peter—. Bebe mucho. Todos los días y todas las noches.

—Hablaré con ella —prometió Matthew Swain, suspirando.

Pero no había servido de nada.

—No se preocupe por mí, Doc —le respondió Selena—. Váyase a Chestnut Street y olvídeme de una vez.

A Matthew se le había hecho un nudo en el estómago al acordarse de una noche, hacía mucho tiempo, en la que había intentado intervenir cuando Lucas, borracho, golpeaba a su mujer. Selena, muy joven, lo miró y le dijo: —Váyase a casa, Doc. Váyase a Chestnut Street. Nadie lo ha llamado.

—Solo quiero ayudarte, Selena —dijo Matthew.

—Doc, hay personas que nacen discapacitadas, ¿no? Me refiero a personas con una sola pierna, o un solo brazo, o sin ojos.

—Sí, claro.

—Bueno, entonces, lógicamente podemos suponer que otras nacen con algo malo y retorcido dentro, ¿no cree?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a algo siniestro —dijo ella sonriendo—, como querer cometer un asesinato, por ejemplo.

—Selena, todo eso fue hace muchísimo tiempo. Solo hiciste lo que pudiste para protegerte. Cualquiera habría hecho lo mismo. Olvídalo todo. Déjalo atrás.

Selena entrecerró los ojos para mirar el licor que le quedaba en la copa.

—Váyase a casa, Doc —le dijo, hastiada—. Váyase a casa. Nadie lo ha llamado.

Matthew Swain se levantó para irse, pero, desde la puerta, dijo: —Bebiendo no se resuelve nada.

Selena soltó una risita.

—Eso dice Peter siempre, y siempre estoy de acuerdo con él. Solo sé que, aunque no resuelva nada, suaviza un poco las cosas. Adiós, Doc. —Salió del dormitorio—. Estoy lista —dijo, animada—. Vámonos. ¿Me traes el abrigo, Joey, mientras termino la copa?

—Claro —respondió Joey.

—Más vale que nos llevemos una botella, por si a Mike Rossi se le ha olvidado —dijo Selena—. Que se acabe el alcohol en una fiesta es lo más triste que hay.

—Seguro que Mike tiene un bar bien surtido —dijo Peter.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella—. ¡No me vengas con esos miramientos!

—No son miramientos, Selena —dijo Peter.

—Bueno, da igual —dijo ella—. Adelante, ponte cargante si quieres. No te lo voy a impedir.

A Peter, la tarde se le hizo interminable. Selena parecía un juguete al que se ha dado demasiada cuerda y está a punto de romperse en un amasijo de trocitos y alambres retorcidos. Picoteó en la cena, pero siempre tenía la copa llena a rebosar.

—¿Por qué no me has contado lo de Selena? —preguntó Allison en voz baja a Connie en la cocina.

—Creía que se le pasaría —respondió Connie.

—¿Cuánto tiempo lleva bebiendo así?

—Desde que Tim Randlett se marchó de la ciudad.

—Dios mío.

—Sí —dijo Connie—. Esperemos que lo supere pronto.

—¿Alguien ha intentado hablar con ella?

—Todos, pero es inútil.

—¿Qué dice Peter?

—Espera que deje de beber, igual que los demás. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—¡Eh, vosotras dos! —exclamó Selena desde la puerta de la cocina—. ¿De qué habláis con tanto cuchicheo?

—De ti —dijo Allison, volviéndose con una sonrisa—. Nos preguntábamos cuánto tiempo más vas a tener al pobre Peter en vilo.

—Tomemos una copa, ¿os apetece? —dijo Selena. Se sentó en una silla de la cocina—. Nosotras tres solas.

—Claro —dijo Connie—. Voy a llevarles el café a los hombres y vuelvo ahora mismo. Allison, ¿puedes traer un poco de hielo, por favor? Hay una botella de bourbon en el armario, detrás de ti.

—Sí —dijo Selena en cuanto se vio con una bebida nueva en la mano—. Pobre Peter, pobre. Me quiere, ¿sabes? Allison, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dijo Allison—. Te quiere desde hace mucho tiempo.

—Pobre Peter —repitió Selena, y empezó a llorar—. Pobre Peter, pobrecito.

—No llores, cariño —dijo Connie—. Todo se va a arreglar.

—¡No se va a arreglar nada! —dijo Selena levantando la voz—. ¡Nada está bien ni nunca se va a arreglar!

—Baja la voz —dijo Connie—. No querrás que te oigan los hombres.

—No —dijo Selena, más calmada—, no quiero que me oigan.

Después apoyó la cabeza entre los brazos y sollozó como si se le rompiera el corazón. Allison se acercó al instante y le rodeó los encorvados hombros con el brazo. Miró a Connie y las dos comprendieron que no había nada que hacer.

Esa misma noche, más tarde, Joey se fue al cine con unos amigos y Peter Drake llevó a Selena a casa. El viento soplaba con más fuerza; notó que el coche daba bandazos y apretó las manos en el volante.

—Enciende la chimenea, Peter —dijo Selena cuando entraron en la sala—. Un fuego grande, bonito y brillante, que ilumine la oscuridad de todos los rincones. Voy a preparar unos tragos —dijo. Dejó caer el abrigo descuidadamente en el respaldo de una silla.

Peter estuvo a punto de decir: «¿No crees que ya has bebido bastante?» pero se contuvo y se puso a encender el fuego.

—No, no he bebido bastante —dijo Selena, rompiendo el silencio —. No hay bastante bebida en todo el ancho mundo.

El fuego ardía alegremente y Peter se sentó. Cogió la copa que le ofreció Selena.

—Si no puedes vencer al enemigo —dijo Peter—, únete a él.

—¿Nunca vas a dejar de hacerte el duro? —preguntó ella—. Si no te apetece beber conmigo, no bebas. Ponte el abrigo. Ya sabes dónde está la puerta.

—No intentes pelear conmigo, Selena. No te lo consiento.

—¿Quién quiere pelear? —preguntó Selena—. Estoy hasta la coronilla de peleas. Ya he tenido suficientes para toda la vida.

—¿Quieres hablar? —preguntó Peter.

Selena sonrió sin alegría y dijo: —Me recuerdas a una persona que conocí. Siempre estaba fisgando, metiendo las narices donde no le importaba. —Bebió un trago con avidez—. «Cuéntame, Selena. ¿Qué te preocupa, Selena? Cuéntamelo, Selena. Te encontrarás mejor.» —Volvió a llenar la copa—. Estoy harta de hablar —concluyó.

—No pretendía meter las narices en nada —dijo Peter.

—¡Sí, eso es lo que pretendes! —replicó ella, enfadada—. Todo el mundo se cree con derecho a entrometerse ¡maldita sea! Bien, ¿qué quieres de mí, Peter? ¿Quieres saber si me acosté con él? Sí, lo hice. ¿Te preguntas si lo quería? Pues, sí, lo quería. —Levantó la voz—. ¿Te preguntas si lo he olvidado? ¡No, no lo he olvidado!

Horrorizado, Peter se dio cuenta de que Selena lloraba a lágrima viva y que cada vez levantaba más la voz.

—¿Te preguntas por qué lo dejé? —gritó—. ¿Te preguntas qué salió mal, y por qué y cómo?

En ese momento, la puerta de la casa se abrió de golpe. Al parecer, Peter no la había cerrado bien cuando llegaron y el viento la había abierto, estrellándola con estruendo contra la pared.

Selena se levantó de un brinco, la bebida se le derramó en el vestido y la copa se rompió a sus pies.

En un solo movimiento, dio media vuelta y cogió con fuerza las tenazas de la chimenea.

—¡No! —chilló—. ¡No te acerques más! ¡Te mataré!

Peter la sujetó por detrás y, por un largo momento, Selena se quedó mirando el vacío rectángulo negro de la puerta, la misma que una vez, una noche como esa misma, había enmarcado la oscura silueta de Lucas Cross.

—Ahí no hay nadie, cariño —dijo Peter—. No hay nadie.

Selena, con los dedos entumecidos, dejó caer las tenazas y rompió a llorar de nuevo. Peter la volvió hacia sí y ella apoyó la cara en su hombro.

—Intenté matarlo —dijo ella, sollozando—. Fue como con Lucas, se abalanzó sobre mí e intenté matarlo.

Peter la abrazaba estrechamente mientras lloraba.

—Quiso arrancarme la ropa —continuó ella, llorando—. Dijo que yo quería que me violaran y que él era igual que Lucas, así que cogí las tenazas y quise matarlo.

—No es nada, cariño —la tranquilizó Peter—. No llores más. No es nada.

—¿Qué me pasa, Peter? —gimió—. ¿Por qué tuvo que ser así? ¿Qué hago yo para que los hombres reaccionen de esa forma?

Peter le besó el suave cabello y dijo: —No eres tú, cielo. Solo has tenido mala suerte, nada más. No es culpa tuya.

—He bebido sin parar —dijo ella, jadeando, temblando de los pies a la cabeza—, y no ha servido de nada. No he podido olvidar que intenté matarlo.

—Pero no lo mataste, cielo —dijo él, sacudiéndola con suavidad—. Ya ha pasado todo. No lo mataste.

La llevó con delicadeza hasta el sofá y la acunó entre los brazos.

—Peter, tengo mucho miedo. Hay algo malo en mí. Sé que me pasa algo malo —gimió.

—No te pasa nada malo, cielo —dijo él. Empezó a enjugarle las lágrimas tiernamente con un pañuelo—. No tienes nada malo. Vamos, vamos, deja de llorar.

Apoyó la cabeza en el hombro de Peter, sacudida por unos sollozos secos y profundos.

—Reaccionas a la violencia con violencia —dijo Peter—. Algunas personas son así, ya sabes. —Le levantó la cabeza y la miró—. Lo tendré muy presente cada vez que me equivoque pensando erróneamente que puedo ser brusco contigo —dijo, sonriendo.

—¡Qué bueno eres, Peter! —dijo y, con un suspiro que le conmocionó todo el cuerpo, se tranquilizó apoyada en él—. No te merezco.

Peter sonrió con la boca pegada al pelo de Selena.

—Te mereces todo lo mejor —dijo, y empezó a acariciarla.

«Esto es lo que necesito, lo que siempre he necesitado, la amable fortaleza de Peter. Me protegerá de todo mal», pensó.

Él siguió acariciándole el cabello y la espalda, como si le sacara con los dedos el dolor del pasado y la agonía del recuerdo.

—Cuando nos casemos —susurró Peter—, será el verdadero comienzo de nuestra vida. Ya verás, Selena: lo que ha sucedido hasta ahora no tiene nada que ver con nosotros. Habremos sido otras personas y todo habrá ocurrido en otro mundo y habrá terminado.

Comprendía perfectamente la necesidad de Selena. Ella quería desprenderse del pasado tan limpiamente como arranca un granjero el maíz de la mazorca. Quería renacer y limpiarse de la mancha del pasado con Peter. Lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza. Levantó la cabeza y él se inclinó para besarle el rostro, húmedo de lágrimas todavía.

«Será la primera vez —pensó Selena—. Ahora será la primera vez.»

Abrazada a Peter, se reclinó en el sofá hasta que quedaron tumbados uno al lado del otro; se movió y acomodó el cuerpo al suyo. Él le acarició el muslo con indecisión, y subió la mano hasta tocarle levemente el pecho. Ella entreabrió los labios, él la besó; Selena exhaló un leve gemido cuando le subió el jersey y, tomándole la cabeza entre las manos, lo abrazó.

—¡Ah, Selena, mi amor! —susurró él con una contención que ella percibió claramente.

Comenzó a desvestirla. Selena tenía una sensación de mareo, como si el mundo se alejara de ella. Se tapó la cara con las manos y, en esa oscuridad, el mundo se detuvo.

—¡Ah! —dijo ella—. ¡Ah! Te deseo. —Levantó las manos hacia él como implorando, y lo atrajo hacia sí.

3

La llegada del otoño, con su atmósfera cargada de electricidad, siempre llenaba de energía a Roberta Carter. Era como si barriera la pereza y la indecisión del año anterior junto con las hojas secas de los árboles del jardín delantero. Se frotó las manos, mentalmente, y pensó: «Ahora que han terminado todas las frivolidades estivales, manos a la obra». Echó un vistazo general al impecable salón y, aunque podía estar totalmente satisfecha de sus logros como ama de casa, algo empañaba ese placer. Ted y Jennifer habían regresado a Cambridge a principios de septiembre, pero ella percibía todavía la presencia de esa horrible jovencita en la casa.

«Tengo que deshacerme de ella», pensó, negándose a renunciar.

Hacía más de un año que lo intentaba, pero había sido inútil. Ted hacía oídos sordos a cualquier comentario sobre su mujer y Harmon, tan diabólicamente inteligente cuando el problema de Roberta con el viejo Doc Quimby, era un incapaz en lo referente a Jennifer.

—Parece bastante agradable —decía Harmon.

—También lo era el doctor Quimby —replicaba Roberta—, pero te encargaste de que desapareciera enseguida de nuestra vida.

—Eso fue una cosa completamente distinta —respondía Harmon.

El doctor Quimby, que había sido el único médico de Peyton Place hasta que Matthew Swain volvió a casa para ejercer, era viejo y rico cuando Roberta empezó a trabajar con él de ama de llaves, secretaria y acompañante. Roberta y Harmon, hijos de obreros de una fábrica, estaban comprometidos y querían casarse, pero era imposible, Harmon no ganaba lo suficiente trabajando de contable de Leslie Harrington. Hasta que Harmon Carter ideó un plan.

Era un plan ingenioso y sencillo que, si funcionaba, les aseguraría el futuro. Roberta se dejó convencer fácilmente para poner en práctica la idea de Harmon. Se casó con el doctor Quimby, este modificó el testamento a favor de su mujer y después Harmon y ella esperaron tranquilamente a que el viejo se muriera. No tuvieron que aguardar mucho. Peyton Place le hizo la vida insoportable al Dr.

Quimby. La ciudad se tronchaba de risa y los pacientes que siempre habían acudido a él para sus dolencias, dieron por sentado que estaba senil y dejaron de ir a la consulta.

Roberta le ponía los cuernos abiertamente con Harmon y, al final, el viejo se metió la pistola en la boca y se voló los sesos. En menos de un año, Roberta y Harmon se casaron y empezaron una larga lucha por ser aceptados en Peyton Place. Con el tiempo y la nueva respetabilidad adquirida, lo consiguieron hasta cierto punto. Naturalmente, siempre había quien se acordaba y lo comentaba, pero la historia perdía interés con el paso del tiempo y siempre había gente nueva en situaciones nuevas sobre las que cotillear.

También contribuyó mucho que Ted, el hijo de ambos, resultara ser un joven muy agradable. De esta forma, el escándalo murió, quedó casi enterrado, y la gente lo olvidó. Pero Roberta Carter no. Ella recordaba muy vívidamente lo mucho que había luchado para convertirse en una persona digna de admiración en la ciudad como buena esposa y madre y como un activo para la comunidad. Pero en esos momentos, Jennifer amenazaba con apartar a su hijo del camino recto, con esa sexualidad desquiciada y anormal.

«Tengo que deshacerme de ella», se dijo de nuevo.

Llevaba un año ideando y descartando planes. Ninguno había funcionado. Ted era tan prisionero de Jennifer como si estuviera en una celda de máxima seguridad en Alcatraz. Jennifer estaba loca y volvería loco a Ted y, a los ojos de Peyton Place, estar loco era un delito mucho mayor que ser un ladrón o un violador.

«Tengo que deshacerme de ella», pensó una vez más.

Pero hasta el final del verano no se decidió a poner en marcha un plan que había descartado anteriormente por considerarlo temerario y peligroso. Quemó la hojarasca, aspiró las alfombras y empezó a planear la estrategia.

Jennifer volvería a Peyton Place para las vacaciones del Día de Acción de Gracias. «Tengo que matarla —pensó—, y de una manera que no levante sospechas de ninguna clase.»

Se puso a leer novelas policiacas, pero no las tomó prestadas de la biblioteca pública de Peyton Place ni las compró en la librería local. Se fue a otra ciudad, a cien kilómetros de distancia, y se hizo

con unas cuantas novelas en rústica en un gran autoservicio en el que no la conocían. Las leyó en secreto, encerrada en el cuarto de baño.

Durante el día, mientras Harmon estaba en el trabajo, tomaba nota de la trama de cada una y hacía una lista de las pistas que finalmente habían llevado a cada asesino a caer en las redes de la policía. Así descartó el asesinato por disparo, por apuñalamiento, por estrangulamiento y por envenenamiento; y como Jennifer no respondía al tipo de suicida, Roberta dedujo que la muerte de su nuera tenía que ser «accidental».

Aunque su nuera conducía, Roberta no podía plantearse manipular un automóvil hasta el punto de provocar un accidente mortal. Los accidentes domésticos también quedaron descartados porque, cuando Jennifer iba de visita a Peyton Place o Roberta iba a Cambridge, Harmon siempre estaba presente, o Ted, o ambos. No. Tenía que ser algo que le sucediera sin estar ella presente... Es decir, ni ella ni Ted, para que no recayera ninguna sospecha sobre su hijo.

Cerró otra novela policiaca y suspiró profundamente. No iba a ser fácil, pero tampoco esperaba que lo fuera. Entretanto, había muchas cosas que hacer. Tenía que empezar a inventarse un cuento sobre su relación con Jennifer. Tenía que impresionar a Peyton Place con su magnanimidad, de manera que, cuando todo hubiera terminado y Jennifer hubiera muerto, la gente tuviera motivos para decir: «¡Qué lástima! Y que esto le haya pasado precisamente a Roberta Carter. ¡A ella, que es el colmo de la bondad, y se llevaba tan bien con Jennifer...».

Roberta tenía desde siempre una gran facilidad para tantear a la gente y en septiembre, dos semanas después de la reapertura del instituto, cuando se dio cuenta de que la ciudad estaba más que descontenta con el nuevo director, empezó a intrigar para que Mike Rossi volviera a su legítimo puesto. A espaldas de Marion Partridge, su mejor amiga, hizo saber a Charles que, cuando la junta escolar considerara los contratos para el curso siguiente, ella, Roberta, apoyaría a Charles al cien por cien en su campaña para volver a contratar a Mike.

—Todo este asunto ha dado muy mala imagen a la ciudad —le confió a Charles—. Me refiero a despedir a Mike solo por la novela de Allison. En primer lugar, confieso que nunca estuve realmente de acuerdo.

Charles Partridge, el pacifista de la ciudad, no se acordaba de que Roberta había sido una de las enemigas acérrimas de Mike y aceptó esa nueva actitud con agradecimiento.

—La gente tardará un tiempo en superar lo que le hicimos a Mike —dijo Roberta—. Nos hemos convertido en el hazmerreír de los círculos educativos, pero ¡todo tiene arreglo!

—Y cuanto antes, mejor —añadió Charles Partridge.

Roberta comenzó a frecuentar Thrifty Corner, y no solo para comprar; también se ocupó de entablar una gran amistad con Connie y con Selena.

—Me alegro mucho por usted y por Peter —le dijo a Selena—. Es un hombre afortunado, sin duda.

—¿Qué mosca le ha picado a esta mujer? —dijo Selena cuando Roberta se fue—. Nunca la había visto tan encantadora. Está casi empalagosa.

—A lo mejor se está ablandando —dijo Connie, la optimista incurable—. Al fin y al cabo, ya no es una jovencita. Se está haciendo mayor.

—Pues dudo mucho que el lobo deje de ser lobo, por mucho que se ponga una piel de cordero —dijo Selena.

No obstante, a medida que pasaban las semanas, hasta Selena tuvo que reconocer que Roberta Carter había cambiado. En octubre ofrecieron a Mike Rossi su antiguo puesto de director del instituto de Peyton Place en las condiciones que había dejado claras al consejo escolar, y él aceptó. Toda la ciudad, con algunas excepciones acérrimas, había estado siempre abrumadoramente a favor de Mike. Una de estas excepciones era Marion Partridge y, a partir de entonces, Roberta Carter rompió con su amiga de toda la vida porque era lo que tenía que hacer, según decía ella misma.

—Lamento que Marion se lo haya tomado así, pero considero que es lo mejor para el instituto —se justificó Roberta ante varias mujeres de la ciudad.

Ellas lo comentaron, cada cual en su casa, y prácticamente todas coincidieron en que Roberta Carter era un alma generosa. También la compadecían, pues les había dado a entender con toda claridad que lo que más deseaba era tener un nieto, pero que Jennifer no había concebido hasta el momento.

—Es una pena —decían las mujeres de Peyton Place—. La verdad es que Ted y Jennifer no tienen necesidad de preocuparse por el dinero ni nada por el estilo. Bien sabe Dios que Roberta y Harmon son más que generosos.

A continuación, pregonó que su hijo Ted quería volver a Peyton Place para ejercer la abogacía cuando se graduara en Harvard y con esto se disiparon todas las dudas, si es que algún habitante de la ciudad todavía albergaba alguna. A Peyton Place le encantaba que los jóvenes de la ciudad se educaran en las mejores universidades que se pudieran permitir y volvieran a casa para poner en práctica lo aprendido.

—Ted siempre ha tenido muy buena cabeza —opinaban unos y otras—. Es muy buen chico. Y muy inteligente.

—El viejo Charlie Partridge no va a durar para siempre. Necesitaremos a alguien como el joven Carter para que tome el relevo cuando Charlie se retire.

Roberta tenía plena confianza en una cualidad concreta de su hijo: era incapaz de herir a nadie si podía evitarlo. Cuando alguien de Peyton Place le hacía un comentario a propósito de su deseo de ejercer en la ciudad, él, en lugar de responder rotundamente que no tenía la menor intención de volver a casa y abrir un despacho allí, se limitaba a sonreír y respondía con modestia: «Primero tengo que terminar la universidad, y eso no va a ser fácil para un chico tan torpe como yo».

A finales de verano, Roberta supo que había llegado el momento de actuar. Los padres de Jennifer habían empezado a hablar de un viaje a Europa para «los niños», y Ted estaba claramente entusiasmado con la idea.

«Tengo que encontrar la manera de hacerlo», pensó Roberta, empezando a sentir pánico.

Se quedaba en casa un día tras otro con las novelas policiacas y el cuaderno. Analizó todos los inconvenientes del plan, los riesgos y las pistas que no podía dejar sueltas, y planificó meticulosamente el horario del día en que ocurriría. Por fin guardó el cuaderno bajo llave en el escritorio y respiró aliviada.

Ahora solo faltaba llevarlo a cabo. Había encontrado una forma sencilla, segura e infalible de deshacerse de Jennifer. Se sentó un momento al escritorio con los puños apretados en señal de venganza y la boca tensa, en una fina línea de determinación. Todavía le resonaban en la cabeza las terribles palabras de Jennifer, las cosas espantosas que le había dicho a Ted la última noche en Peyton Place.

Las había escuchado por el conducto de ventilación, tumbada encima de su propio sudor en el catre del trastero. Los había oído hacer el amor, había oído a Jennifer torturar a Ted y provocarlo para que hiciera todo tipo de cosas perversas y malvadas. Se había retorcido de angustia por el pobre Ted. Luego había oído susurrar lascivamente a Jennifer.

—Eres insaciable, cariño —oyó decir a Ted.

—Más —reclamó Jennifer—. Quiero más. ¡Malditos hombres!

—Estamos mal diseñados —replicó él riéndose—. Tendrás que esperar a los modelos del año que viene.

Roberta oyó el crujido del lecho cuando Jennifer se incorporó y se apoyó en el cabecero.

—Creo que voy a buscarme un chico de diecisiete años —dijo ella.

Ted volvió a reírse. Consideraba que esa forma de hablar de su mujer demostraba su inteligencia y su sofisticación. Le parecía que haber nacido en una familia rica y de alta posición social le daba derecho a decir esas cosas.

Pero Roberta estaba tan conmocionada que se quedó paralizada. No podía soportar la idea de que su Ted fuera un marido cornudo, objeto de las risas y las burlas de sus amigos. Se acordó del doctor Quimby y, por un instante, creyó en el castigo divino y en que sus pecados recaían sobre su descendiente.

—O tal vez me busque dos o tres chicos jóvenes —continuó la voz fría de Jennifer—. Sí, eso sería aún mejor.

—¿Dónde se compran chicos jóvenes hoy en día? —preguntó Ted.

—¡Bah! Los hay baratos en cualquier parte —respondió ella con un matiz de autoridad en la voz—. Por ejemplo, ese joven tan guapo de pelo rizado que nos trae la compra. Por cómo me mira, sé que no tendría que pagarle. Estar sola en el piso todo el día es aburrido, Ted. Sería genial pasar una hora o dos con él por la mañana, ¿verdad?

Ted no respondió.

—Sería genial, Ted, muy divertido. La idea de corromper a un chico inocente es lo más emocionante del mundo. Y luego, por la tarde, podría llegar a un acuerdo diario con ese apuesto joven italiano que maneja el ascensor. Acaba el turno a las dos en punto. ¿Qué te parecería que un hombre uniformado viniera todas las tardes a prestarme sus servicios?

Ted se rio, pero fue una risa forzada e incómoda.

—Los adolescentes son pura energía —dijo ella—. Hay que enseñarles a usarla, eso sí. Leí en Kinsey que pueden hacerlo cuatro o cinco veces en una hora. Y algunos incluso más. ¿No es fantástico, Ted? No creo que vaya a esperar a los nuevos modelos, cielo —continuó, sin esperar respuesta—. Creo que voy a comprar un par de esos chicos jóvenes sin experiencia. No te molesta, ¿verdad?

—¡Ay, Jennifer! ¡Duérmete! —dijo Ted.

—No, Ted, te daría completamente igual. Bueno, a lo mejor sí, porque te heriría en el orgullo masculino, que no sé ni lo que es. Pero no harías nada por evitarlo, ¿a que no? Tú no. Mientras puedas poner tu nombre en la puerta, mientras triunfes, aguantarás cualquier cosa. Y me refiero a *cualquier* cosa, Ted.

—Duérmete de una vez, Jennifer. Pareces una cría.

Entonces se quedaron en silencio. Al cabo de un rato, se durmieron. Todo el mundo dormía en Peyton Place, menos Roberta Carter. Estaba tumbada en la cama, tapándose la boca con las manos y la mirada fija en el techo oscuro.

«Tengo que matarla —pensaba—. Tengo que matarla.» Y no lo decía por decir. Va a hacer lo necesario. Tal vez haya empezado ya. «Tengo que matarla.»

4

Los hombres de Chestnut Street se reunieron para jugar la habitual partida de póquer de los viernes por la noche. Seth puso una botella de licor en el aparador y llenó de hielo cuatro copas, mientras Leslie Harrington procedía a barajar las cartas para echar la primera mano.

—Ya ha llegado otro invierno —dijo Matthew Swain al tiempo que se sentaba.

—Sí —dijo Seth—. Ephraim Tuttle ya ha instalado la salamandra y ha guardado los rollos de tela.

—¿Dónde se ha ido el año? —preguntó Charles Partridge—. Parece que hace solo unas semanas estábamos aquí hablando del libro de Allison MacKenzie, pero fue en abril.

—Es porque nos hacemos viejos —dijo Matthew—. Ahora el tiempo pasa volando para nosotros. Aunque recuerdo que, de joven, me parecía que pasaba muy lento.

—Matt, no tienes tan buena memoria para acordarte de una cosa de hace tantos años —apostilló Leslie Harrington.

—Tú tampoco, abuelo —respondió Matt—. Aunque reconozco que este último año estás mejor que nunca.

—Tengo que mantenerme sano para seguirle el ritmo a mi nieto —dijo Leslie—. Es un auténtico terremoto.

—¿Qué tal está Betty? —preguntó Seth.

—Bien —respondió Leslie—. Creo que por fin ha decidido quedarse aquí, en Peyton Place.

—Estupendo —dijeron Matthew y Seth casi al unísono.

Charles Partridge no dijo nada. Aparte del propio Leslie, Charles era el único habitante de la ciudad que sabía la tortura que Leslie había sufrido a manos de Betty Anderson.

—Cinco bonitas picas negras —dijo Seth Buswell animado, recogiendo las monedas del centro de la mesa.

«Picas —pensó Charles Partridge—. Con eso le ha pagado Betty Anderson a Leslie. Con picas.»

Charles sabía que, con Rodney Harrington, hijo, las cosas habían salido bien. El niño se había encariñado con el abuelo como si lo conociera de toda la vida y Leslie, por supuesto, rebosaba ternura por los poros. El pequeño Roddy era la viva imagen de su padre y, cada vez que Leslie lo miraba, las arrugas de la edad y de preocupación le desaparecían del rostro. Sus amigos no eran los únicos en Peyton Place que advertían que Leslie estaba mucho mejor. Betty Anderson también lo notó, y sonrió forzadamente al hombre que nunca había sido su suegro. Llevaba dos semanas en Peyton Place, tiempo suficiente para que Leslie se hiciera ilusiones de que se quedarían para siempre, cuando empezó a hacer las maletas para marcharse.

—Tengo que volver al trabajo —le dijo a Leslie, cuando este protestó.

—No tienes por qué trabajar. Aquí hay dinero más que suficiente.

Betty se encaró diciendo: —Oiga, Leslie, me las he arreglado muy bien sin su dinero cuando estaba embarazada, cuando nació Roddy y desde entonces. No lo necesitamos a usted.

—Ya lo sé —respondió Leslie, rebajándose—. Soy yo quien te necesita a ti.

—Lo siento mucho —dijo Betty—, pero tendría que haberlo sabido cuando me echó de la oficina con doscientos cincuenta míseros dólares y un hijo en camino.

—Betty —suplicó él—, te compensaré, lo juro.

—No necesitamos nada de usted —dijo Betty y siguió haciendo las maletas.

Al final, prometió que se quedaría una semana más y Leslie respiró de nuevo. Pero al final de esos siete días volvió a preparar el equipaje.

—¡Por el amor de Dios, Charlie! —rogó Leslie, desesperado—. ¡Haz algo!

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Charles Partridge—. No tienes ningún derecho legal sobre el niño.

—¡Es mi nieto, maldita sea!

—Betty y Rodney no estaban casados —alegó Charles—. Y no puedes demostrar que ella haya sido una madre incapaz. No hay

nada que hacer, salvo esperar a que cambie de opinión y se quede voluntariamente.

—Pues habla con ella —replicó Leslie con exigencia—. Hazle entender que lo mejor para el niño es que se quede aquí. Me da igual lo que haga, siempre y cuando me deje a Roddy.

—Nunca te lo dejará —dijo Charlie—. Si quieres al niño, más te vale pensar en querer a la madre también. De todos modos, hablaré con ella.

—¿Qué gano yo con eso? —preguntó Betty Anderson cuando Charles fue a verla.

—Aquí podría estar muy a gusto —dijo Charles—. Podría vivir en su casa, no tendría que trabajar y tanto usted como Rody estarían bien atendidos.

—Puedo cuidar de mí misma —dijo Betty—. Siempre lo he hecho. Y de Roddy también. No me importa trabajar para ganarme la vida. Y en cuanto a la casa, me da escalofríos. Es como un puñetero museo.

—Estoy seguro de que Leslie estaría dispuesto a permitir que la reformara —dijo Charles, preocupado por si se había metido en un lío—. No veo qué objeciones podría ponerle.

—No quiero reformar la casa de Leslie —dijo Betty—. Quiero una casa propia.

—Pero Leslie quiere que vivan con él —insistió Charles, boquiabierto de sorpresa—, usted y el pequeño Roddy.

—Como diría el padre del pequeño Roddy —dijo Betty, encogiéndose de hombros—: ¡Mala suerte, encanto!

—¿Se quedará al menos hasta Navidad? —preguntó Charles.

—No.

—¿Hasta fin de mes?

—No.

Charles fue a ver a Leslie y le contó lo que quería Betty si se quedaba en Peyton Place.

—¡Una casa! —rugió—. ¿Qué demonios le pasa a la mía? ¡Aquí cabe un ejército entero!

Charlie abrió las manos en señal de derrota y dijo: —No puedo hacer nada, Leslie. Eso es lo que quiere.

—¡Que se vaya al infierno! —gritó Leslie.

Pero al día siguiente, Betty volvió a hacer las maletas y Leslie fue volando a ver a Charles.

—Búscale una casa —dijo con hastío—. La que quiera ella.

Y así, Betty Anderson se convirtió en propietaria de una casita al final de Laurel Street.

—Es un sitio agradable para pasar las vacaciones —le dijo a Charles.

—¿Cómo que las vacaciones? —preguntó Charles—. ¿No piensa vivir aquí?

—¿De qué voy a vivir? —preguntó Betty—. ¿Leslie se cree que soy tan rica como él y que puedo permitirme estar todo el día de brazos cruzados, sin trabajar?

—Leslie está totalmente dispuesto a mantener al niño —objetó Charles—. Aquí podría usted buscar un trabajo para cubrir sus necesidades.

—¿Dónde? —se burló Betty—. ¿En la fábrica? ¿Como mi padre? No, gracias.

—Pero, pensábamos... —quiso alegar Charles.

—Me importa un rábano lo que pensaran —lo interrumpió Betty, tozuda—. No voy a aceptar un trabajo de tres al cuarto en la fábrica de Leslie Harrington. Si tengo que trabajar para mantenerme, puedo hacerlo mucho mejor en Nueva York. Y allí es adonde iré en cuanto acabe de hacer las maletas.

Al final, Leslie Harrington acordó una suma de veinticinco mil dólares para Betty Anderson y depositó otros diez mil en una cuenta para el nieto. Además, accedió a darle a ella una asignación semanal de cien dólares para los gastos domésticos y a comprarle un coche nuevo cada año.

—Por escrito —dijo Betty Anderson.

Charles Partridge redactó los documentos y Leslie Harrington los firmó.

—Una cosa más —dijo ella antes de firmar—. Tengo una amiga en Nueva York que me cuidaba a Roddy. Quiero que venga aquí a vivir conmigo y me ayude con la casa y con mi hijo. Leslie deberá pagarle cincuenta a la semana.

De manera que Agnes Carlisle se trasladó a Peyton Place con Betty Anderson, y Leslie Harrington accedió a pagarle un sueldo. A cambio de lo que le daba, Leslie tendría privilegios ilimitados para visitarlas y derecho a quedarse con el nieto un día entero a la semana. En caso de que Betty se casara, se quedaría con todo el dinero acordado para ella y para Roddy, pero dejaría de recibir la asignación semanal y Leslie conservaría los mismos privilegios.

Betty Anderson se recostó cómodamente en la sala de estar nueva y Agnes le sirvió una bebida. Se quitaron las dos los zapatos y se tomaron un Martini.

—Ahora lo tengo todo —dijo Betty—. ¿Quién quiere casarse?

—¿Qué te dije? —preguntó Agnes, con aires de suficiencia—. Que te pusieras en contacto con él, ¿verdad?

—Sí, sí, me lo dijiste —admitió Betty—. En tu vida me has aconsejado mejor.

—Por todos los santos, Charlie —dijo Leslie Harrington enfadado —, ¿vas a jugar a las cartas o qué? Llevamos un rato esperando a que nos digas si puedes abrir o no.

—Paso —dijo Charles Partridge, después de echar un vistazo a las cartas.

—Dame una —dijo Leslie a Seth, que estaba repartiendo.

«El viejo Leslie quiere hacer una escalera —pensó Charles—. Probablemente lo conseguirá. Siempre consigue lo que quiere, aunque tenga que pagar por ello.»

A las once, Leslie Harrington y Charles Partridge se despidieron de Matthew Swain y de Seth Buswell.

—Vamos a dar un paseo —dijo Leslie, cuando salieron a la calle.

—¿Adónde? —preguntó Charles—. Es tarde y estoy cansado.

—Solo quiero pasar por delante de casa de Betty. Me gusta asegurarme de que todo está bien antes de retirarme por la noche.

—¿Vas allí todas las noches? —preguntó Charles.

Leslie hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Nunca se sabe. Algún día podría pillar a esa zorra en una situación comprometedora.

—¡Leslie! —exclamó Charles, horrorizado.

—¡Ah, basta! Me conoces desde hace mucho tiempo, no vas a escandalizarte ahora por una tontería. ¡Vamos!

Siguieron andando lentamente por Chestnut Street y doblaron la esquina hacia Laurel.

La casa de Betty Anderson estaba a oscuras y en silencio. Leslie se detuvo y la observó fijamente, como si pudiera atravesar los muros con la mirada y ver directamente el corazón amargo e implacable de Betty Anderson, la madre de su nieto. No solo era el cariño de Roddy lo que hacía que Leslie pareciera más joven últimamente, sino también el olor de la batalla. Estaba enzarzado con Betty en un choque de voluntades. Nada lo rejuvenecía más que un buen enfrentamiento.

Miró la casa y pensó: «Has ganado la primera batalla, Betty, pero la guerra aún no ha terminado. Antes de que me muera, el pequeño Roddy vivirá conmigo en la mansión».

5

El tren volaba a toda velocidad por la larga distancia que separaba a Lewis Jackman de Allison MacKenzie; Lewis se sentó en el vagón restaurante, impaciente con la bebida y con las manecillas del reloj, que se movían tan despacio como si estuvieran pegajosas de melaza. Las ruedas del tren también parecían avanzar a cámara lenta. Se quedó mirando cómo se empañaba la copa y volvió a consultar el reloj.

Stephanie iba sentada a su lado en el panorámico vagón. Allison los había presentado la semana que había pasado en Nueva York al volver de Hollywood. Llevaban ocho horas viajando juntos desde que salieron de la Estación Central. «Ese es más o menos el número de palabras que hemos intercambiado, ocho —pensó Stephanie—. Si no supiera lo que sé, diría que Lewis es un hombre que se dirige a una cita de mucho peso.»

—¡Hola! —exclamó una voz femenina detrás de él.

Lewis se molestó incluso antes de volverse, se habría molestado con cualquiera que interrumpiera sus pensamientos.

—Hola —respondió Stephanie, con indiferencia.

—La conozco —dijo la joven—. Es usted Stephanie, la amiga de Allison.

—Sí.

—Soy Jennifer Carter —se presentó ella, sin dejarse intimidar por el frío recibimiento—. Mi marido está a punto de llegar. ¿Podemos sentarnos con ustedes?

—Por supuesto —dijo Stephanie, aunque tenía muchas ganas de negarse; además le presentó a Lewis.

—¡Aquí está Ted! —dijo Jennifer y se volvió hacia su marido—. Querido, te acuerdas de Stephanie, ¿verdad? Allison nos la presentó las Navidades pasadas.

—Claro —dijo Ted y le estrechó la mano—. ¿Cómo está usted?

—¿También va usted a Peyton Place a ver a Allison, señor Jackman? —preguntó Jennifer.

—Sí —respondió Lewis.

Una expresión de astucia iluminaba la mirada de la joven; a Lewis le recordó a una serpiente, y aunque era muy guapa, había cierta afectación en su actitud. Tenía los pómulos muy prominentes, la mandíbula, agresiva y miraba a todas partes moviendo los ojos rápidamente, de modo que no solo parecía no perderse nada, sino también tantear por debajo de la superficie de cuanto veía.

—Allison debe de ser una escritora muy importante para arrastrar a un editor tan ocupado como usted tan lejos de la civilización —dijo Jennifer, clavándole una mirada directa a los ojos que exigía una respuesta.

—Así es —dijo Lewis, y la forma de decirlo, sencilla y sin enfatizar, prestó una gran autoridad a sus palabras.

Jennifer soltó una carcajada y continuó: —Es muy difícil pensar en la pequeña Allison MacKenzie de Peyton Place como una escritora importante a la que hay que tomar en serio.

—¡Jennifer! —dijo Ted—. No digas esas cosas.

—No seas ridículo, cariño —replicó Jennifer—. No puedo evitarlo, es lo que pienso, ¿no?

—Vamos a pedir algo —dijo Ted, incómodo, desviando la mirada.

—Buena idea —respondió Jennifer—. Quiero un whisky con agua, por favor. —Y se dirigió de nuevo a Lewis—. ¿Desde cuándo tiene tan buena opinión de Allison? —le preguntó con el mismo apremio que había caracterizado las preguntas anteriores.

Lewis quería levantarse y decirle que no era asunto suyo, pero no lo hizo.

—Desde hace mucho —respondió en un tono que no animaba a seguir con el interrogatorio.

—¿Desde antes de que se hiciera famosa y empezara a ganar montones de dinero? —insistió Jennifer.

—Sí, desde antes, incluso —respondió Lewis. Miró a Stephanie y se levantó—. Stephanie, creo que es mejor volver a nuestros asientos. Si nos disculpan. —Hizo un gesto de despedida con la cabeza.

Cuando se daba la vuelta para irse, Jennifer se rio.

—Eso es lo que se suele decir cuando no quieren seguir hablando con una.

—¡Jennifer! —exclamó Ted.

—¡Ay, deja de decir «Jennifer» en ese tono! —replicó ella, enfadada—. Pareces un disco rayado. —Dio un sorbo a la bebida—. Allison no se lleva el premio gordo con él. Es tan reservado como tú.

—Quizá le haya molestado tu indiscreción —dijo Ted, con más energía de la que solía empelar con su mujer.

—No soy indiscreta —se defendió ella—. Solo que me interesan las personas.

—De todos modos —dijo Ted—, es el editor, no su amante.

—Porque tú lo digas —replicó Jennifer.

—¿A qué viene eso? —preguntó Ted.

—Deje de interrogarme, señor fiscal del distrito. Sencillamente, lo presiento. Los grandes editores de Nueva York no vienen hasta Peyton Place solo para ver un manuscrito.

—Está claro que eres una chismosa —dijo Ted, recostándose en la silla—. Una entrometida.

Era cierto. Jennifer no podía ir a ningún sitio sin echar un vistazo al botiquín del cuarto de baño y revisar la pila de toallas de la ropa blanca. Siempre que se le presentaba oportunidad, rebuscaba en los escritorios y cajones de las cómodas de otras personas, y le producía una profunda satisfacción saber que su mejor amiga soltera guardaba un surtido de anticonceptivos en el cajón de la mesita de noche, y que otra amiga recibía cartas de aviso de cobro de los almacenes Jordan-Marsh. Sabía que el mejor amigo de su padre llevaba una ancha faja elástica y, cada vez que lo veía, apenas podía contener la risa, sobre todo porque también sabía que su mujer mantenía una animada correspondencia con un famoso violonchelista francés.

También sabía que su suegra se había aficionado a leer novelas policiacas sensacionalistas en rústica y que su suegro coleccionaba naipes pornográficos. Y que Roberta y Harmon Carter tenían diecisiete mil dólares depositados en el Citizens National Bank y un seguro por valor de cincuenta mil dólares, y que, cuando Roberta quería tener la noche libre, mezclaba somníferos con el café que

tomaba Harmon después de cenar. Pero lo mejor de todo era un dato tan gratificante que le costaba mucho guardárselo para sí: había descubierto que, cada vez que iba a Peyton Place con Ted, Roberta se colaba por la noche en la pequeña habitación contigua a la de Ted para espiarlos.

—Debe de ser este aire —le dijo Ted a su mujer—. Cuando venimos a Peyton Place, te pones más cachonda que una puta francesa que disfruta del oficio.

Jennifer estuvo a punto de reírse en sus narices.

—Tú me pones así —dijo.

Y pensó en nuevas formas de excitarlo y provocar que le hiciera cosas inauditas. Saber que Roberta oía cada palabra y cada ruido la excitaba tanto que se desconcentraba. Se retorció entre las manos de Ted, gimiendo y gritando.

—¡Me haces daño! ¡Me haces daño! ¡No pares, cariño! ¡Más adentro! ¡Más hondo! —Y después, un grito ahogado y, al mismo tiempo que gemía, creía oír jadeos al otro lado de la pared—. ¡Otra vez, querido! ¡Otra vez!

Ted puso las manos encima del estremecido cuerpo de su mujer y preguntó: —Dios mío, ¿qué te hace ponerte así?

Jennifer pensó en que Roberta estaba escuchando y sonrió a oscuras.

—Te amo —dijo—. En cuanto me miras, solo puedo pensar en esto.

«Sería una delicia compartir ese secreto —pensó Jennifer—. Aunque Ted no lo entendería nunca.» Se volvería distante y se negaría a tocarla en casa de su madre. Así que tuvo que conformarse con ver la expresión de Roberta a la mañana siguiente.

—¿Qué ocurre, madre? —le preguntó con una sonrisita pícara—. ¿No ha dormido bien?

—La verdad es que no —respondió Roberta—. Supongo que no tenía que haber repetido de café.

—Bueno, yo he dormido como un niño de pecho —dijo Harmon.

«Eso seguro», pensó Jennifer, recordando los somníferos que Roberta guardaba bajo llave en el tocador.

Roberta escondía todos sus secretos bajo llave, pero no lo hacía con inteligencia, pues guardaba un llavero con todas las llaves de la casa debajo de la almohada, y Jennifer no tardó mucho en encontrarlo.

Mientras el tren corría hacia Peyton Place, Jennifer se llevó el vaso de whisky a la boca con una sonrisa, preguntándose qué novedades encontraría en casa de sus suegros. No había vuelto allí desde agosto; seguro que descubriría una auténtica cosecha de secretos nuevos.

Empezó a quejarse de dolor de cabeza desde que el tren salió de Concord y, cuando llegaron a casa de los Carter en Peyton Place, había convencido a su marido de que lo único que quería era irse a la cama con una aspirina y una taza de té caliente.

—Qué lástima —dijo Roberta en tono comprensivo—. Esta noche íbamos a ir todos a la cena de la iglesia.

—Por mí no se la pierdan, ni hablar. Váyanse los tres enseguida —dijo Jennifer.

—Nada de eso —dijo Ted—. No quiero dejarte sola si no te encuentras bien.

—No seas tonto —respondió ella—. Y por favor, no te empeñes, querido. Si no vas con papá y mamá me consideraré una idiota y tendré que acompañaros a la fuerza. Por favor, no me obligues.

Al final, Ted capituló y se fue con Roberta y Harmon. Jennifer esperó a que se desvaneciera el ruido del coche, luego se levantó silenciosamente de la cama y fue al dormitorio de Roberta. Rebuscó en los cajones de Harmon sin descubrir nada nuevo y, cuando en el tocador de Roberta no encontró nada más que otro pedido de somníferos, se enfurruñó como una niña pequeña. Palpó debajo de la almohada de su suegra y se enderezó, sorprendida. El llavero no estaba en su sitio.

La irritación la aceleró más y se puso a registrar la estancia. Se le daba muy bien descubrir escondites, así que descartó los rincones y recovecos más evidentes que podía elegir Roberta. Rebuscó con dedos diestros en los bolsillos de todas las prendas del armario ropero, pero sin resultado. Examinó minuciosamente el cuarto de baño y, cuando terminó, se quedó un momento en el pasillo de

arriba, concentrada con toda su alma en lo que estaría pensando su suegra cuando cambió las llaves de sitio.

En otro momento, se dirigió directamente al armario de la ropa blanca que había al lado del cuarto de baño. Palpó con los dedos una caja de jabón en escamas, que Roberta guardaba para lavar medias y ropa interior de nailon, y al instante tocó el llavero con la mano inquisitiva. Lo sacó con cuidado de la caja de jabón, poniendo la otra mano debajo para no dejar ningún rastro revelador en el estante, y se echó a reír.

Abrió el baúl de cedro del vestíbulo, pero no encontró nada más que mantas de invierno, una botella de brandy y sesenta y ocho dólares en billetes de dos. Lo dejó todo tal y como lo había encontrado y cerró la tapa del baúl de golpe. Así que su suegra bebía brandy importado a escondidas y guardaba billetes de dos dólares. «¡Qué sosa!», se dijo, decepcionada.

Bajó las escaleras y abrió el escritorio del salón. Allí solo vio la habitual colección de facturas, cheques cancelados y cartas pendientes. Lo examinó todo con indiferencia y miró el reloj. La familia no tardaría ni media hora en volver. Abrió el cajón inferior del escritorio esperando otra decepción, pero se le despertó el interés cuando se fijó en un cuaderno de hojas sueltas que no estaba allí en la última visita.

Lo cogió, empezó a hojearlo y palideció al leerlo. Roberta había ideado un plan para cometer un asesinato. Un plan tan simple y estúpido que podía funcionar, precisamente por esas razones. Mientras leía, se le aceleró el corazón como si se le fuera a salir del pecho y no levantó la cabeza de la lectura hasta que oyó un coche que se detenía fuera. Habían vuelto.

Rápidamente, cerró el escritorio con llave y corrió escaleras arriba. Enterró el llavero en el fondo de la caja de jabón en escamas y corrió a su habitación. Antes de volver a la cama, miró por la ventana justo a tiempo para ver a Roberta subiendo por el camino. «Vieja zorra taimada y celosa. ¡Menuda sorpresa te espera!», pensó.

Tumbada en la cama, mientras escuchaba los pasos de Ted subiendo las escaleras, se dijo: «Va a ser un Día de Acción de Gracias memorable».

Roberta había programado el asesinato para el día siguiente.

6

La víspera del Día de Acción de Gracias, Allison, Mike, Constance y sus invitados alargaron la noche. Stephanie estaba tumbada en la alfombra, enfrente de la chimenea, y Lewis, sentado en el sillón. Allison se dio cuenta de que a Mike le caía muy bien Lewis. La velada había empezado hablando de política y literatura, pero, cuando llegaba la hora de poner fin a la noche, se pusieron a cotillear sobre Jennifer.

Stephanie les contó la actitud que había tenido en el tren y añadió: —Conozco a unas cuantas chicas como ella. Abundan mucho en Nueva York. Son unas zorritas presumidas y provocadoras, muy prometedoras por fuera, pero vacías por dentro como una taza de hojalata.

—Yo también he conocido a algunas Jennifer —dijo Lewis, sonriendo, porque le hacía gracia el lenguaje colorido de Stephanie —, y todas encajan bastante bien en ese estereotipo. Tienen la idea de que pueden decir o hacer lo que se les antoje y de que papá siempre está ahí para protegerlas. Señoras, espero que no se me echen encima, pero debo decir que nunca he conocido a ningún hombre (y en el trabajo he encontrado a algunos bastante egocéntricos) tan arrogante como esas mujeres.

—¿Por qué cree que es así? —preguntó Mike, como buen profesor que era.

—Creo que la explicación es muy sencilla —dijo Lewis—. A los hombres siempre les preocupa un poco la posibilidad de ganarse un puñetazo en la nariz por exceso de arrogancia, pero a las mujeres no les pasa eso.

—Digan lo que quieran de Jennifer Carter —intervino Constance —. No voy a criticarlos. Es rara, sí. Nunca he visto a una chica tan tensa y nerviosa. Sin embargo, al mismo tiempo parece imperturbable. Tengo la sensación de que podría hacer la cosa más monstruosa del mundo sin pestañear.

—Si vuelvo a llenar todas las copas, ¿me prometen cambiar de tema? —terció Mike, levantándose—. No creo que Jennifer Carter sea el mejor tema para la última conversación de la noche. Tendría sueños más agradables si contáramos historias de vampiros.

—Yo lo prometo —dijo Stephanie, levantando la copa.

Poco después, cada cual se fue a su dormitorio. Allison compartía habitación con Stephanie y Lewis dormía en la de al lado, la de invitados. Era un tormento estar tumbada en la cama sabiendo que Lewis se encontraba al otro lado de la delgada pared.

—Tu amigo Lewis es guapo —dijo Stephanie, como si le leyera el pensamiento—. He llegado a la conclusión de que todos los hombres atractivos están casados.

—Algún día encontrarás a alguien que sea apuesto y soltero —le dijo Allison.

—Supongo —dijo Stephanie—, pero entretanto, volviendo al tema, estoy muy sola. Allison, soy una chica buena y me he cansado de la soltería. Si no tuviera un sentido exagerado de mi propia valía, aceptaría al primer productor que me pidiera la mano. Aunque no es la mano lo que piden.

Allison soltó una carcajada y dijo: —No te preocupes. Al final conocerás a un hombre que te verá tal como eres, más allá de tu dura y hermosa coraza, y descubrirá que debajo hay un corazón tierno y cariñoso. Y ese será su fin, y el tuyo.

—Es la primera vez, y probablemente la última, que me halaga que me llamen farsante —dijo Stephanie, riéndose también.

—Oye, no quiero decir que seas una farsante, y lo sabes; solo has levantado defensas, como las demás. Bien sabe Dios que, después de mi experiencia desde que se publicó el libro, no se me ocurriría acusarte de farsante. Sería como lo que le dijo la sartén al cazo: aparta, que me tiznas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Stephanie, incorporándose sobre el codo y mirándola.

—Lewis dice que les pasa lo mismo a casi todos los escritores —respondió Allison—, tienen la sensación de mentir, de estafar al público. Cuando tu novela tiene éxito, cuando la leen un millón de personas, cuando todo el mundo habla de ella, no puedes creerte

que todo eso sea el resultado de tu talento y entonces empiezas a pensar que los has engañado a todos y que eres un fraude ambulante.

—¿Todavía tienes esa sensación?

—No lo sé, Stevie. En realidad, no lo sé. Salvo por un par de honrosas excepciones, actualmente toda mi vida me parece irreal y fingida. Necesito volver al trabajo, empezar a escribir de nuevo.

—¿Por qué no lo haces? Estás en el sitio perfecto.

—No es fácil. A veces creo que es porque la vida me presenta muchísimas emociones. No quiero encerrarme ni aislarme del mundo, porque me da la sensación de que me perdería algo, algo importante —explicó Allison, y se volvió hacia Stephanie—. Me ha entrado un apetito voraz por la vida, Stevie. El éxito hace que vivir sea tan delicioso que no quieres perderte ni un momento. Supongo que por eso la gente de Hollywood tiene tanto miedo a estar sola, ni siquiera una hora. Supongo que se imaginan que se han sacrificado tanto para triunfar que sería un pecado no disfrutar cada minuto al máximo.

—¿Ya sabes lo que quieres, Allison?

—Sí —respondió—. Lo quiero todo.

Stephanie se quedó callada y, al cabo de un rato, Allison la oyó respirar con regularidad y comprendió que se había dormido. Pensó en Lewis, tan cerca y tan inalcanzable. Se preguntó si se atrevería a colarse en su dormitorio.

«No puedo, en casa de mi madre no», se respondió. Por fin se durmió, agotada de tanto pensar.

Cuando abrió los ojos a la luz del día, pareció que solo habían transcurrido unos minutos y oyó, amortiguado, como si llegara desde kilómetros de distancia, el trajín de Constance en la cocina con los preparativos de la cena de Acción de Gracias. Se visitó rápidamente y bajó corriendo a ayudarla.

Mike estaba sentado a la mesa de la cocina con Constance, tomando café y hablando en voz baja. A Allison le pareció que nombraban a Lewis. Constance vio a su hija en la puerta.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó.

—Quería ayudarte con la cena —respondió Allison.

—Tenemos el trabajo perfecto para ti —dijo Mike—. Requiere inteligencia y que el candidato sea una persona responsable.

—No creo que mi hija tenga la edad suficiente —dijo Constance, siguiéndole el juego.

—Creo que habría que darle una oportunidad —replicó Mike. Se dirigió a Allison—. ¿Tienes agallas y determinación? ¿Quieres llegar a ser alguien en la vida? Si no es así, no solicites este trabajo.

—¡Qué chiflados estáis! —exclamó Allison con una sonrisa—. De acuerdo. Tengo agallas y determinación. Quiero salir adelante. Bien, ¿en qué consiste el trabajo?

—¿Ves esa ventanita? —dijo Mike, señalando el horno.

Allison asintió.

—Bien, pues tu tarea consiste en acercar una silla, sentarte y vigilar el pavo. No queremos que se vaya volando, ¿verdad?

—Creo que es demasiado para ella —dijo Connie—. Después de todo, tiene muy poca experiencia en vigilar pavos.

—¡Puedo ponerme a la altura del reto! —replicó Allison con un fervor fingido—. Por favor. Este trabajo podría ser mi oportunidad.

—Es una carrera para toda la vida —dijo Mike, y acercó una silla —. No te precipites. Toma. Siéntate, tómate un café y piénsalo.

—Te guardamos el puesto hasta que te decidas —dijo Constance.

—Chiflados, estáis chiflados —dijo Allison desternillándose de risa.

—¡Holgazana! —dijo Mike—. Vienes aquí a ofrecer tus servicios cuando ya está hecho todo el trabajo.

—¿Por qué no me habéis despertado? —preguntó Allison.

—Porque somos los típicos padres —dijo Constance— a los que les gusta sacrificarse por los hijos y contárselo después.

—Sí, nos parece muy divertido —añadió Mike.

Allison se levantó y le dio un beso a cada uno.

—¿A qué viene esto? —preguntó Mike.

—Viene a que sois los típicos padres que hacen eso —respondió Allison.

En casa de los MacKenzie, el Día de Acción de Gracias empezó con risas y así siguió toda la cena y la sobremesa. Allison nunca había visto a Lewis tan feliz, con la cara rebosante de alegría de vivir y de estar con gente que le agradaba. En la cena, se sentó al lado

de Allison y, en medio del jolgorio, le apretó la mano por debajo de la mesa. Fue un gesto rápido y de una intensidad casi dolorosa, con el que expresó su alegría y su gratitud por esos momentos.

En una ocasión le había dicho a Allison que había perdido la esperanza de ser feliz hasta que la conoció. Hubo momentos a lo largo del Día de Acción de Gracias en los que su mirada de amor era tan evidente que Allison pensó que Constance y todos los demás se darían cuenta.

El banquete duró dos horas. Terminaron al final de la tarde. Allison quería llevar a Lewis a dar un paseo, enseñarle Road's End y las vistas de la ciudad, además de contarle todos sus secretos y recuerdos.

—Quería llevar a Lewis a Road's End —les dijo a Mike y a Constance—, pero se va a hacer de noche enseguida, me temo.
—Y dirigiéndose a Lewis, añadió—: Creo que no nos dará tiempo.

—Tonterías —dijo Mike—. Coge el coche. Podéis llegar allí en diez minutos y volver antes de que anochezca del todo.

—¡Qué buena idea! —dijo Allison, preguntándose por qué no se le había ocurrido a ella. En el coche también tendrían más intimidad. Sería la única ocasión de estar a solas antes de que Lewis se marchara por la mañana.

En la puerta, con la capucha de alpaca del abrigo viejo en la cabeza, les dijo a Constance y Stephanie: —Esperadme. No empecéis a fregar los platos hasta que vuelva.

—¡Holgazana! —le dijo Mike.

Cuando Allison y Lewis se marcharon, Mike reconoció que estaba lleno hasta los topes y que lo único que quería era echarse una siesta. Se levantó y se dirigió a las escaleras, pero se volvió y sonrió a Constance.

—Oye, cielo —le dijo—, prométeme que no empezarás a fregar los platos hasta que me levante.

Constance arrugó la servilleta y se la tiró. Desde lo alto de las escaleras, él gritó: —¡Fallaste!

—Es un hombre maravilloso —dijo Stephanie.

—Sí —dijo Connie—, pero no le digas que estoy de acuerdo contigo.

Las dos mujeres se pusieron a recoger la mesa y a llevar los platos a la cocina. Steve se había puesto unos pantalones ajustados con un estampado de leopardo, parecía una gata bien alimentada y satisfecha más que otra cosa. Mientras fregaban los platos, empezaron a cotillear. Steve preguntó por Selena en primer lugar.

—Va a casarse con Peter Drake —dijo Connie.

—¿En serio? —preguntó Steve, encantada.

—Sí. En junio, después de que Joey se gradúe.

—Me alegro mucho. Ella es un bombón y lo ha pasado muy mal.

—Peor de lo que piensas. ¿Te encontraste alguna vez en Nueva York con un actor llamado Tim Randlett?

—¿Ese? —exclamó Steve—. ¡Dios, sí! Es uno de los tíos más insoportables que conozco.

—Bueno, estuvo aquí el verano pasado y deslumbró a Selena. Ella llegó a creer que se había enamorado de él.

—¡Ay, no! —exclamó Steve, preocupada—. Oye, voy a decirte una cosa de ese tío: es el mayor embaucador del mundo de la farándula.

—¿A qué te refieres? —preguntó Connie, recordando las palabras de Mike sobre Tim Randlett.

—Bueno, ya sabes: es lo que tiene haber sido una gran estrella. De pequeño, sabía llorar de una manera convincente y ganó mucho dinero en Hollywood, fue una estrella, pero no lo ha superado. Sigue creyendo que es el mejor. En serio, se cree Olivier o alguien así. Una vez trabajé con él en un programa de televisión. De verdad, es un tipo estrictamente convencional. Está convencido de que tiene un perfil irresistible. ¿Sabes lo que hace? *Actúa* las veinticuatro horas del día. Apuesto a que incluso hace posturitas en la ducha. Se imaginó que yo era una chica de pueblo perdida en la gran ciudad y me soltó un gran discurso sobre cómo podía salvarme de la superficialidad y el falso oropel. En fin... un auténtico bicho raro. Selena hizo bien en dejarlo. Le he visto hacer de padre, de sacerdote, de vil seductor y de hermano mayor con toda clase de chicas. Todo el repertorio, ya ves. Dime, ¿qué papel interpretó con Selena?

—No lo sé —dijo Connie pensativa—, pero debió de ser algo horrible. Creí que iba a morirse por su culpa.

—Le tocaría hacer de villano —dijo Steve—. ¡Qué farsante!

—Bueno, ya se acabó, gracias a Dios. Ahora que Selena va a casarse con Peter Drake, solo tengo que preocuparme por Allison y por ti.

—Estoy esperando que aparezca un productor rico —dijo Steve—, así que probablemente me moriré soltera. Todos los productores están casados. A veces pienso que las madres los casan a los trece años.

Terminaron de fregar los platos, llevaron la cafetera y las tazas al salón y se sentaron frente a la chimenea. Se quedaron calladas, descansando y contemplando las hermosas y extrañas formas que creaba el fuego, disfrutando de la paz y el silencio de la casa.

7

En Road's End, Allison y Lewis, sentados en el asiento delantero del coche, contemplaban Peyton Place, que parecía un pueblecito de juguete en el fondo del valle. Daba la impresión de que las casas hubieran absorbido la gris monotonía del cielo invernal. A Allison le recordaron a las lápidas de un cementerio y se estremeció.

—No sé por qué —dijo Lewis, atrayéndola hacia sí—, pero me entristece un poco ver Peyton Place desde aquí. Parece desolada.

—Es por la época del año —dijo Allison—. Yo también la veo así; es la melancolía del otoño. Aunque sepamos que cada estación es un nuevo comienzo, el otoño siempre parece un final. Mueren tantas cosas...

Lewis le tomó el rostro entre las manos y la miró un largo rato; luego, con mucha delicadeza, le besó los párpados y los labios.

—Te quiero, Lewis —dijo Allison.

—Espero que dure para siempre, Allison.

—Sé que nuestro amor durará. Ojalá nosotros también.

Lewis se rio y dijo: —Allison, el otoño no te pone solo melancólica. Te pone francamente macabra.

—Ya. Estoy segura de que cuando vuelva a trabajar todo se colocará en su sitio. Cuando escribo, se me olvida el día, la estación del año y el año.

—Espero que a mí no me olvides.

—Ni aunque lo intente, cariño —respondió Allison. Le abrió el abrigo y se apretó contra él. Después añadió—: Besuqueándonos en un coche... como si fuéramos colegiales; aunque, cuando lo *era* no hacía estas cosas.

Miró a un lado y al otro del desolado paisaje de Road's End mientras Lewis le acariciaba el cuerpo.

—Creo que ni siquiera me encapriché nunca con ningún chico —dijo, pensando en voz alta—. Estaba tan ocupada con mis sueños que no tenía tiempo para los chicos. Aquí es donde empezó todo,

Lewis, aquí, en Road's End. A veces pienso que *El castillo de Samuel* nunca habría existido sin Road's End.

Sonrió, soñadora, en la cálida envoltura que habían creado en el recogido espacio del coche de Mike. Las manos de Lewis exploraban libremente su cuerpo. Ella acercó la boca a su oreja y le lamió el contorno. Él la sujetó con fuerza un momento; después se calmó y dijo: —Cuéntame más cosas.

—Una vez, un chico llamado Norman me besó aquí.

—Me vuelvo loco de celos —dijo Lewis riéndose. Allison noto su cálido aliento en el cuello.

—Si no hubiera sido por Road's End —dijo ella—, no habría habido novela, ni Nueva York, ni Lewis Jackman.

—Imposible —dijo él—. Inconcebible. Me niego a considerar tal posibilidad. Si no existieras, te habría inventado.

Se inclinó y le besó el jersey, donde se le marcaban los pezones. Ella le sujetó la cabeza, apoyó la suya en el respaldo del asiento y cerró los ojos. La mano de Lewis se movía suave y lentamente, ella volvió la cabeza y entreabrió los ojos.

—Cuéntame más cosas —dijo él.

«Toda Peyton Place puede mirar hacia aquí y ver el coche, pero a nosotros no», pensó Allison.

—Cuéntame más —insistió Lewis.

—No puedo —susurró ella—. ¡Ay, Lewis! ¡No puedo!

Lo abrazó y lo besó buscándole la lengua. Él la mordió y la dulzura del dolor la hizo gemir. Cuando la llevó al colmo del placer, lo apartó de sí.

—Te quiero todo entero —dijo ella con los labios secos y la voz temblorosa.

No oyó su propia voz gritando ni las feroces palabras de amor que pronunció. Estaba envuelta en la oscuridad, no reconoció las palabras roncas y salvajes que salieron de su boca.

Cuando abrió los ojos, se encontró en brazos de Lewis. Había anochecido y la diluida luna invernal irradiaba una luz difusa. Las sombras de los árboles, tanto en la ladera como en la carretera, eran negras.

—Dios mío —dijo Allison, incrédula, en voz baja—. Pensaba que lo habíamos hecho todo.

Lewis sonrió y no dijo nada.

—No creía que pudiera haber algo mejor de lo que ya teníamos —añadió. Apoyó la cara en el pecho de Lewis y notó en los labios los latidos de su corazón—. ¿Seguirá siendo así, Lewis? —preguntó, con voz débil y asustada—. Me refiero a que cada vez es mejor. ¿Continuará así? Espero que no, porque me imagino que si sucediera a menudo me moriría.

Lewis le acarició el pelo y, sonriendo, dijo: —No creo que haya motivo de alarma, cariño. Los seres humanos son tan raros que se acostumbran al placer tan rápido como a la desgracia.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo ella, abrazándolo con fuerza—. Me cuidarás siempre, ¿verdad?

—Siempre —prometió él.

—Y dentro de unas semanas volveré a Nueva York, cariño, y entonces siempre estaré allí para cuidarte a ti. Voy a alquilar esa maravillosa habitación blanca y dorada un año entero, voy a trabajar todo el día y a hacer el amor toda la noche.

Se incorporó y encendió un cigarrillo.

—Lewis —continuó—, ¿crees que a ese director bajito le molestará que vengas a mi apartamento todas las noches?

A Lewis le dio la risa.

—Eres la mujer más sofisticada y, al mismo tiempo, la más ingenua que he conocido en mi vida —dijo él—. La respuesta es: sí, al director le molestará y no, no dirá nada.

—¿Por qué no dirá nada? —quiso saber Allison.

—Porque pagas un alquiler tan alto que le conviene no quejarse. Ya ves. Mientras no hagamos ruido y no molestemos a los demás inquilinos, no oirás un solo pero por su parte. Los directores de esa clase de hoteles de lujo son profesionales de la discreción. Una de las primeras lecciones que aprenden en la escuela es a mirar a otra parte con elegancia.

Allison soltó una carcajada y dijo: —También hacen un curso para aprender a andar hacia atrás. En el examen final tienen que

retirarse andando hacia atrás por una sala llena de gente, inclinando la cabeza todo el tiempo y sin chocar con nada.

—Y luego, un postgrado de chasqueo de dedos —añadió Lewis—. Cuando el nuestro se lo hace a esos fantasmas húngaros, suena como el disparo de una pistola.

—Si no se oye en la otra punta del vestíbulo del hotel, es que no es perfecto. Los directores con dedos flácidos no llegan a ser Conrad Hilton.

Se rieron de sí mismos; todo les parecía encantador. Ni siquiera el sombrío paisaje de Nueva Inglaterra resultaba deprimente ya y Peyton Place relucía en el valle como una joya. Allison se imaginó que distinguía su casa y que veía a Mike, a Constance y a Steve alrededor del fuego. Se preguntó si estarían hablando de Lewis y de ella.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—Me preguntaba si estarían hablando de nosotros.

—Si no volvemos pronto, seguro que sí.

—¡Ay, ya! —se lamentó Allison—. Pero no quiero irme de aquí. Es tan íntimo, cariño. Es la última oportunidad de estar contigo a solas hasta después de Año Nuevo. —Lo besó tiernamente—. Pero veo que, ahora que has conseguido lo que querías de mí, solo te interesa volver a la civilización.

—Así somos los hombres. El plan es cansarme de ti dentro de una o dos semanas y abandonarte como un trapo viejo.

—Pues tiene que ser una noche de nevada, así que, espera —dijo Allison poniendo el motor en marcha—. No sería justo cortar conmigo si hace buen tiempo.

Comenzaron el largo y sinuoso descenso hacia Peyton Place. Lewis encendió la radio y se inclinó para buscar música cuando Allison se dio cuenta de que algo iba mal. Había intentado reducir la velocidad para tomar la amplia curva, pero los frenos parecían no responder; el coche se desvió de una manera extraña. Tomó la curva y, al quitar el pie del freno, comprobó que el coche respondía mejor. Suspiró, aliviada.

—Ya está —dijo Lewis. Se recostó en el asiento para disfrutar de la orquesta sinfónica que había encontrado en una emisora de

Boston.

Allison pisó suavemente el acelerador con la punta del pie; quería aumentar un poco la velocidad para la subida. El coche salió disparado a una velocidad mucho mayor de lo que esperaba. «¿Qué diablos pasa aquí?», se preguntó. Volvió a pisar el freno y, de nuevo, el coche se desvió. Lo soltó y, por la reacción del coche, supo lo que fallaba. ¡El acelerador se había atascado!

Iban cuesta bajo a cien kilómetros por hora. Allison pisó el acelerador con un golpe seco, pensando que así se soltaría. Pero siguió atascado, solo que ahora estaba más hundido que antes y, entre la velocidad del coche y la impotencia, se puso mala. Se aferró al volante con fuerza y, con una mirada de angustia, observó la curva que se acercaba cada vez más.

Cuando Lewis dijo: «¿No crees que sería mejor...?», pisó el freno con fuerza, a fondo, y lo mantuvo ahí. Olió que empezaban a quemarse las pastillas de freno.

—¿Qué pasa, Lewis? —gritó, presa del horror.

Vio la mano de él moverse con una terrible lentitud hacia el volante. Y entonces se salieron de la carretera y el coche dio varias vueltas de campana.

Cerró los ojos y pensó: «Dios mío, ¿cuántas vueltas más dará antes de detenerse?».

Estaba en la cocina con Mike y Constance; tomaban café y se reían de una broma de Mike. «Nunca los dejaré, son tan buenos, tan buenos.»

—Allison. Allison —decía Constance—. Allison. Allison. *¡Allison, cariño!*

Allison abrió los ojos. Los árboles deshojados oscilaban y se balanceaban en la altura, la luna estaba prisionera entre las ramas como un pájaro en una trampa. Se incorporó y miró a todas partes, desesperada.

—El coche —dijo—, el coche. Tengo que encontrar a Lewis.

Sintió un dolor punzante en el pecho, que la debilitó y la obligó a caer de rodillas.

—¡Lewis! —gritó—. ¡Lewis! Ya voy, querido, voy a ocuparme de ti.

Levantó la cabeza y vio el coche. Empezó a arrastrarse hacia él.

8

Jennifer miró fijamente a Roberta por encima del enorme pavo del Día de Acción de Gracias. «¡Bruja despiadada! —pensó con saña—. Que no se le ocurra a nadie volver a echarme en cara el rollo ese de la indiscreción, ¡maldita sea! Si no fuera por eso, es muy probable que mañana por la noche a estas horas estuviera muerta.»

Roberta sirvió café, sonrió y comentó quiénes habían estado en la Iglesia Congregacional.

—¿Y has dormido una buena siesta, querida? —le preguntó.

Jennifer, con la excusa de que le dolía la cabeza, se había quedado para echar una siesta mientras el resto de la familia asistía a los servicios del Día de Acción de Gracias.

—No he podido dormir —respondió Jennifer—. Así que me he dedicado a leer.

Esperó a ver si Roberta reaccionaba, pero la suegra ni se inmutó.

Después de cenar, Harmon y Ted fueron a casa de un amigo de Harmon a jugar al ajedrez y tomar cerveza hasta la puesta de sol. Roberta y Jennifer se quedaron solas en casa.

—Creo que voy a echar una cabezadita —dijo Jennifer—. Estas cenas suyas, tan copiosas, siempre me dan sueño.

—Adelante, querida —dijo Roberta—. Yo tengo que escribir unas cartas.

«Seguro», pensó Jennifer sarcásticamente.

Subió las escaleras y, media hora más tarde, cuando Roberta se asomó a la habitación, Jennifer parecía estar profundamente dormida. Cerró la puerta en silencio y se dirigió al armario de la ropa blanca, el que estaba en el pasillo.

«Gracias a Dios que las bisagras están bien engrasadas», pensó Jennifer mientras abría la puerta del dormitorio.

Por la estrecha abertura, vio a Roberta coger la caja de jabón en escamas, sacar el llavero y, a continuación, bajar de puntillas por las escaleras alfombradas. Jennifer se acercó a la cómoda, sacó el cuaderno y, con el mismo sigilo que su suegra, la siguió por las

escaleras. Se quedó mirándola en la puerta del salón hasta que abrió el escritorio y metió la mano en el cajón inferior; vio que se quedaba rígida de sorpresa, que abría el cajón de un tirón y rebuscaba frenéticamente en él. Cuando Roberta se volvió, Jennifer estaba inmóvil en la puerta con el cuaderno en la mano.

—¿Es esto lo que busca? —preguntó dulcemente.

Roberta dio un respingo, y se puso tan pálida que, por un instante, Jennifer pensó que iba a desmayarse.

—¿Cómo es que lo tienes tú? —susurró Roberta, horrorizada.

—Pues, abrí el cajón del escritorio, querida madre —respondió Jennifer—. Dígame —preguntó, con una sonrisa desdeñosa en los labios—, ¿en serio creía que se saldría con la suya?

—¡Dame ese cuaderno! —exclamó Roberta.

—Todavía no, madre querida —dijo Jennifer, con una calma exasperante—. Sabe, me preguntaba por qué se había aficionado a leer novelas policiacas. Siempre había pensado que usted era una auténtica fanática del Libro del Mes[3], pero no me imaginaba que se le pudiera ocurrir cometer una estupidez como esta. Tampoco hace falta que me explique sus motivos, porque los conozco.

—No sé de qué hablas —dijo Roberta, casi sin aire.

—Oh, sí que lo sabe. —Avanzó lentamente hacia ella sin perder la sonrisita—. Me tiene celos —dijo en voz baja—. Cada vez que Ted y yo nos acostamos, se queda usted agazapada en el cuartito de al lado y oye a su hijo cuando me hace el amor, y está tan celosa que no puede soportarlo.

Roberta retrocedió hacia el escritorio tambaleándose como si la hubieran golpeado.

—Está celosa —insistió Jennifer—. Tan celosa que no lo soporta. Le gustaría ser usted la que estuviera en la cama con Ted.

—¡Estás loca! —exclamó Roberta, segura de haber gritado, pero la voz no fue más que un susurro ronco.

Jennifer estalló en carcajadas y dijo: —¿*Yo estoy* loca? Mire, voy a leerle esto, a ver cuál de las dos está loca. —Abrió el cuaderno y empezó—: «Una y media: Jennifer sube a dormir la siesta. Dos y media: la despierto con una taza de café en la que he disuelto

somníferos. Tres en punto: le sugiero que visitemos a las jóvenes Page. Tres y media: Jennifer y yo subimos al coche en el garaje y arranco con los guantes puestos. Le digo que se me han olvidado las gafas y la dejo allí mientras vuelvo a entrar en la casa. El coche sigue en marcha. Cuatro en punto: Jennifer se ha quedado dormida, la muevo al asiento del conductor y vuelvo a casa. Cinco y media: Ted y Harmon vuelven y me encuentran profundamente dormida en la cama. Descubren a Jennifer muerta en el coche». Jennifer cerró el cuaderno de golpe.

—Yo no habría llegado a saber lo que me había pasado, ¿verdad? —preguntó.

Roberta estaba hundida en la silla del escritorio.

—Eres malvada —repetía una y otra vez—, eres una chica mala, una malvada.

—Al menos no he tenido intenciones de matarla —replicó Jennifer —. Y ahora, ¿sabe lo que voy a hacer?

Roberta la miró con estupor.

—Voy a subir a buscar el abrigo —dijo Jennifer con una sonrisa—, luego cogeré este cuaderno, me meteré en el coche e iré directamente al sheriff.

Empezó a salir de la habitación y Roberta se levantó de un salto para seguirla, tal y como Jennifer sabía que haría. Subió las escaleras corriendo, con Roberta detrás, y cuando llegó arriba, esperó a que la suegra la alcanzara.

—¿En serio creyó que se saldría con la suya? —preguntó Jennifer en tono burlón, sosteniendo el cuaderno casi al alcance de Roberta.

Roberta se inclinó hacia delante para cogerlo y, en ese momento, Jennifer lo dejó caer al suelo, puso las manos a su suegra en los hombros y la empujó con todas sus fuerzas. La mujer se cayó con un grito y Jennifer observó con frialdad cómo se golpeaba la cabeza un par de veces contra la pared mientras rodaba escaleras abajo. Le pareció que tardaba una eternidad en llegar al final.

Jennifer se quedó inmóvil en lo alto de las escaleras; lo único que se oía era el eco del grito de sorpresa de la mujer y la tranquila respiración de Jennifer. Bajó silenciosamente las escaleras y pasó por encima del cuerpo caído. Se agachó y le tomó el pulso, pero por la

postura de la cabeza, supo que su suegra se había roto el cuello y que estaba muerta.

Volvió a subir las escaleras y quemó las páginas del cuaderno en el lavabo del cuarto de baño, luego tiró las cenizas por el desagüe. El ritmo regular de su corazón no se alteró en ningún momento, porque sabía que no podía fallar. Si Roberta no hubiera muerto en la caída, sino que solo hubiera resultado herida, Jennifer seguiría a salvo porque tenía el cuaderno con ese plan terrible y Roberta habría sido incapaz de decir que la había empujado.

Cuando las últimas cenizas desaparecieron suavemente por el desagüe, Jennifer sonrió. Fue al dormitorio y se quitó los zapatos, las medias y la faja, tal como hacía todos los domingos por la tarde cuando se preparaba para la siesta. La cama estaba deshecha, porque se había acostado para esperar a que Roberta fuera a verla.

Bajó las escaleras en combinación y pasó por encima del cadáver de Roberta sin mirarlo siquiera. Se dirigió al teléfono y se detuvo un momento antes de descolgar. Contuvo la respiración el tiempo suficiente para que la voz sonara entrecortada y descolgó. Pidió el número del amigo de Harmon y, cuando este le respondió, preguntó a gritos por Ted.

—¡Un accidente! —exclamó—. ¡Tu madre! ¡Ven rápido!

Roberta Carter fue enterrada tres días después y todo Peyton Place se compadeció de la afligida familia.

—¡Qué lástima! —decía la gente de la ciudad—. Roberta era una buena persona.

—Y qué disgusto para Jennifer. Roberta y ella se llevaban muy bien. La propia Roberta me dijo lo mucho que apreciaba a la mujer de Ted.

—Ya, ya. Es que Roberta solo vivía esperando el momento en que Jennifer tuviera el primer hijo.

—Es tremendo. No se ve a menudo a una suegra y a una nuera tan bien avenidas como Jennifer y Roberta.

El viernes siguiente, Ted y Jennifer subieron al tren con destino a Boston. Como dijo Harmon, Ted no podía quedarse para siempre, tenía que pensar en su carrera. Jennifer llevaba una pamela negra con un velo que ocultaba su sonrisita. Ted la ayudó a subir los

escalones y a entrar en el tren. Se estremeció al tocarla. Albergaba una terrible sospecha en el corazón. Pasaría el resto de la vida —de su vida de grandes triunfos—, sumido en una tenebrosa incertidumbre.

3 Referencia al club estadounidense Book of the Month, servicio de suscripción que mandaba a sus miembros una selección de libros cada mes.

9

Allison sabía que Lewis había muerto. Incluso en las turbias profundidades del sueño narcótico, lo sabía. Lo llamaba cuando la llevaron a la sala de recepción del hospital con el cuerpo destrozado y siguió llamándolo hasta que Matt Swain le inyectó un sedante.

Una semana después, Constance y Mike estaban sentados al lado de su cama. Seguía sedada. Su madre miraba con lágrimas en los ojos el rostro magullado de su hija. Según el informe médico de Matt Swain, tenía cuatro costillas rotas, la clavícula aplastada y había sufrido una conmoción cerebral grave. Pero Constance sabía que esa mirada torturada y angustiada, los sobresaltos repentinos y la forma en que sacudía la cabeza no eran el resultado de las lesiones físicas. Allison estaba cautiva de las terribles y angustiosas pesadillas de los sedantes.

Constance y Mike pasaban las tardes y las noches a su lado. Matt solo les permitía ir en el horario habitual de visitas del hospital. Constance habría hecho guardia las veinticuatro horas del día, si se lo hubieran permitido.

—Es joven. Se recuperará rápidamente —le dijo Matt.

—No son los huesos rotos lo que me preocupa —respondió Constance.

—¿Y qué te hace pensar que *a mí* sí, Connie? —replicó Matt—. ¿Me tomas por idiota?

—Lo siento, Matt —se disculpó ella.

—Más te vale, maldita sea —dijo él.

Enfurecido, se marchó por el pasillo del hospital, con la bata blanca ondeando detrás.

Stephanie se quedó con ellos la primera semana y luego tuvo que irse a Nueva York, con la promesa de volver tan pronto como cualquiera de ellas la necesitara. Se despidieron con lágrimas en los ojos, en tanto Mike, con una expresión de impotencia en el rostro, decía: —Todo va a salir bien, todo va a salir bien.

El segundo día después del accidente, Mike llegó a casa con el informe de los resultados del examen del coche que había hecho la policía estatal.

—El acelerador se atascó —dijo Mike—. Allison no tenía suficiente experiencia para saber que solo hay que meter la punta del zapato por debajo y empujarlo hacia arriba. Sospecho que lo pisó a fondo pensando que así lo liberaría. Pero no funcionó, claro.

Constance lo escuchó sentada en silencio, con las manos en el regazo.

—A juzgar por las marcas de los neumáticos en el firme —continuó Mike—, la policía cree que debió de intentar detener el coche pisando el freno. Perdió el control. Probablemente iba a unos 130 o 140 km|h en ese momento.

—¡Dios mío! —exclamó Connie.

—Saben dónde se salió el coche de la carretera, pero solo pueden suponer cuántas vueltas de campana dio. Creen que cuatro o cinco, hasta que terminó entre los árboles.

El vehículo quedó siniestro total, sin reparación posible; y en el interior se encontraba el cuerpo de Lewis. Allison había salido despedida, había caído en el terraplén cubierto de hierba y había rodado hasta abajo. Un coche lleno de adolescentes llegó al lugar minutos después del accidente. Encontraron a Allison intentando abrir la puerta abollada del coche para llegar hasta Lewis.

Sabía que estaba muerto. Volvió la cabeza de un lado a otro en la almohada, tratando de sacudirse el horror de las pesadillas. Tan terrible como todo lo demás había sido la sensación de impotencia que la invadió cuando el coche empezó a derrapar por la carretera, con los neumáticos chirriando. No podía hacer nada, nada.

—¡Lewis! —gritó—. Lewis, ¿qué está pasando?

Recordó que él había movido lentamente la mano hacia el volante para ayudarla a controlar el coche. Entonces empezaron a dar vueltas. Eso era lo único que recordaba, pero la pesadilla de aquellos momentos espantosos se repetía una y otra vez, hora tras hora. Y en lo más profundo del inconsciente, en el centro mismo de su ser, anidaba la certeza de que él había muerto.

La siguiente semana en el hospital, a primera hora de la mañana, cuando las enfermeras empiezan a apagar las luces, Allison se despertó y encontró a Matt Swain mirándola.

—Buenos días, Allison —le dijo con la mayor delicadeza, como nunca había hablado a nadie en la vida.

Allison empezó a llorar débilmente; las lágrimas brotaban y se derramaban resbalando por la cara.

—Dígamelo, Matt —dijo con la voz quebrada y susurrante—. Dígamelo.

—Ya lo sabes —dijo él.

—¡Dígamelo!

—Ha muerto, Allison —dijo Matt.

Le tomó la mano, pero ella la retiró.

—No quiero oír ninguna de sus palabras de consuelo, doctor —dijo con voz átona y apagada, y cerró los ojos—. No van a ayudarme.

—Allison —dijo Matt—, Allison, voy a curarte, con tu ayuda o sin ella. Así que hazte a la idea.

Constance le llevaba libros y revistas y, cuando volvía al día siguiente, los encontraba intactos, del mismo modo que volvían a la cocina las bandejas de comida que le llevaban las enfermeras.

Matt Swain entró y se quedó a los pies de la cama en silencio, hasta que Allison levantó la vista y lo miró a los ojos.

—Si pretendes suicidarte, Allison —dijo—, hay formas más sencillas y menos dolorosas de hacerlo.

Esperó a que Allison respondiera. Ella cerró los ojos y volvió la cabeza.

—En este hospital, el jefe soy yo —dijo, en un tono tan áspero y violento que hasta él se sorprendió—. Se hace lo que diga yo. Cuando llegues a casa, cuando te dé el alta del hospital, podrás hacer lo que quieras. No es asunto mío. Pero no te vas a ir de aquí hasta que lo diga yo.

Se puso las manos a la espalda y se inclinó, con el estetoscopio como una soga negra alrededor del cuello y la bata blanca abierta como una tienda de campaña.

—Puedes elegir, Allison. O te comes lo que te traen, lo que yo te he recetado, una alimentación nutritiva que te devolverá la salud, o te ato las manos a la cama, te pincho con agujas y te alimento por vía intravenosa. Como prefieras.

Hizo una señal a la enfermera, que esperaba en la puerta con una bandeja de comida. Entró en la habitación con paso apresurado, dejó la bandeja y accionó la manivela para levantar la cama. Contra su voluntad, pero inevitablemente, Allison se quedó sentada en la cama. Matt se acercó a la ventana y abrió las cortinas, la habitación se inundó de luz. La enfermera colocó la bandeja en la mesita auxiliar y se la acercó a Allison, que miró la comida como si fuera algo peligroso y amenazador.

«Bueno, si esto no funciona, no sé qué narices voy a hacer», pensó Matt.

—Tu madre se va a poner muy contenta con esta noticia —dijo en voz alta.

Allison no lo miró. Cogió la cuchara y empezó a comer el caldo lentamente.

Matt Swain salió de la habitación. En el pasillo, se apoyó contra la pared y se secó la frente. «Si no fuera médico, habría sido un actor excelente», se felicitó.

En diciembre, Mike llegó en el coche nuevo que le había comprado la compañía de seguros y se llevó a Allison a casa. Las piernas no la sostenían bien, pero llegó al coche por su propio pie, apoyada en el brazo de Mike. Cuando Mike le abrió la portezuela, escondió la cara en su hombro y se echó a llorar.

—¡Ay, Mike! ¡No puedo, no puedo!

Mike le susurró al oído unas palabras tranquilizadoras y sin sentido, como una madre arrullando a un bebé, y la ayudó a entrar en el coche con delicadeza. A continuación, fue rápidamente al otro lado y se sentó al volante. Luego, conduciendo muy despacio, la llevó a casa.

Constance había preparado el sofá del salón con mantas y almohadas; la chimenea crepitaba alegremente. Allison miró a todas partes, como si fuera la primera vez que veía esa casa y sintiera temor.

«Si al menos me lo dijera —pensó Constance, mirando a su hija con el corazón destrozado—. Si me atreviera a decirle que lo sé.»

Allison, tumbada en el sofá con Constance y Mike revoloteando alrededor, solo tenía pensamientos amargos. Le parecía que el cuerpo la había traicionado al recuperarse. Y que traicionaba a Lewis por seguir viva cuando él estaba muerto.

David y Stephanie le escribieron. Brad Holmes y Arthur Tishman le enviaron mensajes y flores. Pero ella no respondió a nadie. Leía mucho. Constance escribió a David y a Brad, y ellos le enviaban constantemente las novelas nuevas que salían al mercado. Durante el día, deambulaba por la casa, de habitación en habitación, pero siempre volvía al sofá. El sofá se había convertido en su refugio.

«Como Road's End cuando era niña», pensó. Y para Lewis había sido realmente el final del camino[4].

A veces pensaba: «Ahora eres libre. Ahora puedes tener toda la experiencia de la vida que querías. Puedes ir a cualquier parte, verlo todo, hacer cualquier cosa. Eres libre».

Cuando le venía esa idea a la cabeza, la apartaba rápidamente, le repelía. «Es como bailar encima de la tumba de Lewis», se decía, y se odiaba por pensar esas cosas.

Dos semanas antes de Navidad, Constance le preguntó si le apetecía que David y Stephanie pasaran las vacaciones con ellos.

—Todavía no quiero ver a nadie —respondió, negando también con gestos de la cabeza.

Por las noches, Constance y Mike, acostados en la cama, la oían merodear por la casa o tomar café en la cocina. Cuando bajaban por la mañana, siempre había una taza de café en el fregadero y una pila de libros en la mesa. Allison solo dormía cuando tomaba un somnífero.

Constance acudió a Matt Swain, pero lo único que el médico pudo decirle fue lo siguiente: —Confío en Allison. Hay que armarse de paciencia, Connie, soportarlo y acompañarla hasta que supere este mal momento —dijo. Connie asintió—. Oye, si quieres, puedes decirme que no meta las narices en tus asuntos —añadió—, pero ¿había algo entre Allison y Lewis Jackman?

—No metas las narices en mis asuntos, Matt —dijo Connie, sonriendo por primera vez en semanas.

Pero, pensándolo bien, se dijo que probablemente Matt había roto el hielo y había puesto las cosas en marcha. Más animada, siguió andando hacia casa y, cuando abrió la puerta, le llamó la atención un fuerte olor a cerrado. «Huele como si aquí se hubiera detenido la vida —pensó—. Esto no está bien, no está nada bien. Tengo que hacer algo.»

Al pasar por el salón, vio a Allison tumbada en el sofá, con la mirada perdida en la nada, y se fue a la cocina a calentar café.

—Estoy calentando café —le dijo a Allison en la puerta de la sala —. ¿Te apetece una taza?

—Me da igual.

—Pues tómate una, cariño. Me gusta tener compañía.

Llenó las tazas, las llevó y las dejó en la mesita, al lado del sofá. Allison se incorporó y Constance se sentó a su lado.

—Hace frío en la calle —dijo Connie—, y creo que va a nevar. Tengo ganas de que termine este año y Mike pueda dejar de ir a White River. Solo son catorce kilómetros, pero en cuanto llega el invierno, empiezo a preocuparme.

Allison no dijo nada. Connie dio un sorbo al café.

—Hummm, qué rico está. Necesitaba algo caliente. ¿Quieres galletas?

—No, gracias, mamá.

Connie levantó la mirada y vio los primeros copos de nieve posarse en el cristal de la ventana. Su hija siguió esa mirada, vio la nieve y se levantó. Se acercó a la ventana y miró fuera.

Allison había adelgazado. Su rostro había perdido los últimos vestigios de la juventud. Connie, mirándola, pensó: «Ahora eres una mujer, hija mía». Se acercó a la ventana. Se quedaron juntas contemplando la nieve que caía del cielo denso y encapotado de la tarde.

—¿Por qué la nieve siempre es emocionante? —se preguntó Allison, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Quizá sea porque nos recuerda a la infancia —dijo Connie—, los días en que el mundo estaba a nuestros pies y la vida era un

hermoso sueño infinito.

—Para mí ha terminado —dijo Allison. Abrazó a su madre y empezó a llorar. Constance la abrazó y le acarició el pelo.

—Llora, pequeña —le dijo—, llora.

Abrazada a su hija, pensó: «Llora por el fin de su juventud. Es posible que, después del trauma del nacimiento, el segundo sea el de darse cuenta de que se es adulto, el de aceptar la edad y las responsabilidades y el de rendirse a la idea de la muerte».

—¡Ay, mamá! —sollozó Allison—. Yo lo quería. Lo quería.

Constance la llevó al sofá y le cogió la mano. Se quedaron mirando el fuego hasta que Allison habló por fin y le contó toda su historia con Lewis. Cuando terminó, Constance la besó y le secó las lágrimas. Después le dijo: —Ahora debes vivir, por él, Allison. Y no pienses que eres la primera mujer que ha tenido que tomar esa decisión. No tienes una hija por la que vivir, como yo, pero tienes talento. Hay que empezar a trabajar de nuevo, cariño.

—Lo intentaré, mamá. Voy a intentarlo.

Y, efectivamente, en los días siguientes lo intentó. Mientras la nieve caía y se acumulaba alrededor de la casa, se sentaba horas y horas a la máquina de escribir, mirando fijamente el papel en blanco. Pero lo poco que escribía, lo tachaba. «Es tan difícil volver a esto», pensaba. Normalmente acababa haciendo garabatos en el bloc de notas.

—Pero al menos lo intenta —le dijo Connie a Mike—. Y habla un poco más.

Mike se quedaba todo el día en casa, porque habían empezado las vacaciones de Navidad; su presencia, decididamente alegre, era positiva para Allison. Pasaban mucho tiempo sentados a la mesa de la cocina hablando del trabajo de Allison y de su incapacidad para empezar la segunda novela.

—Puede que esto sea el síndrome del segundo libro —dijo Allison.

—Quizás —admitió Mike—, aunque creo que escribir es como cualquier otro trabajo. Cuando llevas mucho tiempo sin practicar, te cuesta un poco retomar el ritmo. No eres tan distinta de un leñador que lleve tres meses sin trabajar. Él necesita fortalecer los músculos y tú, tonificar la cabeza y el carácter.

—A veces me parece que ya he escrito todo y que no tengo nada más que decir.

Mike se rio.

—Aunque nunca te movieras de Peyton Place —dijo—, tendrías material suficiente para dos vidas.

El día de Navidad, estaban cenando rodeados de restos de envoltorios de regalo, cuando alguien dio un fuerte aldabonazo en la puerta. Mike enarcó las cejas y se levantó.

—¿Quién será? —preguntó Constance.

—Probablemente unos niños pidiendo golosinas —dijo Mike. Se inclinó súbitamente y besó a Constance—. Feliz Halloween, cariño.

—¡Ay, es que no tengo nada que darles! —suspiró Connie, mientras él se dirigía a la puerta. Los golpes continuaron.

—Ya voy, ya voy —gritó Mike.

Abrió la puerta y se hizo el silencio. De pronto oyeron decir a Mike: —O es usted Rita Moore o es la aparición más hermosa que he visto en mi vida.

Allison se puso de pie de un salto al oír la risa cristalina y resonante de Rita.

—Solo puede ser ella —dijo Allison en respuesta a la mirada interrogante de su madre.

Rita entró en la estancia. Llevaba un abrigo negro forrado de piel con un cuello alto y amplio que enmarcaba su hermoso rostro, brillante de frío.

—Me alegro de verla en pie —le dijo a Allison—. Me enteré en Nueva York de que estaba interpretando el papel de Elizabeth Barret Browning[5]. —Sin dar tiempo a Allison a replicar, se volvió hacia Mike y le entregó la cesta de mimbre que llevaba—. Tenga, señor MacKenzie, está llena de champán y no creo que haga falta enfriarlo más. El taxi que me ha traído desde White River tenía refrigeración.

—¡Un taxi! —exclamó Allison—. ¿Cómo ha conseguido que la trajeran hasta aquí el día de Navidad?

—No solo me ha traído, querida. El taxista va a esperarme en casa de un amigo y después me llevará de vuelta a tiempo para

coger el tren a Boston. Y solo me ha costado veinticinco dólares, un autógrafo y mi mejor sonrisa.

—Tenía que habernos llamado por teléfono, señorita Moore —dijo Mike, que estaba a su lado con la cesta de champán en las manos—. Habría ido a buscarla de mil amores.

—¡Ah, es usted muy amable, señor MacKenzie! —respondió Rita.

—Siempre lo es. Parece un *boy scout* —dijo Constance.

—Rita, ya se habrá dado cuenta de que estos son mis padres —dijo Allison—. Mike y Constance Rossi.

—Rossi —repitió Rita. Se volvió hacia Mike—. Y yo le he llamado MacKenzie. Lo siento.

—¡Ah, no pasa nada! —dijo Mike—. Aunque también es verdad que si no hubiera sido usted quien es, la habría matado —añadió, y se fue a la cocina con la cesta.

Rita se sentó a la mesa como una más.

—Bueno, a ver —dijo Allison—, ¿qué diablos se le ha perdido aquí?

—Pues... estaba en Nueva York, me enteré del accidente y me apeteció disfrutar de un buen banquete navideño a la antigua usanza, por eso he venido. Además, tenía curiosidad por conocer el escenario de la historia.

—Y ¿qué le parece?

—Casi igual que Nueva Inglaterra —dijo Rita—. ¿Así es como tiene que ser? Quiero decir que, cuando una cosa es tal y como espero, siempre creo que será de imitación.

—Cuando terminemos esta botella, señorita Moore —dijo Mike, entrando con el champán y cuatro copas—, seré capaz de decirle cuánto la adoro. Y se lo diré aquí mismo, delante de mi mujer.

—Es la mejor manera —dijo Rita—. No está bien tener secretos con la propia mujer.

—Eso mismo creo yo —replicó Mike.

—Y después de la segunda botella —dijo Connie—, puedes quitarte la camisa y enseñarle el tatuaje a la invitada. Ya sabes, cariño, el que dice: «Rita y Mike para Siempre».

—No te preocupes, mi amor —le dijo Mike a Connie—. Tengo intención de irme con la señorita Moore un año o dos solamente,

pero sin duda, volveré contigo.

—Eso es lo que yo llamo devoción —dijo Connie.

Pero, por dentro, pensaba: «Le daría un beso, señorita Moore, solo porque Allison se está riendo». Su hija volvía a estar viva gracias a Rita, que había irrumpido en la casa inesperadamente trayendo consigo el estimulante aire del mundo exterior.

Era el mundo del que Allison había intentado esconderse, el que temía, el que no estaba dispuesta a afrontar. El que le había traído un éxito que la amedrentaba y un amor que había terminado trágicamente.

Cuando acabaron la segunda botella, Connie le dijo a Rita: —Sé que voy a partirle el corazón, pero ahora me llevo a Mike. Creo que querrá pasar un rato a solas con Allison.

—Sospecho que me lleva a la cocina para ponerme a trabajar —dijo Mike, dirigiéndose hacia la puerta—. El próximo ruido que oiga será el de platos rotos.

—Son encantadores —dijo Rita—. Ha tenido más suerte que la mayoría de nosotros, Allison.

Allison hizo un gesto con la mano, como diciendo: «Eso es lo que usted cree» y esbozó una sonrisa amarga.

—No hace más que compadecerse de sí misma, ¿verdad, jovencita? Está destrozada, su hombre murió y ahora está dolida porque el mundo entero no se ha derrumbado ni se ha muerto con usted. Pero si se queda en ese estado mucho tiempo más, para bien o para mal, el mundo seguirá adelante sin usted.

—Intento volver al trabajo, Rita. Solo que no estoy nada inspirada —dijo Allison, con una mano en la mesa. Rita se acercó y la tocó con un dedo largo y afilado.

—Todo llegará —dijo, enfatizando cada palabra con un golpecito del dedo—. Llegará porque así ha de ser. Es la última lección, Allison. Eso es lo que significa triunfar para personas como nosotras: cuando todo lo demás ha desaparecido, amigos, amantes y maridos, nos queda el trabajo. Es la única constante de la vida. Y si traicionamos el talento que nos ha sido dado, más nos vale tirar la toalla y volver al caos del principio —concluyó. Vació la botella de champán en las dos copas—. Tengo que volver a White River. El taxista enfermo de

amor probablemente ya esté congelado. Además, mi marido me espera en el hotel White River.

—¿Ha vuelto a casarse, Rita?

—Llevo dos semanas casada, niña. Si no estuviera usted aislada por la nieve en las Rocosas, se habría enterado.

—¿Es feliz?

—Bueno —dijo Rita—, ya no sé qué es ser feliz. Pero le digo una cosa, querida: estamos muy a gusto juntos. Nos entendemos. Y es un cambio agradable. Quiero decir, Jim no es marica ni un gigoló. Es el primer marido que he tenido en muchos años que se gana la vida con el sudor de su frente. Algunas mañanas casi tengo la tentación de levantarme a prepararle la fiambrera.

—Me alegro de que haya venido, Rita. Me ha ayudado mucho —dijo Allison.

—¿Y cómo lo he hecho? —preguntó Rita.

—Porque me ha recordado que el mundo no está lleno de delincuentes al acecho para acabar conmigo. Y porque me ha enseñado que el trabajo puede exorcizar los fantasmas que me persiguen.

—Por el amor y por el trabajo —dijo Rita, levantando la copa.

—Por el amor y por el trabajo —brindó Allison.

El estruendo de la bocina del taxi rompió el silencio de la nieve. Mike y Constance salieron de la cocina. Mike ayudó a Rita a ponerse el abrigo. Ella dio un beso de despedida a Allison. —Hay mucha gente que trabaja para usted, querida. Que no se le olvide.

Allison se acercó a la ventana y vio a Rita andando por la acera cubierta de nieve hasta el taxi que la esperaba. Notó el frío a través del cristal y apoyó la cabeza contra él.

—No se me olvidará —dijo Allison—. Y no la decepcionaré.

Se quedó mirando por la ventana hasta que el taxi de Rita desapareció de la vista, luego se dirigió a la puerta de la cocina y miró a Mike y a su madre.

—Estoy trabajando en la habitación, por si necesitáis algo —les dijo.

—Creo que nos las arreglaremos, cariño —dijo Constance sonriendo.

La vieron subir las escaleras hacia el dormitorio. Constance suspiró de alivio y, cuando Mike la abrazó, le dijo: —Feliz Año Nuevo, cariño. Tengo el presentimiento de que va a ser un año excepcional.

4 Véase nota 5.

5 Poetisa inglesa de la época victoriana, conocida por sus poemas de amor y su activismo contra la esclavitud y el trabajo infantil. Sufrió problemas de movilidad debido a una afección de la columna vertebral, de ahí la comparación.

